3 1761 07131327 4

SANSÓN CARRASCO

I

Esta Obra es propiedad de su Autor.

DANIEL MUÑOZ

(Sanson Carrasco)

BIBLIOTECA DE AUTORES URUGUAYOS

SANSÓN CARRASCO

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

CON UNA INTRODUCCIÓN

DEL DR. DON JUAN CARLOS BLANCO

MONTEVIDEO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE LA LIBRERÍA NACIONAL

DE A. BARREIRO Y RAMOS

1884

LIBRARY
22
1979
UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY
OCT 23 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
8519
M78 A6
1854

INTRODUCCIÓN

Ha poco tiempo decía yo en un acto público de la Universidad estas ó parecidas palabras: «en la esfera política, en la económica, en la literaria, son tiempos de transición y de advenimiento los tiempos que hemos alcanzado.—Un paso más, agregaba, y la prensa habrá completado su misión civilizadora entre nosotros, cediendo parte de su dominio al libro de ciencia y de arte, cuyos primeros resplandores asoman ya en la novela, en la historia, en la crítica, etc.»

La aparición del libro, como producto natural del progreso y manifestación necesaria de los espíritus, caracteriza, en verdad, la faz por que pasan actualmente, en la esfera literaria, los pueblos de esta parte de América.

Con las guerras de la independencia, terminó el canto épico y legendario; con las luchas internas, la estrofa impregnada de dolor y de indignación que vibraba en la lira de Gómez, de Mármol y de Varela.

El escenario de dos épocas, una, inicial, de radicales transformaciones, otra, de gestacion, en que se elaboraban los elementos que habian de completar mas tarde la primera, se llenaba, pues, en la literatura, con el himno y el apostrofe de los poetas, como con ensacion de un estado unico y absorbente en las ideas y en los sentimientos.

Independencia, libertad, lucha interna, — lucha á favor y en contra del predominio de la fuerza, — he ahi los sentimientos y las ideas, grandes y gloriosos unos, extraviados y violentos otros, pero exclusivos y absorbentes todos, que dominaban, en las dos épocas señaladas, á los pueblos de la América latina y en especial á los que constituyeron el antiguo Vircinato del Rio de la Plata.

El dominio literario pertenecia á los poetas, porque era el dominio de la pasión, que ellos debian estender á todas las fronteras con el grito de ¡Libertad! ¡Independencia! y con la repercusion simultánea del choque del acero en la contienda fratricida.

Investigaciones filosóficas, conquistas científicas, literatura, eran cosas y palabras que no estaban ni podian estar en los espíritus. En la idea y en la accion, solo tenian lugar la Iliada y la Odisea.

Fragmentos de la magna epopeya se encuentran esculpidos allá en los Andes, bajo el pensamiento de San Martin; allá en las llanuras de Ayacucho, bajo la espada de Sucre; aca en los pueblos que divide el Plata, bajo las banderas que ajitaron Belgrano, Artigas, Lavalleja y Melchor Pacheco: fragmentos de la Iliada y la Odisea americanas se encuentran tambien reproducidos en los versos inmortales de López, Beralt y Olmedo, y en las páginas de Sarmiento en el «Facundo,» narracion dramatica del genio, la vida y la índole de los hombres de la independencia y los hombres de la tiranía y el caudillaje.

Tiempos de combate, de batallar incesante, no tienen, aun en

la vida moderna, más manifestación, fuera de la faz política, que la faz esencialmente lírica y poética.

Cuando, en recientes y memorables días, los hombres del Norte hicieron resonar sus armaduras sobre las piedras de las murallas de Paris, hubo un gran silencio de desesperación y de espanto, solo interrumpido por la voz de Victor Hugo que conjuraba al pueblo francés á defender el suelo sagrado de la patria, como lo habia defendido la España de las huestes y las águilas del último César.

La guerra, como las luchas del hombre para enseñorearse de la naturaleza, reclama el bardo que cante sus dolores, sus triunfos y sus conquistas.

Los pueblos de la América Latina ofrecen, en general, el espectáculo de ese doble estado sociológico hasta mediados del presente siglo, y, en algunos, se prolonga hasta nuestros dias por el alejamiento en que se encuentran de toda acción civilizadora exterior que acelere la marcha progresiva de los elementos internos.

Buenos Aires y Montevideo, capitales de los dos Estados del Plata, señalan, quizás más que otro alguno, el momento histórico de su entrada á la vida moderna, infundida á la América por los progresos y las conquistas de la Europa á través de los siglos.

Con la caida de la tiranía de Rosas, en 1851, coincide, en efecto, un movimiento de los espiritus que tiende á ensanchar los horizontes de las artes, las ciencias y las letras. Es el soplo vivificador de la libertad que lleva su impulso á todas las esferas.

El libro no aparece, sin embargo, todavía.

Hay una inversión de causas. Lo que debía seguirlo, viene á precederlo.

La imprenta no empieza en los Estados del Plata á componer la pájina, sinó á forjar el diario, que, arma de combate en sus comienzos, se templa y se esgrime como las armas mismas.

He ahí el fenómeno invertido. Al canto de Olmedo, al himno de López, á la estrofa de Echevarría, de Berro, de Gómez; á la pasion dominante de dos épocas que absorbe dos generaciones; al drama realizado de la Independencia, de la libertad y del caudillaje, no sucede el drama escrito, la investigación científica, la producción literaria, tranquila, meditada, reflexiva, no sucede el libro, sino el diario.

La prensa no se mueve pausadamente para fijar el progreso de las ideas y las conquistas hechas en las ciencias y en las artes, sino que se agita con violencia á impulso de la pasion, que todavía es el estado dominante en las masas populares.

Se ha inaugurado, sí, una nueva época. Con la destruccion del despotismo que se cernia á los pueblos del Plata, corrientes de civilizacion y de cultura avanzan y se cruzan por todas partes; pero los elementos nacionales de organizacion social y los asimilados del extranjero á través de largas convulsiones, no se encuadran en el tipo de las instituciones ni se hallan preparados para la produccion normal en los dominios del pensamiento.

Prosigue aun el batallar de las sociedades embrionarias; predomina todavía la fuerza como característica de los sucesos, aunque falta el gran escenario de las guerras de la independencia.

Si el libro no ha surjido ni podido surjir, menos puede entrar al combate como elemento de accion. Por eso, la prensa produce el diario, que es arnete y es baluarte — y el diario atrae á su seno con atraccion irresistible, á sus abismos y resplandores, á los espíritus más selectos de los dos pueblos del Plata.

En el turbion que agita á las sociedades y que las remueve del fondo á la superficie, la prensa se presenta como un reducto y un reducto, y á ella van unos tras otros los talentos y los caracteres mas viriles para fijar en alto los principios y los problemas de la nueva época. Es el gran valladar levantado en medio de la convulsión general.

Mitre, Gomez, Sarmiento, los Varela, Pérez Gomar, Vedia,

José P. Ramírez, José M. Gutierrez, Julio Herrera y Obes, se reparten alternada y sucesivamente la dirección de los espíritus en las dos márgenes del Plata y son sus diarios el porta-voz de las opiniones que dividen y por las cuales combaten en luchas internas é incesantes argentinos y orientales.

No todo es ardor, sin embargo, no todo es obra de la pasión y lleva el sello de la pasión misma y de la hora y del momento en que se escribe. Fuerza demoledora la prensa, pero fuerza de civilización en su esencia, deja, arriba de las cuestiones transitorias, de los odios y la saña del combate, una estela luminosa que marca la conquista política realizada y un ideal más avanzado para la vida de las generaciones que vienen.

Fuera de la conquista política y de esa acción refleja que la prensa va ejerciendo lentamente, aún en épocas de grandes agitaciones públicas, sobre la cultura de las sociedades, el movimiento científico y literario de las dos repúblicas estaba refundido de 1850 á 1870 en las columnas de sus diarios, ó más propiamente, no existía sino en un estado latente y de formación.

Uno que otro volumen impreso aparecía de tarde en tarde, iris de paz y de reflexión en medio del fragor de las armas, uno que otro libro destinado á ilustrar tal cuestión histórica ó filosófica.

¿Quién los escribía? Los mismos que estaban empeñados en la prensa, en la política y en la acción.

Eran Sarmiento, con su vida del «Chacho»; Mitre, con su historia de Belgrano; Domínguez, Lamas, Alberdi, con sus investigaciones históricas y políticas; Vicente F. López con sus novelas y laboriosos estudios sobre Etnología y Filología de las lenguas americanas; Magariños Cervántes, con sus dramas y páginas de ciencia, literatura y arte; Pérez Gomar, con sus lecciones de derecho público; César Diaz, con sus memorias militares; Acevedo, Vélez Sarsfield, con sus obras de legislación y jurisprudencia.

La bibliografía de la época no registra puntos más luminosos

en los anales de uno y otro pueblo. Ellos venian, á penas, á englobarse en la constelación inicial que desde los primeros dias de la independencia trazaron en la literatura del Río de la Plata, sustrayendo por instantes su pensamiento á la lucha jigantesca, Larrañaga, con sus trabajos sobre la flora uruguaya; Moreno, con sus discursos forenses; Santiago Vázquez y Florencio Varela, con sus estudios políticos.

Si el libro era, en los tiempos de la emancipación, tan solo el reflejo de excepcionales personalidades, sin ninguna relación de nivel, ni vinculo próximo con la sociedad en que aparecia, no fué, tampoco, más que un glorioso esfuerzo en los tiempos que sucedieron hasta 1870 en que parecen terminadas las luchas de medio siglo entre las ciudades y los campos, entre el estado civil y el estado del caudillaje.

De 1850 á esta ultima fecha, de la caida de Rosas hasta la extinción de los caudillo que se llamaron Urquiza, Peñaloza, Sandes y Flores, el ultimo y el más noble de todos los que recorrieron en nuestros dias las pampas argentinas y las quebradas uruguayas, no ha transcurrido en vano el tiempo, sin embargo, para el progreso de las ideas y el mejoramiento social en la esfera de las ciencias, las letras y las artes.

Veinticinco años de prensa, el transcurso de una generación, han preparado el terreno y los espiritus de otra generación. En medio del combate, la prensa arrojaba, á falta de otro libro, la simiente del porvenir. Veinticinco años más tarde, recoje el fruto la generación que sucede á los grandes periodistas del Río de la Plata.

Habia llegado ya la hora que señala una nueva etapa en la marcha de los pueblos.

Por el desenvolvimiento natural de las agrupaciones sociales, por las leyes económicas que presiden á su desarrollo, según el suelo, el medio y las instituciones orgánicas, los dos pueblos, oriental y argentino, habrán podido ya, al terminar las

insurrecciones de nuestro estado feudal, del caudillo y del montonero, incorporar á su organismo los progresos y las conquistas de la civilización moderna.

La imprenta se multiplicaba; la máquina hacía su entrada en el taller, irguiendo la frente del obrero; la materia, en una palabra, se espiritualizaba en esas nubes que el vapor iba fijando en su trayecto sobre la estela de nuestros rios y la superficie de nuestros campos.

La filosofía, las ciencias, las artes mecánicas y las artes decorativas encontraban ya, de este lado del atlántico, fuerzas preparadas para comprenderlas y asimilarlas.

Las universidades habían elaborado también, en su lento y silencioso camino, la materia prima del conocimiento humano, entregándola á la sociedad en las falanjes de jóvenes que á sus aulas habían entrado en los últimos veinte años.

En la esfera económica, dos colosos habían surjido bajo el estrépito de las armas y por la pacífica acción del trabajo, la industria, la inmigracion y el comercio — dos colosos — la producción y el crédito.

Diarios, revistas, descubrimientos, estudios sobre todas las cuestiones y todos los problemas, habían venido de todos los puntos del horizonte á saturar nuestra atmósfera intelectual. — Hay ya, pues, medio ambiente para la vida científica, literaria y artística; hay ya colectividades que leen, asimilan y producen.

¡Ah! pero el libro no es todavía una manifestación definitiva. Pasa ya por la última evolución de su génesis y es éste el gran acontecimiento que no es dado contemplar á los contemporáneos.

Fué en un principio reflejo y proyección de singulares personalidades, fué mas tarde esfuerzo y tensión de unos cuantos espíritus selectos y llega á ser, por último, *necesidad* de producción y de consumo, que, tanto en el mundo económico, como

en el mundo moral, es la ley que determina la existencia de un nuevo elemento de vida y de sociabilidad.

Arrojad, sinó, una mirada al cuadro que ofrece desde 1875 el movimiento intelectual de los dos pueblos, y vereis cómo el libro es ya más que promesa: — es el anuncio de una realidad próxima.

Asistimos, pues, á la época de la aparición del libro en el Rio de la Plata, como producto de su zona, de su cielo y de sus hijos! Arrojad, si lo dudais, repito, una mirada al escenario de los dos pueblos.

Todavia figuran en él los batalladores de la prensa y los precursores de nuestra era literaria, al lado de los hombres de la nueva generación.

Mitre, López, Sarmiento, Lamas, Magariños Cervántes, dan nuevos volumenes á la prensa, y Gómez, el periodista, el poeta, asciende una vez más á la cátedra para confiar á la juventud, como Sócrates á sus discipulos en la hora postrera, los ultimos dictados de una moral sobrehumana!

Organismos superiores resisten á la lucha y á la febril movilidad de los nuevos cerebros, y bien puede Vicente López, por ejemplo, escribir su «Revolución Argentina» seguro de marcar en alto su dominio de la lengua y su intuición histórica, á pesar de los primores de Avellaneda, de las bellezas de Goyena, de los esmaltes y arabescos dados en sucesión á la brillante pluma de otro de su nombre.

Con Lucio López, en efecto, con los Varela y el jurisconsulto Moreno, vienen en Buenos Aires á anunciar la definitiva aparición del libro, de la obra de ciencia y de arte, Estanislao Zeballos que analiza, describe y enseña en interesantísimas narraciones; Francisco Moreno, el explorador, que hace repercutir su nombre y sus descubrimientos en las academias de los sábios; Miguel Cané, tambien literato de extirpe, que escribe viajes como Edmundo de Amicis y confidencias que recuerdan á las confesiones de Alfredo de Musset.

No hago nomenclatura. Cito nombres que acuden á los puntos de mi pluma, omito otros, tanto ó mas conocidos en las letras y las ciencias, pero fijaos en el movimiento de la imprenta argentina y él os dirá que el libro pasa, en verdad, por la ultima evolución que precede á su completo desarrollo.

Análogo cuadro se presenta paralelamente en esta márgen del magestuoso Río, en esta Republica Oriental, tan combatida desde su existencia por propios y extraños.— La imprenta reclama ya, no solo al periodista, sinó al escritor, no solo el diario, sinó el capitulo meditado de ciencia ó de arte.

De 1875 acá, la fuerza de producción se ha ido acelerando con multiple coeficiente.— Son también los dias del libro para nuestra evolucion científico-literaria.

José Pedro Varela es uno de los primeros que aumenta la inicial de esa fuerza aceleradora con sus magnos trabajos sobre la educación popular, que renuevan las ideas de una generación y abren á otras los senderos de la escuela moderna.

Bauzá, Fregeiro. De-María, investigan el pasado y describen en páginas de vivo interés la vida de nuestras razas y tribus primitivas, de nuestra sociedad colonial, y la vida de espectables personalidades desde la independencia hasta los últimos veinte años.

Francisco A. Berra, por imponderable esfuerzo, hace un vasto sistema pedagógico y una *filosofía de la enseñanza*, según la frase del educacionista Siciliani; Gonzalo Ramirez innova en la legislación penal con un código que se separa de la tradición y la costumbre para dar fundamentales bases al enjuiciamiento y á la represión; Sienra Carranza, W. Bermudez, Carlos M. de Pena, producen selectos trabajos de literatura y ciencia; el profesor Aréchaga dicta un tratado de derecho constitucional cuyas lecciones se anotan con aplauso en el extrangero, como se anotan, también, las monografías de otro profesor, José Arechavaleta, sobre las plantas uruguayas; Luís Melián Lafinur hace

un estudio del genio de Shakspeare, que muestra su acabada preparación histórica y literaria y sus dotes de estilista; Ángel Floro Costa, — insigne escritor, como le acaba de llamar un insigne poeta, — se manifiesta exhuberante en la fecundidad de sus facultades y hoy dá un libro de sociología tan notable como «Nirvana» y al dia siguiente otro sobre problemas políticos ó económicos; y, para cerrar esta estensa pero incompleta enumeración, es otro libro de un periodista — que no es el segundo del Rio de la Plata — el que está mereciendo actualmente juicios favorables de la crítica, — la novela «Los Amores de Marta», de Carlos M. Ramirez.

La poesía tiene también, en estos tiempos, admirables intérpretes, cuya inspiración revela que si el canto épico y lejendario terminó con las guerras de la independencia como manifesción de un estado único y absorbente en los espíritus, no se ha extinguido aun la poderosa vibracion de la lira americana. Ahí están, como espléndida señal de vida y para no citar más que dos nombres, los poemas de Andrade, el mayor en mi concepto, de los poetas del continente, y los cantos de Zorrilla de San Martin, cuyo lirismo alcanza la más alta nota, así como alcanza su piedad el más avanzado puesto entre los restauradores de la paleontología mística.

¡Ah! la prensa, segun lo veis, ya no forja en la Republica Oriental tan solo el diario — el arma de combate — sino que compone la obra de ciencia y de arte elaborada en nuestra zona y bajo nuestro cielo.

Si la literatura no es todavía un elemento de poder social, es ya en los dos pueblos del Plata una aptitud y un campo abierto á la actividad del pensamiento.

Ciegos y bien empecinados serán los que lo duden y los que no vean esa creciente labor productora del libro que avanza por todas partes.

La observación del naturalista, la investigación filosófica,

histórica, crítica, converjen hoy de escojidos cerebros á la producción de la obra de ciencia ó de arte, y tócame á mí, finalmente, para dar una prueba más de mi tesis, el placer de escribir estas líneas en la portada de un libro de Daniel Muñoz, de cuyo autor y de cuya obra quiero y debo yo trazar algunos rasgos para imprimir tinte ameno y simpático á esta incorrecta introducción.

Presentemos, por tanto, á ese autor, aunque bien puede pasarse entre nosotros sin presentaciones. Escribe desde hace diez años y con la frecuencia y la rapidez que exije la prensa diaria. Ha mediado, pues, tiempo bastante para que se le vea de cuerpo entero.

Dicen de Daniel Muñoz y como observación profunda, que él, á su vez, ve como pocos; que tiene ojos certeros y que esa cualidad de ver bien constituye su principal mérito literario.—Confieso que no me ha deslumbrado la observación.—Diré por qué y lo diré sencillamente, dejando correr mi pluma con la espontaneidad de concepto que el asunto ahora me demanda.

Yo conozco á Muñoz, á ese ameno y endiablado escritor que dió en llamarse Sansón Carrasco, y que otros no conocen sinó por este último nombre. Le conozco á él y á sus ojos, desde los tiempos en que estos no hacían otra cosa que contemplar de arriba á abajo los claustros de la Universidad.

¿Cuándo veían mejor, entonces ó después? Entonces, probablemente, pero en aquellos tiempos no teníamos al escritor, al novelista, ni al crítico.

Los ojos veían bien, tal vez mejor que ahora, pero había en ellos demasiada luz difusa, y faltaba en su dueño destreza para reproducir la imagen.

Ver bien, es á penas una condición. Lo que determina aptitud es el poder de reflejar al exterior, con la palabra ó el pincel el cuadro que ha pasado por los ojos ó que ha concebido la mente. —Digamos que Daniél Muñoz posée hoy esa aptitud.

No fué, sin embargo, una pagina descriptiva, la primera que produjo su injenio.

Había hecho una gimnasia de la lengua con las lecturas de Cervantes, y entró á la liza buscando entuertos que enderezar.—Los encontró, y ahí están sus críticas y artículos satíricos que lo demuestran, pero su trabajo revelaba una fluctuacion.

El espíritu del Quijote no es el de Sancho, y Daniel Muñoz no se ajustaba al idealismo del uno ni al burdo escepticismo del otro, por mas que pudiera manejar el lenguaje de ambos. Por eso fué en sus comienzos superior el crítico —sobre todo en la crítica política—al escritor de costumbres y al literato. La satira se abría paso á través del lenguaje del célebre Bachiller, y encontraba en el estado de los animos, ansiosos de represalias contra los escándalos y degradaciones de la época, la base más segura de su éxito. No era este debido, pues, a una analogía íntima entre el espíritu del crítico y los dos tipos prodigiosos con cuyo lenguaje se identificaba:—era simplemente el resultado de la audacia de Sansón Carrasco para decir a los prepotentes con la altisonante habla de Don Quijote ó con la imponderable impasibilidad de Sancho, cosas que debían remover sus conciencias por atrofiadas y endurecidas que estuvieran.

Así, cuando el ingenio de Daniel Muñoz pudo mostrarse, fué cuando abandonó las formas que había adquirido en las lecturas de Cervantes; cuando descubrió su propia risa y su propio chiste, antes ocultos trás la filosofía de Don Quijote y la carcajada estruendosa de Sancho.—Entonces apareció el escritor con sus perfiles y contornos.

No es posible encuadrar las ideas de un tiempo, ni el pensamiento de una personalidad, en el estilo de otra época ni en las envolturas de otra personalidad, por grande y sublime que ésta sea, no es posible, digo, sin perder el rasgo propio y sin dejarse arrastrar por las exigencias del molde inconsciente ó calculadamente adoptado.—En tales casos, la forma se impone al fondo.

Como crítico, el rasgo prominente de Daniel Muñoz consiste en encontrar de un golpe la disonancia, la contradicción de las cosas, la contorsión del visaje, la faz desgraciada de una actitud ó de una obra, y en decirlo todo con un acento de candor, de ingenuidad, de íntima franqueza, de asombro infantil, que hace resaltar más la fealdad del visaje y de la disonancia, objetos de su burla ó de su crítica.

Siendo ese el rasgo prominente de su ingenio, mal podía revelarlo bajo un estilo que tendiese á lo ideal y á lo heróico, ni que descendiese á la concepción grosera de las cosas. — Su estilo propio era la exactitud de la línea, la rapidez y nerviosidad del concepto, mezcladas á la risa entre picaresca é impetuosa de un muchacho callejero. Cuando lo empleó, tuvimos al crítico con personalidad propia; cuando á esas cualidades agregó Sansón Carrasco la observación, la descripción y el elemento dramático, tuvimos al escritor y al novelista.

La índole de este libro escluye la fisonomía del crítico y del novelista, y lo siento en verdad, por que mucho podría decir, con las pruebas á la mano, del autor de «Cristina» y de ese chispeante espíritu que ora desbordaba de gracia en la sátira suave y juguetona de Sansón Carrasco y ora levantaba cardenales en el rostro de los prepotentes, con el látigo de «Harmonium».

Son tan sólo artículos de costumbres y bocetos literarios los contenidos en esta obra. — No pueden mostrarnos, pues, de Daniel Muñoz mas que la faz del paisagista y del escritor.

¿Á qué escuela literaria pertenece?

Hé ahí la pregunta obligada, la pregunta de moda. Así como en los tiempos de las guerras religiosas, en Inglaterra, se investigaba ante todo si un indivíduo era episcopal ó presbiteriano, hoy, en literatura, lo primero que se trata de saber es á qué escuela literaria pertenece el escritor, — á la realista ó la romántica.

No quiero afiliar á Daniel Muñoz en una u otra de esas banderías, pero sí he de decir, refiriéndome á los propios capítulos de este volumen, que en el boceto sabe distribuir las sombras y la luz y marcar con un toque rápido el sello peculiar de una fisonomía, y que, así en el paisaje, como en la narración, es abundante, fácil y atrayente en sumo grado.

En esta última especialidad, los elementos principales de que se sirve nuestro autor son la observación y el análisis.—Quizás por estas cualidades se le pudiera colocar entre los escritores de la escuela realista, si es que el realismo por sí solo constituye escuela ó género literario.

Zola es el primero que recomienda el análisis y la observación en su filosofía del naturalismo, pero Zola sería un novelista que nadie leería si no tuviera, ante todo y sobre todo, ese dominio soberano de la lengua francesa que constituye su fuerza. Dad á Goncourt, á Huiysmann, al propio Daudet y á esa falange de escritores realistas el mismo argumento, y no harán una obra del aliento de las de Zola.—Les falta el molde del autor de «Nana» y de «Pot-Bouille».

En la creación literaria, la forma comparte la originalidad de la idea. Su unión es tan estrecha, que el asunto ó la descripción desfallecen y se debilitan, si el estilo no alcanza á espresar la verdad, la enerjía y la precisión de las concepciones personales en toda su intensidad.

Si el arte por el arte es infecundo para producir algo que tenga vida y conmueva, más infecundo es el realismo por el realismo.

Con este principio por guía, se llega á lo deforme en el boceto y á lo extravagante y pueril en la descripción.

En el afán de observar y analizar, se estienden fuera de todo límite las dimensiones del cuadro y se asigna una importancia trascendental á hechos y cuestiones secundarios, que solo sirven para debilitar la idea principal, objeto de la obra.

Consignemos que Daniel Muñoz, no obstante sus preferencias por el género descriptivo y sus inclinaciones hacia la escuela naturalista, ha sabido salvar esos obstáculos del realismo por el realismo puro, mostrándose casi siempre sóbrio en los detalles y tratando á la vez de realizar la *precisión en el arte.*

Hasta qué grado lo ha conseguido. lo dice más alto que mis apreciaciones la «Colección de Artículos» que forma este volumen, en cuyas páginas, á la originalidad de los temas, se agrega la manera especial de ver de su autor—no lo que ven y observan sus ojos—sinó el colorido propio con que sabe reproducir, en la descripción ó el boceto, el cuadro ó la personalidad objetos de su estudio.

Hay todavía un mérito más que aducir en pró de tan relevante escritor, y es que los artículos contenidos en esta obra fueron improvisados, dicho sea sin exageración y sin hipérbole, rindiendo únicamente homenaje á la verdad.

Daniel Muñoz los ha escrito bajo el apremio de la máquina de imprimir, que hacía resonar sus vueltas y estremecimientos en la misma mesa de la redacción de un diario.

Ahí, en la Imprenta de la «Razón», le he visto yo, como tantos otros, elaborar esas páginas que hoy pueden formar un libro, sin resentirse de la precipitación con que fueron escritas.

Y ya que con esta referencia he iniciado al lector en algo que se relaciona con el modo de producir de nuestro autor, permítaseme que avance un tanto más en la confidencia, para terminar en la intimidad estos ligeros rasgos de personalidad tan simpática y tan peculiar.

No recuerdo si en la sala de redacción donde trabajaba Muñoz había algún gato al cual pasar la mano para distraerse, ó bien algún objeto raro de estudio ó de arte cuya contemplación aguijoneara la fantasía, pero si recuerdo que había dos lámparas, ó mejor dicho, dos reverberos que parecían de platino

incandescente, capaces de dejar vizcos, no yá á los humanos, sinó á los mismos ojos de la diosa Minerva.

Pues Daniel Muñoz se sentaba frente á esas dos lámparas con un alto de cuartillas de papel bajo su mano, y, cuando la pluma se detenia un momento, levantaba él los ojos y los clavaba en aquellas luces y en aquellos cristales que echaban chispas! Después, los volvia á bajar y seguia imperturbable escribiendo pagina trás página.

Silencioso en los primeros momentos, de repente prorumpia en una risa entrecortada ó en una exclamación.—Era que acababa de clavar un par de banderillas con los puntos de su pluma, ó que habia encontrado la forma definitiva de su plan ó de su expresión.

Así sucedia, en efecto, y Carlos Maria Ramirez que ocupaba frecuentemente, como redactor del mismo diario, el lado opuesto de la mesa, podia comprobarlo conmigo en las ocasiones en que yo me encontraba de visita en la Imprenta.

En una de ellas y habiendo terminado Ramirez su tarea de la noche, se dirijió hacia mí para que saliéramos y fuésemos juntos al cafe inmediato del «Telégrafo».

—Y Daniel, le dije yo, ¿no viene?

—No, me respondió Ramirez, y, volviéndose hacia Muñoz, agregó: éste se queda para . . . .

—*Tallar en la ancha veta de la metáfora*, le interrrumpi yo, repitiendo esas palabras de un *célebre* diputado.

—No, volvió á decir aquél. Se queda para trabajar por su fama literaria!

Yo quiero creer que si este libro «Colección de Artículos», no basta para justificar ante sus lectores una fama literaria, de esas que solo se cimentan con el trascurso del tiempo, basta seguramente para acreditar las bellas dotes de su autor y para augurarle nuevos y mas definitivos éxitos en la literatura.

Estamos en la época de la aparición del libro entre nosotros,

y así como hoy es este el que dá á luz, mañana publicará Muñoz otro y otros de distinta índole, que hagan conocer al novelista y al crítico, cuya talla es sin duda superior á la del paisagista, y, para que nada falte al advenimiento de esa época que he tratado de caracterizar en la primera parte de esta introducción, tenemos también,—réstame decirlo,—nuestro futuro Michel Levy, en el editor Antonio Barreiro, quién parece destinado á fundar la gran librería en la República y á editar las obras de nuestra naciente era literaria.—¡Salud y honor á los nuevos autores!

JUAN CÁRLOS BLANCO.

Agosto de 1884.

Colección de Artículos

EL COMETA

De las cuatro de la mañana en adelante es cuando se ve el cometa, y aunque á la verdad bién podía el coludo astro presentarse á una hora más oportuna, creí de mi deber sacrificar algunas horas de mi sueño para corresponder á la visita del huesped celestial.

Dí orden de que me despertasen á las tres y media, y me acosté sin poder conciliar al pronto el sueño, como sucede siempre que está uno con el ánimo preocupado por alguna novedad. Dabame vueltas entre las sábanas, traté de permanecer con los ojos cerrados, pero aún así veía por entre los párpados la imágen del cometa, con su brillante estrella y su flamígera cola, tal cual figurábame había de verlo en la madrugada.

No sé cuanto tiempo duró mi insomnio, pero sí

sé que al fin debí dormirme, porque recuerdo que me sacaron de mi profundo sueño unos fuertes golpes dados á la puerta de mi cuarto y que me hicieron dar un respingo en la cama.

Sabe Dios en lo que mi imaginación se entretenia miéntras el cuerpo dormia, pero seguramente que no soñaba con el cometa, porque los golpes me alarmaron, é incorporándome en la cama, grité:

—¿Qué? ¿Qué hay? ¿Han empastelado la imprenta? ¿Ha caido el Gobierno? ¿Se ha sublevado algún batallón?

—No, señor, me contestó el sirviente, le despierto por el cometa.

—¡Ah! ¡es verdad! el cometa, dije para mi, é insensiblemente me dejé deslizar de nuevo entre las cobijas, tibias y amorosas, que parecian convidarme á continuar mi sueño.

—¿Qué voy á sacar yo con ver el cometa? me decía como queriendo convencerme á mi mismo de la inutilidad del madrugón. ¿Soy yo, acaso, astrónomo? ¿Voy á aprender algo?

Bostecé hasta desarticularme las mandíbulas, cerré los ojos, y entre ese ser y no ser precursor del sueño, acabé por decirme:—¿Para qué diablos voy á incomodarme? Al fin y al cabo, un cometa no es más que una estrella con cola, y estrellas veo todas las noches, y colas todos los dias, y no vale la pena.... aaaaah!.....

Tan! tan! tan! volvió á sonar á mi puerta, y el sirviente, que por más señas es gallego, me gritó á través del ojo de la cerradura:

—¡Señuritu! ¡El cumeta!

—¡Maldita sea tu casta! hube de contestarle incomodado ya, pero comprendiendo que lo único que iba á sacar en limpio era alterarme la sangre sin conseguir continuar mi sueño, decidí hacer el sacrificio, sacrificio que seguramente nunca me agradecerá bastante el maldecido cometa.

Me desperecé, me restregué los ojos, eché hacia atrás las cobijas, por no volver á caer en la tentación de arrebujarme entre ellas, y me tiré de la cama maldiciendo del gallego, del cometa, y de mi impertinente curiosidad, que tan mal momento me proporcionaba.

Me calcé unas zapatillas, me puse sobre el camisón de dormir un abrigo, me encasqueté un sombrero, y tropezando en los peldaños de la escalera llegué á la azotea, punto estratéjico desde dónde debía hacer mi observación astronómica.

Eran próximamente las cuatro. La luna, brillante todavía, estaba en su ocaso, preparándose á zambullirse en el mar así que el sol asomase su cara chata por el Oriente. Las estrellas titilaban en la ancha bóveda del cielo, semejando las reverberaciones del sol sobre el cristal azulado de las aguas en los días de calma.

La madrugada era templada y serena.—Al Este, una faja blancuzca anunciaba la proximidad de la aurora.—El cometa brillaba.... por su ausencia.

En torno mío, toda la ciudad dormía. Los pocos ruidos que se oían brotaban de en medio del silencio general con la misma nitidez con que brota una luz en medio de las tinieblas. No se escuchaba ese rumor confuso que parece el alien-

to de las grandes poblaciones, formado por mil ruidos distintos, concierto indefinible de herraduras, de ruedas, de voces de vendedores ambulantes, y de todo lo que forzosamente hace bulla en el contínuo trajín de una ciudad en medio de la actividad del diario trabajo.

Á la madrugada, todo está mudo. De entre el silencio, surge de repente el canto de un gallo, sonoro, alegre, y á ese canto contesta otro, y otro, y otro, como dando á la naturaleza el alerta por la próxima llegada del rey que la preside. Los gallos son los farautes pregoneros del sol.

Apagado el eco de los cantos, se oye el rumor lejano de un carro que se va acercando poco á poco, dando tumbos en las desigualdades del empedrado. Pronto desemboca por la esquina y pasa arrastrado al andar lento de una mula, que llevá el compás de los pasos abanicando sus largas orejas.—El conductor, sentado en el arranque de las varas, activa el andar de la bestia castañeteando la lengua, y de vez en cuando le golpea el lomo con las riendas flojas, gritándole al mismo tiempo con voz cavernosa: «¡Vamos, macho!» Y el macho hinca la pezuña en los intersticios de las piedras, y tambalea el carro, por cuya trasera asoman las hojas crespas de color verdeceniza de las coliflores, y penden las hojas carnosas y lacias de las cebollas que conduce al Mercado.

Y á todo esto, ¡nada de cometa! Anchas fajas de nubes se ciernen sobre el horizonte, precisamente á la altura en que ha de verse el fenómeno. Por distraerme, miro otra vez a la calle.—Solo un

hombre la puebla, que camina apresurado, haciendo zig-zags de una acera á otra, con un largo bastón al hombro.—Cada vez que se detiene, se extingue la luz de un farol, cuyo amarillento reflejo languidecía tembloroso, falto de la presión que le dá ese blanco azulado con que brilla en las primeras horas de la noche.

A lo lejos, se ve cruzar al trote un tropel de caballos conducidos del cabestro, que van al agua, y por otro lado se ve llegar otra tropilla que vuelve ya del baño, con el pelo lustroso, marchitas las crines, la cola puntiaguda como un pincel que va goteando, y el lomo y las narices humeantes.

Ya son las cuatro y media y sin embargo el cometa no aparece. La luna se retira con su cara pálida surcada de ojeras cenicientas, como postrada de haber pasado la noche en vela; las estrellas se borran gradualmente en el cielo, como se borran en un espejo las manchas empañadas del aliento; las nubes de Oriente se festonean con puntillas de un dorado pajizo, que poco á poco va acentuándose, hasta que pasando por todas las gradaciones del amarillo degeneran en flecos sonrosados, que á su vez se tiñen con mas pronunciado tinte hasta llegar al rojo púrpura; y todo lo que dormia bajo el manto uniforme de la noche, empieza á despertar vistiendo los alegres colores que matiza la paleta abigarrada de la naturaleza.

De entre las brumas del río surgen los afilados mástiles de las embarcaciones; el campo empieza á verdear, se pintan de azul las aguas, y agujerean el diáfano ambiente de la mañana las altas torres de las iglesias, cuyas campanas llaman á

primera misa con toque desganado, que acusa la pereza del sacristán, medio dormido todavía, y renegando allá en sus adentros contra las exigencias de su oficio que le obligan á levantarse con el alba.

Ya está claro el dia, aunque todavía el sol no ha desbordado el horizonte. Todo empieza á revivir después de esa muerte ficticia en que la naturaleza repara las fuerzas gastadas en la jornada anterior. Los obreros, con la chaqueta al hombro y las herramientas de su oficio en la mano, van á su trabajo haciendo resonar en las aceras los herrados tacones de su calzado burdo.

Las beatas, rebozadas en sus mantos, se dirigen á la iglesia, encorvadas y presurosas, mirando de reojo por ver si descubren algo de qué murmurar en sus conciliábulos. Los sirvientes salen con la canasta al brazo á la compra diaria; y los perros parias, sin dueño ni hogar conocido, vagan por las calles husmeando en las basuras alguna piltrafa para aplacar el hambre que los tiene consumidos y enclenques.

Conjuntamente con la naturaleza despiertan todos los ruidos que dormian.—En el puerto se oyen los silbatos de los vapores que llegan, y como una bandada de aves de rapiña que acuden allí donde se divisa una presa, se vé desprenderse de los muelles toda una flotilla de balleneras que rodean el vapor disputándose el transporte de los que llegan. En tierra, el penacho blanco de la locomotora va de un lado á otro, acarreando los wagones que poco después ha de arrastrar cargados de pasageros y mercaderías. Empiezan á

rodar los carros, las puertas van poco á poco abriéndose, las chimeneas dejan escapar las primeras bocanadas de humo espeso, que remolineando se eleva verticalmente, y los gritos de los vendedores ambulantes comienzan á turbar el silencio del último sueño en que todavía está sumida la ciudad.

De pronto, se dibuja una ceja dorada en la aparente confluencia del mar con el cielo, y por minutos vá levantándose el sol, que al destacarse completamente sobre el horizonte, parece una inmensa naranja que boya sobre las aguas.

Un himno de triunfo acoje su salida. Las alegres dianas de los cuarteles taladran el silencio con sus penetrantes notas, y el ronco redoble de los tambores se prolonga hasta perderse como un murmullo en las lejanas hondonadas que repercuten el eco.

Los vidrios de los altos miradores y los azulejos de las torres se colorean con todos los matices del iris; se oye el martilleo de los yunques; las embarcaciones del puerto izan las velas para que el sol las seque de la humedad de la noche; las golondrinas empiezan á rasgar el aire con sus puntiagudas alas, precipitándose como flechas hasta rozar el empedrado, y remontándose en seguida para posarse en fila sobre los sútiles alambres del telégrafo; y grandes bandadas de gaviotas llegan con su volar tardo y acompasado cerniéndose sobre la bahía en busca de una presa que arrancan de entre las aguas, en medio del clamoreo de las que no han conseguido saciar el hambre que las trae desde leguas y leguas.

---¿Y el cometa? dirá el lector.

---¿El cometa?... Ahí vá, disparado por el riel interminable de su parabola, arrastrando su flamíjera cola con una velocidad mayor que la de una bala impulsada por la pólvora, sembrando á su paso el temor entre los ignorantes y la admiración entre los que contemplan extasiados las bellezas de la naturaleza, y aguzando la avidez de saber entre los que cultivan esa ciencia grandiosa que estudia los cuerpos que gravitan en los dilatados espacios interplanetarios.

Octubre de 1882.

TODAVÍA ESTÁ ALLÍ!

Es media noche. Los relojes marcan la hora con lentas campanadas, cuyos ecos metálicos vibran por largo rato, enseñoreándose del espacio hasta perderse en murmullos débiles que se apagan en las tinieblas.

La ciudad duerme con toda la pesadez del primer sueño, desiertas las calles, sin mas pobladores que las dos hileras de faroles que las iluminan, y de trecho en trecho algún guardián que bosteza recostado en una esquina.

La bahía retrata en su plana superficie la luz de los faroles de los muelles, que se proyectan hasta larga distancia en surcos amarillentos, y en medio de la oscuridad se destacan los resplandores rojos y verdes de las linternas de á bordo.

Todo está en calma y tranquilidad. La brisa ha

barrido los vapores que la ciudad exhala en sus horas de actividad, y el fresco de la noche ha purificado el aire viciado durante el día por la humareda de las chimeneas y el respirar de los hombres y bestias que transitan afanados y sudorosos.

Los contornos de las azoteas se pierden en la penumbra, y por allá arriba se oye de vez en cuando el destemplado maullido de un gato, amoroso reclamo con que llama á su favorita, que acude á la cita saltando pretiles y deslizándose por entre las rejas con desgoznadas contorsiones.

De repente, en medio del sepulcral silencio que reina, resucitan los ruidos que dormían.—Ruedan los carruajes, óyense pasos apresurados de personas que marchan en tropel, y los conductores de los tramways soplan en sus cornetas toques repetidos en demanda de pasageros.

Ha terminado el teatro, y de aquel único centro en actividad á tales horas, se derrama la multitud en todas direcciones, abrigados los hombres dentro de sus sobretodos y rebujadas las mujeres en sus tapados forrados de raso con que cubren la ligereza de sus trajes de gala.

Aquellos contornos vuelven a vivir por un rato. Los *dilletanti* se retiran repitiendo los últimos trozos de música que han oído, y los profesores de la orquesta salen apresurados, llevando los unos los féretros negros de los violines, y los otros las trompas y fagotes cuidadosamente abrigados dentro de fundas de género.

Al poco rato rueda el último carruage que lleva á las artistas; apáganse las luces del vestíbulo, y

el teatro queda sumido en la oscuridad, frío y mudo, guardando entre las bambalinas los últimos acentos de Raúl y Valentina al caer arcabuceados por los fanáticos que capitanea Saint-Bris.

La ciudad ha vuelto á su silencio; apenas si á la distancia se oyen los cantos de los que acortan el camino repitiendo á voz en cuello lo que han oído, haciendo la parte de bajo, de barítono, de tenor, de contralto y de soprano, como esos músicos ambulantes que llevan consigo toda una orquesta que hacen funcionar con la boca, con las manos, con los codos, con la cabeza y con los piés.

El cielo está expléndido. Aprovechando la ausencia de la luna, se han venido á curiosear lo que pasa en la tierra todas las estrellas que pueblan el infinito. La bóveda oscura está clavetèada con tachuelas brillantes, en toda su extensión, destacándose entre la muchedumbre, Marte con su resplandor rojizo: Saturno con sus argentados reflejos; el Alpha de Orion como un brillante de Golconda; la Cruz del Sur, aislada allá sobre el horizonte; las tres Marías en el zenit; y titilando con variados matices, las siete Cabrillas, dos rojas, dos verdes, dos azules, y la sétima mezclilla, segun cuenta Sancho que las vió cuando ginete en las ancas de Clavileño, se remontó hasta aquellas alturas para caer sobre el reino de Candaya, dando fin y remate á la aventura de la Dueña Dolorida.

Pero donde las estrellas se agrupan y se apiñan, es en la *vía láctea*, la gran carretera de los cielos por donde discurren esas miriadas de pobladores del espacio que recorren mil leguas por

minuto sin fatigas ni vértigos. Parece una gran calle enarenada con polvo de luz y regada con una dilución de fósforo que relampaguea en el fondo negro de la bóveda. De pronto, de aquella masa se desprende una partícula que atraviesa la atmósfera como una flecha de luz y va á morir entre las tinieblas, como muere una brasa sumerjida en el agua.

Y siguiendo la estela brillante que en el espacio traza aquel bólido desprendido de esos mundos desconocidos que gravitan en distancias inconcebibles, se percibe hacia el Oriente, sobre el horizonte, una faja luminosa que mancha el cielo en una gran estensión. Es el cometa, con su flamijero penacho de millones de leguas, que sigue su ignorada ruta volteando con una rapidez que la mente no acierta á comprender, por que hasta la velocidad de la bala disparada de un fusil es insuficiente para establecer un término de comparación.

¡Todavía está allí! apesar de las profecías de la ciencia, y cada día apresura su salida como si quisiera hacerse admirar de todos, anticipándose á la hora en que los habitantes de este raquítico mundo se recojen a descansar de sus fatigas.

¿Qué es ese penacho luminoso que sigue al astro en su vertiginosa peregrinación por los espacios siderales? ¿Qué materia forma esa cabellera fosfórica que flota en la inmensidad con sútiles hebras de luz?

La ciencia no ha dicho todavía su última palabra al respecto, y mientras la controversia esté en pie, tiene todavía la imaginación el campo

abierto para lanzarse á las mas atrevidas conjeturas. El fenómeno está visible, pero nadie se lo esplica.

Parece que la mano de un artista gigantesco hubiese sumerjido una enorme brocha en esa sustancia luminosa que tapiza la vía láctea, y que después de sacudirla en el manto negro de la noche salpicándolo con gotas de luz, hubiera trazado una pincelada inmensa en el segmento mas oscuro del círculo celeste como rúbrica del autor de esa tela inimitable que envuelve á nuestro planeta.

Y á medida que va subiendo sobre el horizonte, va creciendo su intensidad luminosa, que se derrama en vaga claridad sobre la ciudad que reposa y el río que dormita hamacándose en suaves ondulaciones, que acompañan las embarcaciones meciéndose mansamente y cuyos mástiles dibujan su aguda silueta en la penumbra argentada por el resplandor del cometa.

¡Qué apacible tranquilidad preside en ese momento á todo lo que duerme! Hasta parece que la tierra se hubiese detenido en su precipitada carrera por el espacio para reposar flotando en el éter.

Ni un bulto, ni una sombra interrumpía la línea recta de las calles que se pierden en las hondonadas del terreno, y cuando el guardián nocturno se separa de su puesto para recorrer la manzana, sus pasos resuenan en el enlosado de la vereda, y se repercuten en las paredes de la acera opuesta, como si algún ser invisible fuese siguiéndole á poca distancia.

Una campanada suena en el reloj de la plaza principal, y su eco vibra por largo rato aumentando y disminuyendo con metálico zumbido, como si se hubiese pulsado una gruesa bordona, y al mismo tiempo una lechuza, de guardia en la abertura del mechinal, repite por dos veces su *sshh! sshh!* como haciendo callar al bronce que ha venido á interrumpir el silencio en que la ciudad reposa de las fatigas del día.

Y entretanto, el cometa voltea por el espacio alejándose de nosotros con una velocidad de veinte mil leguas por hora, como espantado de las miserias de este raquítico mundo, mientras que á nuestra vez navegamos por el espacio con no menos celeridad, recorriendo la ruta, que lo mismo que á nosotros, traza el astro-rey á todos esos planetas que tachonan el cielo, y que jiran en luminosa pléyade por los espacios: Ashaverus del infinito, condenados á caminar siempre, sin que les sea concedido un instante de reposo.

Pero, en su precipitada fuga, no logra aún ocultarse á nuestra vista. El núcleo se ha borrado ya, pero el chorro de la luz que derrama en el espacio, como estela de su tránsito, ese, todavía está allí.

Noviembre 9 de 1882.

JUAN MANUEL BONIFAZ

EL DECANO DE LOS MAESTROS

LLÁ por los años 27 ó 28, desempeñaba el joven español Juan Manuel Bonifaz, el puesto de Secretario particular del Duque de San Carlos, á la sazón representante oficial de España cerca de la corte de Carlos X en París.

El viejo don Juan Manuel que hoy conocemos, blanco en canas y cargado de achaques, era por entonces un mozo gallardo y bien parecido, si es que no miente un retrato que de aquella época conserva, y que él muestra con no disimulada complacencia, contoneándose todavía al verse tan petimetre y espigado, correctamente vestido con un frac azul de anchas solapas y abultado cuello, como era la moda en aquel tiempo.

No hay para qué decir que el joven Bonifaz no se preocupaba por entonces de otra cosa que de gallear en los salones de la aristocracia parisiense, sin soñar siquiera que la suerte habia de llevarle algún dia á andar con el silabario y la aritmética á las vueltas y poniendo á prueba su paciencia contra las travesuras y bribonadas de los chicuelos.

Habia cursado las letras en Madrid, completando sus estudios en París, y con esa esmerada educación, la brillante posición que ocupaba y su gallarda figura, fácil es comprender que tenia como pasarlo bien en aquella ciudad, que de antaño viene siendo foco de placeres y aventuras.

Pero quiso el destino que aquello no durase. Murió el Duque de San Carlos, y aunque la Duquesa quería conservar á su lado al joven Secretario, creyó éste que le seria mas provechoso buscarse otros horizontes, y por consejo de un su tío, canónigo por mas señas, y afrancesado de llapa, como que fué de los que siguió en la emigración al postizo rey de España José Bonaparte, por mal nombre llamado Pepe Botellas, decidió Bonifaz echarse á correr tierras, como por entonces se decía, y despues de titubear sobre la elección de su destino, rechazó las proposiciones que se le hacian de ir á la Habana, por temor del vómito negro, y resolvió embarcarse para Búenos Aires.

Salió de París en diligencia, unico medio de trasporte terrestre que entonces se conocia, y se encontró con cuatro compañeros de viaje, jóvenes como él, y que como él hablaban en castellano, y

como en viaje pronto se entabla relación, y mucho más cuando los compañeros hablan el mismo idioma en país extranjero, pronto supieron los cuatro que el quinto ocupante de la diligencia era don Juan Manuel Bonifaz, joven español, que iba á América en busca de fortuna, y él á su vez supo que iba en compañía de cuatro jóvenes argentinos, entre los cuales figuraban don Esteban Echevarría y don Ireneo Portela, que volvían á la patria despues de haber completado sus estudios en la capital de Francia.

Tomaron los cinco pasaje en el *Courrier des Indes*, y después de una navegación de un par de meses, pisaron tierra en Buenos Aires á mediados del año 30.

Llevaba Bonifaz una pacotilla de mercaderías como base de su negocio, pero sus compañeros de viaje, más dados á las Musas que á Mercurio, le quitaron de la cabeza su propósito de comerciar, y como el antíguo secretario del Duque de San Carlos, más tenía de literato que de mercader, poco le costó malbaratar su pacotilla para entregarse á tareas que le fuesen mas agradables, sobre todo contando con la protección de personas de valía como aquellas cuya amistad se había grangeado entre los barquinazos de la diligencia y los balances del *Courrier des Indes* en que cruzó el Océano.

—Y ahora ¿qué hago? dijo Bonifaz á sus amigos una vez que hubo liquidado su mercancía.

—Dé usted lecciones, le contestaron sus protectores.

Siguió Bonifaz el consejo, puso un aviso en el único diario que entonces veía la luz en Buenos Aires, y todo fué ponerlo y empezar á lloverle más discípulos que los que había menester para vivir y poner todavía de lado algún ahorrillo.

Bonifaz había entrado con buen pie en la antigua capital de los Vireyes. Su primer discípulo fué un hijo del General Viamont, y esta relación, unida á las que le trajeron sus compañeros de viaje, bastáron para ponerle en auge y hacerle ser admitido en los salones de la gente de campanillas, á lo que no poco contribuían sus prendas personales, pues, además de ser bien parecido, conservaba los hábitos adquiridos en su posición diplomática, hablaba correctamente el francés, se expresaba sin embarazo en inglés, y bailaba el *minuet* con ajuste á las últimas reglas del entonces intrincado arte de bailar.

Insensiblemente fué Bonifaz cobrando cariño á su nueva profesión, y tan á pecho tomó la cosa, que á poco estableció un colegio al cual concurría lo más granado de la juventud porteña. Desechó la rutina de los viejos métodos, inauguró nuevos sistemas de enseñanza, y tanto y tan bien trabajó, que á los cinco años se había ganado un capitalillo decente, y una fluxión de pecho que por poco lo obliga á hacer el viaje de regreso en la barca de Caronte.

Cuadró la casualidad de que por esa época vacase la Superintendencia de la escuela de Corrientes, y solicitado Bonifaz para ocuparla, no titubeó en aceptarla, sacrificando la buena posición que en Buenos Aires gozaba, como que en

ello le iba el recuperar la salud que se le escapaba más de prisa de lo que él quisiera.

Fuése, pues, á Corrientes, donde fué recibido poco menos que bajo pálio, y del 35 al 37, desempeñó la Superintendencia de las escuelas del Estado y rejenteó una de las cátedras de la Escuela Normal, hasta que la política empezó á enturbiarse de tal manera que tuvo Bonifaz por más prudente cambiar de aires, no fuera que la tormenta le cojiese en aquel despoblado.

Echando sus cuentas sobre lo que más le convendría, recordó que tenía en Méjico una prima casada con un encopetado personaje, cuyo valimiento é influencia le servirían para aumentar sus ahorros, y decidió hacer rumbo hacia aquellas regiones.

Pero no quiso hacerlo sin detenerse, siquiera fuesen quince días, en Montevideo; deseo que realizó y al cual debemos el tener desde entonces entre nosotros al hoy decano de los maestros.

De cierto que lo que menos soñaba el ex-Superintendente de escuelas de Corrientes era que había de embarrancar en la opuesta orilla del río, en cuya derecha márgen por primera vez desembarcara cuando de Francia vino; pero el hombre propone y las circunstancias disponen; y si bién don Juan Manuel Bonifaz se había propuesto navegar hacia el imperio de Montezuma, dispusieron las circunstancias que había de quedarse en estas playas; y tan imperativo fué el mandato, que hace de ello la friolera de cuarenta y cinco años y esta es la hora en que está todavía el sobrino del canónigo afrancesado por realizar

el viaje que proyectó en Corrientes á fines del 37.

Ello es que á los pocos días de llegar le picó la mania de enseñar muchachos, que ya le dominaba, y sin pensarlo mucho, abrió una escuela en una casa de familia, donde solo le alquilaban el salón, pelado y mondado, sin permitirle el uso de ninguna oficina interior, de manera que tenian los muchachos que andar regando las calles vecinas cuando la necesidad les apuraba.

Un mes duró aquello; pero como era imposible continuar en tales condiciones, ni podía exijirse á los chicuelos que tuvieran cuerpo de santo, resolvióse don Juan Manuel á alquilar un edificio provisto de todos los requisitos é instaló su escuela en la antigua casa de Viana, sita en la calle de Cámaras, entre Cerrito y Piedras, precisamente en el mismo solar que hoy ocupa la espléndida casa de don Pedro Piñeyrúa.

Si mis noticias no están erradas, bautizó Bonifaz su escuela con el nombre de *Colegio Oriental* y empezó á enseñar muchachos con arreglo á sus métodos, que á fé son curiosos y originales, según tendrá ocasión de apreciarlo el paciente lector en el curso de este rápido bosquejo.

Empezó don Juan Manuel por reformar el alfabeto, no dando á las consonantes mas que su sonido líquido, cosa punto menos que imposible de reproducir en el idioma escrito y que era el quebradero de cabeza de los chicuelos, pues no acertaban á suspirar la *b*, ni á soplar la *f*, ni á silbar la *s*, ni á gargarear la *j*, con aquella limpieza que el maestro exijía.

Considerando, después, que la forma poética

es la que más fácilmente se imprime en la memoria de los niños, empezó á dictar sus textos en verso, de manera que, á poco tiempo, fué la escuela un Parnaso en el que se conjugaba, se declinaba y se sumaba en cuartetas y redondillas, que todavía recuerdan muchos que ya peinan canas, y que llevan á cuestas más de medio siglo.

Así, por ejemplo, empezaba la lección de Gramática, y al compás de un aire del *Barbero de Sevilla*, ó de la *Cenerentola* cantaban los niños:

Letras son los elementos
que componen una lengua
ya sea hablada ó escrita.
La tabla ó lista que encierra
el conjunto de las letras
se denomina alfabeto.
El alfabeto español
se compane de estas letras:
abequé, chedé, efé,
gue-hache-i, jekalélle,
mene, ñeo, pecuré,
rrese, téu, véxe, yéze.

Á esto seguía una esplicación, igualmente poética, del valor y sonido de cada letra, esplicación que recitaba el niño á medida que iba trazando la letra, de manera que el último rasgo coincidiese con el último verso de la quintilla, por que era en quintilla la definición, como se verá por el ejemplo siguiente:

Á esta letra ó signo escrito, (f)
y á esta otra letra también, (F,
se les da el nombre de *fe*:
cada una de ellas tiene
el sonido simple fff,

como hacen los gatos cuando están enojados, agregaré yo para mejor inteligencia del lector.

Como para muestra basta un botón, creo que con lo citado hay más que suficiente para formarse una idea del método de Bonifaz.

Dedicóse con especialidad á la enseñanza de la ortografía, é hizo prolijos estudios sobre las pabras que se escriben con *b* y *v*; con *c*, *s*, y *z*; con *ll* é *y*, y todas aquellas que se prestan á confusiones.

Las reglas que formuló con ese objeto revelan una contracción admirable, á la par que una originalidad inimitable. Y como esto no es para esplicado, sino para visto, ahí vá un ejemplo:

Al débil bote babor
Bajó Proba Bóllo Urtado,
Poza Bolsom, arrumbado,
Bala-Boba y Estribór.

¿Qué es esto? preguntará el lector. ¿Qué idioma es ese? ¿Qué pueden enseñar semejantes disparates?

Despacio, lector, despacio, y ya verás que, al darte la clave del enigma, te explicarás perfectamente lo que á primera vista encuentras oscuro y disparatado.

La cuarteta citada, aglomeración de palabras sin sentido las unas y estrafalarias las otras, encierra veinte y cuatro ejemplos ó reglas de las palabras que deben escribirse con *b*, como fácilmente se ve, descomponiendo las sílabas iniciales de esas palabras que forman la cuarteta: es decir, que se escribirán con *b* las siguientes iniciales de

palabra ó la letra que inmediatamente siga á estas iniciales:

Al, débil, bote, bab, or,
Baj, ho, proba, bollo, ur, ta, do,
Po, za, bols, om, arrumb, ado,
Bala, bob, ha, i, estri, bor.

como se verá tomando las últimas cinco iniciales correspondientes á bobo, hablar, iba, estribo, boreal.

Y el verso sigue así, hasta completar un centenar de reglas sobre las voces que han de escribirse con *b*.

Otro tanto es para la *v*, y no menos original es la forma en que Bonifaz trata de hacerla retener á sus discípulos, como lo muestra lo que sigue:

Sal Verdáven Revolfávo
Cón, Vepróve, Vice-Pavo,
Pol-Vértuni, Desvi, Preva,
Vari, Rèves, Vare Leva.

Esta jerigonza se divide, como la anterior, en sílabas, que dan la raíz de otras tantas palabras que deben escribirse con *v*.

Por ahí se verá la originalidad del método de don Juan Manuel, y se comprenderá cómo llegaban los discípulos á grabarse en la memoria centenares de reglas gramaticales, que de otra manera sería imposible retener.

Como ejemplo viviente del resultado de su sistema, tiene actualmecte Bonifaz á su lado un rapazuelo, que pasa de los nueve y no llega á los doce, á quien ha embutido todos sus textos con

la santa paciencia practicada en cincuenta y dos años de lidiar con chicuelos de toda laya.

Es el tal un vasquito, que tiene unos ojos que le bailan y que traicionan la socarronería con que pretende aparentar que no es capaz de romper un plato.

Conocíle ayer con motivo de haber ido á visitar al viejo educacionista, y en el poco rato que allí estuve, pude comprender que el vasco es capaz de concluir con los pocos pelos negros que á don Juan Manuel le quedan, si es que alguno ha escapado todavía á la tintura de los años.

Vive Bonifaz poco menos que en una bohardilla, más por excentricidad que por necesidad. El aspecto exterior de la casa es de suma pobreza, y el interior en nada desmerece de la fachada.

Se entra por un zaguan oscuro y estrecho como alma de condenado, y allá en el fondo se tropieza con una escalera un tanto desvencijada, que da acceso á la habitación del antiguo secretario del duque de San Carlos.

Dentro de la pieza reina un respetable desorden que preside Napoleón el Grande, ginete en un caballo negro y seguido de su Estado Mayor, cuyo retrato asegura Bonifaz ser el más auténtico de los conocidos, según opinión de aquel su tío, el canónigo afrancesado, que tenía entusiasmo inmenso por el Emperador.

Hasta cinco armarios conté, todos atestados de libros y papeles, y otros tantos presumo que había en la pieza siguiente, según lo que pude divisar desde mi asiento.

Poco menos de las tres serían cuando llamé á

su puerta, y encontré á mi don Juan Manuel sentado frente á una mesa pequeña, atestada de platos que conservaban restos de comida.

—¿Almuerza usted, le pregunté, ó come?

—Almuerzo y como, y meriendo y ceno, me contestó el buen viejo con su tono jovial; pues ha de saber usted, agregó, que solo me siento á la mesa una vez al día, y á ello debo el encontrarme sano y fuerte como me ve.

Y sobre esto me espuso sus teorías, que, como todo lo suyo, no dejan de ser originalísimas.

—Ahora va usted á acompañarme á tomar una copita de licor, me dijo.

Quise escusarle la molestia, pero él se empeñó y empezó á gritar:

—¡José! ¡José!

Fuera lo mismo llamar á un muerto. Seguía don Juan Manuel hablándome de sus mocedades, y, de cuando en cuando, se interrumpía para repetir:

—¡José! ¡José!

Pero así se cuidaba José de acudir como si con él no rezase el llamado; hasta que, cansado Bonifaz, sacó del bolsillo un pito y silbó por dos veces. Parece que aquel instrumento tenía alguna virtud, pues al momento se presentó José, saltando y triscando como un acróbata, y se plantó muy derecho esperando las órdenes de su maestro y amo.

Estaba en ese momento esplicándome don Juan Manuel su sistema de ortografía, y para mostrarme prácticamente sus resultados, dijo, volviéndose á José:

—Vamos á ver, niño, ¿cómo se escribe alborada?

—Con *b*.

—¿Y por qué se escribe con *b*?

—Porque sigue inmediatamente á la inicial *al*.

—¿La regla?

—Al débil bote babor.

—¿Qué quiere decir: al débil bote babor?

—Que todas las palabras que empiezan con las iniciales al, débil, bote, bab, or ó la letra que inmediatamente les siga, deben escribirse con *b*.

—Perfectamente. ¿Y qué palabra es *alborada* según su acento?

—Grave.

—¿Y por qué es grave?

—Porque tiene la infiexión de la voz en la penúltima sílaba.

—Llágala usted aguda.

—*Alboradá*.

—¿Y por qué es aguda?

—Porque tiene la inflexión de la voz en la última sílaba.

—¿Y si la tuviese en la antepenúltima?

—Sería *Albórada*.

—¿Y qué palabra sería entonces?

—Palabra esdrújula.

—*¡Eccolo qua!* ¿Por qué sería esdrújula?

. . . . . .

Fuera el cuento de nunca acabar reproducir aquí el interrogatorio á que don Juan Manuel sometió á su discípulo y criado.

El rapazuelo, parado á pié junto, con los brazos cruzados y entornados los ojos, respondía sin ti-

tubear á cuanto se le preguntaba. Parecía que el viejo maestro tocaba un organillo que repetía fielmente la sonata que se quería, con solo impulsarlo á preguntas.

No sabía yo qué admirar más, si la paciencia del maestro ó el memorión del discípulo, hasta que, compadecido del esfuerzo que hacía el pobre muchacho, quise cortar el interrogatorio gramatical y le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

Cuadróseme el chicuelo por delante, volvió á cruzar los brazos, bajó los ojos, y me contestó, por donde menos me lo esperaba, diciéndome:

José Cárcamo me llamo:
Soy de la Vizcaya oriundo,
Y he venido al Nuevo Mundo,
Al que quiero, estimo y amo.

La República Oriental
Hoy es mi patria adoptiva,
Á la que mi alma afectiva,
Quiere servir muy leal.

Por ella quiero yo dar,
Mi corazón, no os asombre,
Porque soy vasco, y mi nombre
Cárcamo, por tierra y mar.

Si festejé la ocurrencia no hay para qué decirlo, y todavía no me canso de admirar la resignación del bueno de don Juan Manuel, que á sus setenta y siete agostos, y después de cincuenta y dos de estar sujeto al potro del profesorado, tiene todavía ánimo para gastar el poco de paciencia que le quedará, enseñando á aquel arrapiezo hasta á

decir su nombre en verso, gracia que el muy tuno repite con marcada entonación, y echándose para atrás, sobre todo cuando dice aquello de:

> Porque soy vasco, y mi nombre
> Cárcamo, por tierra y mar.

¿Sabrá agradecer aquel travieso el trabajo que con él se toma el maestro que hace las veces de padre?.... ¡Tal vez! Y más bién es posible que si, porque don Juan Manuel es uno de esos hombres que tiene la rara virtud de hacerse querer de todos. Algunos miles de chicuelos han pasado por sus manos, y si bién la mayor parte, hombres ya, han olvidado los coscorrones y tirones de orejas con que algunas veces los llamaba al orden, todos recuerdan con simpatía y cariño á su antiguo maestro, el más impertérrito y constante de los que se han dedicado á la espinosa y ruda tarea de la enseñanza.

¡Y con cuánto fervor y abnegación ha llenado el viejo Bonifaz su noble sacerdocio! Él ha pasado por todas las estrecheces, ha enseñado gratuitamente cuando el Estado no tenía cómo pagarle sus honorarios, ha soportado con resignación los ataques de sus adversarios, sin que jamás haya brotado de sus labios una palabra, ni para pedir ni para censurar.

Para lo único que ha hecho valer las afecciones que le rodean, ha sido para intercceder en favor de los perseguidos, cuando en la acritud de nuestras luchas civiles veía que la pasión arrastraba á los hombres á extremos inútiles.

¡Pobre buen viejo! Pocos como él logran hacer la jornada de la vida sin ver á su alrededor más que caras que le sonríen y brazos que se le abren.

Hoy ya es una reliquia por todos respetada, y en el último tercio de su vida le es dado asistir al acto de la erección de un monumento sencillo que llevará esculpido su nombre.

Mañana se inaugurará la escuela *Juan Manuel Bonifaz*, merecida aunque escasa recompensa para quien sacrificó todas las ambiciones y concentró todos sus esfuerzos en beneficio de la enseñanza del pueblo.

Sea este desaliñado artículo la ofrenda con que contribuyo á la consagración del monumento erigido en honor del viejo educacionista.

Noviembre 11 de 1882.

LA ESCUELA

JUAN MANUEL BONIFAZ

A la una de la tarde estaba ya lleno el andén de la Estación Central del Ferro-Carril del Este.—Sobre los rieles descansaba la larga fila de wagones y zorras que habian de conducir á aquella multitud hasta las cuchillas del otro lado de Toledo, en que está trazado el plantel del pueblo Joaquin Suarez, fundado por el infatigable Piria.

Dada la voz de tomar posesión de los asientos, se precipitó la multitud como una avalancha, asaltando los wagones por todos lados, á pesar de los esfuerzos de Piria para reglamentar la subida y fiscalizar á los paseantes á fin de expulsar á los que solo van con el objeto de pasar un dia de campo, sin la más remota intención de comprar ni una vara de tierra.

En pocas minutos quedó la mercancía humana estivada dentro de aquellos vehículos, y sonada la hora de partida, y dada la señal, empezó la locomotora á desentumir con pausados movimientos sus músculos de acero. *Fsssch.... fsssch* hace el vapor escapando por entre las junturas del acero; la chimenea lanza, como disparada de un cañón, una pelota de humo, luego otra; y poco á poco, empieza á rodar el convoy, lentamente, al compás del *fffp, pa, pa, pa.... fffp.... pa. pa, pa,* con que palpitan los pistones bajo la presión del vapor.

El tren atraviesa primero una parte de la ciudad, y á su tránsito, se pueblan las dos aceras de la calle de todas las comadres y pilluelos del barrio, atraidos por los acordes de la música y el estampido de los cohetes con que Piria festeja la partida.

Después, van raleando las casas, y el tren recorre un largo trayecto frangeado á ambos lados por las sementeras de las huertas que median de Montevideo á la Unión. El panorama es magnífico. — Allá atrás, el hacinamiento de casas de la ciudad, que á lo lejos parecen superpuestas unas sobre otras por las desigualdades del terreno; á la izquierda, la bahía, azul y mansa, poblada por barcos y barquichuelos de todo porte; y como guardián que á todo vigila, el Cerro, dibujando el perfil de sus empinadas laderas en el fondo azulado del horizonte.

Á uno y otro lado de la via, verdea el terreno dividido en tableros, cada uno de matiz distinto, desde el verde vivo y chillón de las lechugas,

hasta el oscuro y aplomado de las coliflores. Y en medio de todo aquel verdor con que la primavera pinta los árboles y tiñe la pradera, sombrean, de trecho en trecho, como manchas negras, los retazos de tierra preparada por la prolija mano del agricultor para recibir la semilla que ha de germinar en su seno hasta convertirse en sazonado fruto.

Á poco rato, vuelven á apiñarse las casas y desaparecen los sembrados. Estamos en la Unión. De un lado se vé el pueblo, dominado por la alta cúpula del mirador del Colegio: del otro se vé la Plaza de toros, como si se hubiese querido hacer resaltar el contraste entre la caridad que ampara al desvalido, y la crueldad que alimenta los instintos salvajes del hombre.

Trás la Plaza de toros se empinan las verdes lomas del Cerrito, coronada la cima con las ruinas de lo que, en otro tiempo, fué Cuartel General de los sitiadores de esta plaza.

El tren sigue su marcha dejando atrás á la Unión y sus contornos, rasando, unas veces, la llanura, dominando, otras, las hondonadas, montando sobre los altos terraplenes, ó embutiéndose dentro de los paredones de la cuchilla tajada á pico para nivelar la vía.

Los horizontes se abren por los cuatro lados: dilátanse los campos, y la vista abarca una inmensa sábana tornasolada con todos los matices del verde, y solo interrumpida por algunas casitas dispersas, que se dibujan como puntos blancos á la distancia. Hacia el Oeste, la arboleda de Villa Colón forma una franja oscura, sobre la

cual se destaca, afilada como un obelisco, la chimenea de la fábrica de ladrillos. Al Norte, como brotando de la cresta de una loma, surgen las torres de la Iglesia de las Piedras, mientras que al Sud sigue dominando el paisage la silueta del Cerro, azulada por las brumas del horizonte.

Y la locomotora sigue culebreando por las quebradas, dejando trazada su estela en el ambiente con los blancos copos de su respiración anhelosa, que se disuelven en menuda lluvia, atravesando estensos trigales que, mecidos por la brisa, ondean como si fuesen un mar de agua verde.

Después vienen los campos incultos, la pradera natural vestida de yerbas que perfuman el aire con ese olor que no tiene símil: olor á campo, como decimos los habitantes de la ciudad, acostumbrados á respirar una atmósfera viciada por las emanaciones de los grandes centros.

Ahora es cuando está lindo el campo, cuando todavía el sol no ha dorado el pasto ni achicharrado las florecillas que lo matizan.

Por entre la apretada yerba que tapiza el terreno, se distinguen, en la altura, como una botonadura de oro, las flores amarillas de la manzanilla, y en el bajo, al borde de la cañada que serpentea por entre juncos y espadañas, se ven engarzadas en el musgo, como rubíes y amatistas, las margaritas rojas y moradas que perfuman aquellos contornos con su suave olor de verbena.

Al cabo de una hora de camino, la locomotora empieza á contener la respiración, rechinan los hierros de los frenos con que se ajustan las ruedas para disminuir la velocidad, y á poco andar

se detiene el convoy frente á un elegante edificio de piedra: es la Estación Joaquín Suarez.

Los wagones vomitan en el andén todo lo qne traían en sus amplios vientres, y la multitud se derrama por los alrededores, en dirección á una casita pintada de azul que corona la loma.

Las calles del pueblo, en embrión, están pavimentadas con césped, lo que hace suponer que el tránsito no es por allí muy frecuente. Largas filas de banderolas delínean las manzanas, vírgenes todavía de toda vivienda, si es que no se cuentan tres ó cuatro edificios modestos que rodean la Estación.

Piria preside el cortejo, que marcha al són de la música en dirección á la escuela que va á inaugurarse, y los vecinos de aquellos alrededores; ginetes en sus caballos, se adelantan á la comitiva para presenciar la ceremonia.

La escuela regalada por Piria es bastante amplia y decente. Una pieza de doce varas de largo por seis de ancho, bien ventilada, el piso asfaltado, y por techo un cielo-raso que oculta el tinglado. Una puerta y dos ventanas se abren al frente que da á la Estación, y sobre la primera, esculpido en una chapa de mármol, se lée:

ESCUELA

JUAN MANUEL BONIFAZ

Presente allí la autoridad escolár, representada por el Inspector Nacional, el Departamental, y los miembros de la Comisión de Instrucción Pública,

dió principio la ceremonia, entregando Piria la escritura de la propiedad y las llaves del edificio al Inspector Nacional, como donación que hacia al Estado, donación que el señor Ballesteros agradeció en breves palabras, prometiendo que una vez reabiertas las tareas escolares, después de los exámenes de fin de año, dotaría a la nueva escuela del personal y útiles necesarios para que empezase á funcionar.

En seguida el padrino designado al efecto, y de cuyo nombre no quiero acordarme, dijo cuatro palabras alusivas al acto, y concluyó bautizando á la ahijada con el nombre de *Juan Manuel Bonifaz*, decano de los educacionistas.

El buén viejo, que allí estaba, seguido de su José Cárcamo, especie de Lazarillo de Tormes que hace cuanta travesura puede á su amo: el buen viejo, repito, conmovido por el acto, no encontró más palabras para agradecer el homenaje que se le hacía que recitar una invocación piadosa al Señor de todo lo creado, oyéndosele con respetuoso silencio por todos los presentes.

Tras de él, trepó el arrapiezo de Cárcamo sobre una mesa, y desde allí, con el mayor desenfado, recitó el siguiente acróstico, obra de don Juan Manuel, y que dice así:

F ecundo es en recursos su talento
R edobla su entusiasmo cada día;
A nda, recorre, escribe con porfía,
N o pierde en sus tareas un momento.
C onocedor profundo de su gente,
I nfatigable en todas sus empresas,
S abe llevar á cabo lo que empieza:
C reará en este sitio un pueblo hermoso,
O cambiará en miseria su riqueza.

P rotejed, orientales, con empeño,
I ayudad en su empresa a' sin segundo
R ematador mejor del Nuevo Mundo;
I veréis un milagro en sus afanes
¡ A h, de las piedras toscas hará panes!

Tocóle el turno á Piria, y dijo.... muchas cosas. Habló de Demóstenes, de los dioses de la Mitología, de la civilización y de la barbarie, y, Dios me perdone y le perdone, hasta de los cuarteles habló el muy atrevido, haciendo votos por verlos convertidos en escuelas.... ¡Tiene unas cosas este Piria....!

Aquello fué el punto final de la inauguración, que se selló y remojó con abundantes tragos de cerveza.

—Ahora, vamos al grano, dijo Piria, y aprovechando la reunión, empezó á preconizar las ventajas de aquella localidad como punto comercial, higiénico y de gran porvenir.

Distribuyó profusamente entre los concurrentes planos del pueblo cuyos solares iba á vender, y explicó en términos claros y convincentes las ventajas que reportarían los que comprasen terrenos en las condiciones á que él los ofrecía.

—Voy á vender los solares 7 y 8 de la manzana 45, gritaba Piria. Es la esquina frente á la escuela. ¡Vamos á ver! ¡Un precio, una oferta!

—Fíjense bien, continuaba: es la manzana número 45. Plano en mano, caballeros.

Y los caballeros desdoblaban el plano, y parecía que se lo querían devorar con los ojos, sin poder explicarse cómo aquel tablero de damas que veían pintado en el papel, podía representar el campo que tenían por delante.

—Es una esquina magnífica, seguía vociferando Piria desde su elevado puesto: el que la compre, puede contar con que tiene asegurada la fortuna. Vamos á ver, tengo veinte pesos de oferta!.... veinticinco!... treinta pesos!... treinta pesos!... treinta pesos!... ¿no hay quien dé más?... Es una vergüenza tirar por este precio un solar tan bueno!... Vamos á ver, ¿no hay quien dé más de treinta pesos?... Treinta pesos!... treinta y uno!... y uno!... y uno!... y dos!... Treinta y dos pesos! Adelante, caballeros! No desperdicien la pichincha de la ocasión! Treinta y dos pesos!... y tres!... y cuatro!... treinta y cuatro!... treinta y cuatro!... Vamos, no podemos perder tiempo!... tengo treinta y cinco pesos de oferta!... ¿no hay quien dé más? Treinta y cinco!... lo digo por última vez, ¿no hay quien dé más de treinta y cinco?... ¡Es suyo!

Y al decir esto, apuntaba con el martillo al último postulante que se separaba del grupo para ir á firmar el boleto de compra con toda la prosopopeya de quien ingresa en el respetable gremio de los propietarios.

La verdad es que, si bien Piria exageraba algo en cuanto á la importancia real de la localidad, no mentía en cuanto á ponderar las condiciones de la posición.

El pueblo Joaquin Suarez está situado á poco más de una legua del arroyo Toledo, en una altura que domina un vasto paisage.

Al Este, en un bajo, blanquea el pueblo de Pando, á una distancia de un par de leguas escasas, y allá á lo lejos, muy lejos, en el horizonte, festonean el azul del cielo los perfiles de las sierras de Maldonado y Minas, entre las cuales se destaca, como un cono aplastado en el vértice, el Pan de Azúcar, revestido de ese velo celeste desvaido en que á la distancia parecen envueltas las montañas.

Al Sur, sombrean el horizonte los extensos duraznales de la granja de don Doroteo García y los tupidos bosques de eucaliptus que la circundan.

Al Norte, se estiende la campiña que muere en las lomas cuyas vertientes alimentan el arroyo del Sauce; y al Oeste, ondula el terreno en verdes cuchillas, sobre las cuales, á pesar de la distancia, se destaca el Cerro de Montevideo envuelto en las azuladas brumas de la tarde.

El sol desciende entre nubes de gasa blanca que á su paso se tornasolan con los cambiantes del ópalo, y á medida que baja, va prolongando en la pradera las sombras de las matas de cardo diseminadas aquí y allá, que resaltan con su color ceniciento sobre la alfombra verde que las rodea.

Piria sigue entretanto imperterrito en sus ventas, llevando de un lado para otro la mesa que le sirve de tribuna para arengar á la multitud, pero los compradores empiezan á ralear en su torno, y, refugiados dentro de los wagones, protestan con toda la vehemencia de quién siente el estómago hueco y tiene todavía por delante una hora de camino para llegar á la mesa.

Por fin, Piria se decide á suspender la venta, y en medio del clamoreo de los viajeros, emprende el convoy el regreso.

La naturaleza se prepara a dormir en medio de una completa calma y silencio, solo interrumpido por el silbato de la locomotora que chilla repetidamente para espantar á los animales echados sobre la vía.

El tren cruzaba por una hondonada flanqueada por dos laderas sombreadas ya por el crepúsculo, y en una de las cuales se veían algunas vacas que rumiaban tranquilamente echadas, mientras que en su torno triscaban los terneros, retozando como chiquillos. Al pasar la locomotora, las vacas se levantan pesadamente, retirándose al paso, y los terneros salen á la carrera, haciendo los asustadizos, y se detienen en la mitad de la cuesta, destacándose entre todos, sobre el fondo oscuro del terreno, un torito bragado, semejando la piel un retazo de raso negro con acuchillados blancos. Allí estaba parado con la cabeza erguida como desafiando el peligro, pero así que se aproximó el tren, dió un bufido, levantó el rabo, y arrancó á la disparada hasta llegar al lomo de la cuchilla, donde se plantó nuevamente, revolviéndose con

presteza para seguir mirando al tren, que continuaba su carrera, apurándose para ganar el tiempo perdido por el tropiezo de las vacas.

La vuelta fué más rápida que la ida. Antes de llegar á la Unión, el sol nos dió las buenas noches escondiéndose detrás de Montevideo, que dejó de blanquear para quedar convertido en una masa negruzca, salpicada de un estremo á otro por las luces de los faroles.

Todo fué marcharse el sol, y empezar á brotar de entre el pasto esos chirridos indescifrables producidos por esos miles de insectos que hacen la vida de tahures, pasándose las noches en vela y los dias escondidos en sus tugurios. Parece que la noche, envidiosa de los himnos con que los pájaros acojen el nuevo día, ha querido también formarse una orquesta, pero si así ha sido, es menester confesar que sus artistas desafinan de la manera más lamentable.

En el cielo, aparecen las estrellas como las luciérnagas en el suelo: brillan un momento y vuelven á apagarse como si temiesen haberse presentado ántes de la hora conveniente. Solo Venus, aprovechando los fueros que le dá su próxima conjunción con el sol, se atreve á brillar como reina absoluta del firmamento.

El tren se arrastra con cautela por entre las tortuosas calles de las quintas, y con andar pausado llega, por fin, á su punto de partida. La noche se ha echado encima de la ciudad y sus contornos; el paisaje se ha borrado todo, y hasta el Cerro, que aún allá en Suarez dominaba todas las alturas, ha quedado arrasado por las tinieblas.

Pero de pronto, como queriendo mostrar que lo mismo de noche que de dia vela por la ciudad que duerme á sus piés, hace relampaguear la tradicional farola, cuyos rayos se proyectan en la bahia con surcos luminosos.

Y ahora, como decia Piria, vamos al grano, porque ya es tarde, y el estómago pide algo más que paisajes y rutilar de estrellas.—¡Pide comer!

Noviembre 14 de 1882.

RELINCHOS

DE ULTRA TUMBA

DE ROCINANTE Á GLADIADOR

LLEGAN hasta mi tumba los ecos de los himnos que en tu honor se levantan desde las costas porteñas, y el armazón de mi ya carcomida osamenta se estremece agitada por un legítimo orgullo de raza. Caballo fuí como tú, y tu nombre como el mío pasará á la historia, mezclado con el de los héroes de que se honra la humanidad.

Pero ¡cuánta diferencia va de tí, *Gladiador*, á mí, *Rocinante*, en esto de compartir los triunfos de la gloria! Tú los disfrutas en vida, en toda la lozanía de tu juventud, mientras que yo los alcancé tan solo después de muerto, cuando de nada podían servirme para mi regalo, realizándose en mí aquello de: «al asno muerto, la cebada al rabo».

¿De qué me sirve que el más grande de los ingenios haya inmortalizado mis hazañas en la más universal de las historias conocidas? ¿De qué, que me cantase en sonetos el discretísimo académico de Argamasilla?

¡Ay de mí! Trocara yo toda esa humareda de gloria póstuma por cuatro manojos de cebada, y vendiera mi renombre por ménos precio que el que Esau recibió en pago de su primogenitura, cuando andaba ¡desgraciado de mí! soportando al sol y la lluvia el anguloso cuerpo de mi desventurado caballero.

Tú te cuidas de las inclemencias bajo protectores techos: tú comes tus suculentas raciones en aseados pesebres: tú pastas en praderas alfombradas de tiernas y apetitosas yerbas: tú, en fin, tienes tu serrallo en que te brindan sus caricias las mas gallardas y mórbidas yeguas elegidas para tu solaz por tus solícitos amos, y dianas de triunfo festejan tus victorias, y recamadas mantas cubren tu cuerpo defendiéndolo de las molestas picaduras de las moscas!

Todo eso y mucho más gozas tú ahora, mientras que yo, con ser el caballo más mentado de los siglos, tuve que soportar la intemperie, ora el helado cierzo de las nevadas entumiese mis debilitados miembros, ora el sol abrasador de la canícula derritiese el sebo de mis riñones. Yo solo me alimenté de raíces insulsas ó de esponjosas cortezas: nunca tuve mas manto que el arzón ni mas adorno que la molesta cincha, y el día en que por mal de mis pecados quise refocilarme con unas jacas galicianas que junto á mí pastaban,

recibí de manos de sus dueños, los desalmados Yangüeses, la más soberana paliza que jamás recibiera ninguno de los de nuestra especie.

¡Qué contraste haríamos, tú *Gladiador* y yo, si juntos nos pusieran uno al lado del otro! Tú airoso, bien plantado, crespas las crines y erguida la cola, el ojo vivo, inquieta la oreja, golpeando el suelo con tu luciente casco y haciendo cabriolas con tus delgados y nerviosos remos: y yo triste, derrengado, lacia la crin y marchito el rabo, la mirada vaga, caída la oreja, adelantando ya una mano ya la otra para aliviar mis destrozados encuentros, y sin fuerzas para espantar las moscas que se aglomeraban sobre las rozaduras de mi afilado lomo....!

¡Cuán distintos corren los tiempos! Yo nací y morí en la edad de hierro para la caballería, mientras que tú gozas en la de oro, sin más trabajo que el de recorrer algunas cuadras en agitado galope para volver á los regalos del pesebre y á los halagos del serrallo en que tus odaliscas yeguarizas se disputan entre relinchos y amorosos tarascones los favores del vencedor.

Yo vine al mundo demasiado tarde y demasiado temprano. Cuando nací, todavía se hacía memoria de los regalos y mimos de que eran objeto los bridones de los caballeros andantes, y hasta en romances se leía escrito que por entonces cuidaban de ellos las doncellas,

y dueñas de su rocino.

Pero de mí solo cuidaron desgracias y desven-

turas, y víctima de las locuras de mi amo, fueron

mi cama, las duras peñas,
y el dormir, siempre velar,

engañando al hambre haciendo coscojear el freno, y tragando saliva para disimular la sed: siempre con la cincha apretada, siempre con el lomo oprimido por el arzon, y siempre temeroso de que mi caballero me llevase á embestir molinos de viento, ó á desbandar majadas de ovejas, ó á libertar Ginesillos, ó a desafiar las iras terribles de los leones que tuvieron la magnanimidad de perdonarnos en la más descabellada de las aventuras con que tropezó mi amo en su asandereada peregrinación por las dilatadas llanuras de la Mancha.

Yo soy el Cristo de la caballería: yo ennobleci la raza, pero por ella sufrí los mas atroces tormentos.

A mí me apalearon yangüeses, y me apedrearon pastores, bandidos me maltrataron, las hambres me consumieron, me martirizaron tábanos, me vejiguearon farsantes, y para colmo de desdichas y de vergüenzas, me ví pisoteado por las inmundas pezuñas de una piara de puercos.

Ni me felicitaron Presidentes, ni me aclamaron Gobernadores, ni me alabaron literatos, ni me engalanaron doncellas, ni mi retrato sirvió de adorno en pañuelos y abanicos.

Pobre nací, flaco viví, y descoyuntado morí, sin que mis muchos servicios me valiesen el ser respetado en mi vejez. Todo fué rodar al empuje

de los poderosos encuentros del bridón que jineteaba el caballero de la Blanca Luna, y acabar mi nombradía; y gracias que no fuí abandonado como lo pretendía mi amo, cuando, á semejanza de Orlando, quería dejar colgadas de un arbol sus armas defendidas con un cartel que dijese:

Nadie las mueva,
Que estar no pueda con Quijote á prueba.

Ten en cuenta todos esos martirios, y no olvides en tus triunfos á este tu antepasado que tanto lustre dió á tu raza.

Desde mi ignorada tumba te dirijo estas quejas para que aprendas á cuán subido precio se alcanzaba en mis tiempos la gloria, mientras que en los tuyos ella te brinda todos sus goces, sin exijirte sacrificio alguno. Á tí podría yo cantarte lo que la desenvuelta Altisidora cantaba á mi amo para acabar de trastornarle el seso:

Oh tú, que estás en tu lecho
De tierna y mullida paja
Durmiendo á pierna tendida
De la noche á la mañana;
Caballo el más afamado
Que ha producido la Pampa,
Más preciado y más bendito
Que el oro fino de Arabia:
Oye al triste Rocinante
Desde su tumba ignorada,
Que está hambreando todavía
Por un puñado de alfalfa,
Mientras que tú satisfecho
Alegre y soberbio piafas
Y enamoras á las yeguas
Con relinchos y patadas.

Así pudiera seguir ensartando endechas, y llorando desgracias, y haciéndote ver las ingratitudes del mundo, si no temiera que á lo mejor me salieras con alguna impertinencia como *Babieca*, cuando discurriendo conmigo sobre las necedades de la vida, me dijo:

---Metafísico estais---Es que no como.

le contesté, y otro tanto te contestara á ti, por donde verás tú que el filosofar es de los hambrientos desde tiempo atrás, que los que tienen el estómago lleno, para nada se ocupan de esas monadas y embelequerías.

Y mientras tanto, así es la vida. Tú vives en la abundancia y el regalo, sin más hazaña que la de haber corrido más lijero que tus adversarios, y yo, que aguanté sobre el lomo al más andariego é intrépido caballero, yo, que asistí y tomé parte en la descomunal refriega de Puerto Lápice, y que fuí actor en la jornada con el Caballero de los Espejos, y desbaraté los poblados ejércitos del jigante Alifanfaron, y consumé muchos otros hechos de alta nombradía que la historia guarda en su más preciado joyero: yo, digo, no tuve más descanso que los tres días que pasé en el mezquino pajar del habilidoso cuanto mísero Basilio, ni más regalo que el tiempo que permanecí ocioso en los espaciosos establos del Duque, á quién de buena gana perdono la mofa que hizo de mi caballero, en pago del agasajo que me dispensó.

Pero, ¿qué son esas realidades de la vida al lado de la gloria imperecedera que rodea mi memoria?

Tu nombre no vivirá más que lo que vivan tus hazañas, y no será difícil que en día no lejano oscurezca tu fama alguno de los potrancos que en torno tuyo retozan con el rabo enhiesto, acabando por quedar tú olvidado, peludo y vichoco, degradado á la humillante condición de mancarrón aguatero.

Entonces, ¡adiós felicitaciones Presidenciales! ¡adiós arrumacos de Gobernadores! adiós ditirambos de poetas! ¡adiós mimos y zalamerías de doncellas! ¡adiós entusiasmo de las muchedumbres y ostentación de tus retratos en pañuelos y abanicos!

¡Tú, el hoy mimado *Gladiador*, quedarás arrumbado en el sepulcro del olvido, y la cal de tu osamenta se diseminará en impalpables moléculas arrebatadas por el soplo devastador del pampero, mientras que yo, el antes asendereado Rocinante, viviré por los siglos de los siglos en las páginas de oro de la más brillante historia que haya producido el ingenio humano, y mi esqueleto, bruñido y articulado por los escultores del idioma, quedará engastado en las entrañas de la literatura, señalando el período de su mayor esplendor, como señalan esos fósiles de animales enormes enterrados en el seno de la madre tierra la época en que la naturaleza alumbró sus más colosales engendros.

Así relinchó Rocinante; Rocinante el manso, Rocinante el bueno, Rocinante el sufrido, y yo, fiel cronista de todos sus hechos, é intérprete de todos sus pensamientos, así lo consigno, abonando su autenticidad con mi nunca desmentida fama de verídico, y empeñando, como prenda de ella, mi diploma bachilleresco, que es á lo que más apego tengo en esta vida.

Octubre 21 de 1882.

DALMIRO COSTA

Si me dijeran que nació tocando el piano, no me atrevería á negarlo, porque me consta que á la edad en que apenas empiezan los niños á pronunciar la *r*, ya Dalmiro ejecutaba *de corrido* variados trozos de música. No era uno de esos niños en cuyos ojos y movimientos se adivina el genio: por el contrario, era un muchacho apático, de mirada vaga, poco sensible á las caricias y completamente indiferente á los juguetes. No aspiraba á otro premio sino el de que le permitiesen poner las manos sobre el teclado.

Así creció, llevado de casa en casa para que admirasen aquella *monada*, y él se dejaba llevar soportando con resignación los mimos y caricias con que le mortificaban, á trueque de satisfacer su afición.

Del pentágrama no sabía más sinó que eran unas rayas salpicadas de puntos negros. ¡Qué le importaba á él del pentágrama! Tenía la música en la cabeza y en el corazón, y no necesitaba más. Aquel era su idioma nativo, y de él se valió para espresar sus sentimientos antes de aprender á combinar frases habladas. Poco ó nada pudieron con él los maestros que trataron de enseñarle la gramática y la aritmética. Ni atendía á lo que se le decía, ni hacía el menor empeño por meterse en la cabeza aquellas cosas tan poco armónicas. Tal vez, si le hubiesen enseñado en verso, hubiera aprendido con más presteza, porque la cadencia rítmica habría servido de vehículo para hacer llegar aquellos conocimientos á su inteligencia.

Poco á poco fueron desarrollándose sus instintos musicales, y rompiendo el cerco estrecho de las prescripciones clásicas, creó un método suyo, exclusivamente suyo, algo de eso que no se puede imitar, como no se imita la pincelada de Rafael, ni se reproduce el acento de Adelina Patti.

Ni Pleyel, ni Chickering, ni Steinway, ni Schiedmayer, ni ninguno de los más afamados fabricantes de pianos han soñado jamás que los instrumentos que ellos construyen suenen de la manera que los hace sonar Dalmiro Costa. Él ha encontrado el medio de trasmitir á la tecla el fluido de su organismo, y la nota que arrancada por otras manos solo produce un ruido más ó menos sonoro, tocada por él, ríe, llora, pide, da, palpita amorosa, vibra de rabia y reproduce todas las encontradas sensaciones del cuerpo y del espíritu.

Dalmiro no toca la música: la dice, la recita, la

declama. Si fuera mudo de palabra, le bastaría sentarse al piano para hacerse entender aún de aquellos que, como los aludidos por Jesús, tienen oídos y no oyen. Conocedor profundo del lenguage de la armonía, lo traduce lo mismo en Meyerbeer, en Verdi, en Bellini, en Offembach, en Gounod, en Arrieta y en Gaztambide. Y no se limita á repetir la frase musical dándole su sentido y entonación, sinó que la parafrasea, la analiza, la cambia por otra equivalente, la vuelve por activa y pasiva, la condensa en una sola palabra, la deslíe en muchas otras, y sobre aquel tema constituye todo un discurso que deja al oyente empapado en la materia que ha desarrollado.

Dalmiro Costa no es un ejecutante de la música de otros maestros: es su comentador, su intérprete, su anotador. Él es, para Gounod ó Bellini, lo que Gustavo Doré ha sido para Dante ó Milton, ilustrando *La Divina Comedia* y *El Paraíso Perdido*. Él sabe hermanar, fundir, por decirlo así, en un mismo molde, la música que traduce iguales sensaciones, y así, mientras que con la mano izquierda dice con Fausto: *Laisse moi contempler ton visage*, con la derecha repite con Radamés: *Morire si pura e bella*, sin que de esta amalgama de dos escuelas opuestas y de dos maestros antagónicos, brote una sola nota discordante: es el amor espresado en dos idiomas que, al ponerse en contacto, se refunden en uno solo, que habla lo mismo al corazón de Margarita y al de Aida.

Dalmiro no puede tocar lo que se llama una pieza de música. Pedírselo sería lo mismo que pedirle á una golondrina que volase siguiendo

una línea fija trazada en el espacio. Él baja, se remonta ó se posa según su capricho, obedeciendo á las sensaciones que el eco de sus notas le despiertan. Cuando el *andante* le enternece á punto de que las últimas frases parecen humedecidas con lágrimas, salta repentinamente al *walz* como queriendo desterrar la melancolía que le invade, pero aquel arranque pierde su brio á los pocos momentos, adormece el compás, pasa de las notas naturales á los semi-tonos, é insensiblemente se torna el entusiasmo en languidecimiento, hasta que muere en acordes místicos que parecen desprenderse de la tierra y evaporarse en murmullos vagos como esas ténues nubes de la tarde que se deshilachan en finísimas hebras impalpables á la vista.

Dalmiro Costa no es solo intérprete, sinó autor también, pero sus obras nadie puede descifrarlas por que nadie sabe comprenderle. En vano ha agotado su ingenio para dar á cada una de sus notas una esplicación escrita; el lenguage humano no tiene palabras para traducir las inspiraciones del genio.

Á propósito de esto, recuerdo una anécdota histórica. Acababa Dalmiro de componer sus *Sueños*, y preguntándole á un su amigo, sordo como una tapia en materia de música, qué le parecía su obra, contestóle éste:

—Muy bien; me ha gustado mucho tu música; pero, dime ¿de quién es la letra?

Aquello tuvo contrariado á Dalmiro durante una semana. No podía darse cuenta de que hubiese quien hiciera mofa de la música. En ese punto

es muy susceptible, y debido á esa susceptibilidad se le tiene generalmente por retraído y hasta por díscolo. ¡Profundo error! No hay nadie mas espansivo que él cuando da con una naturaleza afinada por el mismo diapason que la suya. Lo que le contraria y enoja es tener que tratar con personas que no le comprenden. Espíritu fino, inteligencia delicada, sabe apreciar la belleza de un pensamiento ó la intención oculta de una frase, de esas que. según él, *le hacen feliz*, tanto como le fastidian las groserías y chavacanerías de los que á toda costa quieren lucir un ingenio que no tienen.

Á veces, lamentando su situación, suele decir: «¡Ah! ¡lo que yo podría hacer y componer si fuera rico!» Ahí se engaña Dalmiro profundamente. El día que la suerte le sonriese no volvería á producir nada. No sé si habrá en ello algo de preocupación, pero yo creo que la inspiración necesita del aguijón de la pobreza para manifestarse en todo su vigor.

Parece que la abundancia convida á la molicie y al abandono, y, ¡Dios me perdone! hasta se me antoja que la riqueza achata el espíritu, le apoltrona y le quita aquella vivacidad con que despunta desde la estrechez. No diré que sea regla general, pero sí es lo más común que de la pobreza salgan los ingenios que descuellan en las ciencias y en las artes; y no es que yo crea que los cerebros de los ricos estén de diversa manera organizados, sinó que las facultades se desarrollan y se aguzan en el diario batallar por la existen-

cia, como se vigorizan y crecen las fuerzas físicas en la ruda gimnasia del trabajo.

¡Sublime resignación esta del genio condenado á la miseria! Ignorado heroismo sintetizado por Narciso Serra en su apólogo sobre Cervantes, cuando pone en boca del famoso manco aquella última quintilla que dice:

¡Si Lope me adivinó,
Al darme glorioso mote,
La patria ingrata no vió
Que Cervantes no cenó
Cuando concluyó el Quijote!

¡Pobre Dalmiro! ¡Cuántas noches tampoco habrá cenado mientras vagaban por su imaginación los acordes y las armonías de *Los Sueños, La Pecadora*, y otras composiciones que traducen las tribulaciones de su espíritu al par que la inspiración de su genio poético!

Pobre nació; pobre ha vivido; y pobre vivirá, porque no hay en él una sola fibra que le impulse por la senda que lleva á la riqueza. Y, sin embargo, ¡ese es su sueño! El día en que puede estrenar un par de guantes, se mira las manos con una complacencia infantil, y la vanidad le rebosa en todos los gestos. ¡Debilidades humanas! ¡Funda más su orgullo en aquellos dos retazos de piel curtida que en las producciones de su talento!

Así es Dalmiro Costa: una mezcla de vanidad y de modestia completamente híbrida.—Vanidoso con la riqueza y el fausto que jamás alcanzará; y modesto hasta la exageración con lo que constituye su tesoro.

Tiene delirio por los versos, sobre todo por aquellos que armonizan y conciertan con su espíritu melancólico y soñador.—Heine y Becquer le encantan, le deleitan; los recita con unción, con una especie de fervor místico; y cuando crée que su acento no alcanza á espresar el sentimiento de sus estrofas favoritas, entonces pone las manos en el teclado, y dejando errar su mirada por las vaguedades del espacio, empieza á arrancar melodías de una suavidad esquisita; las notas modulan ecos de arpas celestiales; brotan límpidas y diáfanas como el cristal, y se prolongan en murmullos eólicos, como si el fluido que ajita su cuerpo imprimiese sus vibraciones á las teclas.

¿Qué toca en esos momentos? Él mismo no lo sabe; parece que una fuerza oculta impulsa aquellas manos largas y descoyuntadas, cuyos dedos semejan tentáculos que se estienden y encojen con ondulaciones de reptil recorriendo todo el teclado, cantando en los tiples armonías delicadas, mientras que los bajos rezongan con melancólicos écos, como haciendo sombra á la luz que brota del otro estremo del piano.

No recuerdo si la música de *Un Pleito* es de Arrieta ó de Gaztambide, pero ya sea de uno ó de otro, estoy seguro de que el autor quedaría estasiado ante la interpretación que da Dalmiro á la serenata que empieza:

Yo tengo noche y día
Los ojos fijos en tu balcón,
Y hasta que tú te asomas
En este barrio no sale el sol.

Esta música tierna, sencilla, impregnada de esa tristeza peculiar de las cantilenas españolas, la envuelve Dalmiro en una red de arpegios vaporosos; la mece, la arrulla, y debilitada al fin por aquella presion de armonia, muere entre suspiros que imploran, que lloran, con los desfallecimientos del placer. Y conjuntamente con la música, parece que muere Dalmiro, los ojos en blanco, el rostro pálido, agitado todo el cuerpo con un temblor nervioso, y entreabiertos los labios como próximos á exhalar el último aliento.

Hace muy pocas noches le oí tocar en *El Gimnasio*, lujoso café de verano instalado en la calle de Florida en Buenos Aires, y salí de allí impregnado de una dulce melancolia, como si el músico-poeta me hubiese trasmitido, envueltas entre sus notas, las sensaciones que agitan su espíritu soñador y vago.

¡Triste condición la del genio sometido á las exigencias de la vida! ¡Dura esclavitud del talento poderoso y libre uncido al yugo de la carne flaca y servil!

Dalmiro toca para comer, y para dar de comer; y el público que paga, exije que haga sonar el piano, sin tener para nada en cuenta las tribulaciones que acongojen su ánimo.

Cuántas veces ¡cuántas! al ver á Dalmiro recorriendo el teclado con sus manos descarnadas, me acuerdo de Campoamor y repito con él:

¡Cómo tracrá el corazón
El gaitero
El gaitero de Gijón!

Diciembre 10 de 1882.

LA LEYENDA PATRIA

Más de cinco mil personas rodeaban el monumento que se inauguró en la villa de *La Florida* el día 18 de Mayo de 1879. El jurado nombrado para discernir el premio á quien con más inspiración cantase la epopeya de nuestra independencia, colocó sobre el pecho de Aurelio Berro la honorífica medalla, consagrando el acto el doctor don Angel Floro Costa con aquel célebre discurso, que hizo servir como escaparate para exhibir todo lo que sabía y no sabía, remontándose hasta la edad de piedra y cargando la mano sobre cuanto esdrújulo le cayó al alcance,

todo para anunciar que ha puesto un huevo,

como decía la rana de los cacareos de la gallina.

El numeroso público que había quedado marchito y cariacontecido con la pirotécnica pseudocientífica de don Angel Floro, empezaba á diseminarse temeroso de una nueva granizada esdrújula, cuando se sintió atraido por el vigoroso acento de un nuevo orador que había ocupado la tribuna.

Era, el tal, pequeño de estatura, enjuto de carnes, y parecía imposible que tan endeble instrumento pudiese producir notas tan robustas. Á medida que brotaban de sus labios los rítmicos acentos inspirados por el patriotismo, se iluminaba su mirada con resplandores guerreros, accionaban los brazos con atlético vigor, y el cuerpo mezquino se ajigantaba hasta adquirir proporciones colosales. Parecía que una aureola de luz le rodeaba y que de aquel foco irradiaban corrientes de entusiasmo que electrizaban hasta á las más apartadas filas del auditorio.

Llora el poeta en la noche oscura de la opresión de la patria, y su alma desfallece al ver rendido al pueblo que otrora luchara incansable por la libertad. ¡Todo está frio y mudo en torno suyo!

De los llorosos sauces
Que el *Uruguay* retrata en su corriente,
Cuelgan las arpas mudas,
¡Ay! las arpas de ayer, que en himno ardiente;
Himno de libertad, salmo infinito,
Vibraron al rodar sobre sus cuerdas
Las auras de las *Piedras* y el *Cerrito*.

Las glorias del pasado se apagan en las tinieblas del presente. No hay un solo guerrero en

armas que haga alentar la esperanza de que cesará el cautiverio en día más ó menos lejano, y al oir esta elegía por la patria, todos los oyentes se sienten conmovidos, desesperando con el poeta de ver llegar los albores de la soñada libertad. Los recuerdos de la tradición gloriosa han muerto en la memoria del pueblo sojuzgado á la estraña dominación, y si algunos se conservan, viven apenas

Como esos lirios pálidos y yertos,
Desmayados suspiros de los muertos,
Que entre las grietas de las tumbas crecen.

Lúgubre silencio reinaba en todo el auditorio. Parecía que aquellas cinco mil almas vivían 60 años atrás, sintiendo el yugo de los invasores cuya prepotencia lloraba el poeta con el desencanto de quien nada espera. El rostro y el ademán traducian aquel desaliento que postraba al patriotismo inerme é impotente. Apagado el brillo de la mirada, la frente velada con las sombras de la tristeza, desmayada la voz, la acción desfallecida, parecía el poeta la encarnación del pueblo abatido por el infortunio.

Pero, de repente, un eco lejano despierta el oido adormecido en la desgracia, y una vaga claridad sorprende á la mirada enceguecida por las tinieblas.

Aquel eco lejano es el de la barcarola que entonan los barqueros,

De ritmo audaz y cadencioso brío
¡ La eterna barcarola redentora !

Aquella claridad vaga que rasga el negro velo del cautiverio, flota sobre las dormidas aguas del Uruguay, de entre las cuales

> Brota un rayo de luz desconocido,
> Que desgarrando el seno de las brumas
> Atraviesa la noche del olvido.

¡Qué repentino cambio en la espresión, el acento y el ademán del poeta! Relampaguea la mirada como deslumbrada por aquel inesperado resplandor que

> Es primero un albor..... luego una aurora.....
> Luego un nimbo de luz de la colina.....
> Luego aviva..... y se eleva..... y se dilata,
> Y encendiendo el secreto de la niebla,
> En fragoroso incendio se desata.

Y esto no solo se oye, sinó que se vé. El bardo lo dice y lo pinta con vívidos colores. El punto luminoso brota en sus ojos, ilumina después su inspirada frente, anima la sonrisa de esperanza que dibujan sus labios, fulgura en todo su rostro, y creciendo á medida que el patriotismo lo aviva, lo envuelve con brillantes resplandores, que se esparcen en torno suyo derramando ondas de luz cuya claridad se difunde hasta los más remotos horizontes.

En esa luz quedó bañado el auditorio que escuchaba al poeta, y cuando sintió los ateridos miembros entibiados por el calor que irradiaba aquel cerebro encandecido por el fuego del sentimiento patrio, prorrumpió en una manifestación solemne, grandiosa, estentórea, aclamando en-

tre vivas y aplausos á Juan Zorrilla de San Martin como al cantor de las glorias nacionales.

Desde ese momento, el último acento de cada estrofa moría entre el clamoreo entusiasta de la multitud electrizada, y como si de antemano hubiese preparado la escena,

entre la luz, los cantos, los latidos,

hizo surjir ante los ojos de aquellos cinco mil espectadores atónitos

Del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres;*
Treinta y Tres Hombres que mi mente adora,
Encarnación, viviente melodía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la patria mía!

Es indescriptible la escena que se siguió á esta evocación. Todos los labios se movian profiriendo gritos patrióticos, todos los brazos se agitaban saludando al poeta, y todos los rostros retrataban las sensaciones despertadas en el espíritu por los mágicos acentos de aquel canto desconocido. Los ánimos se enardecían siguiendo las peripecias de aquella epopeya grandiosa, en que los héroes, sedientos de libertad, encontraban

tardo el corcel y perezoso el plomo

para llegar al pecho del opresor de la patria.

¡Sarandí! ¡Ituzaingó! ¡Prólogo y desenlace de aquel drama sublime de abnegación y heroismo! Zorrilla traza ambos cuadros con rasgos de un

colorido palpitante. ¡Parece que se oye el rechinar de los hierros y el caer de los cuerpos tronchados por el rudo golpe del sable, en aquella famosa carga que arrasó las huestes enemigas, como si sobre ellas se hubiese lanzado el escuadrón de la muerte!

. . . . . .

Ya está cimentada la libertad de la patria. El poeta despierta de aquel sueño en que solo oía el fragor de la batalla, y veía los campos teñidos con la sangre de los que cayeron en la inmortal cruzada. El cielo brilla sereno y límpido, presagiando una nueva era de paz; y lleno de fé en el porvenir, pone de lado la trompa épica con que cantó las glorias guerreras, y entona el idilio del trabajo en estas estancias, arrancadas al parecer de la cítara de Arriaza ó de Melendez:

Rompa el arado de la madre tierra
El seno en que rebosa
La mies temprana en la dorada espiga,
Y la siega abundosa
Corone del labriego la fatiga.
Cante el yunque los salmos del trabajo;
Muerda el cincel el alma de la roca,
Del arte inoculándole el aliento,
Y en el riel de la idéa electrizado,
Muera el espacio y vibre el pensamiento.

. . . . . .

¿Por qué no alcanzó Zorrilla el primer premio? No fué por cierto porque no lo hubiese merecido, pero el jurado habia de antemano limitado el número de versos, y la composición de Zorrilla escedía de aquellos límites. Tal vez no re-

cordó aquella condición, y si la recordó, prefirió renunciar al premio antes que cortar el vuelo de su inspiración.

Pero si no alcanzó el premio material, alcanzó en cambio ese lauro imperecedero que sobrevive al metal y al mármol: el lauro de la gloria.

Aurelio Berro, el poeta premiado, justicieramente premiado por llenar su composición las condiciones impuestas y ser á la par una obra notable como inspiración y como clasicismo, desprendió de su pecho la medalla que el jurado le había discernido, y quiso á toda costa colgarla en el de aquel joven que acababa de electrizar al auditorio.

Zorrilla se resistió á aceptar aquella ofrenda que se le hacía con generoso desprendimiento, agradeciéndola con toda efusión.

Desde entonces quedó cimentada su gloria sobre base imperecedera, y desde entonces, también, quedó consagrada *La Leyenda Patria* como el himno de las glorias nacionales.

Yo era adversario de Zorrilla, adversario ardiente é implacable, pero confieso que, cuando le oí, quedé desarmado y acabé por tenerle cariño. Vinieron, después, las agitaciones políticas, recrudeció la polémica, y un buen día, recibí en lo más hondo del alma una herida pérfida y sangrienta, que me asestaron desde las columnas de *El Bien Público*. Aquello me enconó y llegué á no cambiar ni siquiera el saludo de forma con el cantor de *La Leyenda Patria*. En ese estado de ánimo se la oí recitar por segunda vez en San José, y olvidando la injuria, fuí el primero en rom-

per los aplausos arrastrado por el entusiasmo que despertaban en mí aquellas inspiradas estrofas.

Después, todo se olvidó. No era él quien me había ofendido. —Así me lo dijo en un momento de espansión, y así quise creerlo, porque es imposible admitir que en el alma en que desbordan sentimientos tan elevados como los que palpitan en las notas de ese himno patriótico, puedan tener cabida mezquinas pasiones.

Otra vez y otra he oido á Zorrilla recitar su canto, y cada vez ha hecho latir en mí mayores sensaciones. Es que hay en esos versos algo más que el ritmo y la armonía: hay la inspiración ardiente que brota vigorizada por el sentimiento de la patria, de esta pobre patria que hoy, como en aquel

¡Lustro de maldición, lustro sombrío!

yace postrada entre los brazos de hierro que la oprimen y aniquilan. De aquellos tiempos de heroismo y gloria

Apenas si un recuerdo luminoso
Tímido nace entre la sombra errante
Para entre ella morir; como esas llamas,
Que alumbrando la faz de los sepulcros
Lívidas un instante fosforecen.

. . . . . .

. . . . . .

Estos recuerdos y estas impresiones las despierta un libro que acabo de recibir, impreso en la casa editorial de Barreiro y Ramos. Contiene ese libro *La Leyenda Patria* de Zorrilla, precedida

de un precioso artículo de Andrade, en cuya reciente tumba acaba de deponer una perfumada ofrenda el cantor de *Celiar*, simbolizando la temprana muerte del poeta en este profundo pensamiento:

¡Anocheciòle en la mitad del día!

El libro es digno de la obra que encierra y hace honor al arte tipográfico nacional. La pulcritud y elegáncia de la impresión, la vistosa y rica encuadernación que la envuelve, y más que todo, el ser producto de la industria del país, son circunstancias que hacen á su editor Barreiro acreedor á la protección y al aplauso del público.

Si la obra de Zorrilla es por si sola un atractivo para los amantes de las letras, aumenta ese atractivo el venir impresa en condiciones excepcionales, encuadernada con elegantes tapas adornadas con relieves estampados en oro y negro sobre fondo rojo, y enriquecida con el retrato de su inspirado autor.

Diciembre 23 de 1882.

GERMÁN MAC'KAY

PRIMER ACTOR DRAMÁTICO AMERICANO

Don Santiago Mac'Kay, oriundo de Escocia, de donde había emigrado á América, ejercía allá por los años treinta y tantos, la profesión de comerciante en la ciudad de Panamá, perteneciente á la federación Colombiana.

Cimentada su posición con una regular fortuna adquirida en el comercio. pensó el señor Mac'Kay en lo que generalmente piensan todos los hombres á cierta edad, que fué en casarse, deseo que si de suyo no le nacía, había quien lo engendrase sobradamente en Panamá. donde las mujeres tienen esos ojos peculiares á todas las de América, y que parecen aljabas guardadoras de flechas, segun son de afiladas y penetrantes las miradas que despiden.

Suponiendo, pues, que el buen escocés tuviera sus ideas celibatarias, quiso su destino que se encontrase con una panameña cuya sola vista fué causa bastante para dar al traste con todos los propósitos anti-matrimoniales, y de ahí la unión de don Santiago Mac'Kay con doña María Gutierrez, hija del General Gutierrez de Piñeres, soldado distinguido que fué de la Independencia.

Realizóse el enlace el año 1840, y andando el tiempo, sucedió lo que no era un fenómeno que sucediese: esto es, que vino al mundo un nuevo Mac'Kay, que recibió en la pila el nombre de Germán. Creció el descendiente de don Santiago lleno de mimos y rodeado de maestros, y con tal ahinco se consagró el niño á los estudios, que á los quince años era ya bachiller, halagándose sus padres con la idea de que pronto tendrían un doctor en la familia.

Pero, el hombre propone, y Dios dispone. Proponíase don Santiago Mac'Kay hacer de su hijo un hombre de foro, pero las circunstancias, ya que Dios no se entromete en estas cosas, dispusieron que Germán había de ilustrar su apellido en el arte, y así fué.

Sucedió que en el año de 1856, á tiempo precisamente en que Germán se calaba el bonete coronado con el árbol de la ciencia, llegó á Panamá una compañía dramática, de la que era primer actor un tal O'Loghlin, que alcanzó gran reputación en el Pacífico. El joven Mac'Kay iba con frecuencia al teatro, y deslumbrado por los triunfos que coronaban noche á noche al artista, entróle el deseo de comprar la gloria á igual precio. Niño aún,

aunque disimulada su edad por la elevada estatura que le realzaba, empezó á frecuentar los artistas, y lo que en un principio fué solo mera afición, acabó por hacerse en él un propósito arraigado.

La primera vez que Germán habló á su padre de sus tendencias artísticas, el buen escocés puso el grito en el cielo, y trató por todos los medios de combatir aquella para él maldita influencia, que trastornaba los proyectos que respecto del joven abrigaba.

Pero ya era tarde; Germán estaba dominado por la vocación que le arrastraba á la escena, de la cual no conocía más que las glorias, ignorando las rivalidades y miserias que tras los bastidores se agitan. Partió la compañía O'Loghlin para el Perú, y quedó el joven Mac'Kay como si le hubiesen llevado la mitad de su sér. Aquella partida, lejos de apaciguar sus tendencias, las irritó más aún: luchó entre su vocación y el amor á sus padres, pero al fin venció aquella, y un buen día, el hogar de la familia de Mac'Kay perdió todas sus alegrías, mientras el causante de aquel dolor navegaba con rumbo al Perú, donde, una vez llegado, se agregó á la compañía O'Loghlin, llenando así los anhelos que le habían hecho desertar del techo paterno.

Todo ayudaba al joven Mac'Kay para hacerse de un nombre en la escena: su apuesta figura, su educación, el timbre sonoro de su voz, y sobre todo, el genio que sentía agitarse dentro de su hermosa cabeza. Se estrenó como segundo galán joven, con aplauso, cuando apenas tenía

diez y seis años. Á los diez y ocho era ya primer galán, y á los veinte eclipsaba á su maestro O'Loghlin, haciendo los primeros papeles. Durante cinco años recorrió los principales teatros de Chile, Perú y Bolivia, adquiriendo envidiable renombre, matando con su talento todas las rivalidades que en torno suyo hervian, hijas de la envidia de quienes, diciéndose maestros en el arte, quedaban relegados ante aquel joven que á largos pasos recorria el camino de la gloria.

Apesar de sus triunfos, Mac'Kay no creyó haber alcanzado las cumbres que él soñaba en el arte á que se habia consagrado, y resolvió hacer un viaje á España con el objeto de perfeccionarse en la escuela de Romea y de Valero, que eran por aquel entonces los príncipes de la escena dramatica española.

Á esa circunstancia debimos el tener en Montevideo á Mac'Kay el año 1868, contando apenas entonces 27 años. Recuerdo como si fuera ahora la noche de su estreno en *Solis* con el drama *Los hijos de Eduardo*. Para mi fué una revelación aquella naturalidad en el decir y aquella sencillez en la acción, acostumbrado como estaba al énfasis y á los manoteos de los actores españoles que hasta entonces habia visto.

El teatro estaba vacio: Mac'Kay habia caido entre nosotros sin nombre que le precediese, ni anuncios que le presentaran como un artista de primera fila. Pero el centenar de espectadores que en aquella primera noche pudo apreciar su talento, fueron al segundo dia cien pregoneros de los méritos del artista americano, y desde la

segunda representación, nuestro gran teatro era pequeño para contener el numeroso público que acudia á admirar á Mac'Kay. Los viejos nos hablaban de Casacubierta como único término de comparación posible con el joven panameño.

El repertorio de Mac'Kay se componía de las principales obras del teatro español y francés, la mayor parte de ellas nuevas para nuestro público. Pero cuando el entusiasmo llegó á su colmo, fué cuando hizo por primera vez el *Sullivan*. Aquello fué un éxito extraordinario, y la interpretación de aquella obra le bastó para conquistar un renombre que nadie hasta entonces habia alcanzado en el Rio de la Plata.

Mac'Kay era un actor de corte moderno, desligado de todos los resabios de la vieja escuela española que hacian decaer entre nosotros el gusto por el drama. Su aparición en nuestra escena fué una verdadera resurrección para el arte dramático, que se nos presentaba bajo formas nuevas, revestido de esa sencillez y naturalidad que son inherentes á todo lo que es real.

Mac'Kay, sin saberlo quizás, era un actor de la escuela realista, escuela en que se habia formado él solo, sin más maestro que su inspiración, adivinando que el secreto del arte estriba solo en la más difícil de las facilidades, si es que asi puede llamarse á la estricta reproducción de la verdad. Fuera de la verdad no hay belleza, y donde la belleza falta, falta el arte. *Rien n'est beau que le vrai*, habia dicho ya alguien, y ese dicho, aceptado como máxima, quedó complementado con otra que sintetiza más la idea: *l'arte è il vero.*

Esa fué la divisa de Mac'Kay, y ella la que le llevó al triunfo. Comprendió que los efectos escénicos no están en la exajeración de las pasiones, ni en la altisonancia de las frases, ni en el amaneramiento de los modales, sinó en retratar fielmente los efectos de esas pasiones, tales como se manifiestan en la vida real. Era el primer actor que entre nosotros hablaba en la escena como hablan los hombres en sociedad: suave, sin afectación, cuando la situación lo requería, y violento, sin estrépito, en los trances fuertes.

En *Sulliran*, Mac'Kay era no solo el artista, sino el hombre que hacía suya la causa del protagonista que representaba. Se defendía él mismo contra las rancias preocupaciones sociales que pretendían hacer del actor un paria, para quien estaban cerradas todas las puertas que no fueran las del teatro; para quien no había afecciones, ni amistad, ni amor, mas que el que se recita en las comedias.

Mac'Kay encarnaba á *Sulliran*, con el mismo entusiasmo con que Federico Lemaitre representaba el *Kean*, haciendo de la escena una tribuna pública en la que el artista podía defender su causa para allanar las resistencias que la preocupación le oponía, para poder llegar á la esfera social en que se agitan los demás hombres.

El joven actor americano hizo de *Sulliran* su caballo de batalla, y con él triunfó, haciéndose admitir como lo merecía quien no tenía más delito que el de ganarse honradamente la vida con su talento, á diferencia de otros que alternan en las más elevadas esferas y que sin embargo co-

mercian con infamias y rastrerías ocultas bajo una capa de oro.

Estando Mac'Kay en Montevideo. como dejo dicho, el año 68, se desarrolló la epidemia del cólera. Las familias emigraron al campo, los teatros se cerraron forzosamente por falta de público, el hijo del escocés don Santiago tuvo por muy prudente, como todo hijo de vecino, sacar el cuerpo á la descarnada que no se daba reposo en cortar con su afilada guadaña, y se retiró á la Union, cuartel general de los que escapaban del flajelo.

Pero ni aún allí las tenía todas consigo el artista, y tan no las tenía, que sus amigos hacían burla del contínuo sobresalto en que vivía, hasta que uno de ellos, para quitarle desazones, le invitó á pasar una temporada en una estancia, invitación que él aceptó de mil amores.

Y ahí tienen ustedes á don Germán Mac'Kay, campeando por el *Rincón del Rey*, en el Departamento de la Colonia, por temor al cólera, y á fe que había razón en temerle, pues se despachaba á los moradores de esta reconquistada ciudad de á cien por dia.

Lo mejor del caso es que Mac'Kay tenía ya tomado pasage en un vapor trasatlántico para realizar el viaje á Europa que desde Chile traía proyectado, pero, temeroso de la peste, prefirió perderlo ántes que asomar las narices por Montevideo, y así, en vez de acercarse al puerto, se internó tierra adentro.

Cualquiera, en el caso del aplaudido actor, habría aprovechado aquellas vacaciones forzadas

para descansar de sus fatigas artísticas, pero, dominado como estaba él por la pasión del teatro, no pudo permanecer mano sobre mano contemplando las cuchillas, y ya que le era imposible representar dramas, se puso á hacerlos, y á esa circunstancia casual debe el pequeño repertorio americano una nueva obra, favorablemente juzgada por la crítica, que lleva por título: *Elena*. El actor se hizo autor, y su drama, interpretado por él mismo, le agregó una hoja más á las muchas que formaban la corona de gloria que ceñía.

Entre Montevideo y Buenos Aires pasó Mac'Kay los fines del 68 y los comienzos del siguiente año, época en que volvió á Chile llevando muy buenos recuerdos del Plata, donde se le habia aplaudido ruidosamente, y donde el habia contraído numerosas relaciones entre la juventud distinguida de ambos paises. El artista era dueño del público, y tan seguro estaba de su éxito, que hasta llegó á cantar en el teatro algunas canciones, como *El crudo tucumano* y otras, que luego se hicieron popularísimas, no por su mérito, sino porque Mac'Kay las cantaba. Aquello no era arte, á buen seguro, pero él lo echaba á broma y se divertia con ello.

Vuelto á Chile, le pasó en Santiago lo que treinta años atrás le pasara á su padre don Santiago en Panamá, y fué que se enamoró, y esta vez no en verso y de mentirijillas como lo hacía en las comedias, sino en prosa y muy de veras. Pertenecía la aludida á una familia de campanillas en Chile, de noble abolengo, y no hay para qué decir que la inclinación con que la joven correspon-

dió á las ardientes declaraciones del mancebo fué causa de que en la casa se armase un zipi-zape de aquellos de no te muevas.

Borgoño y Maroto eran los apellidos de la chilena rendida á la pasión del panameño, dos apellidos ilustres, como que el primero era el de su abuelo paterno, general victorioso en la memorable jornada de Maipo, y el segundo el del abuelo materno, general también, que amén de la notoriedad que le dieron sus campañas, tuvo la de ser actor en el famoso abrazo de Vergara.

Con semejante alcurnia, y con saber que la respetable mamá de la niña tenía á mucho orgullo llamarse todavía Duquesa de Ferrandelli y Condesa de no sé cuántos, sobrado hay para comprender qué oposición se haría al enlace de la niña con el artista.

¡Un cómico! Para la sociedad ilustrada y liberal de la época, un cómico es un caballero como cualquier otro, con tal de que sus procederes sean los de un caballero. Pero hay todavía en ciertas esferas, y sobre todo en las de la aristocracia rancia, muchas resistencias á admitir que el talento dramático sea suficiente título para alternar con ellas, mientras que alternan asnos cargados de reliquias. Entre nosotros no se comprende eso, porque nuestra sociabilidad no conserva ninguno de esos resabios ridículos de gerarquías y alcurnias, pero en Chile hay aristocracia aún, aristocracia tanto ó más encopetada que la de las monarquías europeas, y en la que, para ser admitido, no basta solo descollar en la política, en las letras, en las artes, sino que es preciso exhibir los pergaminos que acrediten la cuna.

Con tales ínfulas y reatos, ya se esplicará el

lector que no habia entrada en casa de los Borgoño y Maroto para el infeliz artista, que no tenia más ejecutoria que su fé de bautismo, ni más títulos que los conquistados en el teatro, honrosísimos para los que no admiten más aristocracia que la que él propio valer da, pero que para personas de tanto cuño eran como papeles mojados.

Mas no en valde pintan al amor como un muchacho travieso y ceguezuelo, á quien las resistencias encaprichan más que las facilidades, pues sucedió en este caso lo que frecuentemente acontece en todos los análogos, y fué que, irritada la pasión de ambos jóvenes por los obstáculos que se le oponian, concertaron unirse contra viento y marea, y así fué que á mediados del 69, embarcado ya Mac'Kay en un paquete que zarpaba para el Rio de la Plata, recibió en sus brazos á su compañera, ligada ya á él por los sagrados lazos del matrimonio que habian contraido contra el disenso paterno.

Volvió Mac'Kay á Montevideo acompañado de su distinguida esposa, y encontrando aquí una compañia dramática, dió tres representaciones con extraordinario éxito, pasando en seguida á Buenos Aires, donde también fué acogido con simpatía. Después de algunos meses, regresó al Pacífico, siguiendo su peregrinación artística, hasta que el 71, trabajando en Guayaquil con la Matilde Duclós, aquella célebre actriz que años atrás habiamos admirado en Solís, se despidió Mac'Kay de la escena dramática con la representación de la *Elena* que habia compuesto durante su estadía en el *Rincón del Rey*.

Aquella retirada fué una pérdida para el arte dramático americano, encarnado en Mac'Kay que era su más ilustre representante. No fué la decepción ni el hastío lo que le arrastró á aquella determinación, sinó el amor á su esposa, cuyos padres, reconciliados ya con el actor, la llamaban á su lado.

Y ahí tienen ustedes al más aplaudido artistá americano convertido de la noche á la mañana en agricultor, cultivando un fundo en las cercanías de Santiago, sin más preocupación que la de sembrar y cosechar, olvidando sus ruidosos triunfos en el tranquilo retiro de su campestre hogar. Nueve años pasó así, y otros nueve hubiera pasado, si para desgracia suya y beneficio del arte no hubiera la *philoxera* talado los viñedos, cuyo cultivo constituía la principal industria del artista agricultor.

El microscópico insecto no dejó ni un pámpano en las cepas, é inutilizado el esfuerzo de nueve años de constante labor, vióse Mac'Kay forzado á abandonar su fundo, retirándose en los principios del 81 á Santiago, donde pronto halló la protección que buscaba, nombrándosele catedrático de composición y declamación.

Aquello de que la cabra tira siempre al monte se dijo, indudablemente, con alusión á los que se dedican á dos profesiones que son como un yugo que jamás se puede sacudir: la prensa y la escena.

¡Desgraciado del que entra en una imprenta! Ya no volverá á salir de ella, y si sale, no ha de dar muchas vueltas antes de caer de nuevo en sus

redes. Cuando el escritor se gasta, se hace corrector: cuando la vista no le da para esa tarea, se hace administrador, gerente, ó cualquiera otra cosa, con tal de no salir de ese banquillo, contra el cual todos reniegan y del cual, sin embargo, nadie acierta á libertarse.

Lo propio le acontece al hombre de teatro, ya sea cantante ó cómico. Una vez que entra trás los bastidores, ya no sale de allí más que para esa última salida en que no va uno por sus piés, sino llevado á pulso. Yo he conocido á Lelmi en el auge de su gloria, haciéndose pagar lo que quería por cantar como tenor. Después le ví descender á segundo término; le oí en seguida de *partiquin*, de estos que salen á anunciar con cuatro notas destempladas que viene el rey, más tarde fué maestro de coros, y por último.... le encontré de boletero en un teatro lírico. Es lo mismo que si un redactor de diario acabase por ser repartidor.

Esto digo apropósito de lo que sucedió con Mac'Kay, que acabó por tirar al monte; quiero decir: que lo de la cátedra de declamación le despertó sus vocaciones de artista, adormecidas durante nueve años, é ideó un proyecto de creación de una Academia para formar en ella artistas americanos.

Como base de su proyecto inició el pensamiento de empezar á educar el gusto por el teatro, llevando á Chile una compañía dramática compuesta de actores sobresalientes en España. Al instante encontró aceptación su idea, y se constituyó una sociedad por acciones á fin de levantar el capital necesario para realizarla.

Nombrado Mac'Kay director de la empresa, á él se le confió la misión de ir á Europa en busca de una compañía de drama, y ya se ha visto como llenó su cometido, trayendo uno de los mejores cuadros dramáticos que hayan venido al Plata.

Pero, si llenó su propósito, en cambio nada hizo por su provecho, y forzado por las circunstancias se vió obligado á echar mano de su prestigio para cumplir los compromisos de la empresa que representaba para con los artistas que había contratado.

Al solo anuncio de que Mac'Kay reaparecería en la escena para la representación de *Sullivan*, no quedó en el *Teatro de la Ópera* en Buenos Aires una sola aposentaduría que no fuese vendida y revendida á precios disparatados.

El simpático artista no las tenía todas consigo, Doce años hacía que no pisaba el escenario de un teatro, y temía haber perdido aquella inspiración que tantos triunfos le había valido. Pero llegó la noche de la representación, y la estruendosa salva de aplausos que saludó la aparición del Sullivan americano devolvió á este toda su entereza, poniéndose á mayor altura que la que había alcanzado cuando cultivaba asiduamente su arte.

Fué un delirio, un frenesí. El teatro, henchido de gente hasta en los más apartados rincones, bullía de entusiasmo. El actor terminaba sus frases entre víctores y batir de palmas que se prolongaban por largo rato. Mac'Kay fué objeto de nna de esas ovaciones que hacen imperecedero el recuerdo de un artista.

En vano quiso resistirse á una segunda exhibición. Todo Buenos Aires quería verlo, y como todo Buenos Aires no cabía en el teatro, fué necesario que el artista cediese, para hacerse aplaudir por otros dos mil espectadores.

El eco de ese expléndido triunfo escénico repercutió en Montevideo; y sus amigos de aquí, haciendo valer los títulos que tienen conquistados para con Mac'Kay, le exijieron que viniese á recojer el tributo de aplauso que le tenían reservado. El artista no pudo resistirse á la exigencia, y acudió al llamamiento.

Esta noche representará Mac'Kay el *Sullivan* en la escena de *San Felipe*, y yo me anticipo á su triunfo, saludando con un entusiasta aplauso al laureado actor americano, al genio más brillante del arte dramático en nuestro continente.

Julio 15 de 1883.

LA FERIA

Desde la media noche del Sábado, la ancha calle del 18 de Julio empieza á vivir á la luz de su doble hilera de faroles formados en ala á la orilla de la acera, astros fijos en torno de los cuales giran otros con indecisa marcha, linternas que van y vienen, farolillos de luz mortecina, fósforos que destellan viva claridad por un momento y que se estinguen en seguida como esas exhalaciones que en las noches serenas cruzan el fondo negro del cielo con rayas de luz fosforescente.

Y en medio de aquella claridad amarilla se agitan los vendedores que descargan de los carros su mercancía y la acomodan en la forma más tentadora para el público. Á cada hora que pasa, el movimiento es mas activo y crece continuamente, reforzado con nuevos carros cargados hasta los topes.

Desde el arranque de la gran avenida hasta la boca-calle de Rio Negro, se instalan los puestos á uno y otro lado, en mesas, en estantes, en el suelo, sin desperdiciar una pulgada de terreno, afanosos todos de colocarse lo más cerca posible de la Plaza Independencia.

Los que más madrugan consiguen los sitios de preferencia, mientras que los tardíos van quedando rezagados á los estremos, disputándose los unos á los otros el derecho de ocupación, de la que en gran parte depende el éxito de la venta.

Cuando el sol despunta por el extremo de la calle, se encuentra ya con la feria instalada, llena de movimiento y de ruido, tratando cada vendedor de atraer la atención de los compradores con cornetas, músicas y pregones, realzando cada cual su mercancía.

Á la derecha, como quien sale por la Plaza Independencia, están instalados en primer término los puestos de flores y plantas de jardín : las violetas, reunidas en pequeños mazos, bañando sus tallos en el agua para conservar su frescura ; ramos abigarrados en que campean todos los colorinches, desde el rojo escarlata de los claveles hasta el blanco deslumbrador de las azucenas; plantas de camelia, con sus hojas barnizadas y sus flores correctas, simétricas, formadas de pétalos persistentes que parecen tallados en mármol; matas de pensamientos con sus florecillas que remedan caritas de mico con ojos amarillos; plantas de jacintos, de entre cuyas hojas brota una vara vestida de campanillas moradas, blancas, rosadas, semejando caireles de torrecillas chines-

cas; jazmines del cabo, con sus hojas lucientes y sus flores de azúcar; naranjos enanos, vestidos con su follaje de raso esmeralda, entre el cual asoman los frutos redondos y dorados, al par que las ramas superiores parecen cabezas de novias, côronadas de azahares.

En frente, desde lo de Roselló hasta la zapatería Franco-Española, la escena es menos poética, pero en cambio más suculenta: jamones, chorizos, morcillas, madejas enteras de salchicha, y toda suerte de embutidos de cerdo, despidiendo cierto tufillo que despierta en el estómago apetitos porfiados, de esos que no se acallan hasta que se ha satisfecho su deseo. Y al lado de los salchichones, quesos de chancho, compuestos con los menudos de la cabeza, variado mosáico de trozos suculentos, envueltos en una capa de tocino blanco como merengue; grandes ruedas de mortadella incrustadas con pedazos de carne roja entre la mullida blancura de la grasa; y presidiendo toda aquella variada esposición de manjares condimentados con los restos de sus mayores, se ve un lechón entero, afeitado desde el hocico hasta el rabo, los ojos fruncidos y la piel arrugada, reemplazadas las entrañas con yerbas aromáticas y especias perfumadas que dan á la carne un sabor delicado.

Al lado de los chancheros, instala su tienda improvisada un librero de viejo, cuyos estantes reunen la más disparatada colección de autores y de épocas: obras de Voltaire al lado de los discursos de Bossuet; el Baroncito de Faublas, junto á Abelardo y Eloisa; un tomo de Don Quijote co-

deándose con un Almanaque de Prieto; entregas sueltas del Correo de Ultramar; un diccionario taladrado por la polilla desde la A hasta la Z; tres de las siete Partidas; y al lado de todo esto, romances de amor, consejas de aparecidos, y cuentos iluminados de la vida de Don Perlimplin y del Cid.

Mas allá siguen otra vez las plantas; plantas de adornos para patios y salones, sobresaliendo entre todas las variadas especies de helechos cultivados por Margat, desde el culantrillo, cuyas hojas temblorosas parecen sujetas en alambres casi invisibles, hasta las *scyatea exelsa*, de delicado follaje que se abre como paraguas al extremo del tronco esponjoso, entre cuyos húmedos resquicios crecen las parásitas que lo visten.

En seguida hay un vendedor de jaulas y pájaros: cardenales con su penacho rojo y pecho blanco, saltando con gallardía de un palo á otro, y lanzando sus penetrantes silbidos; canarios de plumaje de oro, encrespada la garganta mientras gorjean con trinos prolongados; jilgueros con su bonetito de terciopelo negro; gorriones blancos con picos rosados; cotorritas de Australia plumadas de verde cardenillo y golilla dorada; *federales* de pecho rojo; mirlos negros de largo pico amarillo; *siete colores* de pecho anaranjado y cabeza azul; tordos de pluma brillante oscura, con cambiantes tornasolados; calandrias, venteveos, mixtos, chingolos y otros cien ejemplares de la raza alada, todos azorados con el bullicio, destrozándose contra los alambres de las jaulas.

En la esquina de Convención, un apretado gru-

po de gente rodea un puesto que parece ser el que más marchantazgo reune. Véndense allí productos de la Colonia Suiza: queso, manteca, huevos, tocino, jamones, y los vendedores no se dan tiempo para atender á los numerosos pedidos que les hacen. Rimeros de quesos enormes se despachan en pocas horas al menudeo: á este una libra, al otro dos, cinco al de más allá, y el vendedor corta á ojo, armado de una afilada cuchilla, teniendo rara vez que rectificar el peso, tan acostumbrado está ya á calcularlo.

Á su lado hay otro que vende cera, miel, panales enteros, henchidas sus celdillas de transparente almibar, obra del más industrioso y disciplinado insecto. Más allá, otro espende confituras, productos de repostería y pastelería, golosinas de todo género, en torno de las cuales zumba una turba de chicuelos, golosos como moscas, y como las moscas fastidiosos.

Este vende herramientas de acero : cuchillas, navajas, chairas, tijeras, leznas, hoces, guadañas, azadas, rastrillos, y cien utensilios más, groseros, pero fuertes, que compran los labradores. El otro espende obras de cerámica: ollas, fuentes, sartenes, macetas, cazuelas, cacharros y tiestos de toda forma, hechos de barro cocido. El de más allá, comercia con baratijas de santurronería: rosarios, coronas, medallitas con la efigie de todas las vírgenes habidas y por haber, estampas, reliquias y demás chirimbolos del culto católico.

En la esquina de Arapey, rodeado de banderas y gallardetes, se ve á un hombre rubio, parado sobre una mesa, que gesticula y acciona como un

condenado. Es un rematador ambulante que vende toda clase de artículos de mercería, todo similor y chafalonía, imitación de todo: cobre con apariencia de oro; estaño con pretensiones de plata; vidrio que remeda el brillante, el topacio, la amatista, el zafiro, según el color con que se ha teñido; composiciones que imitan el coral, el carey y la nacar; mil zarandajas que son pan para hoy y hambre para mañana. El hombre vende de todo y todo lo pondera ante el auditorio que le rodea.—«Vamos á ver, señores: un juego de botones para camisa ¡cosa rica! ¡á ver! ¿cuánto ofrecen?» Generalmente nadie ofrece nada, pero eso no le importa al rematador; él mismo le pone precio, y sigue:—«Cuatro centésimos tengo de oferta por la rica botonadura para camisa, ¿no hay quién dé más?—¡Cinco! dice una voz, y alentado con ella el vendedor, sigue con mayor entusiasmo: Cinco centésimos, señores, cinco, por la rica botonadura ¡adelante!—Seis, seis centésimos, ¿no hay quién dé más? lo quemo por seis centésimos!» Y todo esto lo dice á gritos, gesticulando para convencer á todos de la baratura, accionando con ademanes trágicos como si realmente fuese á consumar un sacrificio. Nunca falta en torno del rematador callejero un grupo de lecheros que, de vuelta ya de su reparto, se estacionan allí y entre bromas y burlas compran todo lo que les ofrecen: botones, espejos, peines, y otras fruslerías que ellos creen adquirir por poco mas de nada, mientras el vendedor gana en cada una un ciento por ciento sobre el costo.

Y á todo esto, la concurrencia crece, crece

siempre, en contínuo va y ven por ambas aceras; hombres que van á curiosear, mujeres que se prestan á ser curioseadas, cocineras que compran legumbres, patrones que se entretienen en hacer ellos mismos la compra, seguidos de un muchacho portador de una bolsa en cuyo vientre van aglomerados coles, patatas, una yunta de pollos, un conejo y otras vituallas para la comida del Domingo, el día clásico en que se reemplaza el no trabajar con el comer, el día en que los brazos descansan y el estómago suda para dijerir todo lo que le echan.

Más allá, en las últimas cuadras de la feria, están los verdaderos productores, pobres labriegos que instalan sus productos en el suelo: montones de papas, á tanto el monton; repollos de hojas crespas y apretadas; coliflores con sus tallos verdes plomizos; lechugas frescas y lozanas como pámpanos; rabanitos rojos atados en mazos, con sus raíces blancas, largas y finas como la cola de un ratón; zapallos de toda forma; remolachas, nabos, batatas, alcahuciles y demás miembros de la larga y respetable familia de las legumináceas, todo hacinado allí sobre las bolsas en que venía encerrado y convertido después en tapiz para exhibirlo bajo la vigilancia del dueño, que porfía con las compradoras que á toda costa quieren rebaja, y que, después de conseguirla, acaban por pedir la llapa obligada, consistente en un puñado de perejil.

Donde las legumbres concluyen, empiezan las aves de corral: patos, gansos, gallinas, pollos, pavos, palomas; maneados unos, enjaulados

otros, todos tristes por el largo ayuno que sufren desde la víspera, picoteando por distraerse entre los resquicios del empedrado, buscando un grano con la misma avidez con que un minero busca una pepita de oro. Y á los animales de pluma, siguen los de pelo y cerda: conejos de ojos despiertos y oreja inquieta, rumiando los desperdicios de legumbres embarradas que han logrado alcanzar por entre las rejas del jaulón; lechones cebados, bolas vivientes de grasa, que apenas pueden caminar, gruñendo cuando el vendedor los levanta para mostrar el peso que tienen.

De otro lado se ven aves de estimación, ejemplares sobresalientes para la reproducción: gallos y gallinas brahmas, cada una grande como un pavo, vestidas de plumas hasta en las patas, que parece que llevan pantalones de campana; palomas-correos, de ala larga y cuello fino, rodeados los ojos como cuentas de una carnosidad blanquizca, la misma que á guisa de bigote llevan en el arranque del pico; faisanes de gola escamada de oro y azabache, rojo el pecho y atornasolado el hermoso plumero de la cola; gansos de cuello largo, vestidos de armiño, anaranjados el pico y las patas, graznando con voz destemplada cada vez que alguien se acerca á mirarlos.

Á las nueve de la mañana, la feria está en su auge: por todos lados movimiento, bullicio, gritos, cantos de pájaros, cacareos de gallina, gruñidos de cerdo, y dominando todos los ruidos, la voz del rematador que grita: — «¿No hay quién dé más? Se vá, señores, se va la rica botonadura de camisa, por cinco centésimos!»

Los que vienen de misa y van á misa pasan por la feria; á la feria van los que tienen novia ó la buscan; allí hay de todo: flores frescas y caras bonitas; pájaros de vistoso plumaje y mujeres de elegante porte: por allí desfila todo el Montevideo madrugador y todo el Montevideo devoto, y todo lo que sale á la calle con cualquier pretesto, así es que las anchas aceras de la calle 18 de Julio son pequeñas para dar paso á la corriente humana que va y viene en contínuo hormigueo.

Aquí un ciego que canta; allí un individuo que imita el canto de los pájaros; allá uno que pregona cigarrillos y fósforos; éste que ofrece las violetas frescas; aquel que encomia la baratura de sus artículos; el otro que anuncia que se le acaban los ricos pasteles; y todos porfiando por vender con más ahinco á medida que el tiempo avanza y se acerca la hora de terminar la venta, las once de la mañana.

Cuesta hacer levantar los puestos á los vendedores, tanto como cuesta hacer levantar de la cama á los muchachos remolones: dan vueltas, guardan la mercancía todo lo más lentamente que pueden, se dejan estar con los compradores de última hora para dar tiempo á que lleguen otros, pero al fin los policianos activan el desalojo, y de todo aquel encumbramiento de plantas, de flores, de legumbres, de condimentos, de pájaros, de animales y de aves, no quedan más que los desperdicios inútiles, pisoteados, enlodados, hasta que los barrenderos borran ese último vestigio del activo comercio matutino y vuelve la calle á quedar limpia y despejada.

Ciérranse las puertas de las tiendas y almacenes por mayor, donde los dependientes y sus amigos se instalan para presenciar el animado desfile de la mañana, comentando entre mate y mate la gracia de ésta ó la belleza de la otra; los balcones se despueblan de las familias que desde allí presencian el bullicioso espectáculo, y todo vuelve á su orden, mientras los pesados carros de basura van recogiendo los restos que ensucian el empedrado.

Una hora más tarde, la calle vuelve por un momento á reanimarse, no ya por la feria de aves y verduras, sino por la exhibición de lo que Montevideo tiene de elegante y hermoso en sus hijas, que, según el decir de los de afuera, son las más hermosas y elegantes mujeres del mundo.

Estas ferias comenzaron el año 77 por iniciativa de la Comisión de Agricultura . . . . Pero, ya son las once, y á esa hora es preciso levantar el puesto. Levanto pues el mio, y si quieren saber lo que me queda por despachar, aguarden mis lectores siete dias más, pues, como se sabe, solo los domingos hay ferias.

Julio 22 de 1883.

LA BASURA

No hay un grito más destemplado ni más inoportuno que el del basurero. Deja éste el carro en el estremo de la cuadra, recorre en seguida ambas aceras, golpeando con fuerza en los llamadores, y colocándose la mano en la boca, á guisa de bocina, grita en cada puerta:

—¡Sura!

Estos son los más civilizados. Los otros dan un grito cavernoso, ininteligible, algo como un rugido que penetra por el zaguán, retumba en los patios y va á morir allá en la cocina, en uno de cuyos rincones yace por lo general el cajón de la basura, parecido al féretro de los hospitales, que sirve para trasportar los muertos de hoy y vuelve en seguida para llevar los de mañana. Las

casas acomodadas tienen generalmente un cajón reforzado, presentable, hasta decente si se quiere, si es que cabe decencia en un receptáculo de basuras; pero los cacharros más en voga para ese uso son las latas de kerosene, los tachos desvencijados, que se ven todas las mañanas en el borde de las aceras, listos para recibir la visita del basurero, atestados de toda clase de desperdicios: trapos, papeles, legumbres, huesos y todas las inmundicias que la prolija escoba se entretiene en recojer durante el día, desde la sala hasta el último rincón de la casa.

En el cajón de la basura puede estudiarse la vida íntima de cada familia: lo que come, lo que gasta, lo que despilfarra, lo que ahorra, lo que trabaja y lo que viste. Es como el índice de la vida interior, el sumario de lo que ayer se hizo, el libro diario de la casa. Si los basureros fuesen observadores, acabarían por conocer á fondo á todos los habitantes de la ciudad, interiorizándose en sus usos, en sus vicios ó en sus virtudes, con solo prestar un poco de atención á lo que sale de cada cajón de basuras al vaciarlo en sus carros.

Hasta las diez de la mañana se ven por las calles, alineados en el cordón de las aceras, los cajones de la basura, humeando los vapores de la fermentación, que se elabora dentro de sus vientres inmundos.

Los primeros que registran las basuras son los perros callejeros, esos pobres perros que no tienen amo, perros anónimos, comprendidos bajo la denominación genérica de *pichichos*, chupados

de verijas, con el cuero sobre las costillas, las patas flojas, la cola embarrada, que van de un cajón á otro á caza de gangas, mirando recelosos á todos los que pasan, como temiendo que cada uno sea el dueño de lo que ellos van á tomar, soportando con resignación los reconocimientos insolentes de los mastines de casa rica, y hasta huyendo ante los ladridos de los falderillos; ¡tan cierto es que la miseria acobarda aún á los más fuertes!

El perro callejero conoce al basurero y le teme. Por eso va siempre delante de él, á una distancia prudente, para huir á tiempo antes de que le alcance el zurriagazo que á cada instante le amenaza, cuando no temeroso del perro del basurero, que va debajo del carro, como custodiando la mercancía de su patrón.

Sin saber á qué atribuirlo, he notado que la mayor parte de los basureros son cojos, derrengados, chuecos, y si no lo son, lo parecen. Ellos tienen su sastrería en el carro; sus trajes son siempre abigarrados, remendados con retazos desiguales en calidad y en color; en la cabeza sombreros contrahechos, sin alas unos, y con la copa espanzurrada otros; en los pies, desparejo el calzado, una bota en el izquierdo y un zapato en el derecho, uno de charol y otro de becerro, prendas todas encontradas al vaciar el cajón. Cuando logra dar con un par completo, lo cuelga en la trasera del carro, y los sombreros que halla los ensarta en las estacas.

El basurero va siempre provisto de una lata y de una bolsa. En esta echa todas las hojas de co-

les, de repollos, de lechugas y coliflores, los pedazos de pan y los manojos de pajas que encuentra entre las basuras, destinado todo al alimento de sus mulas, esas mulas éticas, descoloridas, clásicas, de los carros basureros, que se paran cada diez varas para dar tiempo á que el amo vacie los cajones, entreteniendo sus ocios en recoger con la geta estirada las hebras de paja dispersas en el empedrado, hasta que el basurero, habiendo cargado todo lo que quedaba atrás, las hace andar de nuevo con un «¡arre china!» acompañado de un planchazo en la escuálida anca, dado con la pala que le sirve para recojer los restos que caen á la calle.

La lata le sirve al basurero para acarrear la basura de adentro de algunas casas que, por no tener servicio ó por rubor de exhibir sus desperdicios, pagan una propina para que los saquen. Y así, de cuadra en cuadra, se va llenando el carro, hasta quedar atestado. El basurero trepa entonces sobre aquel hacinamiento de inmundicias, las aplasta con los piés, las comprime, hasta que reduce su volumen para seguir echando un cajón tras otro, sin apartar nada más que las escobas y plumeros viejos, que entierra por el mango entre los despojos de sus propias víctimas.

Cuando ya no cabe más, el basurero lleva el carro hasta la estación del tranvía á los Pocitos, y allí descarga todo el contenido en unas grandes zorras, que más tarde trasportan aquella mercancía putrefacta al gran depósito situado allá, en las afueras, á orillas del mar, á espaldas del Cementerio del Buceo.

¿Qué se hace del contenido de los setenta carros de basura que dia á dia salen de Montevideo? Confieso que nunca se me habia ocurrido averiguarlo, pero, curioso como soy por instinto, se me ocurrió ayer saber qué se hacia de lo que la ciudad desperdicia, y sin darme largas para salir de la curiosidad, ayer mismo tomé el tranvia y me fui al paraje en que se deposita la inmundicia.

El dia era espléndido, habia polvo de oro en la atmósfera. El mar parecía un pedazo del manto azul del cielo echado sobre la tierra; los médanos blancos de los Pocitos brillaban como si sus arenas estuviesen sembradas de pequeños prismas de cristal. Una alfombra tupida de trebol vestía todos los potreros, y las vacas, indolentemente echadas, rumiaban aquella yerba, con los ojos entornados, como si les lastimase el esceso de luz que doraba todo el paisaje.

El tranvía me dejó en la puerta del Cementerio del Buceo, cuya soberbia entrada contemplé por algún rato, extasiado ante la lozanía de aquellos pinos que frangean su gran calle central, y el apacible silencio que reina en aquel recinto, poblado por miles de habitantes que no hablan, ni rien, ni lloran, ocupados todos en nutrir á la tierra con su savia, devolviéndole así el capital con que se alimentaron mientras vivian. Perdonará el lector que pase de largo por el Cementerio del Buceo, porque si entro no tendré tiempo de llegar á las basuras.

Seguí, pues, todo á lo largo de la tapia, recorriendo un trecho de unas tres cuadras, y al llegar

á la esquina... ¡horror! me encontré en el reino de la inmundicia, vasto, hediondo, con montañas de desperdicios y abismos de porquería, flotando sobre toda la superficie una atmósfera de vapores agrios que temblaban á la luz del sol con reverberaciones que mareaban la vista. Y en medio de toda aquella inmundicia, como dueños absolutos de aquellos pestilentos dominios, centenares de cerdos, gordos, ufanos, orgullosos de verse enseñoreados de tanta porquería, en la cual se revolcaban y hozaban con sus prolongados hocicos, como gozándose en revolver la podredumbre.

Y juntos con los cerdos, hombres, hozando como los cerdos entre la basura, disputándose con ellos las piltrafas. Nada se desperdicia allí; todo se clasifica y colecciona separadamente: aquí los huesos, allí los vidrios, allá los trapos, más lejos, las latas, acullá los cueros,—todo prolijamente entresacado de la basura que diariamente arroja la ciudad como inútil desperdicio.

Las sobras de Montevideo dan todavía pie para una industria, una industria productiva, que proporciona trabajo á centenares de brazos y alimento á numerosas familias, amén de la manutención que aprovecha á un millar de respetables y suculentos cerdos.

Yo creía haber visto chanchos, muchos chanchos, en mi reciente escursión á *La Extremeña*, de que ya dí cuenta á mis lectores, pero declaro que aquello no da una idea de lo que son esos interesantes animalitos. Aquellos cerdos duermen en chiqueros aseados, comen maíz en limpios pesebres, y retozan en potreros pastosos. Son

chanchos acicalados, lavados y peinados, despoetizados por la higiene. Estos otros que ayer vi son los chanchos verdaderos, al natural, sin hoja de higuera, sucios desde el hocico hasta el rabo, comiendo entre la inmundicia, bebiendo entre el fango, durmiendo entre la porquería, enamorándose en medio del hedor punzante que brota de aquella fermentación pútrida, alimentada día á día con nuevos elementos de corrupción.

Es de verlos, echados al sol, con sus enormes panzas enterradas en un barro negro, espeso, mefítico, dilatados los agujeros del hocico como para aspirar todas las emanaciones que se desprenden del inmundo lecho en que tan á su placer yacen. Allí, entre la porquería, están en su elemento, como el pez en el agua, gruñendo de placer, retozando con voluptuosidad allí donde es mas espesa y hedionda la inmundicia.

Apesar de la repugnancia que aquello me infundía, quise verlo todo, pues ya que en ello estaba no era cosa de dejarlo á medio camino, y eché á andar, atravesando de un estremo á otro el país de la basura. Á medida que me iba internando, el hedor se hacia mas agrio y la atmósfera mas pesada. Millones de moscas zumbaban entre la podredumbre, revoleteando con sus alas transparentes, persiguiéndose unas á otras, alegres y retozonas, á la luz del sol, que las calentaba y activaba al mismo tiempo la fermentación en que ellas encuentran su alimento.

Al estremo del basurero, el terreno declina rápidamente hacia la playa, y en ese declive está instalada la grasería, en cuyas tinas se echan to-

dos los huesos para sacarles la grasa que conservan adherida: restos de pucheros y asados, caparazones de aves, huesos de jamón, todos los desperdicios de las cocinas, sometidos á la acción del digeridor que les estrae la última partícula grasienta que les queda. Y al lado de la grasería, y en los declives, y en la playa, cerdos y más cerdos, y siempre cerdos por donde quiera que se mire, comiendo unos, tendidos á la bartola otros, gruñendo todos, al verme, como enojados de que pisase sus dominios una persona cuyo aseo era una profanación á la inmundicia en que vivian tranquilos y felices.

Desde aquella pendiente en que está situada la grasería, se divisa un paisaje amplio, monótono, pero con esa monotonía grandiosa del mar que se junta allá en el horizonte con el cielo, confundiendo ambos sus colores. La brisa no tenía fuerzas para rizar siquiera la límpida superficie del agua, y solo junto á la playa el va y ven de las corrientes enrulaba esas olas largas y mansas que mueren sobre la orilla convertidas en espumas. Á lo lejos, al Este, blanqueba el caserío de la isla de Flores, flotando al parecer en el aire, entre las brumas azuladas que nacían del mar.

En torno todo era arena, festoneada la costa con graciosas curvas, terminadas en promontorios que se internaban en el agua. Al pié de la grasería revoleteaba una bandada de gaviotas, pescando á picotazos los pejerreyes y roncaderas que acuden á comer los desperdicios que vomita en el mar el caño de la fábrica. Al otro lado, por sobre las tapias del cementerio, asomaban los

penachos verdes de los pinos y casuarinas ; y por detrás de mí, la basura, con sus emanaciones fétidas, con sus cerdos, con sus millares de ratas hambrientas y chillonas, anidadas en las mismas entrañas de aquella montaña de inmundicias.

Aquí, un monton de frascos, predominando los de Tónico Oriental, el bombástico regenerador del cabello de Lanman y Kemp; allá, una pirámide de botellas; y más lejos un hacinamiento de vidrios rotos, destinados á pasar nuevamente por el soplete para salir convertidos en objetos útiles.

En una inmensa lata yacen en revuelta confusión cachivaches de bronce, cobre, y plomo: pestillos de puertas, llamadores, boquillas de lámparas, aparatos de gas hechos pedazos, bitoques, trozos de cañería y otras mil baratijas. En sitio aparte están los fierros: llaves, clavos, tuercas, ollas rotas, sartenes desfondados, flejes, pasadores de puertas, cerraduras desvencijadas, cien zarandajas más que no admiten clasificación. Más allá, el zinc y la hoja de lata: pedazos de planchas para techo, cajas de conservas, latas de aceite, tarros de pintura y barnices. y todas cuantas clases de envases de lata se fabrican, todo abollado, hundido y agujereado.

En un campo vecino se secan al sol grandes montones de trapos: recortes de terciopelo y retazos de zarazas, pingajos de raso, tiras de gró, andrajos de lana, de algodón, de hilo, todo revuelto y confundido, destinado á la exportación para Europa, en cuyas fábricas se convierten todos esos desperdicios inmundos en hojas de pa-

pel satinadas, guardadoras de secretos amorosos, mensajeras de tristes ó risueñas nuevas, condenadas, después de haber llenado su misión, á volver al cajón de la basura para ser nuevamente pisoteadas por cerdos, realizándose en ellas la sentencia biblica que condena al hombre á volver al polvo de donde salió.

Si yo tradujera aquí lo que cada uno de aquellos pedazos de trapo hablaba á mi imaginación, tendría para tejer más de una historia, pero, feliz ó desgraciadamente, no me da á mí por tales fantasías, así que, sin preocuparme mucho ni poco de lo que decían aquellos restos de atavíos femeniles, emprendí la retirada, abriéndome camino por entre la muchedumbre de cerdos que poblaba aquella inmunda comarca, laboratorio inmenso en que fermentan las sobras de la ciudad, con desprendimientos de gases hediondos, en cuyo ambiente pululan todos los repugnantes engendros de la podredumbre.

Cuando salvé los límites del reino de la inmundicia, diriji una última mirada para abarcar en conjunto los detalles que dejo narrados.

No ví mas que cerdos, muchos cerdos, revueltos con una veintena de hombres, disputándose unos y otros las piltrafas que desenterraban, unos con sus garfios de fierro, y los otros con sus hocicos puntiagudos.

Por todas partes, basura y mas basura, y allá en el fondo de un barranco profundo, un haz de luz clara, viva, con una aureola dorada como un inmenso brillante engastado entre la inmundicia. Era una lata de conservas, en cuya pulida lámina

se estrellaba un rayo de sol rompiéndose en menudísimas hebras de oro, como se rompe en hilachas de plata un chorro de agua al caer sobre el enlosado.

Agosto 1.º de 1883.

TIEMPO HÚMEDO

PARECE que hasta el meollo se enmohece con tanta humedad. Todo es agua, arriba y abajo, al Sur y al Norte, en la tierra y en la mar. Se sueña con el sol, como los enfermos sueñan con la salud, apreciándolo en todo lo que vale después de haberlo perdido.

¿Se habrá acabado para siempre el foco del calor y de la vida? ¿Ha prestado su luz y sus rayos á otros mundos lejanos? Algo de eso debe de haber, porque hace ya una quincena que no le vemos la cara. El luciente Febo, el rubicundo Apolo, ha abandonado á la Tierra, su fiel adorada, y anda en picos pardos con las estrellas. ¡Ingrato!

Con razón lloran las nubes sin cesar, pardas y oscuras, desnudas de los atavíos de púrpura y oro con que se adornan en los dias serenos.

Ya no hay alboradas de nácar ni tardes de ópa-

lo. Las flores viven con la corola inclinada, llorando las perlas líquidas que antes bebían en sus cálices los rayos juguetones del sol naciente. Los pájaros han olvidado la diana triunfal con que saludaban la cascada de oro que se desbordaba por el Oriente. El mar está turbio, ocultas bajo un manto plomizo las escamas de luz que doran su dorso azul en esos días límpidos en que todo sonríe.

Hoy todo está triste: el campo, el cielo, la luz, los colores, los pájaros y las flores. Todo viste de gris, el más monótono de los tintes, indefinido como la niebla y aburrido como la lluvia.

En la calle no se ve ni un talle elegante, ni un traje vistoso. Mirando las aceras desde una azotea no se ven más que los paraguas de los transeuntes: parece que la ciudad estuviese habitada por tortugas que van y vienen bajo su enorme caparazón negra y lustrosa. Los cocheros están metidos entre el cuello de sus capotes y las alas gachas de los sombreros, por donde corre el agua como por el alero de un tejado; los changadores, cubiertos con una bolsa á guisa de caperuza; los policianos, embutidos en los umbrales de las puertas, guareciéndose de la lluvia; y todas las bestias del tráfico escurriendo agua, como las cornisas, como los árboles, como todo lo que está espuesto á la intemperie, semejando los alambres del telégrafo sartas de brillantes colgadas en el aire.

¡ Qué aburrida es esta lluvia constante, que no mete ruído, ni forma arroyuelos, ni se derrama en cascadas imponentes! No hay alternativas:

ni relámpagos que cruzan el cielo con rayas de fuego, ni descargas de truenos retumbantes, ni zumbidos de rachas que desgarran las nubes en girones y desmenuzan el humo en la boca de los caños.

Ahora todo es monótono y sombrío, sin un rasgón en el nublado por donde se vislumbre una esperanza de cambio. El viento sopla manso del Sud, trayéndonos las nubes cargadas de humedad y de frio condensado en la región de los hielos eternos; y un día tras otro día, amanecen todos iguales, mudos y tristes, sin gorjeos de aves, ni susurros de brisa, ni pinceladas de grana trazadas en las fajas de los *stratus* matinales por el gran pintor de la naturaleza.

¿Hasta cuándo vamos á estar privados de la luz y del calor que necesitamos todos los que vivimos, tanto nosotros como las plantas, como los pájaros y los insectos?

Yo sueño con el sol, como se sueña en la ausencia con un ser querido, recordando sus sonrisas, sus palabras y sus caricias. Me parece que le veo rebosando por el horizonte como si una avenida de luz inundase la tierra, lanzando sus rayos horizontales como un abanico de finísimas varillas de oro reunidas en su extremo por un inmenso rubí. Primero, saltan los rayos por todas las alturas, se meten por los cristales de los miradores, doran los azulejos de las cúpulas de las iglesias, y juguetean entre la copa de los árboles; son como las guerrillas avanzadas de un ejército de granos de oro, que salen á la descubierta y ocupan todas las posiciones elevadas.

Después bajan á las hondonadas, despiertan á las gotas de rocío que se asoman temblorosas á la corola de las flores en cuyo cáliz dormían; perforan el follage de los árboles con flechas doradas; sorprenden á los pájaros acurrucados entre las ramas; entreabren los tules de brumas que flotan sobre los arroyos como el vaporoso cortinado del lecho de una virgen: y triscando entre la yerba se filtran por todos lados, inundando las lomas y los llanos, mientras flota sobre el horizonte la enorme burbuja de luz, y se desprende de la red de vapores que la envuelve para emprender su ascensión por el éter azulado.

Todo es alegría, todo luz, todo colores, todo canto, todo armonía. El sol es como la batuta que da la señal para que empiece el concierto de la vida. Trinos de pájaros, aleteos de insectos, roces de ramas, susurros de brisas, todo contribuye á la gran sinfonía de la naturaleza, descollando las notas altas del canto de los gallos, los ecos agudos de los clarines de los cuarteles, y los silbatos penetrantes de los talleres que llaman á los obreros al trabajo.

Después llega el sol al cenit, donde parece que se detiene para abarcar todo el paisage que él mismo ha pintado con su brocha de luz. La tierra está en plena vida haciendo germinar en su seno todas sus riquezas; la ciudad se agita en bullicioso movimiento, bañadas sus calles por el sol que cae desde arriba desmenuzado en polvo de oro, en el que bailan miriadas de corpúsculos como puntos chispeantes.

La gente sale á tomar el sol, las puertas se

abren para que el sol entre por todas partes, al sol se sientan los enfermos para que los reanime con su calor, y todo lo preside el sol desde su alto trono, hasta donde llegan los ecos del himno que en su honor entona todo lo que vive.

Y más tarde, cuando, recorrida ya la curva que traza en su camino, llega al Poniente, se detiene otra vez como para despedirse de la naturaleza. Ya no es una burbuja de oro, rodeada de una aureola relumbrante, sinó un inmenso disco rojo que tiñe de carmín las franjas de los *cumulus* tras de los cuales va á ocultarse.

Los *cirrus* blancos que como guedejas de algodón flotan allá arriba, se coloran de rosa, y á medida que el sol desciende, van pasando por todos los matices que median hasta el rojo púrpura.

Un momento después, la cima del Cerro relampaguea entre una bocanada de humo blanco y espeso, se oye una detonación sorda, y como si aquello fuera una señal de duelo, se arrían apresuradamente las banderas de los buques y de los edificios públicos, las nubes se destiñen cubriéndose con un ropage gris, y toda la naturaleza queda en silencio. El sol se ha puesto. La noche es un entreacto en el concierto de la vida.

Yo recuerdo todo eso como recuerda el proscripto los placeres de su hogar, retratándome todos los detalles de un día de sol como temeroso de no volver á ver otro. ¿Cuantos dias hace que desapareció por última vez envuelto entre celajes de grana por detrás de la falda del Cerro? Ya no me acuerdo; lo único que sé es que me parece

que hace un año que vivo sin luz, sin colores, sin cielo azul, ni mar recamado de oro.

Sufro nostalgia de sol. Su ausencia me entristece; me fastidia vivir entre los crespones grises de la niebla.

Y sigue lloviendo, lloviendo con una monotonía insoportable, emperradas las nubes, como se emperra un muchacho llorón que gimotea horas y horas en el mismo tono.

Ya no hay transiciones de sombra y de luz. Ahora todo es media tinta: gris en el cielo; gris en el mar; gris en la atmósfera húmeda que nos rodea.

Ya no sale el sol después del nublado. *Post nubila. . . . nubila!*

Julio 11 de 1883.

MISERICORDIA CAMPANA

Todo Montevideo le conoce; como que ha sido el hombre que más ruido ha metido en cuarenta años, largos de talle, desde el puesto que ocupaba, el más elevado, sin duda, de los que puedan ocuparse en esta famosa ciudad de San Felipe y Santiago.

Nadie que no le conozca podría decir que aquel moreno patizambo y contrahecho ha sido, y es, la personalidad más sonada y repicada de las que han pasado por el escenario de la vida pública, y ninguna tan pública como la suya, pues la ha exhibido á los cuatro vientos y en parage donde no podía ocultarse á los ojos de cuantos quisieran curiosear todos sus movimientos.

Más que árduo de resolver es el problema de saber si *Misericordia*, como el resto de los mortales, pasó por las estaciones de la vida precursoras

de la vejez, pues ni los más empolvados archivos, ni los más antiguos cronistas hacen memoria de que alguna vez fuese mozo el hoy decano de los sacristanes.

Según él, nació en Pernambuco, de vientre libre, y se crió en el convento de San Francisco, donde dice que recibió su educación, que debió ser escasa y mezquina, pues el hecho es que el discípulo de los Reverendos Franciscanos jamas conoció la O por redonda, ni para leída ni escrita, por donde se verá que, ó era el alumno muy torpe, ó se cuidaban más los maestros de sus refectorios y aleluyas que de hacer silabear al negrillo.

Pero, como no era cosa de mantenerle para que creciese holgazaneando, determinaron los Reverendos ponerle al servicio de la santa casa, y le destinaron al campanario, donde bajo la dirección de un consumado maestro empezó nuestro Misericordia á menear badajos á mas y mejor, hasta que llegó á ser un verdadero artista en todo lo que al arte campanólogo concierne.

Qué motivos tuvieron los Reverendos Pernambucanos para deshacerse del negrito Ambrosio, que así se llamaba, es cosa que nadie sabe, pero parece que fué por algo de que él *no quiere acordarse*, como no quería Cervantes recordar el nombre del lugar de la Mancha en que nació el heroe de su libro.

Ello es que un buen día le embarcaron en un bergantín que levaba anclas para el Plata, y otro mejor llegó á estas playas, sin más bagaje que su habilidad, que no fué poco, pues ella le libró de

montar guardias y entrometerse en otras pellejerías que eran por entonces el pan de cada día, como que fué en los primeros tiempos del Sitio Grande, en que la línea era todo el día un *po-roró*, desde el mirador de Suarez hasta el de Pereyra.

Tampoco recuerda Misericordia cómo vino á caer bajo la dependencia del presbítero don José Benito Lamas, Cura de la Matriz á la sazón, pero él asegura que durante su curato fué cuando hizo oir por primera vez sus dobles y repiques aprendidos en el Convento de San Francisco, en Pernambuco.

Dice Misericordia que cuando llegó tenía 22 años, y que hoy tiene 90, pero es fuera de duda que esa cabeza no anda bién, pues la suma de los veintidos con los cuarenta que van corridos desde el comienzo de la Guerra Grande, daría apenas un total de 64 años, edad á todas luces apócrifa é inadmisible: de donde se desprende que tenía más cuando vino, ó que llegó mucho antes de que don Manuel Oribe despertase á los azorados habitantes de esta ciudad con aquellos 21 cañonazos con que inauguró el sitio.

Sea de ello lo que fuere, el hecho incuestionable es que Misericordia, si no ha llegado al siglo, raspando le anda, como lo atestiguan sus achaques y sus canas que, por un fenómeno inexplicable, no son blancas como las de la generalidad de los mortales, sino verdosas, tinte que él atribuye al uso y abuso que ha hecho de la yerba mate, lo cual puede servir de base á la ciencia para investigar si efectivamente puede influir el cimarrón en el color del cabello.

Ahí está el fenómeno y todos pueden comprobarlo para que no se diga que miento. Juzgándole por el pelo, puede decirse de Misericordia que está ahora en sus verdes años. Contra él se estrellan y desbaratan todas las metáforas y circunloquios con que la imaginación ha querido poetizar los destrozos del tiempo. La nieve de los años, la escarcha de la vejez, y todos los símiles de ese género, rebotan en la cabeza de Misericordia como contra una valla insuperable. Habría que apelar á la metáfora vegetal para hablar con propiedad de las canas del buen moreno.

Su nombre primitivo de Ambrosio es desconocido para la generalidad. El apodo de Misericordia le viene de su invariable costumbre de saludar á todo el mundo, diciendo en su media lengua:

—¡Misericordia, señó!

Debe este negro tener larga historia, y su memoria debería ser un depósito inagotable de anécdotas é incidentes curiosos, pero, desgraciadamente para mí, ha caído en mis manos cuando ya los años le han tapiado los oidos y perturbado los recuerdos á tal punto que es necesario valerse más de la mímica que de la palabra para despertarle las ideas.

Pero todo lo que tiene de lerdo y apagado para contestar á lo que se le pregunta, tiene de listo y despierto para hablar de sus campanas. Se le avivan los ojos, se le dilatan las narices, se vuelve ágil y se relame con placer cuando cuenta la manera como debe repicarse en tal ó cual solemnidad.

En el contínuo trato con las campanas ha llegado á considerarlas como seres que viven y hablan, y sus metálicos ecos los ha traducido al lenguaje común, creyendo de buena fé que los bronces dicen aquello que él se ha forjado á fuerza de oirlos.

Las grandes festividades de la Iglesia las solemniza Misericordia con el repique que él llama de San José, y cuyo compás lleva bailando á saltos, mientras que con las manos agita los badajos, y canta al mismo tiempo: «¡San José---cabeza me duele! ¡San José---cabeza me duele! ¡San José---cabeza me duele!»

¡Es de verle, tocando este repique en seco! Salta y gesticula como si estuviese en el campanario, imita el sonido de todas las campanas, y traduce los sonidos, esplicando que, mientras la mayor dice con sus notas graves: «¡San José!» la chica, con su vocecilla aguda repite: «cabeza me duele --- cabeza me duele!»

Otras veces, cuando se trata de funciones de media gala, dice él que toca el repique del vintén, que es mucho menos complicado que el de San José.

«¡Manuel Vintén! ¡Manuel Vintén! ¡Manuel Vintén!» dicen las campanas con invariable monotonía, solo interrumpida por algún floreo que de cuando en cuando se permite el artista para mostrar su habilidad, que es consumada, pues se jacta de haber aprendido, en una sola lección que le dió un correntino, el repique llamado *la garúa* y que le esplica cantando:

chachachán,—chachá,.-chachánchа
chachachán—chachá—chachánchа

sin haber logrado todavía traducir al lenguaje común lo que la tal *garúa* dice.

Otra de las particularidades de su vida, que Misericordia oculta, es el motivo de su retiro de la Matriz, en cuyo campanario ejercitó por más de treinta años los toques que aprendiera de su maestro pernambucano. Allí repicó él mucho antes de ser rebocada la iglesia, cuando cada uno de los agujeros abiertos para colocar los andamios era una guarida de aquellas lechuzas y murciélagos que salían entre dos luces á revolotear en torno de las torres, y que después de Ánimas empezaban á chistar á los transeuntes con ese fatidico *ssssch* que, según las viejas, es pronóstico de muerte.

Dicen las malas lenguas que la causa de la despedida del moreno fué el haberse permitido dar un baile á son de órgano en el pequeño vestíbulo de la escalera que conduce al campanario. Otros dicen que fué su amor á San Francisco, bajo cuya educación se había criado, el que le llevó al nuevo Templo de aquel Santo: pero, ya sea lo uno ó lo otro, ello es que algo debe haber en la cosa, porque Misericordia se expresa en términos que llegan hasta el descomedimiento cuando habla de su antigua iglesia.

Por de pronto, tiene el más profundo desprecio hacia los actuales campaneros de la Matriz. «*Esho napolitano tompeta*, dice él con su lengua de trapo, *que no she ocupa ma que de ganá vintene, y que rompe una campana cada shemana.*»

Esto de las roturas, sobre todo, le indigna. Según el, en todo el tiempo que estuvo en la Matriz, las campanas *no han tenido ni un dolor de cabeza* por culpa suya: «*Ninguna ha fallecido en mis manos,*» decía el moreno con orgullo, siempre con su tema de considerar á los bronces como seres vivientes.

—Yo subo al campanario un cuarto de hora antes de empezar el repique, me decia muy serio, preparo mi instrumento, y en cuanto suena la hora, ya empiezo, dele que dele, y toco como es de regla; no como esos napolitanos, que hacen lo que les parece. Hoy (era sábado), cuando yo recién estaba en el segundo repique, ya ellos habían tocado el tercero. Y al decir esto hacía una mueca despreciativa, como diciéndome: «Vea usted que diferencia va de mí á ellos.»

Y siguiendo en sus esplicaciones, me decía que cuando se ha repicado un rato, no se puede tocar la campana ni con la punta del dedo, porque, como está caliente, la menor impresión de frío puede hacerla estallar. ¡Y con qué gravedad hace Misericordia estas esplicaciones! Parece que en ese momento desempeña el profesorado en materia campanóloga, tal es la gravedad y prosopopeya con que se espresa.

Ahí donde ustedes le ven, tan negro y tan feo, han de saber que ha tenido sus devaneos amorosos y hasta llegó á uncirse al yugo del Himeneo, sugeto al cual vivió por espacio de veinte y más años, hasta que la Parca le libertó de la coyunda. Pero no por eso escarmentó el moreno, y volvió á las andadas, solo que, como era tan vaquea-

no en la iglesia, se casó por los fondos, tal vez para probar si el matrimonio contraído por detrás de la iglesia daba mejores frutos que el celebrado por delante.

De los vástagos que tuvo, ninguno hizo huesos viejos, y á los dos les acompañó hasta la tumba desde su campanario con fúnebres dobles, que traducían el dolor del pobre moreno según eran de melancólicos y descompasados. Nunca tocó sus campanas con más tristeza ni fervor.

Años atrás, desempeñaba en la Matriz múltiples ocupaciones. En los momentos que le dejaba libre el campanario, desde la misa de alba hasta el toque de Ánimas, se ocupaba del aseo de la iglesia. Él sacudía con mucho cuidado las venerables imágenes de San Felipe y San Luís; arreglaba los pliegues del manto de la Serenísima Vírgen; le peinaba la lana al perro de San Roque; acomodaba convenientemente la florida vara de San José; y de cuando en cuando sacaba á ventilar el asno, la vaca, las ovejas y los pastores con que armaba el retablo del nacimiento de la Pascua de Natividad.

Pero donde se esmeraba y ponía toda su proligidad era en el altar de San Benito, representante de su raza en los dominios del Reino Celestial. Allí era el tener siempre los floreros adornados, y el no faltar una vela, y el cuidar del paño del altar como si de finísimo oro fuese tegido, y el atender á que todo estuviese reluciente y primoroso.

Más de uno y más de dos de los reales con que las devotas le compensaban el cuidado de sus sillas, los aplicaba al adorno de su altar favorito, y

era su mayor gloria poder obsequiar á su santo con un ramo de perfumadas azucenas y adornar los floreros con los mazos de alhucema con que contribuían los viejos negros que á la puerta del Mercado se ocupaban de la venta de raíces y yuyos medicinales.

De la noche á la mañana se hizo Misericordia el héroe obligado de todas las funciones titiritescas. Tamaño desacato le puso fuera de sí en los primeros tiempos, y más de uno de los perros que furtivamente se metían dentro de la iglesia sintió los efectos de la sobreexcitación en que vivía el buen moreno desde que se vió arrastrado de las alturas del campanario al tablado de un mal teatro de títeres.

Misericordia Campana, campanero de la torre de la Matriz, que así se llamaba el muñeco, era un verdadero héroe en todos los dramas y tragedias en que tomaba parte. Él desfacía agravios, protegía doncellas y viudas desamparadas, enderezaba entuertos, y siempre con tan buena suerte y fortuna que, á diferencia del Manchego Hidalgo, que allí donde se metía salía con algún diente de menos ó algún tolondrón de más, no metía el negro la pata en ninguna aventura que no saliera de ella triunfante é ileso, mas que fuesen los ejércitos de Xerjes los que por delante se le pusiesen. Todo era entrar en combate Misericordia, sin más arma que su cabeza, pues de *capoeira* hería, y dejar el tendal de muñecos descalabrados, con gran aplauso de los chiquillos y niñeras, que á boca abierta y á moco tendido ponían sus cinco sentidos en las hazañas del negro,

quedando con el corazón en un hilo mientras se revolvía á cabezazos entre los malandrines y jayanes que lo cercaban, hasta que la caida del último follón les devolvía la tranquilidad, viendo á su héroe quedar dueño del campo de batalla, sano y salvo.

Pero, Misericordia en los titeres, no es asunto para tratado así de paso, y no he de tardar en escribir el capítulo aparte que merece, si es que alguna mejor cortada pluma no me releva de tan ardua tarea.

Y dejando al muñeco y volviendo á mi negro, ahí le tienen ustedes, apenas bosquejado en las carillas que llevo escritas, culpa, no de él, sinó mía, que no supe trazarle en todos sus perfiles.

Quien quiera verle, no tiene mas trabajo que ir á San Francisco, en cuyo campanario luce hoy todavía las habilidades que aprendió en el Convento de los Reverendos Franciscos Pernambucanos, bailando al compás de sus repiques al son de

¡San José—cabeza me duele!
¡San José—cabeza me duele!

en las grandes festividades que solemniza la Iglesia, ó repitiendo con sus badajos en las fiestas de menor cuantia, el

¡Manuel Vintén!
¡Manuel Vintén!
¡Manuel Vintén!

que según él, dicen las campanas con su metálica lengua.

Noviembre 21 de 1882.

EN EL MERCADO

Allí empieza el despertar de la ciudad. Mientras todo duerme en el silencio del último sueño, ruedan en dirección al Mercado los carros cargados con verduras y aves, para abastecer los puestos en que más tarde ha de venir á surtirse toda la población.

En medio de la luz gris de la madrugada, se descargan los carros y se hacen las ventas de los productores á los revendedores, vociferando, disputando en una jerga cosmopolita compuesta de todos los dialectos, y profiriendo palabras que huelen á ajo y cebolla, como si fueran erutos de una digestión de olla podrida.

Los carniceros dan la última mano á sus cuchillos, rascándolos en las chairas hasta dejarlos cortantes como una navaja; los fruteros arreglan las pilas de naranjas disponiéndolas como balas de

cañón en forma de pirámide, que coronan con las más sanas y vistosas para tentar al comprador; los pescadores hacen sus sartas de pescados pasándoles un junco por las agallas, y los verduleros ponen en orden las legumbres, dividiéndolas en montones más ó menos grandes según el precio.

Todo esto se hace á la luz de unos faroles con los vidrios grasientos y empañados, defendidos contra los golpes por un enrejado que los hace más opacos: por entre las callejuelas que separan los puestos solo se ven los bultos oscuros é informes de los que acarrean los canastos cargados; van con la cabeza encorvada y el andar inseguro, espantando al pasar á las ratas que vagan en busca de alguna presa, y que huyen á saltos hasta esconderse en las madrigueras en que pululan, chillando con ese *cuii, cuii,* que hace crispar los nervios á los menos delicados.

En la calle está estacionada la larga fila de los carros conductores de las verduras.

Los caballos, con la cabeza agachada, tratan de recoger con el labio las pajas y las hojas de coles desparramadas en el empedrado. Los bueyes, agobiados por el yugo, rumian con los ojos entornados los restos de la última comida; y las mulas, con las largas orejas echadas hacia atrás, tiran tarascones á sus vecinos, cediendo á su instinto que las lleva á ser malas y pendencieras.

En los cafés y boliches que rodean al Mercado, iluminados con un quinqué cuyo resplandor muere entre el humo que apesta la pieza, se aglomeran los conductores de los carros, sisando al-

gunos reales de la ganancia para tomar *la mañana* antes de volver á la ruda tarea; mientras en la calle empiezan á aparecer los primeros compradores que de todas direcciones vienen con la canasta al brazo, marcando cada paso con una bocanada de aliento que humea en el ambiente fresco de la mañana.

La luz del día va poco á poco invadiéndolo todo hasta penetrar en los rincones, que son el último baluarte de las tinieblas.--- Las ratas retardadas en sus escursiones se apresuran á esconderse en las cuevas, arrastrando por las losas del empedrado la cola pelada y fría como una lombriz, escapando á las persecuciones de los perros que merodean esperando los desperdicios de las carnicerías.

Ya es de día por completo. La luna, sorprendida por el sol, apaga sus luces y queda convertida en una oblea pálida que mancha el azul del cielo.

De los ganchos de las carnicerías cuelgan los cuartos de las reses, dorados por la gordura: y ensartados por la canilla, penden los carneros, marcados en los costillares con acuchillados blancos como los de los jubones antiguos. Sobre el mármol del mostrador están apilados los menudos, las patitas con las pezuñas sonrosadas, los mondongos semejando una esponja, los riñones con las grietas rellenas de grasa blanca; y sobre hojas de col, los sesos blandos y sanguinolentos, como una masa informe y gelatinosa.

Del otro lado las chancherías ostentan todos los productos de la elaboración del cerdo. --- Las morcillas negras al lado de las lonjas blanquisi-

mas de tocino; los chorizos enroscados; las cabezas de puerco afeitadas, con los ojos cerrados y las orejas rectas, rellenas con los residuos condimentados, y largas cuerdas de salchichas enredadas por todo el armazón del mostrador, lustrosas y húmedas como culebras. Colgado de un garfio, se ve un lechón entero, blanco desde el hocico hasta la punta del rabo, abierto el vientre cuyos bordes muestran la grasa, ostentando el envarillado de los costillares unidos al espinazo, de cuyo estremo penden los dos riñones envueltos en una capa de sebo blanco. Por los dos agujeros del hocico cae á intervalos una gota de sangre oscura y espesa, formando en el suelo un depósito sobre el cual se apiñan las moscas que la beben con su enroscada trompa.

Mas allá están los pescados, estendidos á lo largo sobre las mesas de mármol: los pejereyes blancos, frangeados los costados con una cinta plateada; las corbinas barrigonas, con las agallas rojas y picadas en los bordes como crestas de gallos; las palometas chatas, con la cola ahorquillada y la piel granulosa tornasolada de acero; las anchoas con el lomo verdoso y el vientre blanco, sudando la grasitud por entre las escamas; los congrios largos con la piel lustrosa, colgando en un manojo como los ramales de una disciplina; los bagres con sus bocas enormes, adornadas de bigotes carnosos, y las rayas redondas y planas con sus bordes cartilaginosos que escurren las últimas gotas del elemento en que se agitaron.

En el departamento de las verduras están las

coles, con sus hojas inmensas y crespas, aljofaradas todavía con las gotas del rocío de la noche; los alcauciles mostrando sus hojas moradas y puntiagudas; los rábanos dispuestos en manojos que parecen un ramo de capullos de rosa; las zanahorias con sus raíces anaranjadas; los zapallos con su cáscara oscura y llena de berrugas, cortados en tajadas que muestran la pulpa amarillenta; las alberjas, los porotos, las habas, las remolachas, de carne mordoré; las cebollas con su cabeza blanca coronada con una cabellera de raíces; las lechugas frescas, recatando el cogollo, con su alegre color verde-claro que contrasta con el plomizo de las hojas carnosas de las coliflores. Aquí montones de papas rugosas y contrahechas; allí pilas de batatas de corteza violácea; allá atados de tiernas acelgas y acullá mazos de peregil alternando con la yerba-buena, el tomillo, la ruda, las hojas de laurel y todas esas yerbas perfumadas que sirven para condimentar las salsas y adobar los manjares.

Á medida que la mañana avanza, crece el bullicio y aumenta el va y ven de los compradores. En un puesto disputa una criada porque le han dado más hueso que carne; en el de enfrente se queja otra de la carestía de las papas; aquella tantea el peso de una yunta de aves; aquesta pide perejil de yapa; esotra discute sobre si fueron tres ó cuatro reales los que ayer quedó debiendo; y todas estas querellas y disputas forman un zumbido continuo, en el que de vez en cuando se destaca alguna palabrota de sabor pronunciado, que

los vecinos acojen y festejan con ruidosas carcajadas.

Allí viene el patrón de casa que no quiere dejarse engañar por la cocinera.—Él mismo viene á la compra, va de puesto en puesto buscando lo mejor y más barato, y concluye generalmente por comprar lo peor y lo más caro. La carne le parece flaca, abombadas las corbinas, manidas las aves, y dándose por conocedor de todo, solo sirve de hazmereir á los puesteros y á su sirviente, acabando por gastar el doble de lo que acostumbra dar para el mercado, sin llevar nada de provecho.

Don Polidoro es hombre que madruga; tiene por costumbre ir al mercado, y por compañero un perro de aguas amaestrado para llevar la canasta, sujetándola con los dientes por el asa. El perro se llama *Leon*, y para que el nombre no esté reñido con la apariencia del animal, lo tiene tuzado de medio cuerpo, dejándole un penacho en la punta de la cola y borlas en las patas. *Leon* va muy ufano con su canasta, y don Polidoro no pierde ocasión de hacer notar á todos que él es el propietario de aquella monada. Va de puesto en puesto haciendo sus compras, echa un párrafo con cada *marchante*, y *Leon*, con su canasta en la boca, le mira atento para seguir todas sus evoluciones.

Pero á veces suelen presentarse ciertos tropiezos imprevistos. Así, por ejemplo, mientras don Polidoro va muy tieso del puesto de la carne al de la verdura, *Leon* se ve asediado por tres ó cua-

tro perros plebeyos que á toda costa quieren reconocerle. Le rodean, le huelen donde él no quisiera, y no le dejan dar un paso. Don Polidoro da vuelta, se encuentra sin su perro, y empieza á llamarle:

—*¡Leon! ¡Leon!*

Pero el pobre perro no se atreve á dar un paso, porque al menor amago que hace por juntarse con su amo, los otros le gruñen.

—*¡Leon! ¡Leon!*... ¡Pichicho! repite don Polidoro castañeteando con los dedos, pero *Leon* no se mueve, y lucha entre la fidelidad que le obliga á conservar la canasta en los dientes, y el instinto que le impele á tirar unos tarascones con la geta fruncida para librarse de reconocimientos altamente ofensivos á su decoro. Por último, don Polidoro se decide á intervenir y libra á su *Leon* de sus opresores repartiendo entre ellos enérgicos puntapiés.

Mientras tanto, el Mercado está en plena actividad. Las cocineras se codean en las callejuelas, pasando de un puesto á otro; los cuartos de carne van desapareciendo, quedando reducidos al femur cubierto de pulpa oscura; los carniceros achan sobre el picadero las costillas y los caracúes, y se oye el *jrrrrr! jrrrrr!* de las sierras que muerden los huesos para trozar las reses.

Las compradoras se retiran apresuradas, con el cuerpo arqueado para contrabalancear el peso de la canasta, cuyas tapas entreabiertas por el exceso de mercancía dejan ver el contenido, sobresaliendo de un lado los cogollos de los espárragos, y colgando por el otro lado las hojas marchi-

tas de las cebollas: llevando en la mano que queda libre la sarta de pescados colgados por la boca, con los ojos lechosos y apagados, y las aletas plegadas contra el vientre.

Á medida que va el sol calentando, se van amortiguando los ruidos y despoblándose los puestos. Las lechugas pliegan las hojas marchitas por el calor y pierden toda su lozanía: los repollos se arrugan faltos de la savia que los alimentaba, el perejil dobla sus tallos, y toda aquella naturaleza arrancada del seno de la madre que la sustenta, se asfixia entre los olores nauseabundos de los cuerpos en descomposición.

Los pescados pierden su flexibilidad y empiezan poco á poco á hincharse como preñados de los miasmas que enjendra la podredumbre; las corbinas pierden el rojo de las agallas, que se tornan pálidas y blanduzcas, y las anchoas se derriten manchando el mármol con los sudores oleosos de su carne.

El lechón gotea la grasa revenida del tocino, los chorizos traspiran su gordura á través de la tripa que los envuelve, y las moscas se agrupan sobre todo lo que huele, dejando depositados sus embriones que se desarrollan y nacen en medio de la corrupción.

En otro estremo, las aves que han escapado á la olla ó al asado, están echadas una contra otra, el pico entreabierto, el ojo triste, la cresta caida y la pluma erizada, respirando fatigosamente aquejadas por la sed.

Más tarde, de lo que fueron puestos de verduras solo queda sobre las losas del empedrado un

hacinamiento de hojas pisoteadas y de legumbres descompuestas que hieden con olores agrios y punzantes. Los carros de la basura recogen todos los desperdicios: los carniceros ascan sus puestos para recibir las reses que no tardarán en llegar; los barrenderos limpian las calles desiertas ya, y solo quedan en sus puestos los vendedores de frutas con sus grandes pilas de naranjas, artísticamente arregladas, las peras invernadas, fruncidas y escuálidas como los pechos vacíos de una vieja flaca.

El sol baña toda aquella gran despensa de la población, derritiendo todas las grasas y activando la podredumbre de todos aquellos cuerpos muertos, en torno de los cuales, aprovechando el silencio y la soledad. merodean las ratas que pueblan el subsuelo del Mercado y minan todos sus alrededores.

Octubre 15 de 1883.

LUÍS MAZZANTINI

LIDIADOR DE TOROS

QUÉ causas moverían á don José Mazzantini, italiano, á emigrar á España, es cosa que no sé, ni viene al caso en este artículo. Ello es que emigró y se estableció en Bilbao, donde á poco andar alcanzó la plaza de Jefe de Estación de ferro-carril, puesto que desempeñó durante muchos años en la capital de la provincia de Vizcaya.

Soltero salió de Italia don José Mazzantini, pero, si sus tendencias le llevaban al celibato, mal hizo en meterse en un país donde las mujeres son capaces de dar al traste con las más arraigadas convicciones anti-matrimoniales. El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo, sopla y... ¿qué ha de suceder?. . . . Pues tal y cual le pasó á don José: él de fuego, como buen italiano, las bil-

bainas de una estopa reseca que arde sola; vino el diablo, sopló, y cátate aquí al Jefe de la Estación hecho todo un jefe de familia.

De esta combinación de fuego y estopa resultó lo que era de esperarse, y el 10 de Octubre de 1856 el cura de Elgoibar, pueblecillo de la provincia de Guipúzcoa, anotaba en sus libros parroquiales: = « Hoy bauticé al niño Luis, hijo legítimo de don José Mazzantini, italiano, y de doña Josefa Eguía, española, etc., etc. »

Luisito fué el niño mimado de la casa, y vuelto Mazzantini á Bilbao, siempre en desempeño de su empleo, puso al hijo en la escuela, y una vez completados sus estudios elementales, pasó al Instituto, donde continuó en las aulas hasta 1867, época en que se trasladó á Italia, visitando Nápoles, Velletri, Frascati, y pasando por último a Roma, donde residió hasta 1870. En esa época el joven Luis Mazzantini regresó á España agregado á la servidumbre del Rey don Amadeo en calidad de caballerizo de palacio.

Pronto dejó su empleo para dedicarse nuevamente á sus estudios, y con tanto ahinco tomó los libros que en el año 75, teniendo diez y nueve de edad, se graduó de bachiller en artes. Sus aptitudes le valieron encontrar pronta colocación, ingresando en la administración de ferro-carriles del mediodía de España en calidad de telegrafista, y á poco tiempo fué ascendido a jefe de la estación de Santa Olalla.

Pero, quiso Dios ó el Diablo que allí cerca hubiese un corral donde se acostumbraba á lidiar toretes, y Mazzantini, no sabiendo qué hacer del

tiempo que sus ocupaciones le dejaban libre, dió en ir á gastarlo en presenciar las lidias, que fué como meterse por las puertas de la tentación, pues, poco á poco, fué aficionándose de tal manera al toreo que ya no soñaba más que con pases y estocadas, con grave perjuicio de las pilas y aisladores, que estaban dejados de mano.

Poco le duró á Mazzantini el platonismo por el arte, y empezó á echar verónicas y navarras á cuanto animal de puntas se le ponía por delante, llegando las crónicas hasta á decir que cierto día le abrió el capote á un buen señor con quien topó, casado, por más señas. ¡Lo que es la afición...!

Tanto se apasionó por el toreo que no pasaba día en que no hiciese una escapada para despuntar el vicio, y pudo satisfacerlo por algún tiempo sin que sus superiores cayesen en la cuenta de lo que pasaba en Santa Olalla. Pero sucedió que una tarde llegó á la estación un tren expreso, cuyo tránsito había que avisar á la estación inmediata para evitar un choque con el convoy ordinario. Baja el conductor, y por más que buscó en cuanto rincón había, nunca acertó á dar con el jefe. Pitaba la locomotora que era un contento, despertando los ecos de valles y montañas, pero ni por esas: el jefe no parecía.

¿Cómo había de parecer? Figúrense ustedes que, cuando el tren llegó, estaba mi Mazzantini en lo más afanoso del trasteo de un becerro, y claro está que antes se hubiera dejado cortar una oreja, que abandonar la muleta. El oía bien que la locomotora chillaba en demanda suya, pero al mismo tiempo veía que el torete embestía con fé,

y á cada toque del silbato contestaba Mazzantini con un pase de pecho ó de telón, ciñéndose todo lo mas corto para dar remate á la suerte. Por último logró dar una estocada hasta la taza, y todavía estaba pataleando el animal, cuando ya Mazzantini llegaba jadeando á la estación; pero ya era tarde: el tren había partido exponiéndose á hacerse tortilla con el que venía. No sucedió así, felizmente, lo cual no impidió que al siguiente día recibiese el telegrafista taurómaco una orden terminante para que en el acto se presentase en Madrid á la Dirección de Ferro-Carriles, que entonces desempeñaba el reputado dramaturgo don José Echegaray.

No hay para qué decir que Mazzantini recibió una severa amonestación, y para que no volviese á incurrir en otra, le destinaron á las oficinas centrales en calidad de inspector.

Sosegóse el adepto de Romero y Pepe Hillo con lo de la reprimenda y ni quiso oir hablar de toros; pero un lunes, así como había de ir á otra parte, fué por mal de sus pecados á los Campos Eliseos, donde se corrían novilladas, y todo fué ver cuernos y empezar á retozarle nuevamente sus inclinaciones al toreo.

De allí á poco se presentó á su jefe diciéndole que, habiendo llegado de provincia unos parientes en gestión de asuntos judiciales, le dejase libre un día de cada semana para acompañarles y guiarles en sus diligencias. Tragó el cebo el bueno de don Jose Echegaray, y sobre concederle la licencia para faltar los lunes á la oficina, aplaudió mucho la devoción con que atendía á los miem-

bros de su familia. Por supuesto que ni había tales parientes, ni semejantes gestiones judiciales. Lo que sí había eran novilladas, y Mazzantini se entregó á ellas en cuerpo y alma, y con tanto éxito, que su nombre empezó á sonar como aventajado aficionado en las lides taurinas. Y tanto sonó, que un día llegó el eco de las hazañas del empleado de Ferro-Carril á oidos de don José Echegaray, quien, acordándose de lo de Santa Olalla, y lo de los parientes de provincia, mandó llamar en el acto á Mazzantini y le dijo poco más ó menos:

—Caballerito, no sin sorpresa he sabido que sus licencias de los lunes las emplea usted en correr toretes y hacer el majo en la plaza de los Campos Eliseos.

—Señor..... balbuceó Mazantini inclinando la cabeza.

—Pues nada, repuso don José, ó deja usted los estoques y se dedica á las pilas eléctricas, ó abandona usted las pilas y se viste de corto.

Mazzantini echó sus cuentas entre sí y tomando una resolución inmediata, contestó á su jefe:

—V. E. puede dar desde este momento por presentada mi dimisión.—Mis inclinaciones me llevan más al redondel que al bufete.

Aquella resolución contrarió mucho á Echegaray, que tenía afecto á aquel joven tan despierto y activo, pero, por más amonestaciones que le dirigió, no logró hacerle desistir de su propósito.

Y ahí tienen ustedes al bachiller Luís Mazzantini, educado y formado para hacer una buena carrera en el ramo á que su padre le había desti-

nado, convertido de la noche á la mañana en lidiador de toros, trocado el sombrero de copa por la montera, el levita por la casaquilla, y los aparatos de física por estoques y muletas.

Aquello produjo un alboroto en el hogar del viejo Mazzantini. Mesábase éste las barbas renegando contra cuanto bicho de cuernos había en el mundo, y la pobre madre no veía sino el momento en que le llevaban al hijo de sus entrañas destrozado por un toro. Y no era esto lo peor, sino que Mazzantini se había casado hacia apenas tres meses, y su joven compañera no podía conformarse con ser esposa de un torero, ella que había creido casarse con un modesto empleado de ferro-carriles y telégrafos.

—Ten conformidad, hija, le decía Mazzantini; aquí en España no se puede ser mas que dos cosas: ó tenor de ópera, ó matador de toros: y como yo no puedo dar el *do* de pecho, al torco me dedico.

Por supuesto que las tales razones no convencían á la joven, pero no por eso cejó Mazzantini y entró de lleno al arte; eso sí, pasando por sobre todos los estudios preparatorios, y graduándose de entrada como matador de toros. Inmediatamente tomó parte en varias corridas organizadas en Talavera por la sociedad de Socorros Mútuos de empleados de ferro-carriles, y tanto valor desplegó, que los aficionados creyeron ver en el una brillante esperanza para el arte.

Con motivo de las fiestas de Torrijos, en Toledo, hubo allí dos corridas en que figuró Mazzantini como espada. Un jurado, compuesto de las

eminencias del arte, se trasladó desde Madrid para apreciar y juzgar las condiciones del aspirante, y viéndole trabajar con ese ahinco y denuedo que le distinguen, falló el jurado que había en Mazzantini la masa de que se forman los buenos toreros, aconsejándole que se dedicase con fé á aquella profesión.

No se lo dijeron á ningún sordo, porque desde aquel día ya se consideró ingresado en el cuerpo en que forman *Frascuelo, Lagartijo* y *Cara-Ancha*, y queriendo abonar el fallo de sus jueces, se presentó Mazzantini en la Plaza de Madrid, que es como quien dice en la Academia del toreo. Cuajados de gente estaban los tendidos, esperando ver aquella gloria en ciernes, y mil versiones distintas corrían sobre las aptitudes del principiante.

Embolados eran los dos toros que había de matar, y después de banderillear los chulos al primero, se presentó frente al palco de la Presidencia un joven de rostro simpático, estatura elevada, esbelto de cuerpo y fino de modales, quien, con lenguaje castizo y elegante, hizo el brindis de estilo y se dirigió á la fiera trasteándola con mucha serenidad y destreza. Cuando creyó al toro en posición de matarlo, lió el trapo y se tiró en corto, pero con tan poca fortuna que dió en hueso. Otro y otro pinchazo dió, siempre con mala suerte, hasta que, trascurrido el plazo que los reglamentos señalan, fué sacado el bicho al corral, lo que en materia de toreo equivale á que á un estudiante le echen bola negra.

Sea que aquel fracaso impresionase al principiante, sea que aquella tarde tuviese malo el

pulso, ello es que el segundo toro siguió el rumbo del primero: Mazzantini no pudo matarlo dentro del término reglamentario. Pero aquel desastre, que á cualquier otro le hubiera valido una rechifla, fué para Mazzantini un triunfo, pues en vez de silbidos, oyó palmas, si no por lo de las estocadas, por el valor que había demostrado y por el empeño con que trabajó.

Aquello le alentó. Él se sentia con fuerzas para hacer mucho bueno y al Domingo siguiente se presentó como si tal cosa: y esta vez, con toros de puntas, tomó una estruendosa revancha, matándolos con una maestría y un arrojo admirables. Y ya no hubo más: Mazzantini fué el niño mimado del público matritense, y se llevó tras de sí todas las simpatías, á punto de que la joven esposa empezó á temer por su marido, no ya por los cuernos del toro, sino por los ojos de las manolas que se clavaban con rayos de fuego en la elegante figura del novel lidiador. La empresa de la plaza de Madrid le ofreció pronto la *alternativa*, con beneplácito de los diestros más afamados, pero Mazzantini declinó aquel honor, fundándose en que no tenía todavía méritos bastantes para figurar al lado de aquellas eminencias.

Rodeado de esta aureola, pasó el antiguo empleado de telégrafos á Cauterets, ciudad de los Altos Pirineos en Francia, célebre por sus aguas termales, donde concurre la alta sociedad de París y de Madrid en la estación balnearia. Cauterets está muy cerca de España, y así no es de extrañar que hasta allí haya llegado el contagio de los toros. La Comisión encargada de las fiestas para

divertir á los bañistas incluyó en los programas varias corridas de toros: pero como en Francia rige la ley Gramond, protectora de los animales, no se permitía la suerte de pica para no matar caballos, ni la de espada por no asesinar toros. Es decir que la ley francesa lo único que tolera es que se maten hombres, pues los toros conservan el asta fina y puntiaguda.

Consistian las tales corridas de Cauterets en saltar de garrocha los toros, ponerles banderillas, pasarlos de muleta, pero en vez de matarlos, se les amagaba con una espada de madera que, al clavarse en el toro, le dejaba adornado el morrillo con un ramillete ó lazo, como marcando el sitio de la estocada, y en seguida se le sacaba al corral para volverlo al pastoreo.

¿Créen ustedes que aquello satisfacía á los franceses? ¡Ni por pienso! El público empezó á pedir toros de verdad, y la Comisión de fiestas, que se vió recargada con un déficit por falta de concurrentes á los espectáculos, echó á un cuerno la ley Gramond, y anunció en grandes carteles:

DEUX TAUREAUX MIS À MORT

TUÉS AVEC EPÉE

par

MONSIEUR LOUIS MAZZANTINI

Lo de que los toros habian de ser *muertos con espada*, era advertencia necesaria en Cauterets, pues bien podía haber francés que creyera que los toros se mataban á cañonazos.

Llegó, por fin, el día, y en la plaza no había don-

de echar un alfiler. Lidiáronse primeramente cuatro toros dentro de las prescripciones de la ley Gramond, y en seguida salió el que habia sido de antemano declarado fuera de la ley. Los dos primeros tercios de la lidia pasaron sin más novedad que la impaciencia del público por ver matar un toro *arc efée*, pero cuando llegó el momento de que Mazzantini tomara los trastos, se presentó entre barreras un comisario de policía diciéndole que, en nombre de la ley de Francia, le prohibia que matase al toro. Contestóle Mazzantini que él respetaba mucho la ley y la Francia, pero que en la plaza el no podia obedecer más órdenes que las de la presidencia.

Á todo esto, la comisión que presidia la corrida se habia eclipsado, y no recibiendo contra-orden, Mazzantini se preparó a estoquear á la fiera. Volvió el Comisario a insistir: volvió el torero á decir que él solo obedecia al Presidente de la corrida, y entónces el Comisario subió al palco de la Presidencia, y desde allí intimó á Mazzantini que no matase al toro.

¿Que hacer? . . . . Y entre tanto, los cinco mil espectadores chillaban como cinco mil condenados, y como los chillidos no diesen resultado, empezaron á llover á la plaza banquetas y sillas, como preludio de algo mas gordo, pues ya habia quien hablaba de pegar fuego á la plaza. Por donde se verá cómo el animal hombre tiene idénticos instintos lo mismo en España que en Francia, y que en esta bendita tierra de Santos y motines.

Mientras se armaba este tole tole, recibió Maz-

zantini una nota de la comisión de fiestas en la que le ordenaba que matase al toro, haciéndose ella responsable de las ulterioridades. El diestro guardó la nota en el bolsillo de la chaquetilla, y parándose en medio de la plaza, dirigió la palabra á la concurrencia, diciendo en correctísimo francés que él no podía defraudar las esperanzas ni resistir las exigencias de aquel respetable público, y que por consiguiente iba á dar cumplimiento al programa.

Gritóle el comisario de policía desde la barrera:

—Señor Mazzantini, si usted persiste en matar al toro me veré obligado á sacarle á usted de ahí con la fuerza pública.

—Venga usted á sacarme, contestó arrogantemente el diestro. Las reglas del arte no me permiten salir del redondel miéntras el toro está en la plaza.

—Haga usted sacar el toro primero y entonces entraré á prenderle, gritó de nuevo el comisario.

—Yo no puedo hacer sacar al toro, porque solo la Presidencia tiene autoridad para ello, replicó Mazzantini; y para evitar más discusiones, se fué derecho al bicho, se ciñó con él pasándolo de muleta, y en medio de los aplausos frenéticos de una multitud electrizada por el arrojo y serenidad de aquel joven, lo remató de un bajonazo, como para asegurar; que no era aquel público ni aquellas circunstancias para andarse con miramientos y floreos.

¡Aquello fué un delirio! Llovían á la plaza sombreros, pañuelos, sombrillas, cigarros, napoleo-

nes y cuanto les caia á la mano a los franceses y francesas; y no contentos todavía con esto, empezaron los concurrentes á bajar del tendido para abrazar al héroe, acabando por llevarlo en hombros en medio de los vítores y hurras, mientras que detrás de la barrera vociferaba el pobre comisario, agitando su bastón, sin lograr hacerse oir.

Por la noche, cuando Mazzantini se presentó en el teatro, todos los concurrentes se pusieron de pié saludándole con salvas de aplausos y gritando: *Vive le toreador! Hip, hip, hurra!*

La nueva del suceso de Cauterets llegó hasta el Gabinete, y tan por lo sério se tomó la cosa que la Comisión de fiestas se guardó muy bien de anunciar nuevamente *taureaux mis à mort.* Pero el renombre de Mazzantini habia cundido, y fué solicitado para dar dos corridas en Nimes, ciudad mucho más importante que Cauterets, á lo que accedió.

Llegado á Nimes, supo que las autoridades se oponían á la lidia de muerte, pero entónces Mazzantini tomó la cosa por su cuenta, y se presentó ante aquellas argumentándoles lo siguiente:

« — Señores ¿qué es lo que dice la ley Gramond? Yo la conozco y sé que lo que prohibe es atormentar por placer á animales domésticos. Convengo en que en Francia sean los toros tenidos por tales, pero yo invito á Vuestras Excelencias á que vayan á rascarles la frente á los que yo traigo de España, y entonces sabrán si se trata de animales domésticos ó de fieras. »

Escusado es decir que el prefecto y demás autoridades se cuidaron muy bien de no ir á hacer

la prueba, pues con solo ver á los dos bichos llevados por Mazzantini bastaba para convencerse de que no se dejarían hacer cosquillas. Eran, los tales toros, salamanquinos, bien enlibrados, con cuernos como agujas, y cada mugido que daban hacía estremecer el brete en que estaban encerrados.

Llegó, por fin, el día de la corrida, y la curiosidad, avivada por las controversias que el espectáculo habia levantado, llevó á la plaza crecidísima concurrencia. En Nimes se conserva casi intacto el circo romano de la antigua *Nemausus*, el más vasto, tal vez, de los anfiteatros que se construyeron en la dominación de los Césares, pues tiene capacidad para treinta mil espectadores, y allí es donde tienen lugar las lides taurinas, lo cual daría razón al guía de *Figaro* cuando este visitó las antigüedades de Mérida, y á quien muy suelto de cuerpo contaba aquel por dónde salían los toros en el anfiteatro... ¡en tiempo de los romanos!...

Decía, pues, que en Nimes se lidia en aquel vastísimo circo, teatro otrora de sangrientas luchas de fieras y gladiadores, resucitadas en forma más artística por los modernos toreros, que al fin y á la postre, los toros son tan fieras como los tigres, y tanto coraje se necesita para lidiarlos como para medirse con leones y con hienas.

Lo mismo que en Cauterets, empezó en Nimes la corrida con cuatro toros de mentirijilla, es decir que se les toreaba con arreglo á la ley Gramond, sin pasar las cosas mas allá que á banderillearlos y simular la muerte. Pero saltó á la arena el primer salamanquino, y aquello ya fué otra

cosa. El antiguo anfiteatro resucitó con todo su esplendor, y si bien no se veian clamides, ni togas, ni las estolas blancas de las Vestales, veianse, en cambio, todos los refinamientos de la moda francesa esparcidos por la estensa graderia ocupada por treinta mil espectadores.

Cuando Mazzantini abrió el capote y echó tres ó cuatro navarras, los franceses perdieron los estribos y se entregaron á las más ruidosas manifestaciones de entusiasmo. Pero, llegado el momento de la muerte, al presentarse el diestro frente al palco presidencial para hacer el brindis surgió de nuevo la controversia sobre si aquello era ó no era una violación á la ley. Así que el público se apercibió de lo que pasaba, empezó á vociferar de una manera enérgica, y hasta las damas francesas, asumiendo la prerogativa de las Vestales, hicieron la señal de *pollice verso*, dando así á entender que pedian la muerte de la fiera.

Impotentes fueron las autoridades para contrarestar la voluntad de aquellos treinta mil energúmenos, y permitieron que fuese muerto el toro. Agradeció Mazzantini con corteses palabras, en nombre del arte, aquella condescendencia, y previos los pases de regla, dió al toro una magnífica estocada. Tambaleó la fiera herida en el corazón, un temblor convulsivo agitó todos sus miembros, y antes de que rodase por la arena, treinta mil gritos de entusiasmo saludaban al valeroso joven que, de pié, en medio de la plaza, luciendo su gallarda estatura realzada por el vistoso traje que vestia, y con la muleta en la mano, recibia aquella ovación con el rostro varonil ra-

diante de satisfacción por la victoria alcanzada, mientras su víctima, tendida á sus piés, enrojecía el polvo con la sangre que manaba de la profunda herida.

. . . . . .

. . . . . .

Al llegar á Madrid, el actual empresario de toros, don José S. Berro, oyó hacer grandes elogios del joven Luís Mazzantini y resolvió escriturarle, comprendiendo que el público de Montevideo sabría apreciar el valor temerario que le caracteriza.

No se engañó Berro, pues desde la primera corrida Mazzantini se conquistó todas las simpatías, no solo por su arrojo, su serenidad en el peligro, y su afan por ayudar á sus compañeros, sino también por sus bellas prendas personales.

Mazzantini es un joven de esmerada educación, de trato fino, de conversación amenísima, habla al uno en español, saluda al otro en italiano, contesta al de más allá en francés, y á todos seduce con la afabilidad de sus maneras y su caballeresco porte.

Tiene pasión por su arte y abriga ambiciones de llegar á ser una de sus glorias. Y lo será, á no dudarlo, porque le sobran valor é inteligencia para salvar todas las dificultades. Hasta el físico le ayuda. Es alto y esbelto, ligero como un gamo, y gracioso en todos sus movimientos. Sus tarjetas dicen:

LUÍS MAZZANTINI

Lidiador de toros

mostrando asi que tiene en tanto su profesión como un titulo nobiliario. Ira lejos, muy lejos, y yo espero que no pasara mucho tiempo sin que le tengamos nuevamente entre nosotros como primer espada, coronado con los triunfos que alcanzará en la temporada que ahora va á inaugurar en Madrid.

Enero 11 de 1883.

MONTEVIDEO

BAJO LA LLUVIA

AMANECIÓ con un cielo plomizo, uniforme, sin que el sol lograse filtrar una sola de sus hebras de oro á través del espeso nublado. Nada despertaba para saludar al nuevo día. Los pájaros seguían acurrucados en las ramas, y las flores dormían con sus pétalos cerrados para resguardarse de la lluvia próxima á caer. Toda la naturaleza calla á la espera del agua, el viento se aquieta, el mar se aplana, los insectos se esconden, y solo se percibe en medio del tranquilo silencio el grito atiplado de las ranas, que imita el sonido de teclas destempladas.

De repente, un dardo de luz abre en el nublado una herida sesgada, y como si una arma cortante

hubiese rasgado el vientre hidrópico de la nube, empieza á caer el agua en gotas gruesas y ralas, que salpican las paredes y el piso con manchas circulares. Otra herida de fuego cruza á la nube en zig-zag; se oye una trepidacion lejana como de enormes carros arrastrados á galope por un empedrado desigual, y con los últimos rezongos del trueno, se desgaja la lluvia, espesa y nutrida, como una cortina tegida con hebras de cristal.

El agua rueda por las aceras después de estrellarse sobre las losas, y se precipita á la calle, que queda á los pocos momentos franjeada por dos arroyos, cuya corriente arrastra los papeles, las pajas y todas las basuras que se depositan entre los intersticios de las piedras. Como tributarios de esos arroyos improvisados, aportan su caudal de aguas los albañales de las casas, que las vomitan á borbotones, turbias y espesas primero por el polvo y las basuras que arrastran; y después límpidas y claras, saltando juguetonas por sobre las piedras, aprovechando todas las hendiduras, remolineando en los pozos hasta que los rebordan, y siguiendo su carrera por la cuesta abajo hasta despeñarse sobre el mar, formando en cada boca-calle una cascada.

En cinco minutos de lluvia, Montevideo queda limpio y brillante. En la calle del Sarandí y su prolongación hasta la plaza de Cagancha, las aguas se dividen en dirección al Norte y al Sud, precipitándose por las pendientes que las llevan al mar, convertidas, mientras dura el aguacero, en verdaderos torrentes de una á otra acera. La corriente parece que hierve á borbotones, y á cada

cuadra en declive, el arroyo aumenta, reforzado por el aluvión de las calles horizontales que convergen al cauce común.

Los lecheros recorren la ciudad al trote largo, con alas las del sombrero vueltas hacia abajo, metidos dentro de su poncho de paño, mientras los pobres caballos trotan con las orejas gachas, las crines lacias, colgando en guedejas marchitas, y la cola escuálida, rematada en punta como un pincel, goteando el agua que les baña el cuerpo, y chapoteando con los remos en los charcos de la calle.

Las cocineras vuelven del mercado tapando bajo el rebozo la canasta de las provisiones, y cubriéndose de la lluvia con sus paraguas viejos, desvencijadas las varillas y agrietado el género, recojiéndose la pollera al atravesar la calle, con la pierna estirada en busca de las piedras salientes para evitar el agua.

Y entre tanto la lluvia sigue sin cesar, como si todavía no hubiesen descargado las nubes la humedad de que estaban saturadas á pesar de dos días de continuos lloriqueos.

Á ratos, el nublado se entreabre y cesa de gotear. Las nubes pasan sueltas, blancas y vaporosas como guedejas de lana cardada, livianas y ténues como si se hubiesen vaciado del agua de que estaban llenas. El sol aprovecha los resquicios para filtrar sus rayos débiles y pajizos, desteñidos al parecer por la humedad, sin calor, sin vida, algo así como la sonrisa triste de un convaleciente. Pero su aparición es momentánea. Á los pocos minutos queda nuevamente oculto

tras del toldo gris de otras nubes espesas que avanzan lentamente, preñadas de agua, hasta que el rayo las destripa y se derraman en un copioso aguacero que forma en las calles nuevos arroyos y riachuelos, en cuya corriente forman borbotones saltarines las gotas de la lluvia.

La calle del Miguelete se convierte en un rio que se desborda por las veredas y baña la calle de la Agraciada desde el Cuartel del 5.° hasta el repecho de Sobera, acrecentada la corriente con las avenidas de la calle Ibicuy, que desde la plaza de Cagancha se despeñan por la rápida pendiente, hirvientes y revueltas como el curso de un torrente.

Más afuera, el *Arroyo ¡Seco!* desmiente su nombre, convertido en rio, que inunda en el camino del Reducto la quinta de Aguirre, y en el camino de la Agraciada se derrama por la planicie en que estan acampados los bohemios, formando allí una inmensa laguna. Por el costado de la quinta de Farini, corre á borbotones el *Quita-calzones*, revolviéndose con furia entre las paredes que lo aprisionan, aumentando á cada instante su caudal con las vertientes de la calle, bordeada de un lado á otro.

El *Miguelete*, nuestro pobre Manzanares, que de ordinario apenas se hace ver por un mezquino hilo de agua, corre hoy con más de una cuadra de ancho, invadiendo las quintas que lo frangean. Por la represa de Castro se precipitan las aguas turbias y revueltas formando una cascada que cae como una cortina en toda su extensión, con un rumor sordo, levantando copos de espu-

ma que siguen navegando en la corriente como natas blancas.

Y donde quiera que se tienda la vista, no se vé más que agua, agua que corre por todos los desniveles, que se estanca en todas las llanadas, que gotea de las hojas de los árboles, y de las cornisas de las casas, y que brilla como diamantes engarzados en las hojas verdes del trébol que alfombra el campo.

Y sigue lloviendo, lloviendo siempre, con raras intermitencias, como si sobre Montevideo se hubiesen dado cita todas las nubes que andan errantes por el espacio. Las ranas, hastiadas ya de tanta agua, han trocado su canto atiplado por un rezongo ronco, como suplicando una tregua. Las aves, aburridas de estarse dos días en los palos del gallinero, salen á picotear el suelo á pesar de la lluvia que las empapa: los gallos escuálidos, lacio el encrespado plumero de la cola, la cresta caida y la golilla pegada sobre el cogote. Y los pájaros, hambrientos, se arriesgan en busca de un grano, encrespados, piando de frío, aventurándose hasta dentro de los corredores de las casas para picotear las migajas de pan desparramadas por el suelo.

Todo es agua, lo mismo dentro que fuera. Las paredes interiores sudan á gotas, los pisos traspiran humedad, y los techos de las casas, las capotas de los carruajes y los sombreros de los transeuntes brillan con el lustre del agua.

Tras de los cristales de las ventanas se ven las caras aburridas de los niños aprisionados por la lluvia, mirando con envidia á otros chicuelos

del barrio que, libres de la vijilancia de los padres, gozan chapaleando el agua con sus piesecitos descalzos y las piernas desnudas hasta el muslo.

Las tiendas se ven desiertas, veladas sus vidrieras por el vapor que el frio condensa sobre los cristales, mostrando solo a los que pasan paraguas, capotes impermeables, zapatos de goma y demás armas defensivas contra la lluvia.

Por la noche, las calles desiertas reflejan como un espejo las luces de la ciudad. Cada farol está envuelto en una aureola de humedad luminosa, y las gotas que se desprenden de los balcones, forman al pasar frente á la luz como sartas de esos cairclcs de cristales prismaticos con que se adornan las arañas.

Y sigue lloviendo. Siguen las nubes ejecutando á grande orquesta la sinfonia de la lluvia, con sus *crescendo* y sus *rallentando*, tocando los bajos en los techados de zinc, y los tiples sobre las losas de marmol, sobresaliendo en el concierto los *stacatto* de los chorros de los balcones que caen sobre la vereda, mientras que redobla como timbales sobre los vidrios, reforzada el agua por el viento que la empuja en diagonal, semejando las bayonetas de un ejército en marcha.

Y así seguirá hasta que nuestro *Adamastor*, el genio de las tormentas que vive en la Pampa, sople sus rachas huracanadas, ante las cuales huyen en dispersión las nubes, salpicadas por las crestas de las olas de nuestro rio encrespado, que se estrellan en las rocas y en los murallones de la costa.

¡ Sopla, genio de la Pampa, y arrastra entre tus ráfagas todas estas nubes que nos roban el sol y nos empapan los huesos ! ¡ Sopla, llévate toda esta inmundicia al quinto infierno, y si eso te parece poco, puedes llevarte también al fiscal del Crímen, que estorba tanto como las nubes!

Junio 28 de 1883.

PEDRO MARTÍ

VIOLINISTA ORIENTAL DE NUEVE AÑOS DE EDAD

Hemos alcanzado unos tiempos en que es tal el apuro de vivir, que hasta la niñez se suprime, aprovechando el tiempo que antaño los niños empleaban en jugar, en el estudio de las ciencias y la práctica del arte, solo accesibles á la juventud en los tiempos en que nuestros padres se criaban. «¡Ya no hay niños!» exclamaba Selgas con pena, mirando el adelanto de las generaciones actuales á través del prisma católico que enturbiaba sus visiones, sin apercibirse de que vivia en medio de una niñez mil veces más encantadora que aquella rústica é ignorante en que antes se vejetaba hasta los diez ó doce años, desperdiciando los mejores de esa edad en que el cerebro adquiere mayor caudal de ideas y conocimientos, que en todo el resto de la vida.

¡Hay niños, sí! Lo que no hay son muchachos traviesos y haraganes como aquellos que llegaban á sus diez años sin conocer la *o*, pero sabiendose de memoria el *Bendito* y el *Ave María*, elementos suficientes para hacer un sacristan, ó un sochantre, ó un zopenco, pero del todo inutiles para formar un hombre.

Estamos en la época de los niños prodigios. Cada escuela es un semillero en que descuellan talentos sorprendentes. Niños de ocho años que reflexionan con sensatez y disertan con erudicion; niñas que, á la edad de jugar a las muñecas, redactan con lucidez y exponen con perfecto criterio variados conocimientos sobre materias que eran, hasta hace poco, exclusivo dominio de los hombres.

Gemma Cunniberti había descifrado los misterios del arte dramático á sus nueve años de edad; los hermanos Lambertini, el mayor de los cuales tiene diez y el menor apenas cinco años, son hoy admiracion de la Europa por el talento con que interpretan las obras de afamados dramaturgos; y Eugenio Dengremont sorprendía á los más consumados artistas ejecutando en el violín las difíciles composiciones de Alard, de Beriot, y de Vieux-temps, cuando aún no contaba doce años de vida.

Ahora Dengremont tiene un émulo, y el nombre de Pedro Martí correrá en breve como el suyo, por el mundo entero, llevado en alas de la fama que pregonara su talento artístico.

Pedro Martí es un niño: apenas tiene nueve años; pero en la intensidad de su mirada: en las

entradas de su frente, amplia y prominente; en las marcadas protuberancias de su cráneo, se adivina el génio que se agita dentro de aquel cerebro infantil. Cúmplese en él la inexorable ley de la herencia. Lleva en su sangre la inspiración musical, inoculada por el padre, músico distinguido, que habría sin duda alcanzado las cumbres del arte si un mal orgánico no le hubiese privado del oido. Un músico sordo es como un pintor ciego. Pero, aún asi, Martí toca el violín, fiado más bien en el tacto que en el oido, y ejecuta bien, supliendo la carencia del órgano esencial con el conocimiento científico de la música.

Pasionista por su arte, ha querido que el hijo llegue á donde su mala suerte le privó de llegar, y desde que Pedrito pudo sostener un violín se aplicó á enseñarle los misterios de ese que con justicia se llama rey de los instrumentos. Siete años tenia el niño cuando empezó á hacer escalas, y hoy, á sus nueve, ya ejecuta piezas de gran dificultad, con toda la corrección de un maestro; suave en los ligados, enérgico en los *stacatto*, melodioso en los *armónicos*, brillante en los arpejios y afinado en los acordes.

Pedro Martí es un niño reposado, mas bien retraido que expansivo, callado, de mirada suave y ademanes parcos, pero cuando toma el violín se transforma por completo. Su cuerpecito esbelto se agita nervioso, se planta con aplomo, su mirada cobra una limpidez brillante, y parece que su frente se espacia para dar campo á la inspiración que anima todo su sér.

No toca la música como un autómata, limitán-

dose á reproducir las notas que señala el pentágrama, como esa generalidad que *hace música* lo mismo que un zapatero hace zapatos, convirtiendo el instrumento en herramienta. Pedro Martí tiene la música en el corazón y en el cerebro: la comprende y la siente; sabe que aquellas notas son las frases de un lenguaje sublime que solo los iniciados en el arte conocen; de ese lenguaje insuperable que canta el amor con más ternura que el mas rítmico idilio; que ruje el odio con los más violentos tonos; que llora con mas dolor que una madre: que traduce, en fin, todas las pasiones y todos los sentimientos con mas vehemencia y entusiasmo que la prosa y la rima, que el gesto y la palabra. ¡Desgraciados los que no comprenden la música! Ni el aliciente de la fortuna, ni los halagos de la esperanza, ni la mirada de una mujer querida, despiertan un cúmulo de sensaciones igual al que produce una de esas frases melódicas que conmueven todo el sistema nervioso; se siente frío, calor, entusiasmo, languidez, todas las palpitaciones de la pasión, todos los espasmos del deseo, todas las expansiones generosas; y como la vara majica de Moisés, al herir las fibras del corazón, hace brotar las lágrimas secretadas de una fuente especial, como lluvia benéfica que aplaca las escitaciones nerviosas que agitan el organismo.

Así comprende la música Pedro Martí y así la ejecuta, prolongando las notas cuando el sentido de la frase lo exige, abreviándolas, entrelazandolas, dándoles en fin esa cadencia que no está escrita en los papeles, que no puede escribirse, co-

mo ni está escrita ni puede escribirse la intención con que Rossi dice el *to be or not to be* de Shakespeare, ni la entonación con que Zorrilla de San Martín declama su *Leyenda Patria*.

El niño Martí no consagra exclusivamente su tiempo al violín. Es alumno de una escuela de 2.º grado, y alumno distinguido, que ha alcanzado el primer premio en los exámenes por su constancia en el estudio y por el talento que ha demostrado. Pero no es el de las letras el camino que ha de recorrer en su peregrinación por el mundo, sinó el del arte musical; el arte que inmortalizó á Paganini y en que descuellan Sarasate, White, Uguccioni y Massi.

Hasta ahora ha permanecido encerrado en el modesto hogar de sus padres, entregado al estudio, haciendo caudal para salir más tarde á deslumbrar con su génio robustecido por el arte, y allí debe permanecer por algún tiempo aún, sin lanzarse á ese mundo de aplausos y ovaciones en que por lo general se ahogan las inteligencias prematuras.

Dentro de dos años, Pedro Martí será un niño todavía, de once años apenas de edad, pero será un artista que podrá presentarse sin temor ante el público, dueño ya del instrumento que ha de rodear su nombre de una aureola de gloria, aureola que resplandecerá sobre esta su patria, como resplandecen las de sus pintores y poetas.

El niño Pedro Martí es una bella esperanza para el arte. Yo le he oido sorprendido, y en el brillo de su mirada, en las entradas de su frente amplia y prominente, y en la enérgica entonación

de su fisonomía franca y abierta, he adivinado la inspiración que bulle en su cerebro infantil.

Sepa él con el estudio y la contracción perfeccionar las preciosas facultades con que cuenta para llegar á las cumbres que han alcanzado los grandes maestros.

Abril 7 de 1883.

UNA CARAVANA

DE BOHEMIOS

Son unos cuarenta, entre hombres, mujeres y criaturas de toda edad. Están instalados á orillas del Arroyo Seco, en el descampado que media entre el camino de la Agraciada y la vía del ferro-carril del Norte.

Pertenecen á una raza cuyo origen no está bien definido todavía. Se cree que provienen del Egipto, y en efecto conservan ciertos rasgos fisionómicos que acreditan esa procedencia. Todos los países de Europa conocen á esas tribus errantes que ni se arraigan ni edifican en parte alguna. Van de pueblo en pueblo ejerciendo sus industrias, visitan las ferias, y hacen su comercio con todo lo que les cae á la mano.

En Inglaterra les llaman *gypsies*, en Francia *bohemios*, *zíngaros* en Alemania é Italia, *gitanos* en España, y en Austria les llaman *húngaros*.

La caravana que acampa ahora en el Arroyo Seco es la primera que viene á América. Los individuos que la componen son de Hungría, de los alrededores de Buda-Pesth, y en su peregrinación han recorrido el Austria, la Italia y la Francia, hasta que se embarcaron en Burdeos, llegaron á Buenos Aires, y desde allí se dirijieron por tierra al Brasil, visitando gran parte de la provincia de Rio Grande. Después entraron á nuestro territorio, acamparon en el Durazno, en seguida en Santa Lucía, y por último se han instalado en los alrededores de esta ciudad.

Viajan en siete carros pequeños, construidos de mimbre, de rodado bajo, y sin toldo. Tienen unos treinta caballos, bastante buenos, muy gordos, cubiertos con mantas de abrigo é impermeables. Parece que estos bohemios cuidan mas á sus bestias que á sus hijos, pues mientras los caballos y los perros están prolijamente atendidos en su abrigo y alimentación, andan los chicuelos desnudos, flacos y pálidos, tiritando de frío, y sucios que no hay por donde tomarlos.

Todo es sucio en aquella tolderia; sucios los hombres, sucias las mujeres, sucios los niños, sucias las ropas, y sucio todo lo que les rodea. Cada tienda es un templo levantado á la mugre, y en cada una de ellas debería figurar una imagen de San Benito Labre, el mas santo de los mugrientos, y el más mugriento de los santos.

El público, que siempre se da aires de saberlo todo, hace correr la voz de que esa suciedad de los bohemios es un signo de duelo por la reciente muerte de una mujer que ocupaba un elevado

rango en la caravana, y según esa versión, deben pasar un año sin lavarse. Yo no sé lo que habrá de cierto en esa esplicación, pero sí sé que hace dos años estos mismos bohemios andaban en Buenos Aires tan sucios como ahora, y sé más todavía, y es que Zola los vió en los alrededores de París igualmente sucios. Admitiendo, pues, que sus ritos les impongan el no asearse en señal de duelo, debe también admitirse que estos bohemios viven en perpétuo duelo.

Emilio Zola, el gran pintor de la realidad, traza el siguiente cuadro de una caravana de bohemios, que es sin duda la misma que hoy nos visita, pues coinciden las fechas de su estadía en París con la de la época en que el genealogista de los Rougon-Macquart escribió sus impresiones.

« Dentro de la empalizada que rodea la toldería reina un hedor insoportable de suciedad y de miseria. El piso está ya fangoso, lleno de basuras, purulento. Sobre las estacas del cerco se ventilan las ropas de las camas, jergones, frazadas desteñidas, colchones cuadrados, en cada uno de los cuales duermen dos familias enteras: todos los harapos de un hospital de leprosos secándose al sol. Dentro de las tiendas, levantadas á la moda árabe, muy altas y que se abren como el cortinado de una cama, se ven apiñados pingajos de todo género, monturas, correages, una mezcolanza indescriptible de objetos que no tienen color ni forma, y que yacen bajo una espesa capa de grasa de tono subido.

» Al fondo del campamento está la cocina, en una tienda más pequeña que las otras. Hay allí

algunas ollas de hierro y trébedes. Hasta me ha parecido reconocer un plato.

» Los hombres son altos, fuertes, con los cabellos muy largos y rizados, de un negro lustroso y grasiento. Andan vestidos con todos los desechos de ropas viejas que encuentran en el camino. Uno de ellos se paseaba envuelto en una cortina de cretona de ramazones amarillas. Otro tenía una chaquetilla que debía provenir de un frac negro al cual le habían arrancado los faldones. Se cubren la cabeza con copas de sombreros viejos desprovistos de las alas.

» Las mujeres son también bastante altas y fuertes. Las viejas, secas, horrorosas con sus carnes arrugadas y sus cabellos sueltos, parecen brujas cocidas en el fuego del infierno. Entre las jóvenes hay algunas muy hermosas bajo su capa de grasa: la piel cobriza, con sus grandes ojos negros de una ternura delicada. Llevan el cabello peinado en dos grandes trenzas atadas detrás de las orejas y comprimidas de trecho en trecho con pedacitos de cinta roja. Con sus polleras de color, los hombros cubiertos con un chal anudado en la cintura y con un pañuelo apretado en la frente, tienen el aire de reinas bárbaras caidas en la miseria.

» Y los chicuelos, toda una bandada de chicuelos, hormiguean por allí. Ví á uno en camisa, con un chaleco de hombre, inmenso, que le llegaba á las pantorrillas; otro, mucho más chiquito, de dos años á lo más, se paseaba desnudo, completamente desnudo, con aire muy grave, entre las carcajadas de las muchachas curiosas del barrio.

Y estaba tan sucio el chiquitín, tan manchado de verde y rojo, que cualquiera le hubiera tomado por un bronce florentino, una de esas encantadoras figuritas del Renacimiento.

» Toda la caravana permanece impasible ante la ruidosa curiosidad de la muchedumbre. Algunos hombres y mujeres duermen bajo sus tiendas. Una madre amamanta á su chicuelo; tan amarillo de los piés á la cabeza que parece hecho de cobre. Otras mujeres, sentadas en cuclillas, observan con toda serenidad á las señoras elegantes que arrastran sus vestidos entre aquella inmundicia.

» Una hermosa muchacha de unos veinte años se pasea por en medio de los curiosos y se acerca á las señoras bien vestidas ofreciendo decirles la buena-ventura. Yo la vi hacer su tarea. Tomó la mano de una señora joven y la retuvo entre las suyas, haciéndole tantos cariños que se le entregó por entero. Entonces le dió á entender que era necesario que le pusiese una moneda en la mano, pero no quiso aceptar una moneda de cobre, sino otra de mayor valor, y llegó á hablar hasta de una de cinco francos. Solo le dieron dos de á un franco, y en seguida, al cabo de pocos minutos, y después de haber vaticinado una larga vida y muchas felicidades, tomó las dos monedas, hizo con ellas una cruz en el borde del sombrero de la joven, y diciendo *Amen*, las hizo desaparecer en el bolsillo, un bolsillo enorme, en cuyo fondo ví puñados de monedas de plata.

» En cambio de ese dinero, le dió un talismán. Rompió con los dientes un pedacito de una mate-

ria rojiza, parecida á cáscara de naranja seca, anudó ese pedacito en una de las puntas del pañuelo de la señora á quien habia dicho la buenaventura, y le recomendó que agregase al talismán un poco de pan, sal y azúcar. Aquello debia contrarestar todas las enfermedades y conjurar el espíritu malo.

» ¡Y con qué gravedad desempeñaba su oficio! Si alguno le vuelve á tomar una de las monedas que se le han dado para el sortilejio, ella jura que todos sus pronósticos de felicidad se trocarán en males espantosos. Esto es simple, pero el gesto y el acento son excelentes. »

Lo que Zola vió en los alrededores de París, es lo mismo que he visto yo aquí en los alrededores de Montevideo. La misma inmundicia, la misma curiosidad por parte del pueblo, y la misma habilidad por parte de los bohemios para hacerse pagar la novedad que despiertan.

Llegaron el jueves por la mañana en sus siete carros, arrastrados á gran galope por sus caballos enjaezados á la moda húngara, y apenas armaron sus tiendas, salieron ya los hombres á ejercer su industria, que consiste en fabricar y remendar tachos, cacerolas y calderas. Trabajan el cobre en frío, sin más herramientas que un martillo, así es que sus artefactos son de sólida consistencia. Tachos y cacerolas son de una sola pieza, trabajados á martillo con una proligidad admirable.

El jefe de la banda es un anciano, de rostro cobrizo y barba gris. El pelo lo conserva negro, debido sin duda á la grasa que le gotea por cada una de las guedejas, lustrándole toda la ropa.

Los jóvenes son airosos y esbeltos, pero no por eso menos grasientos. Estoy seguro que aquellas ropas, beneficiadas en una graseria, darían un buen producto. Ó aquellos hombres sudan grasa, ó cada día se echan una vegiga en la cabeza.

Entré en una tienda donde no había más que una vieja, lustrosa como sus compañeros, vestida con una saya de zaraza negra, cruzado el pecho con un pañuelo abigarrado, y los piés calzados con gruesas botas llenas de remiendos. La vieja era muy risueña y parlanchina. Se expresaba en un italiano chapurreado, y á cada momento me advertía que tuviera cuidado con el perro, al cual hablaba en un dialecto endemoniado, lleno de *jotas* y de *kas*, no obstante lo cual, el perro la entendía perfectamente, según se echaba de ver por la sumisión con que la obedecía.

En el centro de la tienda ardía un montón de carbón de leña que irradiaba un calor intenso, y la vieja se complacía en sentarse junto al fuego, sobre una bolsa de maíz. Como agasajo, no á mi persona, sino á la moneda de dos reales que á guisa de tarjeta de presentación le entregué á la entrada, me hizo sentar sobre un tacho de cobre de fondo muy pulido, único asiento que se veía en aquella morada. Uno de los costados de la tienda lo cierra un carro pequeño, de mimbre, que sirve al mismo tiempo de cama. Cada carpa tiene un carro igual y en ellos se ven los colchones, éticos y desteñidos, como esprimidos por el peso de las cinco ó seis personas que duermen sobre ellos.

Después de una breve conversación, en que la

bohemia me contó algunos detalles de la peregrinación de la caravana, salí de aquella tienda y me acerqué á otra que estaba completamente cerrada y en cuyo interior se oía gran alboroto de chiquillos.

Un gran grupo de curiosos rodeaba la tienda, cuya entrada defendia un muchachón de unos doce años, armado de un garrote. El guardia no dejaba ver mas que su cara sucia y su mano armada por entre una abertura de la lona. Deseando entrar en aquella barraca, mostré al muchacho una moneda de á real, y sin más formalidad de presentación entreabrió la cortina y me dió entrada. Doce muchachos se me abalanzaron haciéndome fiestas, y para defenderme del ataque, no tuve mas remedio que apelar al arma suprema, algunas monedas, que distribuí entre todos ellos para zafarme de su grasiento contacto. Aquellos chicuelos estaban casi todos desnudos, y el que mas abrigo llevaba, vestia apenas una camisa raida de zaraza. Probablemente les defendia del frio la capa de mugre que les cubre de la cabeza á los piés.

En el centro ardia la hoguera de carbón, que calentaba la tienda, y en un extremo, una mujer joven, de veinticinco años á lo sumo, daba de mamar á una criaturita amarilla y flaca. . . pero irrepochablemente sucia. Parece que esos diablos maman la inmundicia.

La mujer era muy hermosa, de facciones delicadas, las mejillas rosadas y los ojos muy negros y lucientes, pero declaro que se necesita un gran poder de observacion para apreciar esos detalles.

El rasgo prominente, el que salta á la vista y penetra por la nariz, es la suciedad. La camisa que tenía sobre el cuerpo, de un color indefinible, podía freirse en una sartén sin necesidad de echar aceite ni grasa.

Con voz muy suave y melancólica me dijo que seis de aquellos chicuelos eran suyos, y me ofreció decirme la buena-ventura.

Yo, que no deseaba otra cosa, acepté al momento el ofrecimiento, y ella, haciéndome sentar sobre una bolsa, me tomó la mano por la punta de los dedos,y me examinó detenidamente las rayas de la palma. Al mismo tiempo que hacía el examen, rezongaba entre dientes no sé que jerigonza en que mezclaba á cada paso á *Nuestro Señor Jesucristo* y á la *Virgen María*. El idioma era endemoniado: mucha k, mucha jota, y repetía con frecuencia la palabra *Kaimelia*, y hasta, Dios me perdone, creo que también dijo una vez algo de *Kapianga*, cosa rara, porque entiendo que la joven bohemia no conoce todavía al joven brigadier. Ello es que después de mucho examinarme la mano y de murmurar sus oraciones, me dijo que yo era de buena familia y que en breve me vería obligado á hacer un viaje.

No creo en los pronósticos de las bohemias, pero confieso que cuando me hizo la profecía de un próximo viaje, no sé por qué se me vino á la memoria el artículo de la ley de imprenta que castiga los deslices de pluma con la pena de destierro. La sombra del fiscal del crimen se me apareció en medio de toda la porquería que me rodeaba.

Repuesto de mi lijero sobresalto, seguí oyendo á la pitonisa. En el viaje que debia de hacer, me iría bien en parte y en parte mal, debido este último á un espíritu maligno que era necesario conjurar.—«¿Quiere usted que se lo conjure?» me preguntó la bohemia.—«¡En el acto!» le contesté yo: y ella sacó entonces del bolsillo un ovillo de hilo, y empezó á envolver la hebra en torno del dedo índice de mi mano y del de la suya. Cuando hubo dado unas doce vueltas, rezongando al mismo tiempo sus endemoniados rezos, cortó la hebra con los dientes, y me pidió una moneda de oro para completar el conjuro, porque, según ella, aquello era esencial para poner en derrota al espíritu maligno que habia de perseguirme.

—No tengo moneda de oro, le dije; si quiere, pondré un real en plata.

—Ah, no: no basta: me dijo la bohemia con su vocecita lánguida. Se precisa una moneda de peso.

—Si es por peso, le observé, aquí tiene usted dos vintenes que pesan más que dos libras esterlinas.

—Ah, no: volvió á decírme la gitana. Se precisa una moneda de metal fino. Y como para inspirarme confianza, agregó:—no es para mí: es para combatir al espíritu.

Yo me aferré en mi negativa, alegando que no tenía moneda, y entonces quedó aplazado el conjuro hasta una nueva entrevista, en la que, previa la formalidad de la moneda, quedaría yo libre de toda persecución del maligno espíritu.

Toda esta escena la presenciaban los muchachos, andrajosos y sucios, formados en semicír-

culo en torno mío, mirando todas las ceremonias con gran atención como para iniciarse en el arte de decir la buena ventura, y hasta el chiquitín mamón seguia chupando, prendido del pecho de la madre como un perrito, con sus dos manecitas de dedos largos y puntiagudos.

Prometiendo volver con la moneda me despedí de la adivina y de su prole, y salí de allí casi asfixiado por el hedor de la mugre y el tufo del carbón. Deseando recojer más prolijos datos sobre el origen de la caravana y su organización, ritos y costumbres, me dirijí á un anciano, que gravemente sentado en un poyo golpeaba un cacharro, observando con atención su obra por medio de unos espejuelos ahorcajados en el filo de su nariz prominente.

El viejo no quiso decirme nada. Según él, le estaba prohibido dar informes, pero me dijo que me los daria amplísimos el jefe de la banda á quien encontraria al dia siguiente. Objetándole yo que una de las mujeres me habia dado algunos informes sobre la procedencia de la caravana y sus costumbres, me replicó el viejo, con mucha gravedad:

—¡Oh, las mujeres! ¡las mujeres! tienen el vestido largo y el entendimiento corto.

Por donde se verá que los señores bohemios tienen una filosofía muy poco favorable al bello sexo.

No recuerdo cómo, en medio de la conversacion, hablé de gitanos. Un muchachón de unos quince años me interrumpió diciéndome en francés que ellos no eran gitanos; que los gitanos eran

ladrones de gallinas y de caballos, y ellos eran trabajadores que se ganaban la vida honradamente. Hechas las paces, mediante algunas explicaciones satisfactorias, dije al muchacho que me extrañaba oirle hablar en francés, á lo que me contestó que él hablaba seis idiomas: inglés, francés, italiano, aleman, portugués y húngaro, agregando que su padre, jefe de la tribu, hablaba veinte idiomas distintos.

Estos bohemios se dan muy buena vida. Comen carne en abundancia, beben buenos vinos, y son muy golosos por las conservas. Todos ellos son cristianos católicos, y en cumplimiento de sus deberes religiosos, deben ir hoy á misa vestidos con sus trajes de gala. Pero entiéndase bien que la gala no llega hasta lavarse: ¡eso no! Para ellos el jabon es como la carne de cerdo para los judíos.

Ahí estan hormigueando en medio de la inmundicia, las mujeres encerradas dentro de sus tiendas, acurrucadas junto al fuego, amamantando á sus hijos con la grasa que destilan; y los hombres martillando sus tachos y cacharros, cuidando de sus caballos con el mismo esmero con que cuidan de que no se les caiga la mugre que cubre sus carnes y los pingajos con que se abrigan.

¡Pobres gentes! ellos viven bien asi, y pues ese es su gusto, sigan viviendo dentro de su mugre honrada mientras otros viven entre el aseo de la perversión y del robo.

Junio 24 de 1883.

AQUILES LAMBERTINI

ACTOR CÓMICO DE CINCO AÑOS DE EDAD

El artista nace, como nace la flor llevando en la simiente el germen de su perfume, como el ruiseñor nace atesorando ya en su garganta los trinos y gorgeos que hacen de él el rey de los cantores. Es inútil pretender torcer las inclinaciones á que fatalmente arrastra el organismo; podrá la educación modificarlas en este ó en aquel sentido, pero nunca tendrán esa expontaneidad con que se manifiestan cuando son hijas de la vocación.

Por eso sucede frecuentemente ver que los grandes talentos que descuellan en las ciencias y en las artes, salen de las esferas sociales en que los padres poco se preocupan de la educación de sus hijos, manifestándose en estos expontáneamente la vocación con que nacieron, vocaciones que la

ignorancia atribuyó en un tiempo á dones celestiales, pero que la ciencia moderna ha demostrado que responden á la preponderancia de tales ó cuales órganos que influyen directamente sobre las funciones del cerebro.

De ahí que el destino que ha de darse á los niños debe ser objeto de una profunda observación para estudiar así sus tendencias y conocer las manifestaciones de su carácter. Si ese criterio presidiera siempre en la educación de la niñez, no se verían tantas medianías en las artes y en las ciencias, fruto no siempre de la escasez de facultades, sino de la errada dirección que se les imprimió.

Aquiles Lambertini nació artista, realizándose en él la ley de la herencia, pues artista es su padre, y distinguida actriz es la madre que le dió el sér. Desde que abrió los ojos vivió en un medio artístico, y esta circunstancia, unida á sus facultades naturales, desarrolló en el niño su vocación cómica, realzada por un talento precoz y expontáneo, que no ha sido necesario esforzar para llegar á realizar el prodigio de ver á un artista de cinco años que interpreta maravillosamente todas las situaciones, no solo con la palabra, sino con el gesto, con la acción, con la elocuencia vivaz de su mirada, con toda la intención y travesura, en fin, con que podría hacerlo un consumado artista.

Aquiles es en el escenario el mismo que en el trato familiar, y aún puede decirse que es más de admirarse en la intimidad, pues sus ocurrencias y sus salidas del momento son más elocuente

prueba de su talento que la interpretación de los papeles que se le confían.

Viviendo siempre entre bastidores, pues no solo sus padres son artistas, sino también sus hermanitos Luisa y Luís, mostró desde sus dos años una afición marcada por el teatro, y lloriqueaba cuando su padre, aleccionado ya en las contrariedades que rodean al artista, contrariaba su vocación para alejarle de una carrera en que todas las glorias están amargadas por los sinsabores que la malevolencia y la envidia prodigan al verdadero talento. Pero la madre, más conocedora de las dotes prodigiosas del niño, lejos de contrariar sus tendencias, las alentó, dándole lecciones y haciéndole aprender papeles fáciles, de que en breve se posesionó Aquiles y se consideró capaz de desempeñarlos.

Apareció por primera vez Aquiles en el escenario en el teatro de Chietti, ciudad de los Abruzzos. Desempeñaba en esa noche una parte secundaria en una piececita titulada *Il Cuoco*, y con tal verdad hizo su papel, que el público le aplaudió frenéticamente. No tenia entonces tres años de edad. El éxito favorable de su estreno animó á los padres á cultivar aquel talento maravilloso, y á poco andar, Aquiles era el niño mimado del público donde quiera que se presentaba. Él vino á llenar en la Compañía un vacío que se notaba, pues el carácter serio y reflexivo de Luís no se prestaba al desempeño de los papeles cómicos. Aquiles, por el contrario, era un verdadero cómico. Parece que ha nacido con la sátira en los labios, y hasta su figura le acompaña para hacer más ex-

presivo su carácter. Es bajo y gordo, de cara redonda, mofletes salientes, y el vientre algo abultado. Su mirada es traviesa, algo entornada de ordinario, pero en ciertos momentos relampaguea con brillo, dando á su fisonomía una gran animación.

Sus triunfos escénicos no le tienen ensoberbecido. Es un muchacho retozón, alegre, incansable para jugar, sin que en nada manifieste ese deseo general en los niños de aparecer como hombres. Es muy cumplido en su trato, tanto como pudiera serlo un caballero. Cuando me lo presentaron, me saludó con mucha cortesía, y tendiéndome la mano me dijo con mucha seriedad: «*Molto piacere di fare la sua conoscenza.*»

Como le manifestase deseo de conocer algunos de sus rasgos biográficos para dedicarle un artículo, se escusó diciéndome: «*Il signore è troppo gentile.*» Pero insistiendo yo, me contó que había nacido en Palermo el 5 de Junio de 1878, que su mamá era Triestina, y su hermanita menor, Dora, Veneciana. Aquiles tiene locura con Dora, que es una criatura preciosa, muy parecida á él, y que, teniendo apenas dos años, manifiesta ya condiciones sobresalientes para heredar á Luisa, aun cuando su carácter se armoniza más con el de Aquiles, pues, chicuela como es, tiene salidas graciosísimas. Todo su afan es el de salir á recitar con Aquiles, «*con il mio Achille,*» como dice ella, colgándose del cuello de su hermanito y besándole con delirio, caricias que Aquiles le devuelve con iguales demostraciones y llamándola: «*la cara mia Doruccia.*»

Aquiles tiene ya un repertorio de más de veinte piezas de distintos jéneros, y aunque en todos ellos se desempeña perfectamente, descuella, sin embargo, en el cómico, cuya interpretación ejecuta con un talento y una naturalidad admirables. No sabe léer ni escribir, así es que sus padres tienen que enseñarle de memoria sus papeles.

Pero lo que no tolera Aquiles es que le enseñen las actitudes y los ademanes. Á veces, en los ensayos, el padre le hace algunas advertencias sobre como debe interpretar tal ó cual situación, pero entonces el diminuto artista protesta diciendo: «*Lasciami fare papá; io lo faró meglio di te.*» Y esto lo dice en serio, como posesionado de su valer, y hasta indignado de que se dude de su inspiración.

Una noche, en que había representado de mala gana, el padre le amonestó delante de algunas personas extrañas, y fué tal el sentimiento que le causaron las palabras del padre, que Aquiles rompió a llorar, exclamando: «*Maledetto il momento in cui mi misi a fare il caratterista!*»

Es muy sensible Aquiles. El más leve reproche le enternece, y entonces llora desconsoladamente, pues, aunque niño, comprende perfectamente que él no debe incurrir en las indiscreciones naturales de los de su edad. Piensa y habla como un hombre y se expresa con toda corrección.— No tiene esas salidas inoportunas de los niños, ni dice majaderías, ni se aprovecha de la admiración que despierta para hacer impertinencias ni pedir lo que se le antoja.

Una de las aspiraciones más ardientes de Aqui-

les era poseer un caballo, no un caballo de carne y hueso, sino uno de madera como los que él había visto á otros niños. El distinguido autor Castiglionne, que viaja con él y le estudia para componer obras que se adapten á sus facultades, escribió una preciosa comedia titulada *La prima gioia*, en que Aquiles tiene el papel de protagonista figurando un niño pobre que va á casa de unos nobles y queda allí extasiado ante los juguetes que los hijos de aquellos poséen. Lo que más le llama la atención entre todo es un caballo, y en un rapto de entusiasmo exclama: «*Avere un cavallo, e poi..... morire nelle sue braccia!*»

La primera vez que Aquiles dijo esa frase en el teatro, la expresó con tal verdad, con tanto entusiasmo, y tan poseido del deseo de tener un caballo, que al día siguiente, un Duque que había asistido al teatro, le mandó un precioso caballo que Aquiles conserva todavía, aunque ya *un poco sporco*, según me lo manifestó con gran sentimiento.

Otra obra que este niño prodigio interpreta con raro talento es *Il Bugiardo*. Retrata el tipo del muchacho mentiroso y mal criado con una verdad insuperable. — «¿Cuál es la capital de Italia?» le pregunta el abuelo, y el niño responde muy resueltamente. — «¡Gorgonsola!» — «No, interrumpe el abuelo, la capital de Italia es Roma.» — Y el *Bugiardo*, con una desfachatez admirable, con las manos cruzadas en la espalda y la postura insolente contesta: «*E cosa ho detto io!* . . . »

Una noche, en uno de los teatros de Italia, el digno público no aplaudió á Aquiles en un pasa-

ge en que generalmente se le aplaudia con entusiasmo y en vista de esa descortesía, quiso á todo trance ir á buscar al comisario de policía para que arrestase á todos los concurrentes, que según él eran «*una massa di asini che non capivano nulla.*»

Arranques de estos ha tenido muchos, y á cada paso tiene ocurrencias oportunísimas, que harían dudar de que son expontáneas si no fuera por la oportunidad con que las manifiesta y por la marcada intención que les da.

Antes de llegar al Rio de la Plata, ya le conocían las principales ciudades de Italia, y la crítica le había dedicado entusiastas artículos, entre ellos uno del reputado escritor Philippi, que es el más severo de los críticos del arte en Italia. Aquiles Lambertini, á sus cinco años, ha dado tema para que se escriba sobre él mucho más que lo que se ha escrito sobre otros artistas de mérito.

Preguntábale yo días pasados:—«¿Qué te parece Gemma Cuniberti?» Y Aquiles, sin apearse de un caballo velocípedo que se esforzaba en hacer andar, me contestó:—«*Mi pare che le vanno bene le medaglie che porta.*» Un hombre de talento no habría emitido un juicio más completo en tan breves palabras. Indudablemente Aquiles debe tener alguna rivalidad con la Gemma, sino por él, cuando ménos por su hermanita Luisa, que cultiva el mismo género, pero, apesar de eso, tuvo la suficiente discreción para no demostrar ni esa rivalidad natural, limitándose á hacer su elogio sin incurrir en una exageración que parecería afectada.

En *Il Ducchino* se reveló Aquiles bajo otra faz que la que hasta entonces se le conocía. Supo mantener su papel con dignidad, como correspondía á su gerarquía, y ni por un momento se dejó ver tras del aristocrático hijo de la duquesa de Ferrara, al terrible *bugiardo*. Pero, donde ha estado inimitable, ha sido en el *Signorino Posa Piano*, el gran ocioso, el prototipo del egoista que por nada ni por nadie daría un paso con tal de no fatigarse. Estuvo sublime cuando para viajar sin molestia se encerró dentro de su propia maleta. ¡Con qué gravedad cómica se despidió del mundo de los vivos, pidiendo al público que rogase por el alma del *Signorino Posa Piano!*

Y despues, cuando por vengarse de las molestias que le causa su maestro, se presta á reemplazar á la joven á quien aquel quería seducir ¡con qué gracia hizo la farsa de defender su virtud!... ¡con qué travesura rechazaba los ataques del seductor! ¡con cuánta picardía disfrazaba su vocecita dándole el tono lánguido y suplicante de la mujer que resiste sin voluntad!...

Eso no se enseña, ni puede enseñarse. Se necesita tener todo el talento de Aquiles para interpretar con tanta habilidad una escena que él ha tenido que adivinar, desde que su edad no le permite andar todavía envuelto en las *estrepitosas* aventuras que con tanto afán buscaba el señor Strepitoso.

Larga sería la tarea si me pusiese á detallar todos los papeles en que descuella Aquiles Lambertini, y la manera con que los interpreta. Esto es algo que no puede escribirse.—Hay que verle, hay

que estudiarle, hay que observar todos y cada uno de sus movimientos, sorprender sus miradas, oir la entonación que da á cada frase, para apreciar el prodigioso talento de ese niño-hombre, que llora y juega como los niños, y piensa y discurre como los hombres.

¿Á dónde llegará con los estudios y con los años? Ardua es la respuesta, porque las alturas á que puede remontarse el genio son incomensurables. Aquiles nació artista, y su talento recorrerá la vasta esfera del arte en todas sus zonas, dando con su nombre una nueva hoja de laurel á la corona de gloria que ciñe la frente de la Italia artística, cuna del genio en todas sus manifestaciones: de Dante y de Petrarca en la poesía; de Rafael y del Ticiano en la pintura; de Miguel Angel y Canova en la escultura; de Rossini y Donizzetti en la música; de Módena, de Salvini y de Rossi en el arte en que está llamado á descollar, como uno de sus más brillantes intérpretes, el prodigioso niño Aquiles Lambertini.

Junio 9 de 1883.

EL PATIO DE «EL NACIONAL»

De dónde salen, dónde viven, dónde comen, dónde duermen esos centenares de muchachos de todos tipos y de todas edades, que desde las primeras horas de la mañana acampan en el patio de esta imprenta, y lo convierten en teatro de sus truhanerías, de sus burlas, de sus juegos y de sus riñas?

Ellos mismos, tal vez, no lo saben. Duermen donde la noche les toma, después de sus mercantiles correrías para vender el diario; comen lo que la casualidad les depara, si no tienen con qué comprar un pan y alguna golosina; visten las ropas más remendadas y se cubren con los más estrafalarios sombreros, cuya pristina forma y color han deshecho y borrado el sol, el polvo y la lluvia de dos veranos y de dos inviernos, cuando no el volar de mano en mano á guisa de pelota,

con gran contento del dueño, que, lejos de enfadarse, toma parte en la jarana y ayuda á zarandear su manoseada prenda, que al cabo de voltear por los aires como el manteado escudero de la venta, va á caer sobre la cabeza á cuyo servicio está, ajada. marchita, fatigada y con una arruga más, que precipita su ya avanzada vejez.

Es de verlos á todos ellos, reunidos en torno del que tuvo la dicha de ir al Circo anoche, oyendo boquiabiertos y con cara de envidia la enumeración de las gracias del payaso, la narración de los ejercicios del doble trapecio, de los equilibrios de la cuerda floja. de los desgoznamientos del hombre de goma que toma con los labios la moneda colocada entre sus piés, haciéndose un arco, de los saltos mortales, de los aros forrados de papel que la amazona hiende lanzando el caballo á gran carrera, y de todas las suertes, en fin, que constituyen el programa de un espectáculo acrobático.

Pero donde el interés del auditorio aumenta y la mímica del narrador redobla, es cuando llega á la descripción de la lucha descomunal de los atletas Raffetto y Bartoletti, los héroes del día, que andan en boca de los viejos, cuyo nombre repiten los niños, envidiados por los changadores, adorados en silencio por todas las fornidas maritornes que se deleitan en la contemplación de su recia musculatura, admirados por los carreros y carniceros, y aplaudidos por los incautos concurrentes que toman por lo serio esos retos lanzados á manera de anzuelo en la corriente de la pública credulidad, para pescar á los que no acierten á ver el garfio oculto tras del cebo.

Allí es el disputar y el argumentar sobre cual de los dos tiene más habilidad, *más maña,* dicen ellos, ó más fuerza. Divídese el auditorio en dos campos. — Capuletos y Montescos defienden á capa y espada á sus respectivos campeones. Los Raffetistas acusan á Bartoletti de usar de artimañas y de ardides para evitar la caida, pero los contrarios acumulan á su vez á Raffetto el valerse de zancadillas y el untarse con aceite el cuerpo para que su adversario no pueda tomarle con fijeza.

Y la discusión aumenta, y el entusiasmo crece, y de la defensa del atleta se pasa al denuesto contra el defensor; la voz degenera en grito, el ademán se hace amenazador, los ojos chispean de cólera, y al fin la disputa se resuelve en una lucha librada entre los dos jefes de cada pandilla, como hacian los caballeros antiguos para decidir la suerte de una batalla.

Generalmente la contienda no llega á su término, por la estemporánea é inoportuna intervención de un vigilante, que sin respetos ni miramientos por Horacios ni Curiacios, arremete con todos ellos, los dispersa, y las más veces no consigue hacer presa de ninguno, pues se le escapan, se le filtran por entre las manos, haciéndose impalpables é invisibles como esos fuegos fatuos que á lo lejos se ven vagar sobre las osamentas en el campo, y que desaparecen al acercarse á la causa que los engendra.

El patio queda desierto; solo en un rincón se ve al viejo vendedor de roscas con grasa y masas de indefinida é indefinible confección, sentado junto á su mercancía, enarbolado el garrote para

ahuyentar tentaciones, testigo mudo é impasible de aquellas disputas y riñas que en su derredor se originan, sin variar de postura más que para proteger con su cuerpo el canasto de sus mazapanes contra las peripecias inesperadas de la lucha.

Á los cinco minutos ya está reinstalado el cónclave. Se ve á los dispersos aparecer uno á uno, asomando la cabeza por detrás de las puertas, surjiendo otros de debajo de un cajón, entrando los demás de la calle con paso desconfiado y tácito, como esos roedores nocturnos que con recatado y avizor andar salen de los albañales y brotan de entre las grietas del empedrado en busca de los desperdicios y mendrugos que á la calle arrojan los vecinos.

Á la cabeza de todos ellos viene Andina, el célebre Andina, jefe y capataz de todos los pilluelos, decano del honrado y socorrido gremio de vendedores de diarios y periódicos. Á una voz de mando todos callan, y Andina les espeta un discurso ininteligible, pronunciado con medias palabras que no acierta á redondear con su lengua de trapo viejo. Y es tal el espíritu de disciplina de la pandilla, y tal el prestigio de su jefe, que basta que Andina se tire á muerto, para que todos en su torno caigan al suelo y no se levanten hasta que aquel lo haga.

Á su lado está el *Pebete*, pilluelo criollo de edad indescifrable, chicuelo y travieso como una laucha, vestido con un traje cuya primitiva tela ha desaparecido bajo los remiendos híbridos y heterogéneos que semejan un tablero con casillas de diferente color y tamaño; calzado con unos zapa-

tos que por entre las muecas del cuero raido dejan ver los dedos del pié armados de garras corvas, que no de uñas, y cubierto con un sombrero de forma imposible, desalado, terminado en punta, y tornasolado con los colores que median entre el negro del rapé y el verde botella.

Tras de él está el *Conejo*, de nombre y de cara, con los ojos vivos y redondos, los labios abultados y salientes, gran tocador de polkas y milongas que ejecuta con una de esas flautas de lata cuyas notas corresponden á otros tantos agujeros cuadrados, dispuestos como mechinales de palomar, y que se gana la vida luciendo sus dotes musicales en peringundines y bailes de candil.

Á veces *Conejo* trae su flauta al patio, y entonces es de ver la atención con que le oyen los presentes, y acompañan al flautista con sus penetrantes y afinados silbidos, repitiendo la milonga mas en boga y cantando con acento de quién busca gresca:

Soy del barrio de Palermo,
De la calle Santa Fé,
Mi nombre es: como gobierno;
Mi apellido: priendalé.

Entre el auditorio está *Pequeño*, napolitano acriollado, adornado de todas las pillerías importadas y de toda la travesura nativa, y más allá se ve al *Zurdo*, á *Gamba storta*, á la *Nena*, á *Ronquito*, á *Alfeñique*, al *Piojito*, á cien más, eternas reproducciones de los héroes de Hurtado de Mendoza, de Mateo Aleman, de Ladrón de Guevara, de Lesage; colegas de los pelaires de Segovia, de los

Agujeros del potro de Córdoba y de los mozos de la féria de Sevilla que mantearon al malaventurado Sancho; afines de Ginesillo de Pasamonte y de Gil Blas de Santillana; y llegando más á nuestros dias, hermanos del inolvidable Gavroche, cuyas hazañas y pillastronadas copian y parodian instintivamente, sin haber nunca leido ni oido hablar de lo que esos sus ilustres antecesores hicieron para conquistar la imperecedera gloria de servir de carozo á los más sabrosos y sazonados frutos de nuestra habla castellana.

Causa risa el ver la importancia y prosopopeya con que esos chicuelos se hacen servir por el vendedor de helados, cuya mercancía saborean en una copa con más vidrio que hueco, pagando el importe con todo el desprecio de quien tiene en menos el dinero ó fácilmente lo adquiere. Pero la gracia no está en tomarlo de un color, blanco ó rosado, sino mixto, de uno y otro, disciplinado, como dicen los franceses, mostrando de esa manera que saben *darse un corte*, al decir de los que, sin un centavo, vengan su pobreza satirizando á los opulentos.

¡Y con qué escrupulosidad juegan sus reales! No se trampean, no se alteran, ni pierden la gravedad, ya les sea adversa ó favorable la suerte. Si se presenta la dificultad de un empate dudoso, ó de un caso no previsto en sus códigos, se recurre al arbitrage de Andina, que falla sin apelación en favor de quién, á su parecer, tiene de su parte á la justicia. Si por casualidad Andina está ausente, entonces ya es otra cosa; la dificultad se resuelve generalmente con arreglo al mote del

escudo chileno : ¡ por la razón ó la fuerza ! La última es la que dirime la cuestión.

Á todo esto está el viejo masitero atento, siguiendo las peripecias del juego y haciendo votos íntimos á favor de sus habituales consumidores, esperanzado en que la ganancia de estos ha de redundar en pró de la suya, dando despacho á aquellas desgraciadas masas, aburridas á fuerza de viejas, moteadas por las moscas que logran evitar el contínuo abanicar del vendedor, y empedernidas como un criminal recalcitrante.

Hay momentos en que se hace insoportable para los que trabajamos aquí, puerta de por medio con ellos, el vocerío y la algazara que arman con cualquier motivo, y entonces son inútiles las amonestaciones y los discursos. Para aplacar aquella polvareda de descompasados gritos y de ruidosas carcajadas, hay que regarlos con dos ó tres jarros de agua, que siembran la dispersión en los apretados grupos y sirven de elocuente y húmeda advertencia para hacerles entender que molestan .

Á las tres empiezan á oirse los latidos del motor y el voltear del volante de la máquina, y momentos después, este mónstruo del arte y de la mecánica empieza á vomitar por arriba y por abajo, por derecha y por izquierda, las hojas de papel impreso que sirven durante una hora de alimento á la curiosidad pública, ávida siempre de novedades, como si estuviese en mano de los que escriben el hacerlas. Cada vuelta de la rueda marca ocho ejemplares que van á la circulación, y en menos de una hora salen á la calle más de

cinco mil números, que á poco rato llegan á los más apartados barrios de la ciudad llevados y pregonados por los tertulianos del patio, que á paso de trote y con la voz anhelante, van gritando de calle en calle y de puerta en puerta, trepando á los tram-ways y deteniendo á los transeuntes: «¡EL NACIONAL! *¡Última hora! ¡Nacional-Cional!*»

Los primeros 2.500 números que la máquina imprime pertenecen á un comprador por mayor, á Sarategui, que los detalla entre sus marchantes y monopoliza las estaciones de las vías férreas, la Bolsa y otros puntos de reunión. Después viene el despacho menudo; cien á un muchacho que los reparte con sus socios; cincuenta al otro, veinte al de allá, diez al de acá, guardando todos su número de orden, y ayudando á doblar los de sus compañeros mientras les llega el turno. En el lenguaje técnico de los muchachos, el diario se vende y se compra como los comestibles.

—Deme cinco pesos de *Nacional*.

—¡Á mi quince pesos!

—Vendo diez pesos de *Libertad* doblada.

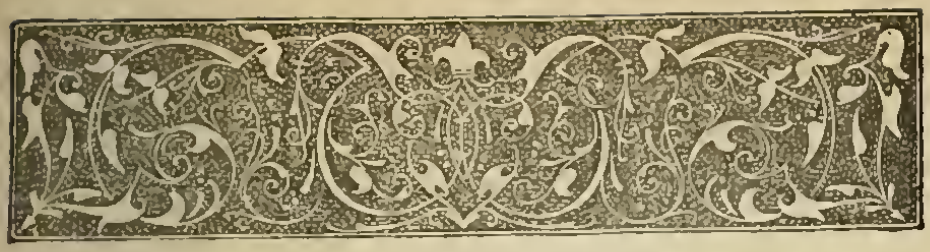
Á las cinco, el patio, aquel patio tan animado y bullicioso dos horas antes, está muerto y mudo, con sus losas desiguales y resquebrajadas que conservan las huellas indelebles del continuo salivar y de las cáscaras de duraznos y bananas pisoteadas, que amenazan con un porrazo al incauto que por allí pasa distraido.

¿Dónde están los alegres pobladores del patio de *El Nacional?*

Por ahí van; por calles y por plazas, haya sol ó lluvia, granice de frío ó sofoque de calor, llevan-

do bajo el brazo su mercancía política, literaria, comercial y noticiera, que reparten y venden en bien de ellos, de sus madres que esperan la modesta ganancia del día para poner la olla al fuego, y de sus hermanitos, que con los diarios viejos que el hermano no pudo vender, ensayan el oficio corriendo por los patios y corredores del conventillo que habitan, y gritando con sus vocecitas agudas y penetrantes, los piés descalzos y la camisita que apenas les cubre el vientre: *¡El Nacional! ¡Nacional! ¡Cional! ¡Última hora!*

Marzo 14 de 1882.



SAN PEDRO

No fué de los destituidos, el santo portero del cielo. San Pedro revista aún en la lista activa: es un santo de curso legal, no desmonetizado como San Juan, que ha quedado relegado á la categoría de Santo de pacotilla.

No goza San Pedro de la popularidad de San Juan, pero aun así es festejado con bastante entusiasmo: con murgas y con cohetes; con pasteles y ramilletes; con comilonas y cenas en que representan el papel de protagonista las aves de corral, desde el vanidoso pavo de moco rojo, hasta los suculentos pollos de pechuga mantecosa.

San Pedro no tiene fogatas, como San Juan, pero en cambio tiene bailes. Tampoco tiene el portero de los cielos la virtud del Bautista para dar novios á las niñas casaderas, pero combina los

compadrazgos, y sabe Dios si á la sombra de ese sacramento no combina el viejo zorro más voluntades que su rival.

San Pedro ha gozado de una fama aristocrática en Montevideo, como que era en su honor que año tras año se celebraban los fastuosos bailes de Zumarán, á los que concurría lo más granado de nuestra sociedad. Ser invitado á los salones de don Pedro importaba, entonces, poco menos que calzar la espuela y recibir el espaldarazo para ser admitido como caballero armado en los torneos del buen tono.

Los grandes salones de la espléndida casa de la calle Zabala no bastaban para contener la inmensa concurrencia que acudía á la invitación de don Pedro Saenz de Zumarán, antiguo vecino de Montevideo, vinculado á una numerosa y distinguida familia, y relacionado con todo lo que tenia un nombre, una posición ó un título. Investido con un cargo honorífico por el Gobierno de España, era su casa el punto de reunión del Cuerpo Diplomático, de los oficiales de las estaciones navales surtas en el puerto, y de todos los Viajeros distinguidos que llegaban á Montevideo.

Con tales relaciones y con la justa fama que sus reuniones tenían, no hay para qué decir que, en las vísperas de San Pedro, no se hablaba de otra cosa sino del próximo baile. Todo Montevideo elegante estaba de preparativos, y hasta de Buenos Aires venían señoritas y caballeros con el único fin de concurrir á la fiesta.

La casa se prestaba admirablemente para dar al baile toda la suntuosidad que correspondía á

los concurrentes que la frecuentaban. La entrada amplia, la escalera cómoda, dando acceso á una espaciosa galería de cristales, en cuyo extremo se abrían, á uno y otro lado, las puertas que conducían á los dos vastos salones, divididos por una pequeña salita, en la que se instalaba la orquesta.

Todo era allí elegancia y compostura, debido á la discreta selección de los dueños de casa en lo tocante á las invitaciones. Los polluelos estaban absolutamente proscritos de aquellos bailes, y los jovencitos se pasaban los años mirándose al espejo para ver si les apuntaba el bozo que había de franquearles la entrada que anhelaban. Cuando les llegaba el día de ser invitados, ya se creían otros. Al día siguiente ya vestían sombrero de copa y se paseaban con cierta gravedad, plenamente convencidos de que habían pasado á la categoría de hombres formales, formalidad que acreditaban con la tarjeta de invitación; que á guisa de diploma ostentaban con orgullo.

Tres generaciones de jóvenes de ambos sexos han pasado por los salones de don Pedro Zumarán. Cada año se notaba la falta de algunas parejas de los anteriores, pero llenaban el hueco otras nuevas, y así seguía renovándose la concurrencia siempre, ó reaparecían ya casadas las parejas que en el año precedente cuchicheaban con misterio, prolongando las *temporadas*, no sin que la señora dueña de casa las apercibiese con esquisita amabilidad.

En cambio de esas parejas que desaparecían de los bailes por la puerta del matrimonio, había otras, recalcitrantes, veteranas, que montaban la

guardia año tras año, hasta que dejaban de figurar en las fuerzas activas de la danza y pasaban á revistar en la pasiva, atrincheradas en los sillones y sofaes que contorneaban el salón.

Todavia hay bailarines y bailarinas de aquellas fiestas de San Pedro que están esperando su turno de salir de novios, siquiera sea en las cedulillas de San Juan; de esas que reparan las ruinas del tiempo con cosméticos, como se reparan con puntales los desperfectos de las casas.

El cataclismo del 75 arrastró también á don Pedro Zumarán, como arrastró muchas otras fortunas, y á diferencia de otros, que por conservar su rango sacrifican á los demás, él se sometió á su situación y se retiró á más sencilla vida, acompañándole á su retiro todas las simpatías y afecciones que le rodeaban cuando vivia en la opulencia. Su sala es hoy tanto ó más concurrida que en aquellos tiempos. Pero los bailes se acabaron. Ya no queda de ellos más que el recuerdo de los buenos ratos pasados en aquellas soberbias fiestas á que concurría la sociedad distinguida de Montevideo.

El año pasado resucitaron los bailes de San Pedro, pero no en casa del señor Zumarán, sino en la de don Pedro Piñeyrúa, uno de los príncipes de la fortuna hoy en dia. La inauguración de sus bailes fué espléndida, y escogida la concurrencia que á ellos asistió. Fué una fiesta que hizo época, como la hubiera hecho la de este año, si una desgracia de familia no hubiese venido á sembrar de duelo el hogar en que todo seria hoy animación y regocijo. El tiempo, ese gran médico del dolor,

se encargará de devolver á ese hogar la alegría; y los bailes de Piñeyrúa volverán á ser para Montevideo lo que fueron los de Zumarán, fiestas clásicas en las que todos tenían á distinción el ser invitados, y á las que se hacían un deber en concurrir, como contribuyendo á reflejar en un solo grupo todo lo que nuestra sociedad tiene de culto y distinguido.

San Pedro seguirá, pues, siendo un santo aristocrático, y gozando de todas sus prerogativas y fueros, mientras el benemérito y popular San Juan queda relegado á la categoría de los santos de menor cuantía, en cuyo honor no repica la iglesia ni enciende sus cirios, pero el pueblo seguirá festejándole con cohetes y fogatas, y murgas y serenatas, y pasteles y ramilletes, y opíparas comidas y cenas suculentas, mientras galanes y doncellas cifran en él su destino matrimonial, misteriosamente envuelto dentro de las cedulillas.

Á los frutos de esos enlaces sanjuanescos, San Pedro se encarga de darles padrinos, pasatiempo propio de santo tan respetable como lo es el llavero celestial, encargado de dar entrada en aquel reino á todos los que en la tierra han sufrido, con escepción de los viudos reincidentes en el delito de matrimonio.

¿Por qué esa escepción? preguntarán ustedes, lectores míos. Van ustedes á saberlo, si es que quieren dar fé á lo que voy á contarles, y es lo siguiente:

Murió un tal, que no hay para que nombrarle, y, como todos los que mueren, fué derechito á

golpear las puertas del cielo, ansioso de gozar de las delicias prometidas á todos los que han sufrido en este valle de lágrimas. Golpeó, pues, como decía, y al golpear acudió San Pedro, abrió el ventanillo de la puerta para informarse primero de quién era el que solicitaba la entrada, y le preguntó:

—¿Qué te se ofrece, hijo?

—Quiero entrar al reino de los cielos.

—¿Y qué méritos has contraido para merecer tal favor?

—He sufrido todas las amarguras, he sido casado.....

—Basta, basta hijo, dijo San Pedro abriendo de par en par la puerta, entra sin mas esplicación, que con solo decir que fuiste casado, tienes bastante y sobrante para haberte ganado la gloria eterna.

Este diálogo oyó otro muerto que trás del primero venía, y sabiendo ya que los casados tenían entrada franca, se presentó muy orondo, dió su golpecito, y abriendo San Pedro el ventanillo, como al anterior le preguntó:

—¿Qué te se ofrece, hijo?

—Quiero entrar al reino de los cielos.

—¿Y qué méritos has contraido para solicitar esa gracia.

—La de haber sido casado, y no una, sino dos veces, contestó el solicitante, creyendo de esa manera asegurar más la entrada.

Pero, con gran sorpresa suya, San Pedro le dió un portazo en las mismas narices, y por el agujero de la llave le gritó:

—Vete al infierno, zopenco, que los tontos no tienen entrada en el reino de los cielos.

Por donde se verá que San Pedro tiene la más triste idea del matrimonio, y eso que no cuenta la historia que fuese casado.

Cierto que, como santo que es, debía tener alguna intuición profética.....!

Y aquí concluye el cuento, y con él, este artículo, que es escrito en recuerdo de todos los Pedros que me lean, á los que deseo felices años y que Dios les libre de tener que habérselas con.....

—¿Con el matrimonio?

—No, hombre..... con un Fiscal del Crimen.

Junio 29 de 1883.

EDUARDO CARMONA

PRIMER ACTOR CÓMICO

Don Antonio Carmona, actor dramático, español, casado con doña Belén Vigones, primera actriz de los teatros de la Córte, andaba allá por el año 1850 haciendo una escursión artística por el Sud de la Península, y estando Belén en Jerez de la Frontera, hubo de retirarse temporalmente de la escena para dar á luz lo que en sus entrañas llevaba, fruto, no por cierto del Espíritu Santo, sino antes bien del mismísimo demonio, según salió de endiablado y travieso el chiquillo, que nació en aquella tierra clásica de la gracia y de la picardía.

Pusiéronle en la pila por nombre Eduardo, y más le valiera que jamás se lo pusieran, pues fué el tal bautizo causa de que el chicuelo quedase tuerto, por donde se verá que hasta los sacramentos de la Santa Madre Iglesia tienen su peligro.

Es el caso que á los veinte dias de nacido el niño decidieron sus padres que era ya tiempo de aceitarle y ungirle como corderillo del católico rebaño, y al efecto salió la familia en son de fiesta, acompañada de amigos y padrinos y compadres, llevado el niño en brazos por la robusta pasiega que le amamantaba, cubierto el rostro para preservarle del aire y de la luz. Antojósele á una comadre del barrio ver la cara del angelito, y la pasiega por complacerla levantó el pañizuelo que la cubría, sin soñar siquiera que aquello habia de ser causa de la futura desgracia de su hijo de leche.

Llegó la comitiva á la iglesia, tomó el padrino de los piés al chiquitin, y la madrina por la cabeza, resongó el cura su fórmula, dijo el sacristan *Amen* con voz gangosa, y en seguida hicieron una ensalada de aceite y sal en la mollera del bautizado, que berreaba á grito pelado, mostrando así desde chiquillo sus endemoniadas tendencias.

Vuelta á casa la comitiva, y después de festejar al bautizado, como es de práctica en esos casos, retirados los padrinos y visitantes, echaron de ver los padres que Eduardito seguía llorando más de lo que al sosiego de la casa convenia, y tratando de indagar *quale causam*, notaron que tenia los ojos muy irritados, y que de ellos le lloraba algo más espeso que lágrimas.

Llamado en el momento el médico que más á mano se encontró, dijo éste, después de examinar al chiquillo, que el mal estaba en un aire que habia recibido, culpa de aquella maldita curiosidad de la comadre que quiso ver al angelito, y

para curarle, recetó un colirio, con el cual aseguró el físico que se pondría bueno Eduardito á poco andar.

Todavía no había salido el médico, y ya el padre de la criatura salia echando diablos por las calles del pueblo en busca del afamado colirio.

Hizo el menjurje el boticario, lo encerró en un frasquito, pagó el padre ocho por lo que no valía dos, y volvió de carrera á su casa, llevando en la mano el elixir que había de calmar los sufrimientos del niño. Loca de alegría la madre, tomó á su hijito querido en los brazos, le acostó en su regazo, y haciéndole fiestas para que abriese los ojos, dejole caer una gota de colirio en el izquierdo. ¡Aquí fué el chillar como un marrano el Eduardito y patalear como si le estuvieran matando! Creyó la madre que aquello sería un ardor pasajero, pero viendo que el llanto continuaba, y que los gestos de dolor eran cada vez más angustiosos, mandó al instante al sirviente en busca del médico, mientras el padre ensayaba todos los medios imaginables para hacer callar á la víctima.

Á poco rato llegó el médico, y viendo á la madre deshecha en un mar de lágrimas y al padre mesándose las barbas, preguntó algo alarmado:

—¿Qué es eso, señora? ¿Por qué se aflije usted de esa manera?

—¡Ay! ¡doctor! exclamó doña Belén entre sollozos: ¡el ojo! ¡el ojo de mi hijo!

—¿El ojo? No se alarme, señora, respondió el médico con tono tranquilizador; no se alarme usted; no es nada lo del ojo!

—¿Como que no es nada? interrumpió el padre

desesperado. ¿Le parece á usted que no es nada lo del ojo, cuando le tengo aquí en la mano?

Y al decir esto estendia la mano derecha, mostrando en la palma de la mano una materia viscosa, que el médico examinó, convenciéndose de que efectivamente aquello era el ojo de Eduardito. Aprovechó el físico aquel momento de confusión que la noticia produjo para salir de la casa poco menos que volando, é hizo bien, porque, á pescarle don Antonio, no se escapa con todos sus huesos sanos.

Causado el daño, consoláronse como pudieron los padres, dándose todavía por muy felices con no haber aplicado el colirio al chiquillo en los dos ojos; y gracias á esa previsión inesplicable de una madre, tenemos hoy ocasión de aplaudir al más gracioso de los tuertos, y al más tuerto de los graciosos, que, si se sigue la prescripción médica, esta sería la hora en que andaría Eduardo Carmona con lazarillo ó tropezando con las esquinas.

Salvado el ojo, creció el hijo de doña Belén Vigones al lado del regazo de la madre, y no tenía todavía cinco años cuando ya sabía más de bambalinas y telones, que de letras y palotes. La pierna de mandinga era el tuertecito en el teatro, y no pasaba noche sin que cometiese algún desaguisado, ya poniéndole colas de papel al galán, ya tirándole pelotillas al barba en las más patéticas escenas, ya haciendo judiadas de todo género con las comparsas. Llegó á hacerse tan insoportable, que en las contratas que los empresarios ajustaban con doña Belén, se establecía como

cláusula principal la de que el tuerto no había de entrar al teatro bajo ningún pretesto; pero ni por esas: Eduardo se metía á la escena aunque fuese por el ojo de una cerradura, y al poco rato ya se hacía sentir con alguna trastada.

Á todo esto había ya muerto don Antonio Carmona, padre del endiablado tuerto, y casada en segundas nupcias la Vigones con aquel Fernández Guitard, de bien querida memoria, decidió sujetar al travieso Eduardito, poniéndole bajo la custodia de los Reverendos que dirigían el Colegio del Salvador en Sevilla. Pero no por eso se sosegó el endemoniado, pues seguía haciendo diabluras á más y mejor, peleando con cuanto muchacho le mojaba la oreja, sin reparar en si era chico ó grande, hazañas que le valieron el ver su rostro condecorado con numerosas cicatrices, que conserva hoy todavía, y que le sentaron á su belleza como pedrada en ojo tuerto, pues si feo era por no haber nacido bonito, reagravado con lo del colirio, más feo quedó con aquellos costurones y cardenales que ganó en sus infantiles reyertas.

El año 58 hizo la señora Vigones una ventajosa contrata para venir á América como primera dama, en compañía de su esposo, ajustado también como primer galán con un pingüe salario, y quiso, como era natural, traer consigo á su hijo, que era el Benjamín de la familia, por lo mismo que había sido el más desgraciado, merced al maldecido médico de Jerez de la Frontera. Pero tales razones adujeron los Reverendos Sevillanos del Colegio del Salvador para retener al niño, que

era muy despierto y aprovechado apesar de sus fechorías, que la madre consintió en dejarle, viniéndose ella inmediatamente con ánimo de regresar una vez concluida la contrata. Hace de esto veinticinco años y..... ¡todavía está aquí!

Cuadró la casualidad de que en el mismo colegio en que Eduardito se educaba había, también, dos hijos del reputado actor don José Valero, con quienes trabó estrecha amistad, y cada vez que ellos salían del pupilaje, llevaban á su casa al tuertito, á quien festejaba mucho don José, como que apreciaba bien á doña Belén, por haber esta trabajado con aplauso en compañía de quien entonces compartía con Julian Romea las glorias de la escena española. Viendo al chicuelo tan despejado, y adivinando tal vez en él las dotes de un buen actor cómico, propúsole Valero que tomase parte en una función que á su beneficio había de darse en el teatro de *San Fernando* de Sevilla; y recabado el permiso de los maestros, empezó el chico Carmona á ensayar el papel de *Joaquinito Rodajas* que había de hacer en la peti-pieza *El maestro de Escuela*, en la que el gran actor representaba el de protagonista.

Toda Sevilla fué al beneficio de don José Valero, y toda Sevilla tuvo ocasión de aplaudir en aquella noche á Eduardo Carmona, que á la edad de ocho años hizo un *Joaquinito Rodajas* inimitable. Guarda Carmona como reliquia un número de *Las Novedades*, diario importante de Sevilla, en el que se le tributaban cumplidos elogios por el talento qne había demostrado en tan corta edad, y desde entonces el hijo de don Antonio Carmona

y de doña Belén Vigones solo fué conocido por el álias de *Joaquinito Rodajas,* borrando así con su habilidad el apodo de *tuerto* con que se le nombraba desde la malhadada gracia del colirio.

Y aquí apuntaré una coincidencia: quince años después de su estreno en el *San Fernando* de Sevilla, volvió Carmona á desempeñar el mismo papel de *Joaquinito Rodajas*, en Montevideo, haciendo don José Valero el *Maestro de Escuela,* recordando ambos con ese motivo aquellos tiempos en que el tuerto traia desazonados á todos los empresarios con sus insoportables travesuras. Apuntada la coincidencia, continúo mi relato.

Á los dos años de andar por estas playas la Vigones, decidió traer á su Eduardito, pues temía, y con razón, que en mucho tiempo no había de volver ella á España: y apesar de los rezongos de los Reverendos, que á toda costa querían hacer fraile á su endiablado discípulo, hubieron de mandarle, llegando aquí el arrapiezo á mediados del 60. Tenía entonces diez años de edad y veinte de picardías, pero fuera de su centro y alejado de sus compinches, se sosegó, y sin dejar de ser tuerto empezó á ser muchacho de provecho, ayudando como podía á sus padres, y digo así en plural, por que, apesar de haber perdido el suyo, Carmona encontró otro tan cariñoso como el propio en el bueno de Fernández Guitard.

Á los doce años hizo en el teatro Solís el papel de negro en *El último mono,* y tan bien lo desempeñó, que el malogrado Fermín Ferreyra creó apropósito un papel de negro en su proverbio cómico *Donde las dan las toman,* para que lo repre-

sentase Carmona, papel en que se lució el tuerto, y le valió sentar plaza en la compañía desempeñando papeles secundarios, ó haciendo de segundo apunte, según las circunstancias.

Así, promiscuando entre apuntador y apuntado, según estuviese dentro de la concha ó sobre el tablado, vivió hasta el año 70, época en que por una casualidad se elevó á la categoría de primer actor cómico.—Formaba parte Carmona á la sazón de la compañía Berenguer, que actuaba en el teatro de *La Alegría*, en Buenos Aires, compañía en la que el célebre Cubas figuraba como primer gracioso. Tuvo, no sé por qué compromisos, que ir Cubas al Rosario, y bajo formal promesa de estar para el día del estreno en Buenos Aires, permitióle Berenguer que fuese. Pero sucedió que, llegado el día convenido, no estaba Cubas de vuelta, y no había como postergar la función, pues era el primer día de las fiestas Mayas, y sabido es que en Buenos Aires no queda en esas noches una localidad vacía en ninguno de los teatros. Berenguer estaba dado á todos los diablos con aquel retraso injustificable de Cubas. Estaba anunciado en los carteles el sainete *Sálvese el que pueda*, en que el gracioso tiene una parte importantísima, y hubiera sido gran descrédito para la Empresa faltar al programa precisamente en la noche de estreno de la compañía. Dando y temando en aquella contrariedad, ocurriósele á Berenguer que podría fácilmente salir del paso encargando á Carmona de reemplazar á Cubas, y no bien lo pensó, cuando ya se lo comunicó al ex-discípulo del colegio del Salvador. Oyó Carmona la pro-

puesta, guiñó el único ojo que le quedaba, rascóse la mollera, y se quedó pensando por largo rato lo que había de contestar. Por un lado le tentaba aquella ocasión que se le ofrecía para mostrar lo que él se creía capaz de hacer, pero por otro le escocía el temor de un fracaso. «Quien no se aventura, no pasa la mar», dijo Carmona para sí, y resuelto ya á jugar el todo por el todo, aceptó el envite, y aunque era ya medio día, se comprometió á desempeñar esa misma noche el papel que á Cubas correspondía. Llegó la hora, salió Carmona, sorprendióse un tanto el público al encontrarse con un Cubas tuerto, pero á poco que empezó el *Joaquinito Rodajas* de Sevilla á lucir sus gracias, echó la concurrencia á reir de tan buena gana que el teatro se venía abajo á aplausos y carcajadas.

¡Sálvese el que pueda! era el título de la obra, y como Carmona podía, se salvó ileso, sacando como gaje una reputación de cómico escelente, amén de las simpatías que se captó en aquella noche. ¡Y ya no hubo más! El tuertito fué el chiche del teatro, el niño mimado del público, y cuando volvió Cubas se encontró con la plaza tan bien tomada, que tuvo por más prudente no tentar la reconquista. Desde entonces, Eduardo Carmona fué el primer actor cómico obligado de todas las compañías dramáticas que se organizaron en Montevideo, Buenos Aires y Rosario, alcanzando inmensa boga, realzada su natural travesura por aquel gesto de pícaro que le daba el ojo tuerto.

Allá por el 74 el drama español iba muy de capa caida en el Río de la Plata, dominado por la

zarzuela que hacía furor en todas partes. Carmona se desesperaba por verse sin trabajo, y una mañana, conforme había de hacer otra cosa, se puso á cantar en su cuarto inconcientemente, obedeciendo sin duda á aquella máxima que dice: «el que canta, sus males espanta»: y á fé que no eran pequeños los que afligían al hijo de doña Belén.

Cantando, cantando, se le ocurrió á Carmona que tenia voz de tenor. Yo creo que esto fué simplemente una invención del travieso tuerto, pero, ya fuera aquella voz real ó ficticia, él la diputó y la tuvo por de tenor absoluto, y con el mayor desparpajo se presentó como tal, y como tal se contrató, estrenándose en *Buenas noches don Simón*, con aplauso. De música, no sabia Carmona ni que el pentagrama tuviese cinco rayas, pero el se hacía tocar su parte en el piano y la retenía con más precisión y ajuste que si se hubiera pasado los años solfeando. Fernández Guitard no quiso ser menos que su hijastro, y como ya habia un tenor en la familia, él se arregló una voz de barítono que podía también servir para bajo, y otra de bajo, que se acomodaba á la de barítono, según las cirunstancias lo requerían.

Carmona, á pesar de toda su travesura, topó en su carrera artística con otro travieso con quien no le valieron mañas, pues, aunque no tiene más que un ojo, por allí le encajó una flecha Cupido: y cata aquí al hijo de doña Belén Vigones, cojido entre las redes del hijo de Vénus; por donde verá el lector que á veces puede más un ciego que un tuerto. El ciego Cupido revolcó y zarandeó de tal manera al tuerto Carmona, que á me-

diados del año 75 le hacía entrar como un corderillo por las puertas de la sacristía, saliendo de allí con una compañera del brazo para todos los días de su vida. . . . . ! Fatal le ha sido la iglesia á Eduardo Carmona. La primera vez que entró en ella con motivo del bautizo, le costó literalmente un ojo de la cara, y la segunda vez, salió con una costilla menos; á bien que ésta no la perdió del todo, pues todavía la tiene á su lado.

Aquí se duplicaron los trabajos de mi hombre. Ya no era él solo, dispuesto á pasarse las noches en una rama, como buen pajaro que era. Ahora había también la pájara, y para ella era necesario tener un nido mullido y calentito, á la espera de los pichones, que no tardaron en venir, y más de prisa de lo que convenía á quien tenía que buscarse la vida, cantando como la cigarra en el buen tiempo, y pasando frio y estrecheces cuando la temperatura artística descendía.

Así pasó un año, y otro, y otro, cantando en nuestros teatros y en los de Buenos Aires, llegando á hacerse insuperable en los papeles del lego de *Los Madgyares*, del Blas de *Mis dos mugeres*, del primo del *Relámpago*, y varios otros, en que alcanzó y excedió á Allú.

Pero no todo han sido flores en la carrera para Carmona. También ha sufrido los más crueles sinsabores que pueden destrozar el corazón de un padre. Á principios del 80 trabajaba como primer tenor cómico en *La Alegría* de Buenos Aires, cuando se le enfermó un hijito de dos años, querido como todos los hijos. El niño se empeoró, y Carmona, atado al teatro por el doble yugo

del contrato y de la necesidad, siguió trabajando, haciendo reir con sus gestos, mientras por dentro lloraba. Una noche, en momentos en que se preparaba para ir al teatro, el médico que asistía al niño le detuvo diciéndole:

—No salga usted: se lo aconsejo como amigo.

—¿Cree usted que. . . ? exclamó Carmona presintiendo la horrible desgracia.

—Sí, mi amigo. Creo que el niño no pasa de esta noche, contestó el médico inclinando la cabeza.

Carmona quedó aterrado. Por una parte, el teatro reclamaba con imperiosa exigencia á su contratado: pero, por la otra, la esposa afligida requería al esposo, y el hijo moribundo al padre. ¿Qué hacer?. . . Sonó en la puerta un golpe, cuyo eco penetró como una hoja afilada hasta el corazón de Carmona.

—Manda decir el empresario que solo por usted se espera, dijo el avisador del teatro.

—Es que mi hijo. . . . exclamó Carmona entre sollozos. . . .

—Que son las ocho y media, interrumpió el otro, y el público está que trina, y es capaz de prender fuego al teatro si no se levanta el telón.

¡Horrible situación! El actor tenía que ir al teatro so pena de ser compelido por la fuerza pública. Para los espectadores, los cómicos no tienen padres, ni hermanos, ni hijos.

Si el director hubiese salido á la escena á decir que no podía darse la función anunciada porque á Carmona se le estaba muriendo un hijo, de seguro que el público, el respetable é ilustrado pú-

blico, le recibiría con una silbatina, si es que no le tiraba con las butacas á la cabeza.

¡Pobre Carmona! Entre la obligación y la devoción tuvo bastante fuerza de voluntad para cumplir con la primera. Fué al teatro, como fué al baile el Gaitero de Gijón, cuya triste condición pinta Campoamor en aquella preciosa dolora que empieza:

Ya se está el baile arreglando;
Y el gaitero ¿donde está?
—Está á su madre enterrando,
Pero en seguida vendrá.
—Y ¿vendrá?—Pues ¿qué ha de hacer?
Cumpliendo con su deber
Vedle con la gaita.... pero,
¡Como traerá el corazón
El gaitero,
El gaitero de Gijón!

¡Cómo llevaría el corazón el pobre Carmona al teatro de *La Alegría!* Pero fué, y recitó su papel y el público se desternillaba de risa viéndole hacer *El oro y el moro*, mientras que él

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa,
Toda dicha se ha perdido,
Un llanto oculto le abrasa
Que es cual plomo derretido!
Mas como ganan sus manos
El pan para sus hermanos,
En gracia del panadero
Toca con resignación,
El gaitero
El gaitero de Gijón.

Cuando Carmona llegó á su casa libertado del

yugo que su obligación le imponía, encontró á su hijo sobre el mezquino lecho, rijido, palido, entrelazadas las manecitas sobre el pecho. . . . que ya no latía. Solo se oían en la solitaria alcoba los sollozos entrecortados de la madre; de aquella pobre madre de entre cuyos brazos había volado el hijo de sus entrañas, llevándose consigo sus sonrisas y sus balbuceos, y dejando solo su cuerpecito lívido y marchito, como una flor arrancada de su tallo.

. . . . . .

. . . . . .

De vuelta Carmona á Montevideo, cicatrizada la herida que en su corazón de padre había recibido, organizó una escursión artística á Minas, con motivo de la inauguración de aquel célebre teatro de Escudero que ya conocen mis lectores por mi artículo del Jueves. Hizo furor el tuerto en el pueblo de los Cerros, pero, como nunca falta quien pretenda echarlas de crítico, dió uno en decir que el gracioso no se ajustaba al papel, acusándole de agregar dichos y hechos que no estaban en la pieza. El cargo era, hasta cierto punto, exacto, pero injusto, porque lo más que se permitía Carmona era sustituir alguna frase de colorido local en España, por otra que tuviese su oportunidad entre nosotros, y sabido es que tales salidas son, no solo toleradas, sinó hasta muy bien recibidas por el público.

Fastidióle á Carmona la censura, y resolvió tomar venganza del crítico en la primera oportunidad que se le presentara, como efectivamente se le presentó en la noche siguiente. Dábase la zar-

zuela *Entre mi mujer y el negro*, y en una de las escenas, en que el tenor sorprende al baritono en no sé qué picos pardos con la dama, debía Carmona decir: «La gratitud me obliga á cerrar los ojos.»

Pero, con gran sorpresa de los actores, del apuntador, y de los concurrentes, Carmona, en vez de seguir su papel, se detiene, y dirijiéndose á los espectadores, dice:

—Respetable público:—Obediente á las indicaciones de la crítica, desearía no adulterar en nada el papel que represento, pero, al mismo tiempo, como buen cristiano, debo y quiero cumplir con el mandamiento que me ordena no mentir. Según el autor de la obra yo debería decir en esta escena: «La gratitud me obliga á cerrar los ojos»; pero, como ustedes ven, quiere mi desgracia que no tenga más que uno, así es que, por no mentir, pido perdón á mi crítico, y digo, siguiendo la escena :

—« La gratitud me obliga á cerrar el único ojo que tengo.»

Pintar la que se armó con esta salida en el teatro de Minas, es punto menos que imposible. Á Carmona se le aplaudió, se le vivó con frenesí, mientras que al crítico, que estaba muy ufano en su silla, le apostrofaron de tal manera, que no veía el pobre hombre el momento en que se le abría el suelo bajo los piés para que se le tragase la tierra.

¡Diablo de tuerto! Nunca le falta una salida para salvar una situación por difícil que sea. Sus compañeros, unos por envidia y otros por gracia,

le han hecho todo género de travesuras para dejarle cortado en la escena; pero él nunca ha perdido el tino, y allí donde se creía que era inminente un fracaso, salía él más airoso que nunca, haciendo desternillar de risa al público y á los mismos autores de la broma.

Gran hazaña realizó Carmona el año 79 cuando la inauguración del teatro San Felipe. Representábase *Los Diamantes de la Corona*, y hacía de Marqués de Sandoval un tal Enrique García, que era una doble calamidad, como tenor y como actor. Aquello no tenía nombre, y cuando Rebolledo cantaba:

Yo quisiera
Verme fuera,
Esto huele
Á ratonera,

tenía razón que le sobraba, pues estaba á punto de llover sobre la escena una granizada de papas y tomates. Felizmente estaba allí el gran *Ministro de Portugal*, y gracias á él se conjuró el peligro, pues en esa noche Carmona hizo prodigios para llenar él solo la escena, disimulando con sus gracias la desgracia del tenor y compañeros mártires.

Cómo entró Carmona en trato con las Musas es cosa que yo no sé ni me entrometo á averiguar; pero el hecho es que desde hace algún tiempo, ayudado tal vez por la tercería de *Momo*, ha logrado meterse en el Parnaso, y allí retoza el maldito como antaño retozaba en el colegio del Salvador.

Ello es que aparte de muchas poesías sueltas, ha compuesto varios dramas, *Los dos expósitos*, *Al doblar de las campanas*. *El loco de la aldea*, *Entre la vida y la muerte*, y algunos juguetes cómicos como *Receta para casarse*, *El apuntador*, *Mundo, demonio y*. . . . .

¡Apropósito! Sábete lector que esta noche tendrás ocasión, si quieres, de cerciorarte de la verdad de todo lo que de Carmona dejo dicho, pues ¡oh coincidencia casual! hoy se dá en San Felipe una función á su beneficio, y en ella aparecerá, no solo como gracioso, sino también como autor, como que son obras suyas *Mundo*, *demonio y*. . . . . *suegra*, sainete en un acto, y *Un cuento*, monólogo cómico que Carmona recitará desde la platea.

¡Otro atractivo! Carmona aparecerá ante el ilustrado y respetable público completamente curado del desaguisado del colirio recetado por aquel famoso médico de Jerez de la Frontera.

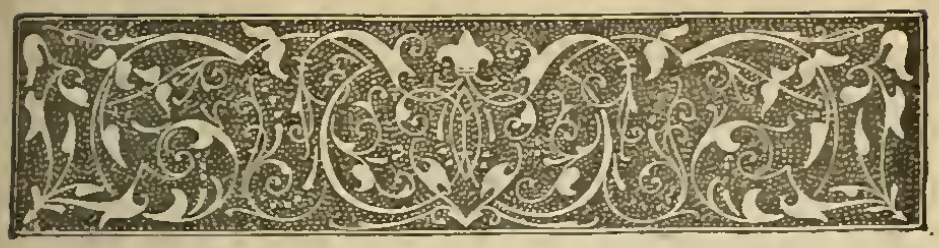
—¿Con los dos ojos?

—¡Con los dos!

—Si; pero uno será de vidrio.

—¡No señor! no hay tal ojo de vidrio, sino. . . de cristal legítimo.

Marzo 25 de 1883.



EL VIAJE Á MINAS

Tomé mi boleto, arreglé mi equipaje, dormí con sueño entrecortado, como siempre que está uno en vísperas de un viaje, y al primer golpe que dió el cochero en mi ventana ya estaba yo de pié, vistiéndome de prisa para no perder el tren que había de salir á las cinco y media.

Á las cinco, ya estaba yo en la calle. La luna apenas lograba hacer llegar hasta la tierra sus débiles reflejos, corridos por el haz de luz que brotaba del naciente. Las estrellas se borraban del cielo como lavadas por la gran esponja amarilla oculta todavía tras del horizonte, y ni una sola nube manchaba la bóveda azulada.

La mañana era tibia y serena. El mar estaba quieto y liso, como si de una sola plancha fuese hecho, y en ella enclavados los buques, de cuyos

mástiles y vergas pendian lacios los paños, izados para secarlos de la humedad de la noche.

La ciudad todavía no habia despertado. Como sus habitantes, dormian sus ruidos y sus palpitaciones. Alguna que otra chimenea dejaba escapar un largo penacho de humo que subia hacia el cielo, hasta perderse en las alturas.

En las inmediaciones de la estación notabase algún movimiento. Carruages que llegaban atestados de balijas y pasajeros: peones que cargaban los bultos: idas y venidas de los viajeros que atendian á que nada se les quedase, tomando sus guías y pasaje; despedidas mas ó menos íntimas; y al cabo de poco rato, todos quedamos enjaulados dentro de los wagones.

Sonó una campana; luego redobló un pito; silbó la locomotora con un ronquido; chilló el vapor al circular por las arterias de la máquina: y el tren arrancó lentamente, *al paso*, acompañando la marcha con toques de campana, tristes y monótonos, como si doblaran á muerto.

Conversé durante algún tiempo con mis compañeros de wagón, que eran dos amigos, y agotado el tema sobre las probabilidades de que fuese bueno el viaje, y de como estaban los caminos, y de si habia ó no habia matreros, cada cual se entregó á sus pensamientos, y yo á observar lo que me rodeaba. El tren se habia detenido en la Unión, y en ese momento, el sol desbordaba el horizonte, rojo como púrpura, presagiando un dia de fuego. Las casas y los árboles proyectaban sus sombras largas en las ondulaciones del terreno, y los rayos horizontales agujereaban el fo-

llage y se filtraban por todos los resquicios, prolongándose en chorros de luz en que hormigueaban millones de corpúsculos casi imperceptibles, de esos que pueblan el aire que respiramos.

El tren emprendió nuevamente la marcha, y pronto llegamos á las alturas de Toledo, deteniéndose cerca de la antiquísima y tradicional capilla de Doña Ana.

¡Magnífico panorama! El campo se abre en todas direcciones sin más horizonte que el de las lejanas lomas, manchado el terreno de verde aquí y allá con los maizales de las chacras.—De Montevideo no queda más vestigio que el Cerro, que recibe de lleno la luz del sol, uno de cuyos rayos, filtrándose por los cristales de la farola, la ilumina con resplandores radiantes. Por el Norte, como naciendo de la cuchilla, surjen las torres de la iglesia del Sauce; el Oeste lo cierra la ceja negra de los eucaliptus de Villa Colón sobre los cuales se destaca la empinada chimenea de la fábrica de ladrillos, y al Este se ve festoneado el celeste claro del cielo con los perfiles oscuros de las sierras de Maldonado y Minas.

El tren sigue su marcha, se detiene un instante en *Joaquín Suarez*, cuya principal casa es la escuela, y en seguida vuelve á rodar hacia la llanura en que blanquea la villa de Pando. En pocos minutos hemos llegado, y todos nos disponemos á seguir viaje en las diligencias que esperan cerca de la estación.

—¿El mayoral de la diligencia de Minas? pregunto á un viejo que activa el desembarco de los equipajes.

—Servidor, señor, me contesta el mismo—¿Ustè va conmigo?

—Para Minas voy, con quien me lleve; y sin más dialogo, hice cargar mi equipaje, me metí dentro de la diligencia para tomar el mejor sitio, y allí esperé el momento de la partida. Al lado de la nuestra había otra diligencia que salía para San Carlos y Rocha. En ella tomaron asiento mis compañeros de tren y yo me quedé solo, á la espectativa de mis nuevos compañeros, que fueron llegando uno a uno, haciendo mil recomendaciones al cuarteador para que arreglase bien los equipajes en la vaca. Todos eran desconocidos para mi. Unos subieron al pescante y otros al interior, completando entre todos el respetable número de quince, bastantes y aún sobrantes para ir todos incómodos, sentados de medio lado para ocupar el menor espacio posible. Mi vecino llevaba sobre las faldas una jaula de loro con su lorito dentro. No se crea que sea esto un detalle inventado para dar más colorido al viage en diligencia: no tal. Llevaba su loro muy ufano, y no parecía mortificarle aquella molesta carga. Felizmente el loro no hablaba, ni su dueño se empeñaba en hacerle hablar, por donde verá el lector cómo puede un animalito parecerse á un diputado.

Yo soy algo práctico ya en esto de viajar en diligencia, y como arma de defensa contra uno de los peligros más frecuentes, llevaba un libro, dispuesto á hacer uso de él solo en último caso, porque deseaba contemplar aquel paisage desconocido para mi.

Embutidos todos en nuestros asientos, como piezas de mosaico, tomó el mayoral las riendas, enarboló el látigo, montó el cuarteador, y á un «¡vamos!» salpicado de tres ó cuatro latigazos, arrancaron los caballos, rodó la diligencia, y empezaron los barquinazos.

No habíamos caminado dos cuadras, cuando oimos los gritos y vimos los manoteos que hacía un hombre que corría á pié en dirección á nuestro vehículo. Paró la diligencia, y llegó el de los gritos todo sofocado, diciendo que inadvertidamente se habia metido en la galera que iba para San Carlos, error de que se había apercibido felizmente á las pocas cuadras de haber emprendido la marcha.

Todo aquello estaba muy bueno, pero la cuestión era que no había dónde meter á aquel viajero de última hora. *Always place for one more*, dicen los tramways norte-americanos: siempre haya lugar para uno más; y el mayoral Trías, aunque no es yankee, parece serlo, pues hizo de manera que hubiese lugar para uno más donde apenas cabían los que ya íbamos.

Todo fué ver á mi nuevo compañero y quedarme hecho una pieza. Comprendí que iba á tener que hacer uso de mi libro. Yo le conocía, de vista nada más, y temía que él también me conociese, porque de seguro íbamos á tener diálogo.

—¡Buenos dias! dijo el recién llegado con una sonrisita plácida, como de quien quiere captarse la buena voluntad de aquellos á quienes va á incomodar.

—Buenos días, le contestaron con cara de po-

cos amigos mis compañeros, y yo apenas rezongué un saludo, esquivando en lo posible darle el frente para evitar un reconocimiento.

Entró el hombre en su asiento como taco en su escopeta, y no bien estuvo medio arreglado, comenzó á contar el chasco que le había sucedido, y el peligro que había corrido de llegar á San Carlos cuando él creería encontrarse en Minas.

Yo saqué la cabeza por la ventanilla para mirar al campo, y al mismo tiempo acariciaba con la mano el lomo de mi libro, como se acaricia la culata de una pistola cuando se presiente un peligro.

—¡Vamos, pingo! ¡heih! ¡fuera! ¡firme, boleros! gritaba el mayoral distribuyendo latigazos á derecha é izquierda cada vez que llegábamos a un barranco, y la diligencia pasaba á la disparada, dando tumbos violentos que nos hacian saltar á pesar de ir empaquetados como si fueramos mercancía frágil.

El sol bañaba los campos reverberando sobre el pasto como si de la tierra saliese humo; la diligencia iba envuelta en una nube de polvo, y los caballos sudaban desde las orejas hasta las ranillas, llenos de espuma allí donde les rozaban los arreos, abriendo tamañas narices para aspirar el poco aire que corria.

De un solo tirón nos hicimos seis leguas, deteniéndonos tan solo á la subida de los repechos, «pa dar un poco de resuello á estos mancarrones», decía el mayoral, y como cuadraba la casualidad de que siempre que parábamos era frente á una pulpería, él también tomaba, no sé si resuello,

pero sí algo que se tomaba en vaso, y en seguida volviamos á emprender la marcha, hasta que llegamos á la costa de Solís Chico, donde está la posta y la posada.

Bajamos como pudimos, pues estábamos entumidos, como esos pollos que traen mancados al Mercado, y una vez en tierra, nos entregamos todos á ejercicios gimnásticos de brazos y piernas para restablecer la circulación. Entre tanto, el mayoral y el cuarteador se ocupaban en desensillar los caballos. Salían los pobres mancarrones macilentos y trasijados, con el pescuezo agachado, oliendo el suelo, hasta que encontraban la tierra blanda, y allí se revolcaban, sin fuerzas casi para darse vuelta, y volvían á levantarse hechos unos demonios, llenos de polvo desde el hocico hasta la cola, ó mejor dicho embarrados con el polvo y el sudor que los bañaba.

Á la voz de que la comida estaba pronta, ninguno de los viajeros se hizo esperar. Entramos todos en el comedor, así llamado porque allí se comía, y nada más que por eso, pues servía también de alcoba y de sala, según la hora; y nos sentamos en torno de una mesa muy larga y muy ancha, en cuyo centro humeaba una gran sopera que contenía un cocido de fideos.

Este momento de la comida era el que yo temía, porque comprendía que no me sería posible seguir guardando el incógnito sin pasar por un grosero. El uno que pasa un plato, el otro que se empeña en servir vino, el de más allá que ofrece una presa más suculenta que la que á uno le ha tocado en suerte; todas esas son finezas á que

hay que corresponder, dando las gracias, contestando á las preguntas, y entrando en conversación con los vecinos.

Á poco rato ya chacoteábamos sobre el pan, sobre la procedencia leguminosa del café que nos servían, y ya creía yo que pasaría la cosa sin tener que exhibir mi fé de bautismo, cuando cata aquí que el que estaba á mi lado me dice:

—Usted ha de ser de la familia de fulano.

—No señor, le contesté.

—Pues hombre, es usted tan parecido que hubiera jurado que era hermano de mengano.

El hombre había errado el golpe, y yo, dispuesto á sostener mi incógnito como si fuese una plaza de guerra, me encerré en un absoluto mutismo. En balde me buscaban la boca: las preguntas y las indirectas me pasaban zumbando por el oido, y yo, ¡chito! ni siquiera pestañeaba.

No sabiendo ya cómo buscarme la lengua, uno de mis compañeros me ofreció de sobremesa un diario.

—Gracias, le contesté; soy confitero.

Miróme mi hombre un tanto sorprendido, dudando entre si estaba loco ó pretendía burlarme de él, y yo, temeroso de que fuese á creer que quería hacer mofa, caí en la tontería de añadir:

—Le he dicho á usted que soy confitero, queriendo con eso significarle que, así como no hay nada que empalague más á un confitero que los confites, así, también, nada hay que empalague tanto como un diario á quién se ocupa, como yo, en hacerlos.

¡Nunca lo hubiera dicho! Todo fué descubrir mi

malhadada profesión y caerme encima veinte y ocho ojos, correspondientes á catorce caras, que me refistoleaban de arriba abajo.

Aquella debilidad mia fué como abrir una brecha en la muralla de una plaza sitiada, y por allí me entraron á la carga.

—¿Escribe usted en *El Siglo*, en *La España*, en la . . . . ?

—Escribo en *La Razón*.

¡Bomba! me miraron entónces con cara más espantada, y hasta creo que alguno me observó por detrás para ver si tenía la cola del diablo.

—¡Ah! dijo uno, ya le conozco á usted—usted es. . . . .

Y sin dejarle concluir, para evitar más interrogatorios, le interrumpí diciendo:

—Eso es, si señor; soy Sansón Carrasco, servidor de ustedes.

—¿Hijo de . . .

—No señor; sobrino.

—Casado con la hija de. . .

—No señor; con una sobrina.

—¿Y va usted á Minas?

—Si señor, á Minas.

—¿Por la salud?

—No señor, por paseo.

—¿Y qué dice usted de la situación, señor Carrasco? me preguntó uno que las echaba de político.

—No digo nada, le contesté. Me he recetado ocho días de abstinencia política, y usted me perdonará si no le contesto, porque estoy firmemente resuelto á cumplir mi propósito.

—Con que usted habia sido el bachiller Carrasco. . . . .

—Si señor, si usted no manda otra cosa.

Comprendí que estaba perdido. Tenía por delante doce leguas mortales, sin la defensa del incógnito que tan útil me había sido hasta allí para observar la campiña que íbamos recorriendo.

Entonces, como el viagero que apercibe sus armas cuando va á pasar una espesura, acudí yo á preparar las mías. El libro que tenia estaba todavía con las hojas plegadas, y me apresuré á abrirlas con un cuchillo desde el principio hasta el fin para que no llegase un momento en que me quedara en descubierto.

—¡Á bordo! ¡á bordo! gritó el mayoral golpeando las manos, y volvimos á empaquetarnos dentro de nuestro vehículo. Yo subí el primero, me coloqué en mi rincón, dirigí una última mirada á la sierra que sombreaba delante de mí, mostrándome ya algunos de sus detalles, y abrí mi libro, colocándolo á la altura de los ojos para conservarme á la defensiva.

—¡Vamos! gritó el mayoral al cuarteador, y éste dió una media vuelta, empuñó la cuarta, y tomó el camino. Ibamos despacio, bajando las barrancas del arroyo que corría muy angosto sobre su lecho de arena. Cuando llegamos á la orilla, el mayoral hizo chasquear el látigo, gritó : « ¡heih ! ¡tiren guapos! ¡firme boleros!» se oyó el chapaleo de los caballos en el agua, las ruedas despidieron rayos líquidos al girar rápidamente dentro del arroyo, y á todo escape subimos la barranca

opuesta, dando tumbos y barquinazos que hacían crujir el maderamen del vehículo, entre los gritos roncos del mayoral que azuzaba á las bestias para que repechasen la cuesta.

Normalizada la marcha al trote, volví á mi libro y empecé á devorarme las páginas, mientras á mi alrededor se entablaban conversaciones animadísimas sobre el precio de los ganados, la duración de la sequía, los destrozos de la langosta y otros tópicos de circunstancias. Mareado con el tambaleo de la diligencia y con tener los ojos fijos sobre el libro, tuve forzosamente que dejar por un momento la lectura, y no bien levanté la vista, ya se me vino encima el viajero de última hora, á quien tanto miedo tenía desde que subió.

Me preguntó por mi familia hasta la cuarta generación, me contó cómo habia sido él muy amigo de un mi tío á quien yo no conocí, me hizo saber que tenía relaciones con mi suegro, y con mi cuñado, y con mi concuñado, y una vez que concluyó con mi familia, iba ya á empezar con la suya; pero se tomó un momento para respirar, y ese momento lo aproveché yo para engolfarme nuevamente en mi lectura, cubriéndome la cara con el libro.

Aquello era un duelo sin cuartel. Mi contrincante esgrimía la lengua y yo mi libro, cubriéndome, atajándome, haciendo fintas para no darle entrada, pero así que el cansancio ó algún barquinazo me hacían abandonar mi posición ¡zas! ya se me venía á fondo, me atacaba sin descanso, y no me dejaba hasta que yo no conseguía volver á restablecer mi sistema de defensa, abroquelán-

dome con aquel libro salvador que la intuición del peligro me había puesto en las manos.

Nada ví desde Solís Chico hasta Solís del Medio. Cuando pasamos el arroyo, en seco casi, la diligencia se detuvo: habíamos llegado á la posta donde debíamos mudar de caballos.

Era la una del día. El sol caía á plomo, encandeciendo la tierra y aplastando los pastos ruines que habían sobrevivido á la seca. Para dominar el paisaje subí á una pequeña altura, y desde allí ya pude divisar la sierra con todos sus accidentes. Ya no era aquella muralla compacta, azulada por las brumas matinales, que había visto desde las cuchillas de Toledo. Ahora se distinguían los cerros, y se veían las hondonadas sombreadas con los matorrales de espina de cruz, de chilca y de esas otras plantas de follaje oscuro que crecen entre las breñas. Mirando hacia Minas, veía á mi derecha la cordillera que nace en la costa del mar con el Pan de Azúcar y que cruza todo el territorio internándose en el Brasil.

—¿Ve usted ese cerro redondo que tenemos por delante, aislado de la cadena de la serranía? me dijo un caballero que hacía el viaje en el pescante, y á quien tengo que agradecer la cortesía con que me trató.

—Sí veo, le contesté.

—Pues nosotros vamos á pasar precisamente por el pié de ese cerro, que es el de Verdún.—La abertura que se ve á la derecha es el abra de la Coronilla, y por la izquierda va el camino real. De allí ya veremos el pueblo de Minas.

—Entonces ya estamos muy cerca, le dije.

—Le parece á usted. De aquí, de donde estamos, á ese cerro, hay por lo menos nueve leguas...

—De las que anduvo el diablo, interrumpió otro viajero, hombre graciosísimo y alegre, que salpicaba su conversación con cuentos y refranes, y conocía á medio mundo.

Aquí se armó una gran discusión, sobre si eran nueve ú once las leguas que había de Solís del Medio á Verdún. El uno decía que de lo de *la Sucia* á lo de don Pedro, había tanto; de lo de don Pedro, á la cañada, cuanto; de la cañada á la pulpería del francés, esto; de la pulpería al arroyo, aquello; y así sacaba la cuenta minuciosamente, sin quitar ni poner una cuadra. Objetábale el otro que no había tal, porque no era cierto que de lo de fulano á lo de zutano hubiese tanto ó cuanto, que aquello había sido medido á cordel cuando el pleito de doña Mengana con su compadre; y así hubiera seguido la discusión, sabe Dios hasta cuando, si el mayoral no le hubiese dado un corte, diciendo:

—Á bordo, caballeros, que ya la mancarronada está pronta.

Volvimos todos á nuestros puestos, y yo á mi libro, dispuesto á defenderme con todo heroismo. Me había caido á la mano un ejemplar de los *Cuadros Parisienses* de Federico de la Vega, y era por consiguiente divertida la lectura. Había allí pintados de mano maestra muchos de los tipos que abundan en aquella gran ciudad, índice, por decirlo así, del mundo entero, donde se encuentran todos los rasgos que caracterizan á las diversas nacionalidades. Desgraciadamente no encontré

retratado al hombre hablador, para verme siquiera vengado de aquel de quien venia defendiendome hacia cinco horas, con grave perjuicio para el objeto de mi viaje, pues nada podia observar, temeroso de que en cuanto me sorprendiese sin mirar al libro, se me vendria al pelo, como efectivamente lo hizo dos ó tres veces que intenté darme cuenta de las particularidades del panorama que tenia por delante.

Antes de llegar á Solís Grande, nos detuvimos en una nueva posta, y allí, libre de mi adversario, pude observar detenidamente el paisaje.

Del otro lado del arroyo, que corría apenas á dos cuadras, empiezan ya los estribos de la sierra. El terreno está todo salpicado de hinchazones que van creciendo hasta convertirse en verdaderos cerros. Se ve que aquellas turgencias son el resultado de los últimos esfuerzos del fuego interno que causó el inmenso descalabro de que es teatro aquella gran zona del territorio. Hay piedras grieteadas, arrancadas de la profundidad y enclavadas en las cimas, como jalones que muestran hasta donde llegó el poder de las fuerzas de la naturaleza, convulsionadas en el seno de la tierra en la remota edad de las trasformaciones plutónicas.

Todas las laderas están sembradas de guijarros sueltos, y en las hondonadas crecen arbustos deformes, raquíticos y nudosos, entrelazados con malezas espinosas. No verdean aquellos cerros como este nuestro cerro de Montevideo, siempre alfombrado de gramilla en verano y de trébol en invierno.—Aquellos son áridos, ásperos, llenos

de jorobas y de huecos, erizados de peñascos, en cuyas puntas hacen equilibrios las águilas y los cuervos que anidan en las alturas inaccesibles.

Pero es más grandioso aquel espectáculo, por lo mismo que es más agreste. Hay sitios desde donde no se ve ni una sola casa en todo el radio que la vista abarca; pero de trecho en trecho blanquea, por entre el abra que forman dos cerros, la población de alguna estancia, cobijándose en el valle contra las inclemencias y arideces de la sierra.

Ya estamos otra vez en viaje, y vamos apurando, porque son más de las tres y no es cosa de llegar á Minas de noche. El camino va subiendo, subiendo siempre, las lomas que hemos repechado van quedando atrás y nos parecen llanuras. Cada cuchilla es como el peldaño de una gran escalera que conduce á la cima de la serranía.

—Estos que se ven á la izquierda, me dice uno de los viajeros, son los verdaderos cerros de Verdún. Ese que tenemos por delante es el cerro de Ibargoyen, conocido por el *Cerro de la Calera*, pero hay muchos que le llaman el Verdún y ya le va quedando ese nombre.

Parece que ya vamos á llegar al cerro, y sin embargo, cada vez que repechamos la colina que creíamos la última, divisamos por delante otras y otras que nos separan de aquella gran mole de piedra y tierra.

El mayoral repite con demasiada frecuencia las paradas « pa dar resuello á los mancarrones » y siempre la resollada es frente á alguna pulpería. Los caballos respiran anhelosamente, palpitán-

doles con violencia los vacíos, gachas las orejas, el pescuezo agobiado, derrengadas las piernas, formando en derredor de cada vaso un charco con el sudor que gotea de cada pelo. El cuarteador enfila su caballo al viento para que aspire un poco de aire fresco, y él no toma más descanso que apoyar la pierna derecha en el estribo del lado de enlazar, y sujetarse con el muslo de la izquierda sobre los cojinillos del recado.

Por detrás de nosotros, todo el camino recorrido parece llano, pero, mirando hácia adelante, crée uno que todavía está en la llanura. El mayoral cambia las últimas chanzas con los pulperos, empina el vaso hasta las heces, se enjuga el sudor que le baña el rostro y vuelve á ocupar su incómodo asiento sobre la tabla.

Es la última cuesta. Chasquea el látigo «¡vamos pingo! ¡tiren guapos! ¡firme bolero! ¡heik! ¡yup!» y salen los caballos al galope, guiados por el cuarteador, que va haciendo *eses* en el camino para aliviar la fatiga del repecho. Es larga la subida. Ya los caballos no galopan; el mayoral menudea los latigazos, y se enronquece gritando á las bestias para animarlas: «¡firme, yegua! ¡tira, rosillo! ¡vivo, malacara! ¡vamos! ¡yup! ¡yup! ¡firme!» y así, entre gritos, latigazos y recuarteadas, llegamos á la cima.

¡Todo un paisaje se abre por delante! Es el valle verde, risueño, vestido de árboles, serpenteado de arroyos, rodeado con un marco de cerros, y en el centro, blanqueando, la villa de Minas, con sus casas doradas por los rayos tendidos del sol poniente, dominadas todas ellas por el moli-

no de viento de Ladoz, que se levanta en la parte más elevada de la población, con sus grandes aspas abiertas como los brazos de una cruz, no de esa cruz en cuyo nombre se mata y se persigue, sino de la cruz del trabajo, que redime al hombre de la esclavitud de la miseria, y le hace libre mediante sus propias fuerzas, sin necesidad de intermediarios que holgazaneen á costa del sudor ageno.

Á lo lejos se divisan los acantilados de *Arequita*, los conos simétricos de los *Campaneros*, y en todo lo que la vista abarca, no se ven más que cerros y cerros, que semejan un mar encrespado de olas gigantescas. Saco la cabeza por la ventanilla para mirar hacia la derecha, y me encuentro con la inmensa mole del *Verdún* que está ahí, sobre nosotros, tapándonos todo el paisaje de aquel costado.

Ya están oreados los caballos y emprendemos la marcha, que es fácil ahora, pues solo se trata de bajar. Antes de llegar al pueblo topamos con el arroyo de *La Plata*, así llamado porqué, según los antiguos, arrastraban plata sus arenas. Allí está el molino de agua de Ladoz, vasto establecimiento del cual me ocuparé detenidamente en otro artículo.

Á pocas cuadras se pasa otro arroyuelo, y cuando parecen salvados todos los obstáculos para llegar al pueblo, se encuentra todavia el arroyo San Francisco, frangeado de sauces, que corre ahora manso y pobre, pero que, en invierno, enriquecido con las aguas que le llegan de toda aquella inmensa cuenca, se trasforma en un verdadero

torrente que corta el paso durante varios días.

Ya hemos llegado. La diligencia se detiene frente al Hotel Francés, y allí me apeo, encontrándome á los pocos momentos rodeado de amigos que me agasajan de todas maneras. Uno de ellos se empeña en que he de ocupar su casa, y agotados todos mis argumentos sobre incomodidades y trastornos, me dejo convencer y me encuentro soberbiamente instalado en una pieza amueblada hasta con coquetería. Inútil creo decir que para nada echo de menos mi cuarto del *Hotel Francés*. La cama que en éste me tenían destinada encerraba para mí mas misterios que una esfinge. — Por no descifrarlos, opto, pues, por la del generoso amigo que me ofrece la suya.

—Mañana, vamos á Arequita.

—Pasado, iremos á Verdún.

—Quiero que venga conmigo al Campanero.

—¿Y? ¿cómo ha quedado aquello? me pregunta uno después de haber proyectado todos los paseos imajinables.

—¿Aquello? Ha quedado muy bien, mis amigos; y para evitar mas preguntas de ese género, agregué:

—Han de saber ustedes que me he recetado ocho días de abstinencia política, y no pienso en otra cosa que en hartarme de cerros, con que...

¡Mañana á Arequita!

Marzo 16 de 1883.

AREQUITA

Á las siete!—Los caballos de François—Los nervios de Lenzi—Los músicos de la legua—El facón de Brus—La cueva—El país de los murciélagos—La hazaña de Carballido.

La noche antes habíamos quedado ya convenidos en la hora á que debíamos partir los del paseo á Arequita, que éramos cinco: Don Domingo Lenzi, don Eduardo Torres, español, avecindado de años atrás en Minas, donde desempeña el cargo de Vice-Cónsul de España, don Ángel Brus, compatriota nuestro, oriundo de la localidad, y don Sebastián Torres, director y redactor de *El Clamor Público*, diario independiente que ha prestado decidido concurso á la buena causa. El quinto paseante era, lector, éste tu seguro servidor, que besa tus manos y pasa á contarte lo que vió, oyó, é hizo en aquella memorable jornada.

—Á las siete en punto saldremos del pueblo, habia dicho el director del paseo la noche antes, y efectivamente, á las nueve, ya estábamos dentro del vehículo que nos habia de conducir al famoso cerro.—Aquello era apenas un retraso de dos horas que no habia para qué tomar en cuenta.

Ninguna de las clasificaciones especiales que hay para designar las diversas clases de vehículos, convenia al nuestro. No era ni breck, ni jardinera, ni diligencia, ni carretela, pero tenia de todo un poco: era el eclecticismo en materia de medios de locomoción. Tiraban de él cuatro caballos, descendientes de *Rocinante* en línea recta, á juzgar por la flacura de cada uno de ellos, y confieso que tuve mis escrúpulos de recargar con mi peso á aquellas pobres bestias, que no podian con el cuero.

François, que era el cochero, un buen hombre, gordo como todos los hombres buenos, me garantió que los caballos estaban en perfecto estado y que con ellos podríamos ir hasta el Brasil. Á pesar de mis dudas, el hecho es que los mancarrones arrancaron, y al trote cruzamos las calles de Minas, haciendo entreabir algunas ventanas y asomar á las puertas algunas cabezas, atraidas por la curiosidad de ver la comitiva, cuyo viaje habia sido más cacareado que huevo fresco.

La mañana era espléndida. Azul el cielo, el valle alegre, el aire fresco: todo convidaba á divertirse. Saliendo de las orillas del pueblo, el camino es escarpado y difícil en varios puntos, pero á poco andar el terreno se allana y el camino se hace más soportable. De vez en cuando, Lenzi

y yo, que somos los nerviosos de la caravana, recomendamos á François que tenga mucho cuidado en los pasos. Brus se ríe, y desde dentro del vehículo grita á los caballos para que se apuren; pero Lenzi va en el pescante, al lado del cochero, velando por sí y por sus compañeros, así es que no hay peligro de un vuelco. Cuando el carruaje se inclina hácia la derecha, Lenzi y yo le hacemos contrapeso sobre la izquierda, con gran jarana de los otros, que se ríen de nuestras precauciones.

Lenzi se amosca un poco con las bromas, pero yo le sosiego, diciéndole·

—Déjelos, compañero; hombre prevenido vale por dos, y lo que es nosotros cumplimos con nuestro deber al velar por la integridad de nuestras costillas.

Ya hemos andado una legua. Atrás queda el pueblo, con sus casitas blancas, capitaneadas por el molino de viento de Ladoz, cuyas aspas voltean lentamente, impulsadas por la débil brisa que sopla. Á la izquierda se levanta el Cerro del Negro, con su mota de piedras apiñadas sobre la cima, y á su pié corre el San Francisco, escamadas de plata sus aguas que retratan á los sauces y talas que crecen en sus orillas.

Á la derecha se ve un cerrito precioso, muy redondo, el más cercano al pueblo, en cuya falda mueren las tapias del Cementerio. Llámase aquel cerrito *de la Filarmónica*, y cuenta la historia que el nombre le viene de haber sido, allá por los años cuarenta y tantos, punto de reunión de varios jóvenes que habían organizado una sociedad musical en la que figuraban Santiago Boada, Guiller-

mo Bonilla, Ramón Matta, Ángel y Pedro Pico, Timoteo Rodriguez, Jorge Carballido, Eulogio Ladereche y varios otros, todos vecinos de la villa, gente alegre y dispuesta siempre á divertirse. Este tocaba el violín, aquel soplaba el clarinete, el otro manejaba el fagot, cual empuñaba el trombón, tal pifiaba en la flauta, y hasta no faltaba quien hiciese retumbar el bombo, tarea que creo estaba á cargo del señor Ladereche, hoy respetable y estimado hacendado del departamento.

Por qué iban los filarmonicos minuanos á ensayar al cerrito, es cosa que nadie ha querido contarme, pero fácilmente se comprende que aquel alejamiento era impuesto por el vecindario, al cual le sería insoportable la algarabía que armaban en los ensayos aquellos devotos de Euterpe.

El hecho es que ensayaban en el cerrito, y cuentan las crónicas que no quedó en todos aquellos contornos ni un lagarto ni una víbora, espantadas todas las alimañas y sabandijas con la barahunda que allí metían los músicos, á quienes podria llamárseles los músicos de la legua. . . . por el hecho de ejercitarse á una legua del pueblo. Pero no se crea que los desterrados al Cerrito lo pasaban del todo mal. pues, so pretexto de hacer oir lo que ensayaban, llevaban allí á todas las familias del pueblo, y con ese motivo se bailaba á más y mejor sobre la verde alfombra de pasto que tapiza aquella verde colina.

Mientras les he contado esto, hemos adelantado mucho camino. El Cerro de la Filarmónica lo hemos perdido ya de vista, quedando oculto trás

de otros cerros, y solo se ve por delante la mole de Arequita, con sus paredes á plomo, cerniéndose sobre la cima una bandada de golondrinas.

—¿Qué golondrinas? me pregunta Brus.

—Esas que andan volando sobre el Cerro.

—Pues Dios le libre de las garras de esas golondrinas.

—¿Cómo? ¿tienen garras?

—¡Ya lo creo! como que son águilas, y caranchos. . . .

Aquello me descorazonó, pues, si las águilas me parecían golondrinas, debíamos estar todavía muy distantes de Arequita, y yo creía que apenas nos separaban diez cuadras del Cerro. ¡Faltaba todavía una legua y media. . . !

Los caballos de François ya no trotaban con el brío que mostraban al salir del pueblo. El cochero tenía que menudear los latigazos para hacerles mantener el tiro, y aún así, no se apuraban mucho aquellas osamentas ambulantes. Parecían sordos de lomo, pues maldito si los mancarrones se daban por entendidos del vapuleo que les llovía. ¡Así estarían de curtidos. . . ! Brus, desde adentro del carruaje, apostrofaba á las bestias con todos los gritos inventados para hacerlas andar más de prisa: «¡vamos, pingo! ¡hep! ¡hep! ¡yup! ¡firme! ¡firme! ¡tiren, valientes! ¡je, je, je! ¡arriba mancarrones!»

Los caballos sacudían las orejas y seguían al trotecito, sin importárseles gran cosa de los discursos que se les dirigían. Delante galopaba un muchachón de unos quince años, hijo de Fran-

çois, que simulaba hacer de cuarteador para engañar á los pobres rocines. Á medida que avanzábamos, se ofrecia á nuestra vista un nuevo panorama: ahora se veian los *Campaneros*, los cerros *del Penitente*, así llamados porque corona uno de ellos un grupo de piedras que de lejos semejan un fraile arrodillado: y el de Arequita, ó más bien dicho, los de Arequita, pues dos son los cerros que llevan el mismo nombre, idéntico el uno al otro, del mismo corte, y de igual altura.

Estábamos en pleno terreno plutónico. Miles de años atras, debió arder toda aquella zona quemada por el fuego interno, haciendo volar aquellas piedras que van enterrándose por su propio peso, pero que bien se echa de ver fueron desarraigadas de sus naturales cimientos en la terrible convulsión que trastornó la comarca que recorríamos.

Por fin llegamos al pié del Cerro, interrumpiendo el almuerzo de unos doscientos cuervos que picoteaban no sé qué en el suelo, y que al acercarnos con el carruaje no hicieron más que abrirse para darnos paso, sin que uno solo tomase el vuelo. Se retiraron dando saltos y abriendo las alas, pero así que pasamos volvieron á reunirse para continuar su desayuno. Noté con estrañeza que el carruaje se detenía precisamente frente á los acantilados del Cerro, donde era imposible toda ascensión, pero me esplicaron los compañeros que por allí era por donde se llegaba á la gruta. Bajamos todos y nos pusimos en marcha ascendente hacia la montaña, que aparecía imponente con su inmensa mole de piedra cortada

á pico, tapizadas las paredes con las más variadas especies del género de las bromelias, particularmente de las llamadas *claveles del aire*, con sus largas hojas de un verde ceniciento.

Capitaneaba la caravana el atlético Brus, armada la diestra de un gran facón, para abrir paso por entre las malezas que cierran el camino, y seguíamosle todos en fila india, agachándonos para evitar las espinas de los talas raquíticos que crecen entre las breñas. Poco antes de llegar á la entrada de la gruta me llamó la atención un magnífico *evónimus*, arbusto cuyo nombre indígena no conozco, y á pesar de ser planta que se cultiva en nuestros jardines, nunca he visto un ejemplar tan bello y frondoso como aquel que vegeta allí entre piedras, ageno al cuidado del hombre.

—¿Traen las velas? dice Brus.

—Aquí están, contesta Lenzi.

Aquella pregunta y aquella respuesta me intrigaron un poco, porque no me daba mucha cuenta del objeto que tendrían allí las velas, á las diez de la mañana de un día expléndido, iluminado por un sol que hería la vista.

Después de subir una cuesta bastante pendiente, llegamos á la raiz de la roca que se levanta perpendicularmente, y allí descubrí una abertura que permitía la entrada. En el fondo de la abertura se vé una lápida de mármol que dice:

GRUTA COLON DESCUBIERTA POR
P. CARBALLIDO, ARREGLADA É
INAUGURADA POR LOS "AMIGOS
DEL PROGRESO" EL DIA 6 DE
NOVIEMBRE DE 1874

Entramos en aquel zaguán estrecho, y confieso que sentí cierta emoción al mirar hacia arriba. La roca, partida por el medio, se levanta formando dos paredes que por lo menos tienen cincuenta varas de altura. Una de ellas está inclinada y parece que va á desplomarse de un momento á otro vencida por su propio peso. No hay que tener profundos conocimientos geológicos para comprender que aquella abertura ha sido hecha por una erupción. Se ven las paredes lamidas por las llamaradas que vomitaron los antros subterráneos, y todo en derredor está sembrado de escorias idénticas á esas que se ven en las fundiciones. Que la roca fué partida es un hecho que se comprueba á la simple vista. Si fuese posible juntar los dos trozos que separa la abertura, encajarían exactamente, pues se vé que las prominencias de uno de los lados, corresponden á las abolladuras del otro.

Sí; por allí salió el fuego que germinaba en las entrañas de la tierra, dislocando todo lo que encontró á su paso, abriéndose camino dentro de la roca viva, para dar salida á las materias inflamadas que rebosaban en los profundos senos de aquella región, dormida hoy en medio del silencio de las soledades, pero que otrora atronó los aires con los alaridos rugientes proferidos por la naturaleza en el laborioso aborto del monstruo de fuego que devoraba sus entrañas.

Es imponente la entrada en aquella abertura. De un lado y otro, las altas moles de roca cortadas á pico, dejando ver allá arriba un pedazo de cielo azul, manchado, de vez en cuando, por la

silueta negra de un cuervo que vuela en espiral; al fondo del zaguán, la pared del cerro, blanqueada con el guano de las águilas que desde siglos atrás se posan en los picos salientes de la roca; y por entre la hendidura de aquellas elevadas murallas, se vé una tira de paisage : una cadena de cerros que suben y bajan hasta perderse entre las brumas doradas del naciente.

Y ahora, visto ya lo de fuera, es necesario ver lo de dentro. Hay que bajar por una senda pendiente y escabrosa, en la que se han mal tallado unos escalones que facilitan el descenso. De repente, el sendero hace un codo y se interna en las profundidades, donde apenas llega la luz del día. Á aquella altura es ya necesario encender las velas. Yo me detuve un instante para ver lo que me rodeaba. Delante de todos iba Brus, con su facón en una mano y en la otra una vela, despejando el camino y haciendo de guía. Trás de él iba don Eduardo Torres, que aunque viejo tiene todavía buenas piernas para este género de aventuras; en seguida venía yo, todo desconfiado, registrando el suelo con la vela para ver donde pisaba, y cerraba la marcha Sebastián Torres, que al mirarle á la luz amarillenta de la vela que llevaba en la mano, parecía un espectro, flaco y pálido, con los ojos muy abiertos y queriendo salírsele de la cara. En cuanto á Lenzi, había quedado arriba, porque, según él, ya estaba harto de grutas, y sus nervios se resentían de la pesadez con que se respira en aquel pozo.

—¡Por aquí! dijo una voz que parecía salir de una caverna. Era Brus que había llegado ya á la

boca de la gruta. Entró él primero, y tras de él fuimos entrando uno á uno, agachándonos para meternos por el agujero de entrada. Al principio no veia nada más que las cuatro luces de las velas que cada uno llevaba en la mano. Pero si no veia, en cambio olia, y no por cierto rosas ni jazmines, sinó algo que me disgustaba bastante. Respiraba allí una atmósfera acre, amoniacal, saturada de humedad. La oscuridad era absoluta. Nunca, en todos los dias de mi vida, me he encontrado entre tinieblas tan densas como las que me rodeaban. El cuarto más herméticamente cerrado en la noche más tenebrosa, no da todavía una idea de la lobreguez que reina en aquella cueva de Arequita.

Poco á poco fui acostumbrando la vista á la luz de las velas, y empecé á darme cuenta del sitio en que me encontraba. La cueva es de forma circular, cubierta con una bóveda cuyos estremos descansan en el suelo. El piso es blando, formado al pârecer de cenizas, sembrado todo de cascajo y piedras sueltas. En el centro de la bóveda hay una filtracion de agua, que se recoje en una tina colocada allí no sé por quién. Quise tomar de aquella agua, pero tenia un sabor tan repugnante que no pude tragar ni un buche, á pesar de que Brus me porfiaba que era la más cristalina y fresca que habia bebido en su vida. No pongo en duda lo del cristal y lo de la frescura, pero, lo que es el gusto, declaro que no me cuela.

Pensando estaba yo lo que sería aquella cueva, y hasta se me antojaba que bien podría ser un cráter apagado, cuando sentí que por los oidos

me zumbaba algo que pasaba rápidamente. Al principio no hice caso, pero, viendo que los zumbidos menudeaban y que por la vaga claridad de las velas cruzaban sombras fugitivas, pregunté qué diablos era aquello.

—Estos son los dueños de casa, me dijo don Eduardo Torres.

—Tanto gusto en conocerles, contesté. Pero ¿quiénes son ellos?

—Véalos, me dijo Brus, que se había trepado á una eminencia del piso y desde allí iluminaba el techo con una vela en cada mano.

¡Horror! . . . . Había cien, mil, diez mil . . . . ¡qué sé yó! . . . . tal vez un millón de murciélagos, apiñados los unos sobre los otros, formando una espesa masa movediza, que chillaba al ver profanada su negra mansión por los destellos de la luz. Todos los nervios se me crisparon solo al hacerme la idea de que aquellas alimañas pudieran rozarme con sus alas cartilaginosas, frías y blanduzcas como la mano de un muerto.

Y no estaba muy lejos de que eso sucediese, porque, turbados los murciélagos en su lóbrego reposo, empezaban á revoletear por docenas en torno de las velas, cuando, para completar la gracia, Sebastián Torres tuvo la humorada de tirar una piedra á lo más espeso del cardumen. Aquí fué el caer de ratones alados y el desbandarse por la cueva, lanzando chirridos estridentes. Brus se reía á carcajada tendida; don Eduardo le hacía coro, familiarizado ya con aquella gracia clásica de todos los paseantes á la gruta; el otro Torres estaba clavado en su rincón, gozando con el re-

sultado de su inoportuna pedrada, y yo, espantado por la avalancha, agitaba desesperadamente los brazos para defenderme contra todo contacto de aquellos bichos asquerosos, sin atreverme á dar un paso, porque no veía ni el más leve vestigio de la salida.

Por fin Brus tomó la delantera, y vaqueano dentro de aquella oscuridad como si fuese en pleno día, fué derecho al agujero por donde habíamos entrado. Yo fuí tras de él, pero al llegar al boquete retiré vivamente la cabeza, porque los murciélagos habían ganado la entrada y revoloteaban allí hechos unos demonios, pasándome por las narices como flechas disparadas. Cerré los ojos y atropellé, guiado por la mano de Brus que solicitamente me servía de lazarillo. Cuando los abrí nuevamente me encontré en una vaga claridad, y tanteando las paredes empecé á subir por aquella pendiente áspera y pedregosa, que iba poco á poco iluminándose á medida que subíamos á la superficie. Cuando llegué á la cima, y ví el sol, y el campo verde, y respiré aquel aire puro, me pareció que resucitaba. Con la boca abierta y las narices dilatadas, aspiraba aquel ambiente impregnado de luz, de colores, de perfumes, con la misma avidez y entusiasmo con que debe aspirarlo el hombre que, enterrado vivo, ha logrado romper la tapa del ataud que lo encerraba.

Vuelto en mí de aquel rapto de alegría al verme nuevamente en el mundo de los vivos, divisé á Lenzi que, sentado filosóficamente sobre una piedra, nos aguardaba. Fuí hacia él y le estreché

largamente la mano, como diciéndole: «Comprendo su horror á la cueva. Yo tampoco volveré á entrar.»

¡Ah! ¡y de seguro que no vuelvo! Aunque me convidasen á hacer una escursión á la cueva acompañado de niñas, como ha sucedido ya más de una vez, llegándose hasta decir que han bailado allí dentro, no volvería.

¡Qué esperanza!

Aquella debe ser la patria de los murciélagos. Seguramente que allí han nacido todos los que vuelan entre dos luces en todos los ámbitos de la república.

¿Cómo fué á descubrir aquella gruta don Pedro Carballido? Es algo que yo no me esplico. Parece que una tarde del año 74 andaba por allí ese señor, acompañado de un amigo, buscando minerales, y de repente topó con la abertura de la piedra, que estaba escondida tras de los matorrales que crecen en aquellas breñas. Al llegar al estremo del zaguán, vió un agujero profundo, é intrigado con aquello, trató de bajar, pero se lo impidió el amigo arguyéndole que no era prudente aventurarse en aquella sima, cuya profundidad no se conocía. Carballido cedió á las instancias de su amigo, pero no cejó en su propósito de investigar lo que era aquel pozo, y tan no cejó, que volvió al día siguiente, acompañado de otras personas, provisto de hachas, cuerdas y lazos para lo que pudiera ofrecerse. Llegado á la boca del agujero, Carballido se ató el cuerpo con un lazo, cuyo estremo confió á las personas que le acompañaban, y, bien armado, con el corazón

bien puesto, empezó el descenso, á semejanza de don Quijote cuando bajó á la encantada cueva de Montesinos.

Aflojaron lazo y lazo los de arriba, y de repente notaron que ya no pesaba el cuerpo del atrevido explorador. Más de media hora esperaron, temerosos por la suerte del amigo, y cuando ya les ajitaba la zozobra de una desgracia, volvieron á oir la voz de Carballido que pedía le ayudasen á subir. Reunido con sus amigos, les contó cómo, despues de bajar unas diez varas, había encontrado en las paredes del pozo un boquete por donde apenas podía entrar arrastrándose, pero que á pesar de la dificultad había logrado penetrar, y encendiendo un fósforo había visto con sorpresa que aquello era una gruta bastante extensa, sin más salida que el agujero por donde él había entrado.

No encontró, por cierto, como el valeroso manchego, aquellos castillos de marfil y diamantes que vió en la cueva de Montesinos, ni salieron á recibirle doncellas ginetas en blancas hacaneas, ni dueñas cuidaron de él, ni le sirvieron opíparos manjares. Nada de eso. Lo único que vió fué una cueva negra como boca de lobo, y el único recibimiento que tuvo fué el de algunos millares de murciélagos que chillaron y se enfurecieron á su vista como si hubiese entrado el mismísimo demonio. Llevada la noticia del descubrimiento al pueblo, se organizaron inmediatamente varias comitivas para ir á conocer la famosa gruta, pero nadie se animó á bajar, hasta que algunos vecinos, constituidos en Comisión, bajo la denomi-

nacion de *Amigos del Progreso*, practicaron allí las obras necesarias para facilitar la bajada y hacer más cómoda la entrada, obras que se realizaron inmediatamente, inaugurándose la gruta con un gran paseo en el día que marca la lápida.

Esto es lo que me contaron de la célebre gruta de Arequita, y tal y cual te lo cuento á tí, lector, sin poner ni quitar nada.

Quería completar este artículo reseñando el opíparo almuerzo con que me sorprendió Lenzi en la costa del Santa Lucía, que corre á una media legua del Cerro de Arequita, pero, como ya esto va largo, y como lo que almorzamos no fueron fiambres ni longanizas, lo dejo para la próxima vez que me ocupe de Minas, que será, *Deo volente*, en breve, si es que las malandanzas de la política y de las finanzas no me quitan el humor para entregarme á los placenteros recuerdos que guardo de mi escursión á aquella hospitalaria villa.

Marzo 30 de 1883.

LOS CARNAVALES

ANTAÑO Y OGAÑO

CHÁRAME yo ahora á hacer un estudio histórico desde los comienzos del Carnaval, y tuviera, de seguro, para indigestar á mis lectores con un par de columnas de citas, fechas, Lupercales y Saturnales y mil otras antiguallas que hablarían mucho en favor de mi erudición, para los que no saben que estas cosas se encuentran en cualquier librajo de esos en que muchos cosechan los partes y novedades con que se dan ínfulas de ser sabedores de cosas de otros siglos, sin darse cuenta, las más de las veces, de lo que acontece en el que viven, como que va mucho de copiar lo que otros dijeron á hacer por sí las observaciones y comentarios á que se presta lo que nos rodea.

No crea, pues, el lector, que voy á remontarme hasta los orígenes de la fiesta que hoy comienza,

pues solo echaré un vistazo á quince años atrás, la mitad de los que tengo, con un *item* que no hay para qué detallar, pues sabido es que, tanto hombres como mujeres, no salimos de los treinta hasta que los cuarenta nos suenan, y de acá á allá, todavia va largo para mí. ¡Así pudiera estirarlo.....!

Decía, pues, y digo, que ahora quince años, y menos aún, se jugaba el carnaval á huevazo limpio, cosa de todos sabida, pero como el tiempo pasa, y con él se van los recuerdos, no estará de más hacer memoria de aquellos tipos especiales de nuestro carnaval, y digo nuestro, porque no he oido jamás hablar de que, fuera del Río de la Plata, se jugase á carnaval como entre nosotros, de aquella manera *criolla*, que degeneraba, las más de las veces, en sopapos.

Convengo con los que dicen que aquello era bárbaro, pero quiero, también, que convengan conmigo en que era muy divertido; era más espontáneo, más popular, y, sobre todo, más barato.

Los edictos policiales sólo prohibían el uso de huevos de avestruz y otras armas por el estilo, capaces de dar en tierra con los transeuntes, y el comienzo del juego se anunciaba con un cañonazo, disparado desde la que fué fortaleza de San José, y no hay para qué pintar la ansiedad con que los jugadores esperaban, reloj en mano, el estampido guerrero para emprenderla con el primer incauto que pasase.

Todo era sonar el cañonazo y echarse á la calle centenares de muchachos, con canastas los

unos, y con cajones los otros, colgados con un cordel de los hombros, anunciando á grito pelado:

¡Á los buenos güevitos de olor
Pa las niñas que tienen calor!

á lo que otros contestaban:

Á los buenos güevitos de triqui traque
Pa las niñas que usan miriñaque.

Llevaban los muchachos su frájil mercancía muy arreglada en hileras rojas, verdes, azules y amarillas, según el color dado á la cera con que se tapaban las cáscaras despues de llenarlas de agua nominalmente perfumada, á razón de un frasco de *eau de cologne*, de aquellos larguiruchos, por cada balde de agua, y retobadas con trapos de todos colores, cortados en redondo, y sumerjidos dentro de la cera hirviendo para pegotearlos en el huevo relleno, que quedaba convertido en temible proyectil.

Estos chicuelos surtían á los jugadores accidentales, paseantes que se entusiasmaban al recibir un balde de agua, y devolvían la fineza con una docena de balazos, que no de huevazos, según era la fuerza con que arrojaban las cáscaras, muchas de las cuales, mal rellenas, se estrellaban en el aire, disolviéndose la carga de agua en menudísima lluvia, tal era el impulso que llevaban.

Pero el jugador típico era el orillero de sombrero gacho, poncho, pañuelo de golilla, y en la mano otro, atado por las cuatro puntas, dentro del cual llevaba su provisión de hasta dos doce-

nas de huevos, bastantes para divertirse los tres días. Á buen seguro que mi hombre lanzase un huevo á la ventura. Apuntaba como quién va á tirar al blanco, reboleaba el brazo dos ó tres veces, y si consideraba dudoso el golpe, volvía á guardar su huevo, por no malgastarlo.

Y así se recorría toda la ciudad, soportando los baldes de agua que de las azoteas y balcones le llovían, ó recibiendo en plena cara uno de esos jarrazos traicioneros que salían de atrás de una puerta entornada, disparados generalmente por una fornida gallega ó por alguna morena de esas que tienen cada brazo como un tronco.

Al caer la tarde, se veía venir en una ú otra dirección una gran comitiva, precedida y seguida de una turba de muchachos. Eran los jugadores de alto tono, la juventud dorada de Montevideo, que salía á jugar por lo fino, con cáscaras de cera y cartuchos de confites. Era de verlos tan ufanos y alegres con sus garibaldinas azules ó rojas, pantalon blanco, bota de charol á la granadera, lujosa faja de seda, y en la cabeza una boina graciosamente achatada hacia un lado. Allí era el salir apresuradamente á los balcones las señoritas, armadas de sus jarros, echando agua con una mano sobre aquellos peripuestos donceles, y defendiéndose con la otra de los proyectiles que ellos les arrojaban con toda mesura, *á barajar*, para no lastimarlas.

—Acérquese, pues, no sea cobarde, decía una dirigiéndose á alguno de los campeones.

—Me acercaré si usted me tira esa flor que tiene en la cabeza, contestaba el amartelado galán.

—Allá vá, venga á recogerla.

Caía la flor bajo los balcones, apresurábase el caballero á levantarla, y cuando con una amable sonrisa iba á saludar á la dueña, recibía en el rostro un torrente de agua que le enceguecía y ahogaba, desgracia que él trataba de disimular diciendo con toda galantería:

—¡Como ha de ser! No hay rosas sin espinas....

Y así seguía el juego por largo rato, ellos aguantando un diluvio de agua que les dejaba ensopados, y ellas recibiendo los huevos de cera, que se estrellaban en sus manos, perfumándolas con esquisitas esencias, no sin que de vez en cuando se oyese á alguna gritar:

—¡Puf! Está podrido.

Cuando ambos belijerantes quedaban ya rendidos de la refriega, empezaba la parte galante de la fiesta. Los caballeros arrojaban á manos llenas cartuchos de confites, y ahí era el gritar y manotear de los chicuelos, que estaban á los desperdicios, lanzándose en masa sobre la vereda cuando algún cartucho no llegaba á su destino, empujándose, pateándose, por agarrar la codiciada presa, mientras los jugadores hacían toda clase de esfuerzos para barajar las coronas que en cambio de los confites les llovían, retribuyendo ellos todavía el obsequio con cajas especiales, de antemano destinadas á fulana y á zutana, á quienes las enviaban por medio de sus sirvientes, no atreviéndose á correr el albur de que al arrojarlas cayesen entre la turba multa de arrapiezos que andaban á caza de gangas.

Venían, por fin, los saludos, que por lo general

iban rociados de algún jarrazo especial, combinado con la mucama, estratégicamente colocada para no errar el golpe, y trás de esta húmeda despedida, retirábanse los jugadores, mojados hasta la médula de los huesos, las camisetas lácias, destiñendo el azul ó el rojo de la tela sobre los pantalones, pero muy orondos con sus coronas, terciadas al hombro, cifrando cada cual su orgullo en el mayor número de las conquistadas en la acción que acababan de librar. ¡Pobres coronas! Al finalizar la jornada, solo quedaba de ellas algún girón de tarlatan marchito, y como triste realidad, el arco de barrica en torno del cuál la delicada mano de fulanita abullonara crespones y tules para obsequiar á su campeón.

Muchas veces, cuando las heroinas estaban ya muy tranquilas haciendo el recuento de los regalos y narrando los episodios del combate, se veian de repente sorprendidas, invadidas por un grupo de intrépidos que iban á librarles batalla dentro de sus propias trincheras. Gritos, cerramientos estrepitosos de puertas, vidrios rotos, repliegues de las jugadoras á un rincón, y protestas de los dueños de casa; —tal era el comienzo de la lucha.— El campo de batalla era la sala, prudentemente desamueblada desde el día anterior, sin alfombra, sin cortinas, sin ningún adorno, en fin, más que la gran tina de baño colmada de agua, el baño de asiento, la tinaja, los tachos grandes de la cocina, y todo cuanto cacharro pudiera servir de depósito para tener mucha agua á mano.

Repuestas las niñas del susto, emprendían el ataque, provistas de sus jarros, pues buen cuida-

do tenían de no dejar sus armas para que el enemigo las aprovechase. Defendíanse los hombres como podían, con las manos, con el sombrero, con lo que les caía al alcance, pero generalmente acababan por quedar vencidos, por que es irresistible una carga de jugadoras de esas que se calientan en la refriega y ya no miran para atrás, arrojando agua mientras tienen agua, y concluyendo á jarrazo limpio cuando ya no tienen con qué mojar. Escurríanse los asaltantes como podían, perseguidos hasta en la escalera por la servidumbre que hacía de reserva á las patronas, pero frecuentemente sucedía que el menos listo ó el más aturdido quedaba solo, encerrado dentro de un círculo femenino que, no por serlo, era ménos terrible, y entonces pagaba él la calaverada, por él y por sus compañeros. Ésta le aturde con un jarro de agua en los ojos, aquella le aplasta encasquetándole un balde lleno en la cabeza, la otra le pellizca de un brazo, tironéale la de más allá de las orejas, hasta que, entusiasmadas de veras, cargan las cuatro con él,y apesar de sus manotadas y pataleos, le zambullen dentro de la tina, y de buena gana le ahogarían, si la oportuna intervención del dueño de casa no pusiese fin á la gresca. ¡Cómo saldría de mohino y cariacontecido el zarandeado asaltante, es cosa que ya el lector sobradamente se imaginará.... !

Había, también, los jugadores hípicos, grandes ginetes que se lucían cerrándole piernas al caballo para pasar por entre dos cantones, en medio de una granizada de huevazos y una lluvia de bombas, costaleando el caballo sobre las piedras,

azorado con la bulla, con los proyectiles que lo herían, con lo resbaladizo del suelo y con la constante amenaza de los lados y del frente y de atrás, sin atinar por donde huir para librarse de aquel infierno.

La calle, sembrada de retazos de papel y de cáscaras de huevo, denunciaba á los jugadores que, ocultos trás de pretiles de las azoteas, acechaban á los incautos. De repente aparecía un transeunte, y mirando con cara de pillo, se aventuraba por la cuadra peligrosa, en la seguridad de burlar á los que le esperaban. Si las bombas y cáscaras estaban sobre una acera, tomaba él por la de enfrente, calculando entre sí que los jugadores estarían encima de él, y contra ellos se defendía pegándose todo lo posible á la pared para resguardarse con las cornisas y balcones. ¡Inocente! Cuando más contento iba felicitándose de su travesura y sonriéndose del chasco que había dado ¡zás! de atrás de una puerta que él ni sospechaba, le disparan un balde de agua que le ensopa de los piés á la cabeza. Aturdido por la sorpresa y temeroso de una nueva arremetida, saltaba al medio de la calle, y entónces le aprovechaban los de arriba, apedreándole á huevazos, haciéndole tambalear á baldes de agua, y muchas veces, dándo con él en tierra de un bombazo certeramente acomodado en la cabeza. Entonces se armaba una de silbidos, de gritos, de toques de corneta y de matraca que atraían á todos los curiosos, prudentemente aglomerados en la esquina, y cuando más encantados estaban estos gozando con las desgracias del caido, ¡ca-

taplum! llovía sobre ellos toda una tina de agua que les dispersaba, echando pestes y maldiciones contra el travieso que tan donosamente les había burlado.

¡Oh! ¡los buenos tiempos! Ya se fueron para no volver. Ahora todo es mezquino y raquítico. Se juega con pomitos, ridículo remedo de aquellas monumentales geringas cuyo grueso chorro alcanzaba hasta los miradores. Y lo mismo que los jugadores, se van las máscaras, aquellos *mascaraos* típicos que ha pintado de mano maestra Dermidio Demaria, describiendo á los marqueses y las pastoras, sudados ellos dentro de sus casacones de terciopelo, y despeadas ellas con los zapatos estrenados ese día, y domados en una continua caminata desde las doce hasta la puesta del sol, para seguir después el bureo en los trasijados bailes de rompe y rasga, en que van las parejas ceñidas como los hermanos Siameses, haciendo de dos cuerpos un solo bloque que se menea como un ¡ay de mí! y suda á mares desde la punta del pelo hasta. . . . . ¡no descendamos, por hijiene siquiera, hasta esos estremos que no hay para qué nombrar! . . . . .

¿Dónde se han ido los condes de careta de alambre con la boca de resorte para fumar una tagarnina? Dónde, los indios de camiseta de punto, adornada la cintura y la cabeza con desperdicios de plumeros? ¿Qué se han hecho los turcos de cabeza atada con pañuelos de algodón, luciendo sobre la ropilla la licencia policial, y holgadamente calzados con amplias alpargatas?

Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron? ¿dónde están?

Ya no se ven aquellas comparsas heterogéneas, formadas por acumulación en torno de un acordeón y una pandereta, sin conocerse los unos á los otros, vinculados momentáneamente por el deseo de marchar al compás de una música cualquiera, y disolviéndose de la misma manera que se agruparon, sin darse siquiera las buenas tardes· elementos congéneres en el modo de ser, que se agrupan como lo hacen los pájaros, en bandadas, aunque sean de diversa procedencia y plumaje, solo porque son pájaros, como solo por ser turcos todos ellos se empandillaban aquellos *mascaraos* de los buenos tiempos.

Pero,no eran solo éstos los que apelaban al disfraz en esos días clásicos del engaño. También los jóvenes de la mejor sociedad se organizaban en lucidas comparsas, y de entre las de mi tiempo, recuerdo muy especialmente *La Mitológica*, cuyos socios pertenecian á las principales familias. Como su nombre indica, era aquella comparsa formada por los Dioses del Olimpo, y cada cual tenía su traje y sus atributos espresamente mandados venir de Europa.

Hacía de *Júpiter* Eugenio Garzón, ya con sus tendencias de mando, muy grave, envuelto en su manto rojo franjeado de armiño, ceñida en la frente la corona, y esgrimiendo en la diestra el fulminante haz de rayos. Federico Vidiella representaba á *Vulcano*, con su mandil de cuero y su gran martillo, aunque no caracterizando al Dios

herrero en su cojera, tal vez porque era poco elegante eso de hacer el rengo delante de las niñas. *El Cielo* figuraba Apolinario Gayoso, que hoy es colector de Aduana, todo tachonado de estrellas, radiante de sol y plateado de luna; y á su lado marchaba Emilio Herrera, con casco, escudo y lanza, remedando al belicoso *Aquiles*. Santiago Michelini, que con toda seriedad está hoy en su bufete de *El Siglo*, era por aquel entonces nada menos que el fornido *Hércules*, con su piel de tigre al hombro y su gran maza en la mano, haciendo pareja con Miguel Reissig que, vestido de *Terror*, aterrorizaba á cuanto chicuelo encontraba. De *Momo* hacía Ricardo Lacueva, obligado á reir aunque le doliesen las muelas, forzado por el jocoso papel que representaba; y Carlos Castells, figurando á *Saturno*, pareciendo querer tragarse las piedras solo por representar á lo vivo á aquel gran comilón que hasta sus hijos devoraba. José Antonio Ferreira reproducía al pudoroso *Telémaco,* y sospecho que lo copiaba hasta en lo de *gustarle todas en general*, sin hacer hincapié en rubias ni en morenas.

Su hermano Alberto caracterizaba á *Mercurio*, papel que se le confió por ser el más espigado de la comparsa, y andaba él muy ufano con su caduceo adornado de víboras en la mano, y sus alitas en los talones y en el casquete. Eduardo Nebel personificaba á *Marte*, con su yelmo y su coraza, esgrimiendo una tajante espada, y tan por lo serio tomó la cosa, que no quiso guardarla virgen, como otras que ustedes conocen, y la envainó en un ternero, que murió orgulloso al verse

herido por aquel olímpico acero. Eduardo Fariña era *Neptuno*, con su punzante tridente, todo adornado de atributos marinos, y junto con él figuraban *Orfeo, Apolo* y otras divinidades, que no recuerdo á quienes estaban confiadas.

Lo que sí recuerdo es al Dios *Pan*. Figúrense ustedes á un hombre metido, en pleno Febrero, dentro de una piel de carnero, cerrada desde el cuello hasta los piés como si estuviese forrado en lana, y ya se imaginarán lo que sufriría, lo que se fastidiaria el joven Calvo, hermano del reputado músico don Carmelo, que bramaba de calor y de ira contra la diabólica idéa de aquel maldito pastor de vestirse de zamarras de carnero. Lo que Calvo renegaba, no es para repetido, pero sí puedo garantir que recordaba con fruición la hoja de higuera, y que de buena gana hubiera cambiado su gerarquía de Dios Olímpico, por la de un simple Adán, apesar del lijero traje que gastaba nuestro padre común.

La Mitológica no era una comparsa de mera exhibición. Los Dioses cantaban como simples mortales, y al efecto, Vicente Lopez compuso unas canciones con sabor olímpico, erizadas de esdrújulos, y Carmelo Calvo las puso en música, en una música mitológica, también, como correspondía á tan mitológica comparsa. Decía el coro:

Llenos de jubilo
Los mitológicos
Que manda Júpiter
El inmortal,

De los empíreos
Al mundo mísero,
Todos bajemos
Al carnaval.

Era de ver los aires que se daba *Júpiter* cuando se oía decir inmortal! Ensayados los coros, y templados los instrumentos, resolvió *La Mitológica* echarse á la calle; y por no hacerlo á usanza de los mortales, que van por lo general á pié, alquilaron un carro de mudanzas, sobre el cual levantaron una gradería, que semejaba el Olimpo, donde iban muy gravemente sentados los Dioses, ocupando la cúspide el alado y travieso *Cupido*, que lo representaba Manuel Reissig, chicuelo á la sazón de diez años, lindo como un querubín, armado de su arco y colgada á la espalda la aljaba bien provista de traicioneras flechas.

Arreglado todo, montaron los Dioses en su olímpico carro, vestido el cochero con un traje también mitológico, para no desdecir del conjunto. Precedían á la comparsa unos lictores, ginetes en blancos corceles, y trás á ellos iban los músicos, metidos dentro de un carro adornado, todos ellos vestidos de romanos, haciendo la más estrafalaria figura.

Cerraba la marcha el carro de los Dioses, parecido á aquel que encontró don Quijote con los cómicos que representaban *Las córtes de la muerte;* y puesta en camino la comitiva, se dirigió á la casa del señor Vidiella, cuyo hijo Federico era el Presidente de la comparsa, correspondiéndole, por consiguiente, la primacía en cuanto á ver y

oir á los cantantes olímpicos. Vivía entonces el señor Vidiella en la esquina de la plaza, altos de la antiquísima *Confitería Montevideana*, que ahí está como era entonces, es decir, hace la friolera de quince años, y allí bajó la comitiva con mucho orden; subieron los Dioses á la sala, donde les esperaba toda una córte de huríes, lucieron sus trajes, entonaron sus canciones é hicieron sus gracias, si es que hacerlas sabían.

Aplaudidos y festejados fueron los *Mitológicos* con toda esplendidez, y satisfechos con aquel triunfo que en su primera salida alcanzáran, decidieron visitar algunas otras casas, empezando por la de don Salvador Bujareo, que era la más cercana, situada en la calle 25 de Mayo, casi esquina á la de Cerro. Instalados todos en sus sitios, partieron los lictores al trote de sus caballos por la calle de Cámaras; trás ellos arrancó el carro de los músicos romanos, y en seguida se puso en marcha el Olimpo, arrastrado por cuatro briosos corceles, que, encontrando liviano el tiro por la pendiente, tomaron á trote más que regular, zangoloteando á los Dioses que hacían pininos por no caer, tales eran los balances del vehículo, debidos á las desigualdades del empedrado.

Al llegar los lictores á la esquina de Cámaras y 25 de Mayo, doblaron por ésta en dirección á lo de Bujareo; dobló en seguida el carro de los músicos, pero el de los Dioses, veloz como venía, todo fué doblar, y volcarse, cayendo carro, Dioses, catafalco y atributos contra la Hojalatería de Carril, situada entonces en el sitio que hoy ocupa el encantado palacio de don Pancho Gómez.

El que mejor parado salió fué Cupido, que por ser el más encumbrado escapó ileso de toda apretura, cayendo de lo alto como un angelito con sus alas abiertas.

¡Pero los Dioses! ¡No les valió para nada la divinidad! Voceaba Júpiter, renegaba Saturno, quejábase á grito herido Vulcano, apostrofaba Marte al mitológico carrero, que juraba *¡per la Madona!* echando ajos y cebollas como un condenado, y todo era allí confusión, algarabía y desesperación de los salvados, al ver que debajo del carro había un amasijo de Dioses que pataleaban, manoteaueq y pedían auxilio.

¡Adiós Olimpo! ¡Adiós canciones! ¡Adiós trajes! ¡Adiós triunfos!

El único que no tuvo de qué quejarse fué el Dios *Pan:* aquel cuero lanudo que tanto le sofocaba, le sirvió de colchón en la caida, realizándose así en él aquello de: « no hay mal que por bien no venga».

Y no cuento más, lector, porque yo ya estoy cansado, y tu estarás aburrido, así es que doblemos la hoja, y no hablemos para nada de estos carnavales chirles de ahora en que no hay huevos, ni bombas, ni jarros de agua, ni jugadores de pañuelito, ni héroes de coronas, ni asaltos, ni marqueses, ni pastoras, ni turcos, ni tumbos Mitológicos como el que llevaron mis amigos en su olímpica escursión.

¡Pomitos. . . . . ! ¡Dominós. . . . . ! ¡Bah! ¡bah! ¡bah!

Febrero 4 de 1883.

PANORAMA BONAERENSE

LA VUELTA DE PALERMO

CORDONADOS á una y otra banda de la ámplia avenida de las Palmeras, hay unos treinta carruajes, cuyos dueños, sentados en los bancos que flanquean la senda, ó caminando á paso lento, aspiran el aire puro que viene del Río, dormido á pocas cuadras bajo la barranca, sobre su lecho de arena cenicienta, teniendo por cabecera las toscas cubiertas de verdín.

Apenas una docena de vehículos circulan á gran trote, los caballos con el cuello estirado, moviendo apresuradamente los nerviosos remos, y los cocheros muy tiesos en los pescantes, mirando con el rabillo del ojo á los que vienen detrás para no dejarse aventajar, y avivando por

momentos con la fusta á los corceles que se derrengan por estirarse sin salir del trote.

Palermo puede decirse que está desierto en estas tardes del estío. Ya no es aquel animado paseo del invierno en que circulan los carruajes por centenares, cerrados los *landó* y los *coupé* contra las heladas brisas del Sud, y arropados los paseantes en *victoria* dentro de las mantas de pieles que los defienden del aire. Aquel Palermo está ahora en San Isidro, en San Fernando, en las Conchas, por el Norte; en Flores, en Ramos Mejía y en Morón, por el Oeste; en Temperley, las Lomas y Adrogué, por el Sud; y en Montevideo, por el Este.

Solo quedan allí aquellos á quienes sus ocupaciones no les permiten salir de Buenos Aires, y que huyen por la tarde hacia el paseo en busca de alguna bocanada de aire puro para dar espansión á los pulmones sofocados por la atmósfera viciada de la ciudad, mezcla de polvo y de humo y de las emanaciones de trescientos mil cuerpos sudorosos.

Las palmeras con su tronco recto, coronadas con su penacho de hojas satinadas, parecen erguirse con el fresco de la tarde, después de haber soportado el fuego de un sol abrasador que, encandescido dentro de los celajes purpúreos del horizonte que semejan una fragua, desciende como un globo rojo, desprovisto de todos sus rayos, como si los hubiese dejado clavados en la tierra. Parece una almohadilla sin alfileres.

La ancha avenida, cuidadosamente regada, dibuja una malla de huellas trazadas por los carrua-

jes que se cruzan, y que van estacionándose uno á uno, hasta que, llegada la hora de la retirada, parten á paso lento, dan una última vuelta, y en seguida desfilan por delante de la Escuela Militar, levantando nubes de polvo sonrosado por el sol en el ocaso, sin oirse más ruido que el golpe seco de las herraduras de las patas delanteras al dar en el casco de las traseras, y el canto monótono de miles de cigarras ocultas entre el follaje de los árboles. Y así de una tirada, llegan los carruajes al trote hasta la cima de la barranca de la Recoleta, donde se detienen, jadeantes los caballos, con las narices abiertas, palpitando violentamente los vacíos, blanqueando de espuma donde quiera que una correa les roza la piel, goteando el sudor por el vientre, y el lomo humeante con la traspiración.

Desde aquella altura se abarca todo un paisaje. Al norte, el río poblado de barquichuelos, con sus blancas velas izadas para mantenerse aproados al viento. Á la derecha, el poniente envuelto en una bruma de polvo rojizo, de entre el cual se destacan, como dos obeliscos, las chimeneas de los depósitos de las aguas corrientes, mientras que á la izquierda se ierguen como agujas que perforan el ambiente los altos caños de la cervecería de Bieckert y de los alambiques de Prat, guardadores de mil secretos arrancados á las levitas y pantalones que dejan allí la grasitud que los emporcaba, para entrar de nuevo en servicio activo en teatros y paseos, alardeando una virginidad comprada mediante un par de duros! . . . .

De un lado, la *Calle Larga*, franjeada en sus dos

aceras de paraisos, que se pierde entre los vericuetos de las Cinco Esquinas. Del otro lado, por sobre las tapias del Cementerio, los cipreses hamacando suavemente su puntiagudo jopo, y en el bajo se dibuja sobre la ceja oscura de los sauces, el tren del Norte que avanza lentamente, con su linterna roja como el ojo de un ciclope, marcando cada respiración de sus pulmones de acero con una bocanada de humo blanco, que salta del caño como una pelota de lana que se deshilacha en finísimas hebras hasta desaparecer por completo.

Vale bien la pena de dar una vuelta por aquellos contornos para ver cómo, bajo la iniciativa y dirección del actual Presidente de la Municipalidad, don Torcuato de Alvear, se han transformado los zanjones y barrancos que afeaban aquel sitio, en preciosos jardines, grutas fantásticas, puentecillos rústicos y lagos encantados, que como obra del hombre no tiene igual en América. Á un lado y otro del camino se estienden dos laderas tapizadas de césped, moteado acá y allá por coníferos de variadas clases, palmeras, latanias, y otras plantas de raro mérito.

Termina la colina de la derecha en un monticulo muy elevado, en cuya meseta hay un jardinillo de vistosas flores rodeado de cómodos bancos. Está formado el monticulo por un peñascal de piedras que parecen allí nacidas, por entre cuyas grietas trepan hiedras y otras plantas rastreras, que dan al paisaje un tono completamente rústico.

Del otro lado, están la gruta y el lago. Yo no sé

describir aquello. Es algo tan fantástico que escapa á lo que la pluma puede pintar. Tiene algo de los cuentos de Hoffman, y de la música de Wagner. Parece que de entre las grietas y cuevas que forman aquellas caprichosas estalactitas, van á aparecer gnomos y willis y todas las creaciones de la fábula alemana, revueltas en confuso torbellino. Allí no ha presidido más que el capricho, embellecido por el arte. Un grupo semeja una cariátide gigantesca de facciones fenomenales. El otro parece un manojo de sierpes que se desenroscan en actitud amenazante. Allí se crée ver un grupo de abetos petrificados por el hielo; allá aparece el boquete de una caverna que vá á vomitar cocodrilos y saurios de toda especie, y por do quiera que se estienda la vista se crée uno trasportado á un país encantado. en que viven las visiones creadas por la fantasía.

Y de cada grieta, de cada agujero, brota una planta acuática, de anchas hojas, helechos de tallos flexibles, bambués esbeltos, lianas que se enroscan como víboras, matas de hoja con sus blancos penachos, ceibos coronados de pajas guirnaldas, y grandes pandanus apuntalados en sus raices supletorias que forman un pabellón de fusiles.

Cruza el lago un puente colgante, en cuyo centro hay una glorieta rústica, tapizados los troncos con claveles del aire y otros parásitos que perfuman el ambiente con sus flores. Las escaleras que conducen al fondo de la gruta parecen talladas en la roca viva, y tan verdadero parece allí todo, que se está esperando el momento en que

ván á surgir de aquellas profundidades náyades y tritones, y todo genero de mónstruos marinos.

Parece que es tarea ociosa hablar de lo que está á la vista de todos, pero no me engaño al decir que de los muchos miles de habitantes de Buenos Aires, siete octavas partes no han visitado los alrededores de la Recoleta. La alta sociedad pasa por allí arrellanada en sus carruajes sin dignarse dirigir una mirada á los costados. ¡No se hable ya de bajar á dar una vuelta! ¡Eso queda para los tenderos y modistas que pasean los domingos! El buen tono no permite admirar nada, lo que no impide que, cuando estos indiferentes van a París ó á Londres, se queden boquiabiertos ante cualquiera morondanga.

Y, sin embargo, el paseo de la Recoleta es algo de eso que no se vé todos los dias—Allí la mano del hombre ha suplido con ventaja la obra de la naturaleza, dotando á Buenos Aires de un sitio de recreo que no tiene igual. Será más magestuoso el Jardín Botánico de Rio Janeiro, habrá más variedad en los paisajes de Montevideo, pero seguramente hay más buen gusto y más novedad en la gruta fantástica de la Recoleta.

. . . . . .

Entre tanto, nuevos carruajes suben á cada instante el repecho y se detienen en la altura para dar descanso á los caballos fatigados por el calor. Los paseantes se miran de coche á coche: los hombres con fijeza, como queriendo comerse con los ojos á las mujeres; y éstas muy gazmoñas, haciendo como que no ven, pero relampagueando

de vez en cuando con una de esas miradas que hacen estremecer al que las recibe.

—Vamos, dice una niña, con voz suave, sacando la cabeza por la portezuela, dirigiendo al mismo tiempo una mirada de reojo á alguno que queda atrás, y al instante arrancan los caballos, tomando á trote mesurado por la calle Larga.

—Vamos, dice una voz bronca de hombre, y parte otro carruaje á gran trote, hasta alcanzar al que se desprendió primero.

Y así, unos tras otros, van llegando todos los vehículos que circulaban por Palermo, se detienen un instante en lo alto de la barranca, y siguen después su camino por la Calle Larga, desgranándose en las Cinco Esquinas por distintas direcciones.

Después no queda allí más que alguna misteriosa pareja que huyó de los faroles en busca de los bancos ocultos trás de los árboles.

El día se ha ido, pero queda velando durante la noche la luna, cuyos pálidos rayos trazan sobre las aguas dormidas del río un riel de plata, destacándose de entre la penumbra que envuelve á la tierra, las chimeneas de las Aguas Corrientes como dos obeliscos; los altos caños del Eliseo y de la Tintorería, como dos agujas que penetran en la bóveda oscura del cielo; y por sobre las tapias del Cementerio, los cipreses, empinando sus puntiagudos jopos como para curiosear lo que pasa en la ciudad de los vivos, aburridos de la monotonía que reina en aquella ciudad de los muertos, en que están aprisionados.

Yo tambien me voy—¿Por dónde tomo? ¿Por la

derecha? ¡Bah! Ya me llegará mi día, y mientras llega, tomemos por la Calle Larga que conduce al bullicio, á la vida, á la alegría, y dejemos en paz á los que, tarde ó temprano, han de ser nuestros compañeros obligados. Y á pesar de todas estas filosofías, al alejarme de la Barranca de la Recoleta no puedo menos de recordar á Becquer y repetir con él.

« ¡Qué solos! ¡qué solos se quedan los muertos! »

Enero 27 de 1883.

MINAS

Aspecto general — La Plaza — La Gefatura — La Iglesia — Escudero y su teatro — Un cuento de Carmona — Monsieur Auguste.

Ya conté cómo había llegado á Minas, y como, á poco de llegado, había ya proyectado todos los paseos imaginables por los alrededores del pueblo.

No se cumplió, sin embargo, el programa tal como se había organizado. Al día siguiente de mi llegada, en vez de ir á Arequita, como estaba convenido, solo me ocupé en conocer el pueblo y darme una idea del paisaje que lo circunda. Cansado del viaje y rendido del madrugón del día anterior me apretó el sueño y solo á las ocho de la mañana dí señales de vida, gracias á un chiquillo que se me presentó con un mate y que tuvo que llamarme repetidas veces para que yo me arran-

cara de los brazos de..... no te tapes los ojos, lectora, que no hay por qué ruborizarse, pues has de saber que esto de los brazos es puramente una metáfora mitológica. Era Morfeo, quien me tenía tan estrechamente abrazado. Y dejando de lado las metáforas y la mitología, diré sencillamente que me desperté, como se despiertan generalmente los mortales, esto es, entreabriendo los ojos y volviéndolos á cerrar lastimados por la luz, estirando los brazos, y dando dos ó tres bostezos.

Tomé mi mate, me tiré de la cama, y en diez minutos ya estaba yo en la calle, aspirando aquel aire fresco y puro. Habia esceso de claridad para mi vista, acostumbrada á las sombras de la ciudad. En el cielo azul no había más mancha que la del sol, que se derramaba en chorros de luz bañando los cerros y las casas, en cuyas paredes blancas rebotaban despidiendo reflejos deslumbradores. La calle, prolijamente macadamizada, se prolonga en una estensión de doce ó quince cuadras, hasta morir en una loma coronada por los Corrales de Abasto.

Á mi derecha se veía el cerro de la Guardia, cuchilla altísima cuya cima es una esplanada. Llámasele *de la Guardia* porque allí se sitúan en tiempo de guerra las avanzadas de las fuerzas del pueblo, dominando desde aquella altura una gran estensión. Á la izquierda aparecía la punta aguda del cerro de Lavalleja, así llamado por haber pertenecido al Jefe de los Treinta y Tres: y al frente se destaca el *Cerro del Negro*, muy empinado y escabroso, terminado en un hacinamiento de

peñascos inaccesibles. Cuenta la tradición que, allá por los tiempos de Mari-Castaña, se encontró en ese cerro un negro que vivía entre aquellas breñas, esclavo prófugo que prefería hacer aquella vida salvaje antes que someterse al látigo de su amo, y de ahí le quedó el nombre al Cerro, que es uno de los más pintorescos que rodean á Minas.

Terminada la observación del paisaje que desde la puerta de mi casa podía abarcar, eché á andar, acompañado del solícito amigo que con tanta galantería me había cedido su alcoba. Fuimos á la plaza, que es, por cierto, una de las más bellas que conozco; un verdadero jardín adornado con plantas de mérito, cómodos y elegantes bancos, calles perfectamente enarenadas, y en el centro una estátua sobre un pedestal cuadrado, en cuyas caras se leen inscripciones que esplican cuándo, por qué, y por quién. se construyó aquel monumento.

Daba yo vueltas y vueltas en torno de la estátua examinándola en sus más mínimos detalles, é intrigado mi compañero con aquella prolija observación, me preguntó:

—¿Qué es lo que tanto le llama la atención?

—Nada. Lo único que deseo es verle las manos.

Aquí mi compañero se sonrió, y comprendiendo lo que motivaba mi curiosidad, me dijo:

—Ya se lo amputaron.

Entonces fuí yo quien solté una carcajada. Aquel término anatómico aplicado á una estátua era una ocurrencia graciosísima. Y para que el lector pueda darse cuenta de lo que se trataba, lo esplicaré en breves palabras.—Es el caso que el

escultor á quien se encomendó la construcción de la estátua, era un hombre ó muy escéntrico, ó tan ignorante que no sabía cuantos dedos tenia en la mano. Ello es que, terminada la estátua y colocada sobre su pedestal después de las ceremonias de estilo, se descubrió que tenia seis dedos en una mano.

Yo había leido este curioso detalle en una interesantísima reseña que hizo el doctor Rappaz de una escursión á Minas, y confieso que siempre me había quedado la duda de que lo del sexto dedo fuese un aditamento inventado por la travesura característica de *De Montheolo:* pero, ante el testimonio de cien vecinos, me he convencido de que el fenómeno existió en realidad, y no un día ni dos, sino por espacio de largo tiempo, hasta que la autoridad, según la espresión oportuna de mi acompañante, mandó *ampular* aquel dedo intruso, operación para la cual no fué necesario ni bisturí, ni sierra, ni ligaduras de arterias, sino que bastó una simple cucharada de albañil y un poco de argamasa para remendar el desperfecto. Y contábame mi amigo, que con tanta facilidad se practicó la operación, que el amputado no tuvo ni un momento de fiebre. . . . .

En el costado Este de la plaza está la Gefatura de Policía, edificio elegante y hasta lujoso, el mejor tal vez de todos los de la República después del de la Capital. La construccion es sólida y esbelta, la gran puerta que da á la plaza es primorosamente tallada, y todo el edificio, hasta en sus últimas dependencias, ha sido perfectamente concluido.

Al lado de la Gefatura está la iglesia; pobre, raquítica, mezquina; un rancho techado de teja, sin atrio ni torre, lo que prueba que el vecindario de Minas es más sensato que otros que han gastado ingentes sumas en la construcción de templos, y mientras tanto no tienen calles, ni plazas, ni oficinas públicas, ni nada, en fin, de lo que es mil veces más necesario á la población que una iglesia.

Se ha tratado, en Minas, de edificar un gran templo, y efectivamente se ven á media cuadra de la plaza algunas paredes á medio hacer, trozos de columnas y otros arranques que en breve no serán más que montones de escombros, como que ya los vecinos llaman á aquello: *las ruinas de la iglesia nueva.*

Parece que los dineros que se recolectaron con aquel objeto se evaporaron por arte de magia, y los donantes quedaron desde entonces escamados. En cambio, á falta de iglesia, el señor teniente-cura tiene una espléndida granja en los suburbios del pueblo, y. . . . váyase lo uno por lo otro.

De la Plaza, pasamos á ver el teatro: una bonita sala, con dos órdenes de palcos muy espaciosos, platea amplia, un escenario regular, todo muy bien pintado y arreglado con gusto.

Dejóme por un instante mi compañero, y yo quedé solo con el propietario, un señor Escudero, muy amable y muy atento, dueño también del Café y Confitería Oriental, contiguo al teatro.

Me contó el señor Escudero cómo, quién y cuándo inauguró el teatro, cuántas luces tenía, la capacidad, que es para seiscientas personas

sentadas, y otras mil particularidades. Quiso que viese todo, y todo lo vi, y todo lo toqué, acompañado siempre de sus observaciones y comentarios: y cuando hube visto todo, y todo tocado, me invitó á que inspeccionase los palcos altos.

—Ya los veo, le dije.

—Si: pero hágame el favor de subir para ver la comodidad que tienen, me contestó, agregando: yo no le acompaño porque tengo esta pierna recalcada y no puedo subir escaleras.

Por complacerle, subí á los palcos altos, entré en uno de los de la ochava, y sospechando que la esplicacion iba á ser larga, tomé asiento en una silla delantera. La escena era como para copiarla.—El teatro representaba un desierto, sin más pobladores que yó, muy sentado en mi palco, y Escudero, que desde el centro de la platea me daba sus esplicaciones.

—Esto me cuesta un dineral, me decia, y lo que es el beneficio, todavía está por verse. He hecho venir pintores de Montevideo, para pintar las decoraciones, y tengo las necesarias para representar dramas, comedias, trajedias, óperas, zarzuelas y todo cuanto se quiera.—Ahora le voy á mostrar.

Y diciendo y haciendo, se fué al proscenio y dejó caer el telón.

La escena se hacia cada vez más interesante. Ya no quedaba en el teatro más que yo. Escudero, oculto trás el telón, hablaba como un eco lejano:

—¡Si supiera usted los dolores de cabeza que me ha dado este bendito teatro! Yo tengo que

correr con todo para que ande corriente, y después de toda esa fatiga, solo cobro el quince por ciento de las entradas de boletería cuando hay función, así es que la noche que se hacen doscientos pesos, yo no saco más que treinta por alquiler del teatro, luces, decoraciones, y todo lo demás.

Concluido este discurso sin que yo viera al orador, se levantó nuevamente el telón, y apareció en medio de la escena Escudero, en mangas de camisa, con zapatillas, y un sombrero gacho. Yo, firme en mi palco, seguía escuchando.

—Esta decoración, como usted vé, seguía diciendo el propietario, representa una alcoba y sirve también para sala poniéndole una mesa y un sitial que tengo ahí adentro—¿Quiere que se lo muestre?

—No; no se incomode usted.—Ya comprendo.

—Voy entonces á mostrarle otra decoración, dijo Escudero, algo contrariado por no haber yo aceptado la oferta del sitial, y se metió entre bastidores. Levantóse la tela que representaba la alcoba, apareció otra que remedaba un bosque, y en medio del bosque, Escudero, firme, impertérrito, dispuesto á no omitirme un solo detalle de su retablo.

Pero, cuando iba á continuar sus esplicaciones, resonó en el teatro una estrepitosa carcajada. Era mi amigo, que de vuelta ya, no había podido contenerse ante la graciosísima escena que entre Escudero y yo representábamos, él muy serio, como un general en el campo de batalla, indicando todas las posiciones, y yo muy grave, sentado en

mi palco, oyéndole como si cantase Gayarre ó declamase Salvini.

¡Oh! y de seguro que si mi compañero no vuelve tan pronto, no me deja salir Escudero sin declamarme un trozo de *Don Juan Tenorio* ó cantarme algunas coplas de *Don Simón*, para mostrarme más á lo vivo lo que era el teatro, *su teatro*, como dice él á boca llena, á quien quiere más que si fuere el hijo de sus entrañas.

¡Y cómo lo cuida! No se vé una basurita en toda la sala, ni una tela de araña, ni una mosca. Si las pinturas y los dorados se deterioran, no ha de ser seguramente por falta de cuidado, sino por sobra. Lo que el tiempo no destruye, lo gastarán las escobas y los plumeros, tal es la prolijidad y constancia con que aquel solícito dueño vela por su hacienda.

Interrumpido, pues, por la carcajada de mi amigo, no pudo seguir Escudero en sus minuciosas esplicaciones, pero no dejó de hacerme saber que tenía todavía otra decoración de calle y otra más, que me mostraría cuando tuviese ocasión.

Mucho le debe el pueblo de Minas al señor Escudero, pues gracias á él cuenta con aquella bonita sala para espectáculos y bailes, pero no le arriendo las ganancias al propietario. Él sabe que aquello es para él un elefante blanco, á quien tiene que mantener so pena de que un día ú otro no sirva más que para granero. Escudero, sin embargo, se dá por bien pagado con ser y llamarse dueño del teatro, y á buen seguro que deje él pasar oportunidad de hacerlo saber; y aquí

viene bien una anécdota, que me contó el travieso Carmona, por cuya razón no me atrevo á servírsela á mis lectores como moneda de buena ley.

Cuenta el gracioso tuerto que una noche, en Minas, se hacía no se qué comedia ó drama, y estaban todas las familias en los palcos, y Escudero en uno de ellos con la suya, cuando cata aquí que una de las lámparas de kerosene que iluminan el teatro empieza á echar humo y á poner negro el tubo.

Escudero ya no oía ni veía la representación. Tenía todos sus sentidos reconcentrados en aquella maldita lámpara que afeaba la sala, y cuyo humo podía perjudicar á las pinturas del techo. Tanto dió y temó el propietario en la cosa, que al fin no pudo contenerse; se levantó del palco, y atravesando por entre toda la concurrencia, apagó la lámpara rebelde, le sacó el tubo, y salió lo más orondo en medio de los aplausos del público que festejaba aquel acto de Escudero, propio de un *propietario* que mira por la decencia de su casa.

Terminada mi visita al teatro, que me había tomado una hora larga, recorrí las principales calles del pueblo, sorprendiéndome lo bien cuidadas que están, todas macadamizadas, con buenas veredas y limpias.

La población de Minas está muy concentrada. No se vén allí, como en otros pueblos, esos huecos y terrenos baldíos que tanto afean las calles. Hay casas muy buenas, y solo allá en los suburbios se ve uno que otro rancho, y esos mismos blanqueados, lo cual hace que la villa presente un

lindo aspecto de donde quiera que se la mire, risueña, alegre, descollando por sobre las paredes los penachos verdes de los árboles que dan sombra á los patios, debiendo citarse entre esos árboles dos naranjos que crecen en el gran patio del Hotel Francés, notables por su frondosidad y elevación, y cuyos recios troncos revelan una respetable ancianidad.

Ya es hora de almorzar.

—¡Monsieur Auguste! sáquennos una mesa aquí, bajo el emparrado y ¡vivo con el almuerzo!

Monsieur Auguste es el más servicial de los hoteleros que conozco, y al mismo tiempo un habilísimo cocinero: un verdadero *cordon-bleu* modestamente oculto entre los cerros de Minas.

Y á propósito de cerros ¿en qué quedó el paseo de Arequita? preguntará el lector.

Mañana, mañana sin falta vamos allá; hoy me ha sido imposible porque, la verdad. . . . . no contaba con la descripcion teatral del progresista señor Escudero.

Marzo 22 de 1883.

RAFAEL A. FRAGUEIRO

Cuatro años escasos hace que Rafael Fragueiro se dió á conocer como poeta, siendo á la sazón un niño, como que no llegaba á los quince, aunque el escepticismo que se traslucía en sus estrofas revelase un hombre que hubiera atravesado los azares de la vida.

Pasó su niñez oculta en el hogar, mostrándose siempre retraido, sin entregarse á esas espansiones bulliciosas, propias de la infancia, y malgastó los primeros esfuerzos de su inteligencia aprendiendo vulgaridades en algunos colegios católicos en que sus padres le pusieron. Accidentalmente fué la familia de Fragueiro á residir á las Piedras, contando Rafael once años, y allí tuvo ocasión de aprender algo, lo poco que puede aprenderse á esa edad, bajo la dirección del educacionista don

Pío García, hoy inspector Departamental de Canelones.

Pero todo lo que pudo haber adelantado á haber seguido instruyéndose en aquella escuela, lo esterilizó por haber entrado en calidad de pupilo en el colegio Pío de Villa Colón, dirijido por frailes Salesianos, que, como es natural, más se ocupan del canto de letanías y del adorno de altares que de enseñar nada que de provecho sea, como lo prueba el testimonio del mismo Fragueiro, que es un prodigio de inteligencia, y otro prodigio de ignorancia en materias que son hoy el a, b, c, de toda educación.

Sin base para proseguir estudios serios, y sofocado dentro de la monotonía conventual del Colegio Pío, Fragueiro buscó salida al torbellino que se agitaba dentro de su portentosa cabeza, y le dió escape por las puertas de la poesía, que se le abrían de par en par en medio de aquella naturaleza risueña que le rodeaba, despertando en su alma de niño sentimientos de hombre.

Así, sus primeras composiciones no son los sueños alegres de la infancia, sinó los delirios exaltados de la pasión, de una pasión que germina sin causa que la determine, pero alimentando ya lúgubres presentimientos de desdenes, de escepticismo, de aniquilamiento, como si el corazón que aquello sentía y el cerebro que aquello pensaba estuviesen ya en el ocaso de la turbulenta juventud de un don Juan ó un Montemar.

Podría decirse de Fragueiro lo que la redondilla antigua dice de una flor nacida junto á una calavera:

al primer paso que diste
te encontraste con la muerte.

Su primera composición, escrita á los trece años, respira ya ese fatídico presentimiento de la tumba que campea después en casi todas sus poesías.

Sobre el mármol funerario
Que mis huesos cubrirá
No pido inscripción ni flores,
Una lágrima no más.
Pero esa lágrima sola
Que á mi alma le bastará
La han de verter tus pupilas.....
Si acaso saben llorar.

Esta fué la primera composición de Fragueiro, que le valió una séria reprimenda de los frailes Salesianos, reprimenda que le entró al poeta por un oido y le salió por el otro, pues al día siguiente escribió otros versos, y otros, hasta que los buenos padres pusieron al recalcitrante visitador del Parnaso á dieta de pluma y papel, para impedir que siguiera escribiendo los mundanos pensamientos que se agitaban en su cabeza.

¿Lograron los frailes su intento? Más fácil era ponerle puertas al campo. Fragueiro escribía en la arena de los caminos, en las hojas de las plantas, en todas partes, donde pudiese grabar su pensamiento, aguijoneado con la prohibición, hambriento con la dieta, impaciente con la prisión, como si fuera posible detener la avenida de las aguas, y no más prudente darles dirección para que su empuje sea de utilidad y de provecho.

Muchos de los defectos de que se resienten las composiciones de Fragueiro, son hijos de aquella insensata persecución que los Salesianos le hicieron para sofocar su inspiración poética. Una dirección es lo que ha hecho falta á esa cabeza privilegiada de catorce años, que pensaba ya como las de treinta.

Faltáronle modelos, faltáronle maestros, y aquella inspiración sin lastre echó á volar como un globo, sin derrotero fijo, empujado de un lado á otro por las encontradas corrientes de las pasiones que brotaban en el organismo precoz de aquel niño, que no sentia sobre sí más autoridad que los mimos de una madre cariñosa, alejado de la tutela rigorosa del padre á quien sus negocios retenían en otro país sin poder vigilar de cerca á quien tanto necesitaba de vigilancia, por lo mismo que nacía á la vida prematuramente.

Á los quince años, se encontró Fragueiro con el mundo abierto por delante, dueño de sus acciones y esclavo de sus pasiones, enamorado de la primera niña con que topó al dar sus primeros pasos, y á quien cantó en todos los tonos, echándole en cara su desdén, que en ella era sensatez, como que hubiera mostrado no tenerla dando oidos á las declaraciones volcánicas de aquel proyecto de hombre, chicuelo y barbilampiño como era.

Fragueiro, para ablandar á su ingrata enemiga, adoptó el género tétrico, y sus composiciones parecian escritas sobre el mármol de una tumba, guarecido bajo un ciprés, é iluminado con las fosforecencias de los esqueletos.

¡Pobre niña! ¡Cómo debía sufrir viéndose objeto de la fúnebre persecución de un cadáver! Ora se le advertía que no se asustase si á media noche oía llamar á los vidrios de su ventana, y trás de ellos veía la lívida silueta de un espectro. Era Fragueiro que salía de su tumba para ver al ángel de sus ensueños, envuelto en el blanco sudario y con los demás atavíos que usan los muertos escapados del sepulcro.

Ora era la niña la muerta. Se le antojaba á Fragueiro que estaría más linda

> toda vestida de blanco
> dentro de una caja estrecha,

La verdad es que el capricho podia ser muy poético y muy escéntrico, pero, seguramente, que maldita la gracia que le haría á la niña el verse de aquella manera ataviada dentro de tan incómodo lecho.

En esta situación de ánimo, fué Fragueiro reclamado por su padre, que á la sazón se encontraba en Córdoba ocupado en negocios de minas. Alejado el amartelado doncel del objeto de sus amores, creyóse que se le pasaría la dolencia, pero el mal estaba acorazado contra la máxima de que «ausencias causan olvidos», y bajo el clima tropical de Córdoba se desarrolló la pasión hasta tomar las proporciones de un poema, que, bajo el título de *Zelmira*, compuso Fragueiro durante su estadía en aquella católica ciudad. Está inédito aún ese poema, y es lástima, porque es tal vez su obra más acabada y correcta.

Esto tenía lugar durante el año 1881, que fué en

el que más y mejor trabajó Fragueiro, pues concluido su *Zelmira*, compuso *Los Poemas de Dios*, que editó en un pequeño folleto, y en seguida, vuelto á Montevideo, acometió la árdua empresa de escribir una trajedia, en verso italiano, que puso en escena la compañía Tessero en el teatro Cibils, en la noche del diez y siete de Noviembre del 81.

Lucrecia Romana, que así se titulaba la trajedia, fué un prodijio. Parecía imposible que á los diez y seis años pudiese nadie acometer con éxito el más difícil de los ensayos poéticos, teniendo que luchar con las contrariedades que ofrecía la rima en un idioma estranjero, y salvar los escollos que presenta el más escabroso de los géneros dramáticos. Una trajedia histórica á estas alturas del siglo, es casi un anacronismo literario; es algo que se despega de la índole y las tendencias del teatro moderno. Parecía una insensatez que, cuando Corneille y Racine declinan, pretendiese un niño llenar la escena con una obra que ningún maestro se atrevería á ensayar: pero, á pesar de todo, *Lucrecia Romana* se hizo aplaudir, no solo en Montevideo, donde las simpatías que despertaba Fragueiro podían disculpar las faltas, sino también en Buenos Aires, donde el autor no tenía afinidades ni protecciones que le ayudasen á salir airoso.

¿Quiere esto decir que *Lucrecia* sea una obra perfecta? No; no llevo yo mi admiración hasta tales exageraciones. Hay desconocimiento de la escena, abuso de monólogos, olvido de los personajes que quedan condenados á contemplar las

bambalinas, á falta de ocupación más útil, pero en todos esos defectos de fácil corrección en su mayor parte, hay detalles de génio, realizados con la belleza del verso, que, al decir de los conocedores en el idioma del Dante, es correcto y castizo.

Halagado con el éxito, Fragueiro se entregó con delirio al teatro. De la trajedia pasó á la comedia y quince días después de representada la *Lucrecia*, puso en escena *La Bolsa*, comedia en tres actos, en prosa italiana, cuya ejecución confió á la sociedad de aficionados *Aspirazione Drammatiche*.

En seguida escribió *El Delfín*, drama en tres actos, en verso francés. No encontrando compañía francesa que lo pusiese en escena, lo vertió al italiano, para que lo representase Gemma Cuniberti, que hubiera sido digna intérprete de Fragueiro. Ella era también un niño prodigio, como el autor de *El Delfín* y entre los dos no sumaban veinticinco años, la edad en que la generalidad empieza á penas á pensar.

No recuerdo què dificultades de ensayos hubo, pero lo cierto es que *El Delfín* nunca llegó á representarse, é impaciente Fragueiro con aquella contrariedad, dejó el teatro y volvió á sus poesías líricas. El año 82 escribió tres poemas: *Paolo, Hamlet* y *Los Monges*. Los tres están inéditos, habiendo solo leido un fragmento del tercero en una Conferencia Literaria en el Ateneo del Uruguay. Por lo que recuerdo de aquella lectura, *Los Monges* no le darán mucha gloria á Fragueiro, si es que en lo que no leyó no hay algo mejor que lo que nos dió á conocer.

Aquí entra para mí la parte difícil. Profeso á Fragueiro sincero cariño y soy uno de sus más entusiastas admiradores, pero no me dejo cegar hasta el punto de no reconocer sus defectos, y aunque me cuesta decirlo, debo, sin embargo, advertir al joven poeta que, desde hace algún tiempo, decae visiblemente. No es que su talento se debilite ni que su inspiración se marchite: es que le falta la instrucción: es que está cultivando su cerebro sin abonarlo, y sabido es que, por fértil que sea el terreno, se vuelve al fin un yermo si no se alimenta con nuevos jugos para que pueda producir.

Fragueiro sabe poco, muy poco. Es dura la frase, pero, es verdad, y yo soy *amicus Plato, sed majis amicus veritas.* Se ha pasado cantando como la cigarra durante la abundancia del verano, pero pronto llorará su desidia, cuando se encuentre con los graneros vacíos en las escaseces del invierno.

El resultado de esa falta de preparación y de estudio, se hace sentir ya en las últimas producciones de Fragueiro. Repite lo que otros han dicho, no por espíritu de imitación, sino porque, no habiendo leido, crea su imaginación ideas que otros habían creado antes, como que es ley natural que, así como los perales producen peras en todos tiempos y en todos los climas, el ingenio ha de producir siempre las mismas ideas, y por esa razón es por lo que Shakespeare copia á Virgilio sin conocerlo, y Cervantes imita en algunos pasajes á Ovidio, tal vez por que no leyó con detención sus obras.

Después de aquel gran esfuerzo que hizo Fragueiro en sus composiciones dramáticas, parece que su talento se resintió del escesivo trabajo, y así se ve que en sus obras posteriores se nota un descenso cada vez más acentuado. *Los Monges* era ya inferior en inspiración á sus anteriores composiciones. *Campanella* fué inferior á *Los Monges*, y ahora, su último poema, *Tupambaé*, no alcanza á *Campanella*, por más que á Fragueiro se le antoje que su leyenda charrúa es buena. No; no es buena, Fragueiro, y no solo no es buena, sino que es mala; y mala tenía forzosamente que ser, porque obras de esa naturaleza, no se improvisan por debajo de la pierna como usted lo pretende, mi querido é inteligente amiguito.

No ha estudiado el asunto, no ha cuidado la forma, y de ahí resultan inesactitudes, incongruencias, ripios, y otras faltas que no son disculpables en quien tiene dotes y pretensiones de poeta.

Se me acusará, tal vez, de ser demasiado severo con un joven de diez y nueve años, y efectivamente, considerado en absoluto el hecho, habría motivo para el reproche; pero es necesario tener en cuenta que Fragueiro no está en las mismas condiciones que la generalidad. Él es una escepción, y sobre serlo, quiere serlo. Es una nobilísima ambición que yo no le enrostro, pero sí le acuso de que no haga lo que debiera para cimentarla.

Es, á las veces, un enemigo el talento precoz, y el de Fragueiro le ha sido perjudicial. Hay derecho para exijir al joven de diez y nueve años que

haga algo más que el niño de catorce, y si no adelanta, suya es la culpa, que malgasta su tiempo en frivolidades poniendo á contribución su poderosa inteligencia, cuando debiera utilizarlo en adquirir, para más tarde poder producir con fruto.

Es este el momento que debiera aprovechar Fragueiro para dedicarse sériamente á los estudios que le son necesarios. Su talento no va más allá con el capital propio; no lo esterilice, pues, en esfuerzos inútiles. Robustézcalo primero con la savia que puede adquirir en lecturas metódicas y provechosas, y llegará á los treinta años con todo el vigor propio de la edad, aleccionado el carácter con la esperiencia de la vida, y encarriladas las pasiones por la voluntad.

Todo esto es sermón perdido. Fragueiro no dejará de hacer versos, porque á ello le arrastra su vocación, ayudada por los nervios, que tienen constantemente convulsionado aquel cuerpo pequeño, que se retuerce en continuados espasmos. Está continuamente haciendo morisquetas y visajes; pone los ojos en blanco; inclina la cabeza; levanta los brazos, y todo esto lo hace inconscientemente. Son los nervios los que trabajan y ponen en continua agitación á su cerebro, solo que éste, en vez de hacer morisquetas, hace versos, á veces tan estrafalarios como los visajes que hace Fragueiro, y que provocan la risa de quien no le conoce.

Hasta en el traje del poeta influye su sistema nervioso. No puede usar más sombrero que el hongo, y ese lo lleva arrugado y deforme como si

con él hubiesen jugado gatos y perros. Cierto es que el pobre sombrero es el que paga los escesos de los nervios, y sufre todas las crispaciones de aquellas manos, que nunca pueden estarse quietas, como si las aquejase el mal de San Vito.

Pregúntesele á Fragueiro qué es lo que está haciendo, y siempre contesta que tiene entre manos obras para llenar una biblioteca: el poema tal, el drama cual, la tragedia esta, el romance aquel; una novela, dos leyendas, y el día menos pensado nos sale con que está haciendo una enciclopedia.

No tolera que le digan que ha tomado por modelo á Haine ó á Becquer. Él nó imita á nadie, no quiere parecerse á nadie: quiere ser Fragueiro y nada más que Fragueiro. Yo no se lo censuro, pero si le exijo que haga por serlo.

Entre tanto, mientras no concluye ninguna de esas obras de aliento que dice tener en elaboración, se entretiene haciendo poesías fugaces. No pasa dia sin que rime algún pensamiento. Donde quiera que vá, toma papel y tinta y escribe, pero nunca en prosa.

Ayer, por ejemplo, vió una niña vestida con un traje negro salpicado de rosas, y al instante se despertaron en su imaginación aquellas ideas tétricas que campean en la mayor parte de las composiciones de su *Allegreto*. Hé aquí lo que nos cuenta de su encuentro con la niña de traje floreado:

La ví. Vestía sus formas
Una lluvia de rosas adormidas
En fondo negro. Un féretro cubierto
De flores parecia.

Y es féretro en verdad. Dentro su pecho
Debe encerrar cenizas
De un muerto á quien acaso había olvidado
Como á todo el que muere se le olvida.

Y le ha olvidado ya. ¡De su memoria
Quién tuviera la dicha!
Pasé por su balcón y volvió el rostro
Con aire de desdén la fementida.

Las rosas de su traje no se mueren;
¡Las flores que le dí, ya están marchitas!
Con su perfume se perdió el aroma
De mis besos también. . . . . ¡todo se olvida!

Con eso dió por ganado su día Fragueiro, y yo se lo dí por perdido, no porque la poesía no tenga sentimiento y novedad, sinó porque esta resurección del féretro me hace temer una recaida de aquel mismo mal que le aquejaba cuando tenía quince años, y es sabido que

suelen las penas de amor
sacar de quicio las almas,

Con que, mucho cuidado, Fragueiro, con esas reminiscencias de flores marchitas y de besos evaporados, pues no es por ahí por donde se va

de la inmortalidad á la alta cima.

¡Adelante, joven poeta! Que el hombre sea digno de aquel niño que pasmó á nuestra sociedad con aquellos poderosos detalles del más precoz de los talentos contemporáneos, y no se eche á

dormir sobre los laureles conquistados, que todavía le guarda sus más frondosas ramas el árbol á quien, según Cervantes, no ofende el rayo.

Que tampoco le ofendan al poeta estos enojosos consejos.

Marzo 10 de 1883.

¡CUÁNTO CHANCHO!

HACÍA tiempo que estaba invitado á visitar *La Estremeña*, fábrica de productos porcinos, instalada en Santa Lucía, pero parecía que el diablo había metido la cola entre la invitación y mi deseo, pues, no bien concertaba mi paseo, echábanse las nubes á llorar á moco tendido, como en señal de duelo por la hecatombe cochina que en ocasión de mi visita se haría.

Pero, como la estación avanza y las matanzas concluyen con los fríos, decidí atropellar por todo, así es que el domingo, á pesar de los rezongos del tiempo y de uno que otro chubasco, emprendí viaje, cómodamente instalado en un coche de primera clase del ferro-carril Central, en compañía de cinco caballeros que formaban parte de la expedición á *La Estremeña*.

Á las ocho y minutos silbó la locomotora, como dando su adiós á la ciudad, y momentos después echó á andar el tren, pesadamente primero, algo más ligero después, hasta que, desentumidos los músculos de acero de la máquina, empezó á correr sobre los rieles, dejando atrás las casas, los árboles, los postes del telégrafo, y los rostros curiosos de los vecinos del tránsito, para quienes es siempre una novedad el paso de esa inmensa culebra con su penacho de humo y sus enormes fauces que vomitan fuego.

Primero, atravesamos por las quintas, tristes como el tiempo, enlodadas las torcidas sendas de los jardines, tiritando los árboles con su ramaje desnudo, cerradas las puertas y balcones de las casas solitarias, y los parrales en esqueleto, semejando los nudosos sarmientos reptiles deformes arrastrándose sobre el envarillado de los zarzos. Después, cruzamos sobre el Miguelete, enriquecido su escaso caudal con los derroches de las nubes, que en esta última quincena han echado la casa por la ventana. Nuestro pobre arroyo corría con hinchazones de rio, estendido su cauce de barranca á barranca, arrastrando las aguas barrosas que le aportan las laderas que mueren en sus orillas.

Más adelante, el campo abierto, todo barro, todo humedad; los pastos pálidos y marchitos, las tierras aradas convertidas en lodazales, los trigales tempranizos raquíticos, anémicos, despeinados por la avenida de las aguas, viviendo entre el fango; una laguna en cada hondonada, un arroyo en cada surco, un charco en cada agujero,

y agua, y agua, y mucha agua donde quiera que se mire; todo triste y húmedo, sin un rayo de sol que rompa la monotonía del nublado, sin un volido de pájaro que hienda el vapor gris de la niebla, sin un retozar de potrillos ó triscar de corderos que diera vida y movimiento á la estensa sábana de verdura desteñida por la lluvia.

Aquí y allá, grupos de vacas y caballos, enterrados hasta las ranillas, con el pelo encrespado, dando el anca al viento, comiendo con desgano las yerbas desabridas que crecen en la tierra lavada de las grasitudes que vigorizan la savia.

Colón, La Paz, Las Piedras, todo fué quedando atrás, releándose las poblaciones y abriéndose el campo á medida que avanzábamos, cruzando las soledades que median entre *Progreso* y *Joaquín Suarez* hasta llegar á Canelones. Allí vuelve á encontrarse la población y el movimiento: viajeros que bajan del tren, otros que suben, peones que descargan y cargan equipajes, cocheros que ofrecen sus vehículos para atravesar el lodazal que separa á la Estación del pueblo, y sobresaliendo entre todos los ruidos y voces, el grito de un muchacho que recorre por el andén toda la estensión del tren, ofreciendo en cada ventanillo de los wagones:

—¡Bizcochos, palitos. y naranjas!—¡Butifarra y pan! sin variar una sola vez su estribillo.

Cinco minutos dura aquel ir y venir, y cargar y descargar, y bulla y movimiento. Después el Jefe de la Estación toca la campana, la locomotora lanza su agudo silbido, los pasajeros que habían bajado á tomar algo, se apresuran á recobrar sus

asientos, y el tren vuelve á emprender pesadamente la marcha, quejandose con chirridos de goznes, tosiendo con sus pulmones de acero, y esputando á cada golpe de tos una bocanada de vapor blanco que se desvanece en el aire como una burbuja de jabón; los carruajes trotan hacia el pueblo, despéjase poco á poco el andén, y solo queda firme el muchacho vendedor, presenciando el desfile de los wagones y ofreciendo en cada ventanillo que pasa su mercancía, con la misma entonación y el mismo estribillo:

— ¡Bizcochos, palitos y naranjas! ¡Butifarra y pan!

El tren aumenta á cada paso su envión y pasa orillando el pueblo de Canelones, por entre sus prolongados cercos de tunas, alineadas á un lado y otro del camino como filas de soldados que presentan sus armas. Ahora solo nos queda por delante un trecho de cuatro leguas que debemos recorrer sin interrupción. La máquina, como si supiese que no sería sofrenada en su carrera, aumentaba su velocidad á remezones, y se comía el terreno de á cuadras por minuto, cruzando los campos encharcados convertidos en interminables bañados, solo habitados por las cigüeñas que los recorrían con sus largos zancos, revolviendo con sus picos puntiagudos en el agua en procura de las lombrices que engendra la humedad.

El *Matajojo*, arroyuelo de ordinario insignificante, corría ancho como un río, sepultando bajo sus aguas los talas y sarandíes que lo franjean, asomando solo las ramas superiores de los sau-

ces por entre el hervidero de la corriente. Y el tren sigue siempre su marcha; vadea el arroyo por sobre el puente que lo cruza y repecha las lomas del otro lado hasta alcanzar la altura. Desde allí se vé el establecimiento de las Aguas Corrientes, con su empinada chimenea, y á su pié, un mar, un mar estenso, formado por la fusión del *Mataojo* y del *Santa Lucía*, que, desbordados de sus cauces, invaden toda la planicie que los separa.

—Allí está *La Estremeña*, dice uno de los compañeros señalando á la derecha del tren, y siguiendo la indicación, veo tres ó cuatro edificios techados de teja, asentados en lo alto de la cuchilla. No sé si fué pura fantasía de mis sentidos, pero declaro que me pareció oir murmullos de gruñidos que venían de *La Estremeña*.

El tren siguió la cintura de la villa de *San Juan Bautista* trazando una prolongada curva, costeó después el rio por espacio de algunas cuadras, refrenó la marcha, y á los pocos minutos se detuvo frente á la Estación, descargando por sus portezuelas toda la mercancía humana que llevaba en sus wagones.

Habiamos llegado al término de nuestro viage. Yo hice lo que todos: bajé, estiré los brazos, dí algunos pasos con fuerza como para desligar las articulaciones entumecidas durante tres horas de quietismo, y me diriji al Hotel Oriental, donde ya nos esperaba don Ramón Suárez, director del establecimiento que íbamos á visitar.

Poco tiempo se gastó en saludos y cumplidos, aguijoneados como estábamos todos por el ayu-

no, y tentados por el calor suculento que despedía una sopera humeante. Comimos todos como se come siempre que hay buen apetito, sin muchos ambajes ni delicadezas, reforzado a cada bocado el estómago con el contingente que le prestaba un vinillo portugués, espeso como almíbar, hereje el maldito, pues bien dejaba ver que no había sido bautizado, y virgen de toda mescolanza.

Terminado el almuerzo, nos pusimos en marcha hacia la fábrica de productos porcinos. El carruaje que nos conducía cruzó el pueblo dando tumbos en los baches de las calles y encajando las ruedas hasta el eje en los pantanos, pero felizmente no hubo tropiezos, gracias á la pericia de don Ramón, que hacía de vaqueano en su *dogcar*, dibujando *eses* entre el barro para esquivar los malos pasos.

Ya estamos en la fábrica, cuyas instalaciones las componen cuatro edificios importantes. Á la derecha, las *canchas* de matanza y galpones para la elaboración de los productos.—Al frente, una buena casa con cómodas habitaciones.--Más allá, el depósito y los graneros; á la izquierda, los chiqueros. Todos estos edificios cuadran un gran patio, cruzado por veredas cuidadosamente enarenadas.

La matanza regular se había hecho por la mañana, pero habían reservado cuatro cerdos que debían ser inmolados en nuestra presencia. Los restantes estaban ya colgados en la carnicería, destripados y pelados, luciendo las blancas mantas de tocino que les cubrían los costillares.

Los vivos, arrinconados en el brete, gruñían

sordamente como presagiando su próximo fin. Eran cuatro chanchos enormes, el lomo con una zanja en el medio, los ojos perdidos entre la gordura, arrastrándoles los abultados vientres por el suelo.

Entró al brete un mozo, armado de un gancho de hierro de cabo largo, apartó á los chanchos que gruñeron como protestando contra el intruso y de repente, uno de ellos bramó á grito herido, escandalizando con sus alaridos todos aquellos contornos. Razón tenía para ello el desventurado animal, pues el mozo lo había clavado con el gancho por la papada, y tiraba con fuerza para llevarlo á la *cancha*. Me pareció bárbaro el procedimiento, pero después me explicaron que ni cuatro hombres serían suficientes para llevar una res al matadero, mientras que con aquel gancho forzosamente tenían que cabestrear los cerdos.

Sin dejar de berrear como un desalmado, salió el chancho del brete, y berreando cayó dentro de una inmensa batea, donde inmediatamente otro mozo le introdujo un puñal por la garganta. Nuevamente rugió el animal con alaridos espantosos, y saltó por la herida un chorro de sangre negra, espesa, que era recojida dentro de una tina. Los enormes hijares del cerdo latían con violencia, hacía esfuerzos desesperados por desligarse las patas, y á cada esfuerzo, salía la sangre á borbotones. Poco á poco los gritos fueron mas sordos y más roncos, los latidos eran más pausados, los esfuerzos ménos violentos, y la sangre fué saliendo sin ímpetu, derramándose por la herida como se derrama una pipa por el bitoque.

Todavía se inflaban los hijares de la víctima con las últimas inhalaciones, cuando cayó sobre el cuerpo todo un caldero de agua hirviente. Un sacudimiento nervioso agitó todos los miembros del animal: después cerró los ojos, estiró las patas, y quedó tranquilo, humeando el vapor del agua con que lo habían bañado. Inmediatamente, otros dos mozos, armados de una especie de cucharones, procedieron á afeitarle la cerda, y en dos minutos quedó el chancho mondo y lirondo. Dos ganchos lo ensartaron por las patas, y merced á una roldana, fue izado al colgadero, donde unos operarios le despojaron de las pezuñas y orejas, mientras otro le abría el abultado vientre para arrancarle las entrañas.

Todavía no estaba concluida esta operación cuando ya berreaba en el brete otro cerdo, enganchado como el anterior por la papada, que fué tambien sometido á las mismas operaciones que su antecesor. En menos de diez minutos quedaron los cuatro chanchos colgados, afeitados y limpios, completando las dos docenas con sus compañeros de la mañana.

En la *cancha*, no quedaba ni un vestigio de la matanza. El piso, hecho de tierra romana, estaba limpio y bruñido, sin una gota de sangre. Allí corre el agua con profusión, surtida por diversos manantiales de donde la extraen poderosas bombas movidas á vapor.

En el compartimento vecino al de la matanza, hay grandes mesas y piletas en que se despostan las reses; máquinas para picar la carne; máquinas para embutir el relleno de los chorizos, salchi-

chones y mortadelas; y presidiendo á toda aquella maquinaria está la gran máquina de vapor, que, al par que mueve todas las otras, alimenta al digeridor en que se extrae la grasa y el sebo.

En el depósito, cuelgan del techo salchichones de todo largo y calibre, retobados con hilo; sartas de chorizos que una vez sazonados se guardan en cajas de lata, enterrados en grasa: jamones, lonjas de tocino, recortes de orejas y cien combinaciones más; producto todas ellas de la elaboración de ese animal tan asqueroso por fuera, y tan apetitoso por dentro, del cual todo se aprovecha, desde la punta del hocico hasta el extremo del anca.

Arriba del depósito está el granero donde se almacena el maíz para echar á los cerdos, verdaderos Heliogábalos que devoran todo cuanto á su alcance se les pone.

Pasamos enseguida á visitar los chiqueros donde moran los súbditos de *La Estremeña*. En el primero habia un centenar de cerdos gordos, destinados á las próximas matanzas; todos ellos muy satisfechos de su lozano estado, desdeñando el maiz que tenían en los pesebres, imposibilitados sin duda de llenarse más de lo que estaban. En el segundo chiquero habia unos doscientos puercos, más jóvenes y más delgados que los anteriores, pero ya en trato para el engorde, convertidos todos ellos en eunucos. Y en seguida, otro chiquero. y otro, y veinte más, divididos en pequeños compartimentos, en cada uno de los cuales había una señora cerda, rodeada de numerosa prole cochina · ésta con diez, aquella con

doce, estotra con quince, insaciables glotones prendidos á los pezones de su respetable mamá, que á su vez comía sin descanso, como para dar ejemplo á sus vástagos.

En uno de los chiqueros había más de doscientos cerdos, y como no quisieran salir del cobertizo en que duermen, entró el cuidador de la piara para obligarles á que se presentáran ante sus visitantes. Salió la gruñona grey por una puerta, arreada por el cuidador, y á penas dió una vuelta por el patio empedrado, volvió á meterse por la otra en precipitado tropel. Quiso el gañán contener la fuga, y pasóle lo que á Don Quijote le aconteció en la más puerca de sus aventuras, como que puercos fueron los protagonistas de ella, pasando toda una piara sobre el huesudo cuerpo del asendereado caballero. Asaz mohino y maltrecho se levantó el cuidador, después de haber sido pisoteado por aquella turba cochina, y repuesto del accidente, salió al campo y llamó á toda la cerdada dispersa por los potreros.

Estrañóme que no hiciese uso del clásico cuerno con que antaño convocaban los guardadores de cerdos á la piara, y cuyo toque fué causa de que al Hidalgo Manchego se le antojase que un enano anunciaba su llegada al castillo, cuando dió en la venta de Maritornes: pero, pues otros son los tiempos, otras seran las costumbres, razón por la cual, sin duda, el chanchero de mi historia no tocó cuerno alguno, sino que se puso á silbar. No más presurosos han de acudir los muertos el día del juicio al toque de la trompeta,

que lo que acudieron los cerdos al oir el silbido de su cuidador.

De todos lados corrían cerdos al reclamo, con un galopito clavado, como si estuvieran maneados, abanicándose con sus grandes orejas que se movían al compás del galope. Aquello fué el más numeroso desfile de cerdos que nadie haya contemplado jamás. Los había de todas edades, de todos colores, y de todas razas, y todos galopaban á una, atropellándose, gruñendo, enroscados los rabos, el hocico estirado, los ojos fruncidos, y las pezuñas embarradas.

¡Cuánto chancho! Dos mil había, por lo menos, en la piara que se formó en torno del cuidador, entretenidos todos en hozar en el barro mientras esperaban la ración estraordinaria que el silbido les había hecho entrever, porque, para aquellos chanchos, el silbido es como la campanilla que nos llama á comer.

Todos gruñían á una, y todos á una nos miraban como pidiéndonos algo que comer, sin caer los infelices en la cuenta de que toda su desgracia está en su gula, pues si no comieran no engordarían, y no engordando, no tendrían que vérselas con el gancho que los arrastra al matadero. Cierto es que los chanchos dirán que, si no comieran, se morirían de hambre, y morir por morir, vale más morir de ahito que de necesidad. ¡Tienen razón los cerdos!

Pues sí, señores; aquellos dos mil chanchos han de caer, día más día menos, en las bateas de *La Estremeña*, para ser convertidos en sobreasadas, embuchados, salchichones, chorizos, morcillas,

jamones, grasa y otros productos que allí se elaboran, que hacen competencia y aún superan á los similares que de Europa nos llegan, rivalizando los chorizos con los celebres de Estremadura; compitiendo los jamones con los que de York se importan; sobresaliendo los salchichones de los que se preparan en Bolonia; imitando las sobreasadas á las que de Mallorca vienen, y superando las grasas en blancura y en pureza á las que nos mandan de Chicago.

Cuando me cansé de ver chanchos y de probar los productos que de su carne se elaboran, emprendí la retirada junto con mis compañeros, y después de felicitar al progresista don Ramón Suarez, alma y vida de Santa Lucía, por la magnífica instalación de su fábrica, volvimos á meternos en el wagón del tren.

El sol habia logrado rasgar el nublado, y bajaba á su ocaso, pálido y triste al ver toda la naturaleza desnuda de sus galas: ni hojas en los árboles, ni flores en los jardines, ni pájaros en la enramada, ni cristales en el río, ni luz, ni colores. Cuando el tren llegó á Canelones, ya el pobre sol de invierno habia traspuesto las colinas que hacen marco al horizonte, dejando tras de sí una vaga claridad en la que se destacaban las siluetas de los árboles. Contemplaba yo aquellos últimos vestigios del dia, cuando me sacó de mi meditación la voz de un muchacho que pregonaba en la portezuela:—

—¡Bizcochos, palitos y naranjas! ¡Butifarra y pan!

El tren echó á andar nuevamente, y al ruido

del vapor que se escapaba por las rendijas de los pistones, salió corriendo hacia un lado de la vía un bulto que al principio no pude distinguir lo que era, pero uno de mis compañeros, dotado sin duda de mejor vista que la mía, esclamó:

—¡Ahí va un desertor de *La Estremeña!*

—¿Desertor? dije yo á mi vez; pues no es mala diana con música la que le van á tocar si vuelve á caer en las manos del mozo del gancho.

Después oscureció y no ví más, pero, entre la oscuridad de la noche, me parecía ver escuadrones de chanchos que galopaban en todas direcciones, escapando al gancho fatídico que tanto me habia preocupado. Me dormí soñando con chanchos, y desperté al día siguiente á las sacudidas que me daba un empleado para hacerme firmar un papel.

—¿Qué es esto? pregunté medio dormido todavía.

—Es la notificación de un traslado del Fiscal del Crimen.

Aquello me hizo volver en mí, pero, impresionado todavía con lo que habia visto la víspera, no pude ménos de esclamar por última vez:

—¡Cuánto chancho!

Agosto 2 de 1883.

NOCHE DE BODA

Es trance serio el casarse. El pájaro que hasta ayer volaba libre, picoteando en todos los sembrados, bebiendo en todos los charcos, y haciendo noche en la primera rama con que topaba al caer la tarde, se encuentra de la noche á la mañana enjaulado, obligado á picotear en un solo comedero, á beber en una única vasija, y á dormir en el mismo palo noche á noche.

Esto tiene su pró y su contra. Seguramente que ya no le faltará alimento, ni agua, ni se verá espuesto á sufrir el viento y la lluvia, pero, ¡ qué monótono debe ser comer alpiste todos los días, y beber de la misma agua, y dormir en el mismo palo!

¿Canta de placer el pájaro en la jaula, ó es que trina al verse preso? Es todo un problema, pero no es arriesgado suponer que los gorjeos del pá-

jaro sean desahogos para mitigar la tristeza que le apena. Al fin y al cabo, el que canta, sus males espanta.

Pero todo lo hace la costumbre, y el pajaro que en los primeros dias de su prisión se estropea la pluma y se despunta el pico dando contra los alambres de la jaula, acaba por conformarse con su suerte, y se somete á su nueva vida que poco á poco se le hace indispensable, porque después de habituarse á tener el alpiste a mano, y encontrar todos los dias el agua fresca, se le hace penoso el tener que andar picoteando horas y horas en busca de un grano, espuesto á que en lo mejor lo levante un gavilán en sus garras, y á otros mil accidentes que amenazan á los que andan sueltos.

Y más llevadera se le hace esa vida, si la que se encarga de cuidar se acuerda de obsequiarle de vez en cuando con una hoja de lechuga ó un terroncillo de azúcar para alternar con el alpiste, porque indudablemente el alpiste es buen alimento, sano y nutritivo. pero. . . . . todos los dias olla, amarga el caldo, y nunca viene mal poner, entre col y col, lechuga.

Pues tal y cual lo que al pájaro, tengo para mi que ha de pasarle al marido. Los primeros dias le parece la jaula estrecha, pero después, con la falta de costumbre, se pierde hasta el volido, y el dia que le abren la puerta, no se atreve á salir, y si sale, á poco vuelve, haciendo, por entrar, los mismos esfuerzos que antes hacia por escaparse.

Este es otro punto de contacto entre los pajaros y los maridos, porque no es cosa nueva el que uno de estos, después de verse libre de la jaula

del matrimonio, vuelva á meterse en ella por la puerta de la sacristía, cuya llave está solo en poder de la muerte, única que puede abrirla para dejar en libertad al pajarito ó pajarita que cayó en la trampa armada por Cupido, que es el más famoso cazador de pájaros que se haya conocido.

Y es difícil cazar, porque los pájaros van abriendo el ojo y se hacen cada vez más chúcaros. Pero ¿quién resiste á los ardides del travieso rapazuelo? El muy tuno sabe bien que nadie es tan zonzo para meterse de cabeza en el lazo, y ¿qué hace? Arma su trampa, esparce en torno uno que otro granito de alpiste, y se pone en acecho. Llega el pájaro, y arisquea al principio no atreviéndose á acercarse á la trampa, pero encuentra un granito de alpiste, lo prueba y le gusta; ¡á que pájaro no le gusta el alpiste! vé otro grano, y se acerca más, y así, de saltito en saltito, llega hasta cerca de la trampa, en cuyo centro está el alpiste amontonado. Da vueltas en torno tratando de comer sin entrar, hasta que, al fin, llevado de la golosina, se olvida del peligro, y pisa el palito, y. . . . . ¡crac! cae la trampa y queda enjaulado.

Todos los días hay uno que pisa el palito.—Hoy te toca á tí, lector; mañana me tocará á mí, y pasado le tocará á otro. Hay que casarse, como hay que embarcarse para atravesar la mar. ¿Es un mal? Yo no digo tal cosa, pero, en todo caso, es un mal inevitable, como el mareo, y mientras haya hombres y mujeres en este pícaro mundo, habrá casamientos. No se ha inventado nada todavía que reemplace al matrimonio. Se han inventado máquinas de coser, máquinas de tejer, má-

quinas de imprimir, y hasta maquinas de hacer chorizos y morcillas, pero nadie ha dado todavía con una máquina que sirva para la reproducción de la especie.

Y mientras esa máquina no venga, el matrimonio es indispensable, absolutamente indispensable: es un articulo de primera necesidad.

No hablemos ya de los preliminares que lo preceden: de las miradas, primero: de las sonrisas, después: los coloquios, los enojos, las intimidades, las citas, los paseos, las visitas, los adelantos tomados *á cuenta de mayor cantidad*, y todos esos incidentes que constituyen el argumento del poema, cuyo desenlace acaba en el himeneo.

Vamos al día, al gran día precursor de la gran noche, en que con cuatro latinajos, dos *si*, y una cruz trazada en el aire, queda consumada la indisoluble unión de un hombre y una mujer.

Que los novios madrugan ese día, es ocioso decirlo—¡hay tanto que hacer! La novia hace su tocado con escrupulosa prolijidad, distrayéndose por momentos con las estrañas emociones que la embargan. Por un lado piensa que va á realizar sus ensueños, á vivir para siempre con el hombre á quien adora, á constituir un hogar. Por el otro recuerda su vida de soltera, la madre, cuyo regazo ha de abandonar, sus pequeños gustos que tal vez no serán los del marido.

Después la preocupa el traje. Todo está en orden, arreglado sobre la cama estrecha en que durmió hasta la noche anterior, y en la que ya no volverá á dormir el agitado sueño de soltera; aquella cama queda allí, como queda el cascarón

de que sale la larva convertida en mariposa. Allí queda la almohada, confidente discreto que jamás revelará los secretos que se le confiaron, ni los sueños que vió cruzar por aquella cabeza que se hundía entre su mullido relleno, calenturienta unas veces, otras fresca y tranquila, según le sonriese la felicidad, ó la violentasen las contrariedades.

Sobre aquella cama está el ajuar de la novia, estirado el vestido, y descansando sobre la almohada los azahares que han de adornar la frente de la desposada. Todo está nuevo é inmaculado, desde las más íntimas piezas que rozan las carnes, hasta la suela del zapato que ha de calzar el diminuto pié, y pongo diminuto, porque sería lo más prosáico suponer que una novia tiene el pié de una Maritornes. Y mientras ella está allí, por última vez á solas en su cuarto de soltera, anda todo el resto de la casa en incesante actividad, preparando lo necesario para la ceremonia de la noche.

Se almuerza de parado, dando órdenes entre bocado y bocado; la servidumbre corre de un lado para otro; la cristalería brilla sobre los aparadores, esperando su orden de colocación, los platos se elevan en tambaleantes columnas, y los pavos, las gallinas y los patos, yacen muy tiesos en sus fuentes con las patas encogidas, disimuladas las canillas con adornos de papel picado, y reemplazada la cabeza con una flor que oculta la herida del degüello—Sobre la mesa de la cocina se ven los despojos de la decapitación—las cabeza de los pavos, con el moco carnoso azulado, y el pico

sangrando las últimas gotas; las cabezas de los pollos, con la cresta pálida, blanda, colgante; las cabezas de los patos con su pico chato, el ojo entreabierto y las plumas erizadas en los espasmos de la última convulsión.

Sobre otra mesa se ven los postres de variadas clases, entre los que descuellan los de huevo, en forma de quimbos, moles, yemas quemadas, cremas, merengues y las diversas combinaciones á que se prestan las claras y las yemas.

Á todo esto, las antesalas van cubriéndose con los obsequios destinados á la novia.—Aquello es un hacinamiento de los más variados y hetereogéneos artículos, ricos los unos, lujosos los otros, prodigios de habilidad y de paciencia salidos de mano de mujer, modestos recuerdos de los que no tienen con qué aparecer rumbosos, y descollando sobre todos, los ramos de caprichosas formas y de esquisita fragancia, que perfuman la casa entera.

Pasemos sobre mil detalles íntimos que la discreción obliga á velar.

. . . . . .

Ya son las ocho de la noche. Las luces brillan con toda su deslumbrante claridad, la mesa se encorva bajo el peso de los manjares y licores que la cubren; la novia, ayudada por sus más cercanas amigas, da la última mano á su tocado; el novio se pasea entre cabizbajo é impaciente; los convidados decoran el salón, y entre las mujeres se oye un contínuo cuchicheo que aumenta cada vez que se presenta una nueva invitada. Los padres del futuro marido y de la prometida conver-

san en voz baja, estrechando los vínculos creados por el enlace de sus hijos.

El rumor del rodado de cada carruaje hace detener al novio en su distraido paseo, y pone el oido atento. Cuando se convence de que no es el que espera, sigue dando paseos, con la vista fija en el suelo, haciendo cada vez gestos más marcados de impaciencia.

Por fin, un ruido de caballos que se detienen sofrenados de galope, el abrir y cerrar de una portezuela de carruaje y el movimiento de curiosidad que agolpa á la puerta á los que están más próximos, le saca de su distracción, mira, y percibe...., al verdugo, iba á poner, por decir al sacerdote, que acompañado de su acólito, sube con paso reposado las escaleras.

Ya entra, ya se despoja del manteo y viste una camisola de batista, se cuelga al cuello la estola, cuya cruz besa con aparente fervor, y listo ya, se dirige, seguido del monacillo que lleva el hisopo, á la sala, en cuyo centro están de pié los novios: ella, temblorosa, cubierta de piés á cabeza con el velo nupcial, sintiendo las miradas curiosas de sus amigas, que la revistan de arriba abajo, sin perder un solo detalle; él, palido, nervioso, con la vista fija en la puerta por donde ha de entrar el sacerdote.

Llega éste, y toda la concurrencia converge al centro que ocupan los novios. Nadie habla, nadie murmura, nadie se mueve. Reina un silencio parecido al que precede á una tormenta. Todos se afanan por ver, y allá, entre las últimas filas, asoman las cabezas de los sirvientes, que, empinados

y con el cuello estirado, no quieren perder un solo detalle de la ceremonia.

El momento es solemne. Colocados los novios frente al sacerdote, y á los lados los padrinos de la boda, rezonga aquel una oración en latín, á la que contesta el monacillo con palabras ininteligibles. Después, pone la mano de la desposada dentro de la de su prometido, y á la una y al otro pregunta si mútuamente se aceptan como esposa y marido.

—Sí, contesta el novio con voz insegura que quiere hacer aparecer firme.

—Sí, balbucea la novia con un acento que parece un suspiro.

El sacerdote hace una aspersión, dibuja con el mayor y el índice una cruz sobre las manos entrelazadas de los esposos, sonríe deseándoles felicidad, y se retira.

La novia cae sollozando entre los brazos de la madre que la besa y la estrecha como si para siempre la perdiese. — El novio abraza en silencio al padre, y durante cinco minutos solo se oye el besuqueo de las amigas, y el palmear en la espalda al novio que va saludando á todos sus amigos.

Las solteras están conmovidas ante la solemnidad del acto. Las casadas, echándola de prácticas, se sonríen como diciendo: «estamos en el secreto.»

Después, la alegría recobra su dominio, se habla fuerte, se ríe, se aventuran bromas más ó menos picantes sobre lo que todavía falta para consumar el matrimonio, y en medio del bullicio y la

alegría de todos, se escurren los novios sin ser vistos ni oidos, hasta que, notada la desaparición, recrudecen las bromas y se cruzan guiñadas entre las parejas de esposos que recuerdan cuando hicieron otro tanto.

. . . . . .

Al día siguiente, la casa de la novia está desierta. «Parece, me decía una amiga, que hubieran sacado de aquí un cadáver.» Y parecía en efecto; las flores estaban marchitas, consumidas las velas, en desorden los muebles, llorosos los padres, y vacía la pieza que ayer llenaba con sus alegrías y sus trajes la niña que está ya en brazos de otro.

En cambio, ¡cuánta dicha, cuántos sueños realizados, cuántos proyectos de felicidad en el nido sonrosado de los tiernos enamorados! Para ellos no hay más mundo que el que se encierra dentro de las cuatro paredes de su alcoba, ni mas pobladores que ellos dos. Son el Adan y la Eva de aquel paraíso. Padres, hermanos, amigos,—todo queda olvidado en el arrobamiento que les embriaga.

Después, la naturaleza recobrará su imperio, renacerán las afecciones pasadas, y sin dejar de ser esposos, volverán á ser hijos, hermanos y amigos, que para todos los cariños hay cabida en el corazón, mientras no lo rebosa el de madre, que es el más grande y más santo de todos los cariños.

Pero. . . eso no será hasta de aquí á un año. . . mes más ó ménos.

Setiembre 16 de 1882.

EL CORNETA SAYAGO

En todas las agrupaciones sociales se destacan de entre el hacinamiento de la población ciertas entidades que, sin estar rodeadas de los prestigios que granjean el talento y el valor, alcanzan á veces más estensa popularidad que las personalidades eminentes.

Esos tipos son de todos conocidos y de todos estimados, sin que muchas veces haya más razón para esa popularidad que la de imponerse ellos mismos por alguna particularidad, que acaba por ser un rasgo fisionómico de la sociedad en que se agitan, incrustándose como un hábito en las costumbres que caracterizan á cada pueblo.

En Montevideo, por ejemplo, á nadie sorprende el toque marcial del clarín á cualquiera hora del día ó de la noche—Ese mismo toque, en Buenos Aires, llamaría á las puertas y ventanas á to-

dos los pacíficos industriales de la gran ciudad: á penas si despierta entre nosotros á los chiquillos que duermen, ó hace poner el oido atento al estranjero llegado ayer á estas playas.

—Es Sayago, decimos todos, y ese simple apellido basta para esplicar la causa que motiva el toque, que desde lejos viene oyéndose con intérvalos, hasta que llega á la cuadra y taladra con sus penetrantes notas las puertas y las paredes, yendo á repercutir en los fondos de las casas, donde provoca chismes y cuentos de la servidumbre sobre Sayago y su clarín, instrumento que forma ya parte de su organismo, y va tan unido á él, que separarlo sería dejar incompleta su personalidad de uno de sus más pronunciados rasgos.

Todos conocen á Sayago, pero no todos conocen sus antecedentes, ni ciertas peculiaridades resaltantes de su vida. Ni siquiera habrá dos de sus más intimos que sepan la edad que tiene. Sayago es un negro al parecer joven, de facciones afiladas, delgado, de regular estatura, de mirada inteligente, de barba escasa, y la cabeza poblada con una mota espesa y renegrida. Echándole por lo alto, á cualquiera se le ocurre que tendrá entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

—¡Quien me los diera! contestaría Sayago á quien tal dijese. Según su cuenta, nació el año uno del siglo actual, y tiene por consiguiente á la fecha la respetable edad de ochenta y un años, que por cierto no le pesan ni le estorban para recorrer con toda agilidad cuadras y cuadras, á paso lijero, como si fuera un mocetón de veinte abriles.

Nació Sayago en Lucango, población situada en la costa Occidental de Africa y comprendida en el reino de Congo, bajo la dominación de Portugal, y corre por sus venas sangre aristocrática. Su padre fué el cacique Lucango Cabanga, y su madre la respetable matrona Joanna Quicola, quien puso especial esmero en la educación de éste que hoy conocemos por Sayago, y cuyo verdadero nombre es Antonio Lucango Cabanga, ciudadano africano, nacido, bautizado y amamantado á la sombra del pabellón de la muy poderosa casa de Braganza.

Tan precoz se mostró el negrillo, que á los diez años entró ya al servicio de su patria, embarcándose en calidad de ordenanza en el bergantín de guerra *Promptidão*, á las órdenes del comandante José Clemente Guimaraens Silva da Costa, quien, por lo visto, podía lastrar el buque con solo cargarlo con sus nombres y apellidos.

Hacía el *Promptidão* oficio de crucero para impedir el comercio de esclavos, y en una de sus escursiones, llegó por primera vez á Montevideo el año 1811, trayendo á su bordo al hijo del cacique de Congo, cuyos recuerdos de aquellos tiempos son algo confusos, aunque hace memoria de haber conocido la Matriz, ubicada entonces en el solar que hoy ocupa el Club Inglés, techada de paja, y dando frente á un potrero en que pastaban vacas y caballos, que eso y no otra cosa era por aquella fecha nuestra Plaza Constitución, adornada hoy con fuentes y bancos de mármol.

El *Promptião* levó anclas un día, y junto con las anclas se llevó nuevamente al negrito Anto-

nio, quien siguió creciendo á bordo hasta que el bergantín no pudo más, y vino á dar con su casco en los peñascos de Punta de Yeguas allá por el año 39, donde á la sazón estaba, como está todavía hoy, el saladero de Sayago, regenteado por un tal don Julian Contreras, quien tomó á su servicio al moreno, suplantando á su apellido de regia estirpe africana, el del dueño del establecimiento que administraba.

Y he ahí por qué Antonio Lucango Cabanga vino, con el andar de los tiempos, á llamarse Antonio Sayago, sin haber nunca sido esclavo, pues libre nació y libre ha vivido hasta esta fecha, sin reconocer más autoridad que la de su respetable señor padre y la del Gobierno bajo cuya bandera vió por primera vez los picantes rayos del sol africano.

Á poco vino el Sitio Grande, y no hay para qué decir que ni sus fueros de príncipe, ni su carta de ciudadanía portuguesa, bastaron al joven Lucango para escapar á las estrecheces del servicio militar, y sin más ni más tomó el uniforme, valiéndole su buena disposición el ser pronto promovido á sargento de órdenes del Batallón 2.° de Guardias nacionales, que mandaba el entonces coronel don José María Muñoz.

Nueve años combatió Sayago, y por cierto que el encontrarse hoy fuerte y robusto no lo debe á la buena vida que pasó en la línea, donde:

el descanso era el pelear
y el dormir siempre el velar;

y á fé que, según cuentan las crónicas, no era

Sayago el último en las guerrillas, ni de los que dormían con los dos ojos, pues era siempre el primero que se presentaba listo y pronto á cualquiera hora que se le buscase.

Vino después la calma, se hizo la paz aquella en que se declaró no haber vencedores ni vencidos, volvieron los aceros á las vainas y los fusiles á los armeros, los soldados tornaron á su casa convertidos en simples ciudadanos, pero no volvió Sayago, quien quedó uncido al yugo del uniforme, aunque ya más aliviado de servicio, pues, debido á sus tendencias y aptitudes filarmónicas, ingresó como corneta pistón en la banda del Regimiento de Artillería.

Si mis apuntes no están errados, Sayago se casó por aquel tiempo, y buscando compañera digna de su real estirpe, eligió por esposa á Eujenia Rivera, hija de Tía Catalina Vidal, morena de campanillas, célebre por sus pasteles y empanadas, cuya fama trasciende todavía, perpetuada por las manos de su hija, que heredó de Tía Catalina el secreto de aquellas hojaldres sutiles como encajes, y de aquellos recados de vigilia que hacen la delicia de los que aún observan la costumbre *de no comer de carne* en los días clásicos de la Semana Santa.

Yo la recuerdo todavía, á Tía Catalina, con su canasto de caña tejida equilibrado en la cabeza sobre un rodete de trapo, contoneándose por esas calles, con su rebozo á media espalda, y la mano apoyada en la cadera, recorriendo las casas de sus marchantes. Y recuerdo, también, cuando ponía en el suelo su canasto, y ella en cuclillas, qui-

taba primero la blanca toalla que lo cubría, y en seguida iba levantando una tras otra las frazadas dobladas que servían de abrigo á los pasteles, arreglados allá en el fondo en una doble camada, humeantes todavía como si acabasen de salir del horno. Más de una vez, yo muchacho, y goloso, quise meter la mano en el canasto para tomar alguna hojaldre suelta, almibarada con el azúcar revenido por el calor de la masa, y más de una vez, también, Tía Catalina castigó mi golosina pegándome en la mano, indignada de la profanación de su canasto, consagrado como urna sagrada de la pastelería, donde solo ella podía revolver sin desarreglar el orden de la estiva, en lo cual estribaba el secreto de conservarse la mercancía caliente.

Eujenia, la mujer de Sayago, no va por las casas como Tía Catalina. Su aristocrático enlace no le permite lanzarse á la calle, y orgullosa de su habilidad, recibe órdenes á domicilio, sentada al lado de su horno de ladrillo y barro, tibio por lo menos siempre, pues raro es el día en que no sale de allí una hornada de pasteles y empanadas que solo disfrutan los viejos marchantes; porque, eso sí, Eujenia Vidal de Sayago no trabaja para cualquiera, aunque le hagan saltar las monedas ante los ojos. Á penas si, como homenaje de respeto á la memoria de su madre, sirve á los que fueron parroquianos de Tía Catalina.

Fructífero en demasía fué el casamiento de Sayago con Eujenia, quien hasta esta fecha ha enriquecido el linaje de los Lucango con la friolera de veintiún descendientes, de los cuales, los siete

son varones, y mujeres las catorce restantes. Es de creer que Sayago se dé por satisfecho con esa respetable prole, máxime teniendo en cuenta que el árbol genealógico de su familia continúa echando nuevos brotos, pues cuenta ya hasta siete nietos, y dada la fertilidad de los abuelos, no hay por qué dudar que la multiplicación de la especie seguirá adelante.

El año 59, aprovechando la oportunidad de un buque que partía para Loanda, creyó de su deber Sayago ir á saludar á sus ilustres padres, de los cuales solo encontró vivo al cacique Lucango Cabanga, tan fuerte como si no hubiese pasado por él un solo día, y siempre querido y respetado de sus súbditos.

Grandes festejos hubo con tal motivo en la aldea de Lucango. Se bailaron candombes interminables, se destaparon sendas botijas de chicha, y en retribución á aquellos obsequios, Sayago tocó algunas piezas en su clarín, despertando con estridentes notas los ecos de las selvas africanas, y atemorizando en sus guaridas á los leones y panteras que las pueblan.

Después de algunos meses de candombes y jolgorios, Sayago habló de volver. Su venerable padre y todos los dignatarios de la corte hicieron supremos esfuerzos para retener á aquel compatriota ilustre ; más de una belleza conga dejó escapar un suspiro por entre sus labios de grana y puso los ojos en blanco tratando de seducir al ingrato que la abandonaba, pero Sayago hizo presente sus deberes de esposo y de padre, habló al viejo Lucango de las virtudes de su nuera Euje-

nia, demostró la necesidad de su presencia para vigilar la educación de los veintiun Lucanguitos que había dejado, y después de una tierna despedida se embarcó en el bergantín *Oriente*, llegando á Montevideo nuevamente á mediados de 1860.

Solo entonces fué cuando le ocurrió poner su clarín al servicio del público, y libre ya de sus compromisos militares, se dedicó á pregonero y distribuidor de anuncios, atrayendo la atención de los transeuntes con los acordes marciales de su inseparable trompeta.

No hay empresario de teatros ó de circos que no eche mano de Sayago para repartir los carteles del espectáculo. Piria debe en gran parte su popularidad de martillero á los toques de clarín con que Sayago pregona la interminable venta de solares en el *Recreo de las Piedras;* y tal importancia se da al instrumento, que no ha mucho fué contratado espresamente para anunciar no recuerdo que publicación en Buenos Aires, donde alcanzó Sayago gran popularidad en un par de dias, viéndose seguido por calles y por plazas de un gran séquito de curiosos, atraidos por los ecos de la Marsellesa, el himno de Riego ó la marcha de Garibaldi, que son las tres piezas predilectas que ejecuta en su clarín.

. . . . . .

Estamos en verano. Los tendidos de la plaza de toros están poblados por seis ú ocho mil espectadores que ansiosos esperan el comienzo de la lidia. La impaciencia se traduce en un clamoreo infernal que termina en un coro acompasado, en que todos toman parte al grito de: « ¡Son—las—

tres! ¡son—las—tres!» y cuando el bullicio crece, y las imprecaciones por la tardanza amenazan convertirse en zambra, una nota estridente y prolongada domina todas las voces, apaga todos los murmullos, y repercute en todos los ámbitos de la plaza, hasta que sus últimos ecos mueren entre el clamoreo unánime y espontáneo de un «¡Viva Sayago!» con que el público aclama á nuestro Lucango, cuyo clarín ha dado la orden de abrir la puerta del brete.

Salta la fiera al medio del circo, nerviosa é inquieta, buscando en quien cebar la punta de sus afiladas guampas; arremete con los picadores impotentes para contener su empuje que llega hasta el caballo, desgarrándole las entrañas; corre la sangre, afánanse los diestros, crece la gritería, y sobrepuestos ya á las conveniencias de la educación los instintos animales del hombre, se piden más víctimas, hasta que nuevamente se hace sentir el clarín de Sayago para poner fin á la matanza de caballos, y ordenar la suerte de banderillas, de las que una vez bien adornado el morro del toro, se toca á matar, toque á que Sayago da toda la solemnidad del caso, prolongando las notas y rematándolas con un chillido agudo como la punta del estoque que hiere á la irritada fiera.

Concluida la temporada tauromáquica vuelve Sayago á sus cuarteles, y en los días de santos populares ó aniversarios patrios, organiza murgas, al frente de las cuales recorre las casas de todos los Juanes y Pedros ó Antonios que sabe él han de retribuirle la atención con alguna propina decente. El 25 de Mayo saluda á toques de clarín

á todos los argentinos bien acomodados: el 14 de Julio festeja á los franceses; el 24 de Mayo, día de la reina Victoria, cumplimenta á los ingleses; en el aniversario del Estatuto, les da música á los italianos; y á todos ellos, á españoles, á italianos, á franceses y á ingleses, les dirije discursos alusivos al festejo, hablando á cada uno en su idioma, pues entre sus muchas habilidades se jacta Sayago de ser poliglota, y para probarlo, habla el castellano pasablemente, bastante bien el portugués, chapurrea el inglés, maltrata el francés, tartamudea el italiano, disparata en vasco y hasta masca sílabas incomprensibles que, según él, tienen su significado congo, pretendiendo que: *Angola-ya-ilange ya-samba-ogina-dia-tata-me-gana-lucango-cabanga* quiere decir, traducido al español: « Mi padre se llama Lucango Cabanga, y es natural de Angola.»

Aquí sí que viene de perilla aquello de:

el mentir de las estrellas,
es muy seguro mentir,
pues que ninguno ha de ir,
á ver lo que pasa en ellas.

Pero, puesto que Sayago lo dice, y no tengo yo fundamento para dudar de su palabra, es necesario admitir que habla en congo, mientras no se pruebe lo contrario, así como también debe creerse lo que dice de su padre, y es que vive todavía, contando á la fecha la matusalémica edad de ciento cincuenta y cuatro años, lo que da á Su Majestad Lucango Cabanga una respetabilidad bíblica, patriarcal, y sobre todo, envidiable.

Y todavía dice más Sayago: y es que el viejo Lucango, á pesar de su siglo y medio, se permite el lujo de aumentar su tribu año trás año con Lucanguitos, hermanos menores de éste que todos conocemos, y que tiene ya la friolera de ochenta y un inviernos . . . . ¡Esa no cuela, Sayago . . . !

Lo que más distingue al héroe de mi cuento es la cortesía. ¡Sayago es un saludador terrible! Si diez veces encuentra á uno por la calle, diez veces le ha de sacar el sombrero, y otras tantas le ha de preguntar por la familia, y le ha de desear mil felicidades, y le ha de encargar muchos recuerdos por casa, siempre con el sombrero en la mano, el ademán respetuoso, y sin la más mínima insinuación en demanda de una propina. ¡Eso no! Sayago no limosnea. Recuerdo, con este motivo, que en una de las conferencias que sobre este país dió en París el Barón de Rasse, esposo de doña Pilar Solsona, refiriéndose al desprendimiento de este pueblo, dice que una vez, cruzando por la plaza Constitución, encontró un moreno que repartía una publicación á toque de clarín, y que, habiendo tomado un ejemplar y queriendo retribuirle con una moneda, vió con sorpresa que el moreno la rechazaba.

¡Era Sayago! Sayago á quien le pagan para que reparta anuncios, y á cuya honradez repugnaba aceptar lo que aquel caballero creía el costo de la publicación que había tomado.

Esa honradez es la que le ha granjeado las simpatías que tiene. Sayago es lo que se llama un hombre de entera confianza, y en toda su larga

vida no tiene un solo antecedente que afecte á su reputación.

Es activo y emprendedor: no pierde ocasión de hacer negocio, reparte esquelas, distribuye prospectos, pregona remates, y desde un estremo á otro de la ciudad, se oye todos los dias el toque de su clarín, alegre y sonoro como una diana, cuyo eco repercute en todos los oidos, y sobre todo en el de su esposa Eujenia, que sabe muy bien que aquellos acordes y sonatas están representando el pan y el puchero en cuyo torno juguetean, descalzos y á medio vestir, los nietos de Su Majestad Conga, el insigne Lucango Cabanga, padre de aquel negrito que llegó á Montevideo allá por el año 11, á bordo del bergantin *Promptidão*, y que hoy todos conocemos por el apodo de : *el corneta Sayago*.

Agosto 4 de 1883.

FRANCISCO PIRIA

MARTILLERO POPULAR

La trompeta de Sayago evoca el recuerdo de los que más contribuyeron á popularizar al hijo de Lucango Cabanga, y en primera línea surge con indisputables títulos á la primacía Francisco Piria, el más conocido, el más activo, y el más ingenioso de los martilleros populares, el protector de las clases jornaleras, creador de pueblos y aldeas, y propagador incansable de la división de la propiedad.

Mis recuerdos acerca de los antecedentes de Piria solo alcanzan á su aparición bajo el arco de salida del Mercado Viejo, donde estableció su tienda de remate permanente, que funcionaba desde las primeras horas de la mañana hasta las diez de la noche, hubiese ó no concurrentes, con sol ó con lluvia, con calor ó con frío, oyéndose

siempre el contínuo pregonar del vendedor, cuya voz se enronquecía á medida que avanzaba el dia, y que al llegar la noche se hacia de todo punto incomprensible.

Los dependientes de Piria á penas le duraban una semana. Si se formase una estadística de los que en Montevideo padecen de la laringe, seguramente que figurarían en crecida proporción los que llevaban el martillo en la tienda del arco del Mercado.

Eran de verse los esfuerzos que hacía el martillero para atraer marchantes.

—¡Vamos á ver, señores! repetía con énfasis — ¡cinco reales! cinco reales ¿no hay quién dé más? Fíjense que esto es tirado á la calle . . . . ¡cinco reales! ¡cinco reales! Y al mismo tiempo que con la derecha mano repicaba con el martillo sobre el mostrador, cada vez que ante la puerta pasaba un transeunte, mostraba con la izquierda en alto un calzoncillo ó una camisa cuya bondad ponderaba inútilmente, pues ni los bancos ni las sillas, únicos concurrentes, por lo general, de la tienda, se dejaban convencer por la elocuencia del orador.

Pero no por eso se arredró Piria.

Cuando el público no acudía de suyo, él buscaba medio de atraerlo, y así como los cazadores de gilgueros ponen un llamador para que los que vuelan acudan al reclamo, así también Piria alquilaba llamadores, cuatro ó cinco gandules de esos que haraganean en los bancos de las plazas, los cuales servían de reclamo para hacer entrar á los paseantes desocupados, que á su vez iban formando un núcleo que poco á poco aumentaba

hasta que la concurrencia llenaba todo el local.

Aquí de la habilidad de Piria para ofrecer los artículos que él juzgaba aparentes para la clase de público que le rodeaba. Si las camisas y calzoncillos no encontraban acojida, salían á relucir los sacos y pantalones; si se presentaba un paisano, ponía en venta, como quien no quiere la cosa, un par de bombachas; y cuando creía distinguir á algún parroquiano acomodado, sacaba á luz sus alhajas, cuyo mérito pregonaba con toda honradez, por que, en medio de todo, Piria es incapaz de engañar á nadie.

—«¡Vamos á ver, señores! ¡Un anillo con brillantes falsos! ¡Garantidos falsos! ¡Aquí no hay engaño!» Y sin esperar postura, marcaba ya de antemano el precio: «¡Un peso, señores, un peso por este magnífico anillo! ¿No hay quién dé más? ¡Aprovechen la pichincha de la ocasion!» Y mientras seguia la cháchara interminable, circulaba la prenda de mano en mano, hasta que alguno se tentaba, y ofrecia un real más, y caía el martillo, y reaparecía otro anillo y otro, mientras la demanda de anillos no aflojaba.

Cuando más en auje estaba la casa del arco del Mercado, el fuego devoró en una noche toda la mercancía allí almacenada. Piria no aprovechó aquella circunstancia de fuerza mayor para eludir ó aplazar sus compromisos. Peso sobre peso pagó á sus acreedores lo que les debía, reabrió su tienda con más crédito que nunca, y para resacirse de las pérdidas, dió mayor vuelo á sus especulaciones, inaugurando las ventas de tierras por solares en parajes próximos á la capital.

Nunca olvidaré yo aquellas escenas de la Plaza Independencia, donde Piria hacia al aire libre sus especulaciones de terrenos. Colocaba bajo uno de los paraisos que flanqueaban la calle una larga mesa, sobre la cual instalaba los planos del pueblo en perspectiva. Como reclamo, tenia á su lado una murga compuesta de un fagot, un clarinete y un tambor destemplado, tres instrumentos que hacian un tercero insoportable, y así que se iban agrupando los curiosos, empezaba la venta.

Con el sombrero echado hácia la nuca, levantando el martillo con la derecha, y apuntando con el indice de la izquierda al plano desplegado sobre la mesa, ponderaba Piria la excelencia y buena posición de los terrenos. Generalmente su auditorio se componía de algunos paisanos, de esos que después de vendidas las tropas de ganado ó entregadas las cargas de las carretas entran á la ciudad á proveerse en las lomillerías y almacenes de la calle del 18, y de los lustra-botas acampados en las plazas á la espera de marchantes embarrados.

Contra ese público esgrimia Piria las armas más contundentes de su tentadora elocuencia:-- «¡Vean ustedes, les decia, vamos ahora á vender este solar de la manzana B! ¡Magnífica situación! ¡Terreno alto! ¡En la esquina de la plaza!!»

Los espectadores se codeaban para ver de cerca el plano, y entonces el martillero, aprovechando la curiosidad, continuaba con mayor entusiasmo: «¡Aquí está la iglesia! ¡Aquí la comisaría! ¡Aquí la escuela!» y á cada una de estas indicacio-

nes señalaba con el dedo un punto en el plano, con gran asombro de los concurrentes, que con tamaño ojo abierto no acertaban á esplicarse como podía haber una iglesia, una comisaría, ó una escuela, donde solo veían rayas de tinta trazadas sobre un papel.

Convencido al fin Piria de que su marchantazgo no entendía mucho de planos, resolvió hacer las ventas sobre el mismo terreno, y entonces organizó esas fiestas en que los concurrentes gozaban de tren gratis, gratuítas diversiones y sabrosos asados con cuero, que nada les costaban. Los wagones se atestaban de gente,las murgas hacían oir en el trayecto sus destemplados acordes, la locomotora silbaba cruzando los campos, y en medio de la algazara de los viajeros, llegaba el convoy á la estación de las Piedras frente á la cual está situado el *Recreo* trazado por Piria, cuyas calles son hoy vistosas alamedas, y cuyas plazas están adornadas con fuentes y estátuas que poco á poco se deslíen bajo la contínua acción de las lluvias que soportan.

Y las ventas continúan siempre igual en un pueblo que no tiene límites, y que llegará sin duda con el tiempo á ser el barrio más poblado de las Piedras, debido al empeño del infatigable martillero, que ingeniosamente ha combinado el medio de poner la propiedad al alcance de las clases pobres, vendiéndola por cuotas ínfimas pagaderas á larguísimo plazo.

Á la espectativa siempre de todo suceso que atraiga la atención del público, aprovecha con habilidad el momento oportuno para hacer su

negocio, halagando al propio tiempo los sentimientos populares. Muere el Rey Galantuomo y Piria funda á los pocos dias el pueblo *Victor Manuel*, cuyos obligados compradores han de ser los súbditos del monarca llorado.

Pero como entre los mismos italianos hay algunos que no miran con buen ojo al Rey que había destronado al Papa, Piria. para contentar á todos, traza á pocas cuadras del pueblo *Victor Manuel* el plantel de la villa *Pio Nono*, y así como en el primero levanta una estátua, en la segunda pone la piedra fundamental de una iglesia, presumiendo, con razón. que los habitantes de aquel centro pontificio han de ser fieles devotos de la religión católica.

Más allá funda el barrio *Garibaldi*, para los admiradores del leon de Caprera : en el Reducto establece el barrio *Nuera Savona*, cuyos solares vende en menos de un mes. Pero, como no solo los italianos han de comprar tierras, Piria tienta á los franceses con el pueblo *Gambetta*, á los españoles con el barrio *Castelar*, y esta es la hora en que está tal vez ideando el plano de un pueblo *John Bull*, para buscar compradores entre los ingleses, que son hasta ahora los únicos desheredados de un centro en que se aglomeren todos los hijos de la nebulosa Albión.

En la víspera de uno de esos remates ruidosos es cuando entran en acción la corneta y los pulmones de Sayago, quién, así como es poliglota hablando, lo es también tocando en su corneta, y si lo que anuncia en venta son los solares del pueblo *Gambetta*, ejecuta la Marsellesa: si del barrio

Castelar se trata, hace oir los acordes del Himno de Riego: y entona la marcha de Garibaldi, si la venta es en el pueblo *Victor Manuel* ó en el barrio *Nueva Savona*.

El cartel contiene por lo general el plano de los terrenos, con su rosa de los vientos y todo, que maldito si la entiende la mayoría de los interesados.--En seguida viene el programa de las fiestas, en las que hay carreras en un pié, ó de espaldas, corridas de sortija, juegos atléticos y otras diversiones estrafalarias, que terminan con un *lunch*, copiosamente regado con sendas damajuanas de una bebida oscura que no solo parece vino por el color, sino que hasta lleva el nombre de tal. ¡Cómo calumnian á las viñas!

El terreno del remate es una verdadera romería. Aparte de los interesados en la compra, que son los menos, concurren allí todos los que no tienen que hacer de sus Domingos, aprovechando la ocasión de tener un día de campo y hartarse sin que les cueste un centavo, merced á la generosidad de Piria, á quien poco se le dá sacrificar algunos reales á trueque de ver su remate bien concurrido.

Nadie como él para despertar en el obrero el amor á la propiedad. Con palabra sencilla y fácil le hace entender la conveniencia de tener un terreno propio, adquirido sin el menor esfuerzo, con solo ahorrar cada semana lo que el Domingo gastaría en placeres perjudiciales para su salud y onerosos para su bolsillo. ¿Quién no puede poner de lado veinte y cinco centésimos cada semana? Pues con esa friolera, cualquiera puede hacerse

propietario, y con poco más, puede también edificar una casa, cuyo costo va pagando insensiblemente, haciéndose cuenta que paga un módico alquiler, que día más, día menos, alcanzará á cubrir el precio del edificio, que después queda siendo suyo, sirviéndole de refugio para los malos tiempos en que el trabajo escasea, sin verse expuesto á carecer de un techo bajo el cual pueda cobijar á su mujer y sus hijos.

Así habla Piria á los obreros, y mas de uno ha de bendecirle cuando, al volver de su ruda tarea, se encuentra junto al hogar rodeado de los suyos, feliz al sentirse dueño del terreno que pisa y de las paredes que le protejen contra las inclemencias del invierno y los ardores del estío.

Y no para ahí la especulación filantrópica de Piria, pues, no contento con hacer propietarios á los pobres, se encarga tambien de vestirlos á módico costo, y al efecto instaló un vasto taller de sastrería donde se confeccionaban trages á precios inauditos. El fué el introductor del *Remington*, no del que mata, sinó del que abriga, unos capotones largos que no desdeñaban usar muchos que la echan de elegantes: regalados, tirados á la calle, como decia Piria en su fraseología martillera, por la bicoca de cinco pesos!

Últimamente invadió el campo de la literatura, y dió á la publicidad un libro que, si por un lado era un reclamo para su negocio, por el otro encerraba verdades muy dignas de tomarse en cuenta. *Impresiones de un viajero en un país de llorones* titulaba Piria á su obra, simulando el viaje de un extranjero á quien él servia de guía, dándole

noticia de los gérmenes de riqueza con que cuenta este país, y explicándole al mismo tiempo las causas que motivan su paralización. Por supuesto que el guía no desperdicia la ocasion de hablar largo y tendido sobre el pueblo *Economía* y el *Recreo de las Piedras,* encareciendo el porvenir de esas poblaciones, que con el tiempo llegarán, según él. á ser grandes ciudades, y haciendo entrever á los actuales propietarios la perspectiva de pingües fortunas en un futuro no lejano.

Piria es verdaderamente un hombre útil. Yo, sin conocerle, le estimo como se estima generalmente á todo el que á costa de su actividad y trabajo logra crearse una posición, procediendo siempre con honradez. Así ha procedido Piria siempre, y á esa honradez debe el crédito de que goza, y la confianza que en él depositan sus comitentes.

En cambio no poco debe el país á este activo especulador de tierras.

Por iniciativa suya cuenta Montevideo con numerosos núcleos de poblacion en sus alrededores ; hacinamientos de casas hoy, verdaderos pueblos mañana, que no solo contribuyen al bienestar de los habitantes, sinó también al aumento de las rentas y á la valorización de la propiedad.

¡Y cuántos que por vía de broma han comprado ayer un solar, alentados por las facilidades que se le ofrecen para el pago, se encontrarán mañana siendo dueños de valiosos terrenos, y recordarán con cariño al que les tentó á colocar con tan lu-

crativo rédito los ahorros que hubieran malgastado en futilezas!

Como perpetuación de su nombre, y como acto de justicia hacia el fundador de tantos pueblos, yo propongo que el primer plano de las nuevas poblaciones que proyecta el antiguo martillero del arco del Mercado Viejo sea el del *Pueblo Piria*, cuya inauguración se ha de festejar, no con iglesias ni estátuas, sinó echando los cimientos de una escuela pública, donde reciban educación los hijos de los artesanos, convertidos en propietarios merced á esas ingeniosas combinaciones ideadas por Piria, que le permiten hacer su negocio, haciendo al propio tiempo la felicidad de muchas familias.

Desde ya hago postura por el primer solar que se ponga en venta del *Pueblo Piria*.

Agosto 5 de 1882.

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN

	Pág.
INTRODUCCIÓN	V
El Cometa	1
Todavia está allí!	9
Juan Manuel Bonifaz, el decano de los maestros	15
La Escuela Juan Manuel Bonifaz	31
Relinchos de ultra-tumba, de Rocinante á Gladiador	43
Dalmiro Costa	51
La Leyenda Patria	59
Germán Mac'Kay, primer actor dramático americano	69
La Feria	83
La Basura	93
Tiempo húmedo	105
Misericordia Campana	111
En el Mercado	121
Luis Mazzantini, lidiador de toros	131
Montevideo bajo la lluvia	147
Pedro Martí, violinista oriental de nueve años de edad	155
Una Caravana de Bohemios	161
Aquiles Lambertini, actor cómico de cinco años de edad	173
El patio de EL NACIONAL	183
San Pedro	193

Pág.

Eduardo Carmona, primer actor cómico 201
El viaje á Minas 219
Arequita: a las siete!—Los caballos de François—Los nervios de Lenzi—Los musicos de la legua—El facón de Brus—La cueva—El país de los murciélagos—La hazaña de Carballido 237
Los Carnavales: antaño y ogaño 253
Panorama Bonaerense: la vuelta de Palermo 269
Minas: Aspecto general—la Plaza—la Gefatura—la Iglesia—Escudero y su teatro—Un cuento de Carmona—Monsieur Auguste 277
Rafael A. Fragueiro 287
¡Cuanto chancho! 301
Noche de boda 315
El corneta Savago. 325
Francisco Piria, martillero popular 337

A. BARREIRO Y RAMOS

EDITOR

LIBRERÍA, PAPELERÍA, IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN

DE LA

LIBRERÍA NACIONAL

25 de Mayo 355 á 361 y Cámaras 66 á 80

MONTEVIDEO

BIBLIOTECA DE AUTORES URUGUAYOS

FORMATO EN 12°

OBRAS EN VENTA

Carlos María Ramírez: *Los Amores de Marta*, 2 t. $ 2.50

Sansón Carrasco: *Colección de Artículos*, con una introducción, por el Dr. D. Juan Carlos Blanco, 1 t. $ 1.50

EN PUBLICACIÓN

Francisco Bauzá: *Estudios Literarios*, Bocetos biográficos, juicios críticos, cuadros de costumbres nacionales, etc., 1 t. de 350 á 400 páginas $ 1.50

FORMATO EN 8°

OBRAS EN PREPARACIÓN

Palmas y Ombúes, *Poesías*, por el Dr. D. Alejandro Magariños Cervántes, 1 t.

Bosquejos Internacionales, por Carlos María Ramírez, 1 t.

VARIAS PUBLICACIONES

Juan Zorrilla de San Martín: *La Leyenda Patria*, nueva edición de gran lujo $ 1.20

Francisco Bauzá: *Historia de la dominacion española en el Uruguay*, 3 t. $ 8.00

Separadamente se venden:

Tomo segundo. . . . $ 2.00
Tomo tercero . . . . $ 2.00

La República Oriental del Uruguay: Historia, Reino Vegetal, Reino Animal, Geología, Demografía, Administracion, Instruccion Publica, Industrias, Hacienda Publica, Situacion Económica; por *F. A. Berra*, *A. de Vedia* y *C. M. de Pena*, 1 t. en 4° con planos $ 3.00

OBRAS DE ISIDORO DE-MARÍA

Compendio de la Historia de la República, 2 t. en 12° $ 1.00

Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay, 3 t. $ 3.60

Anales de la Defensa 1842-51. En venta, tomo 1° $ 3.00
En publicación, tomo 2°.

LIBRARY
29
1979

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 12 06 07 011 3